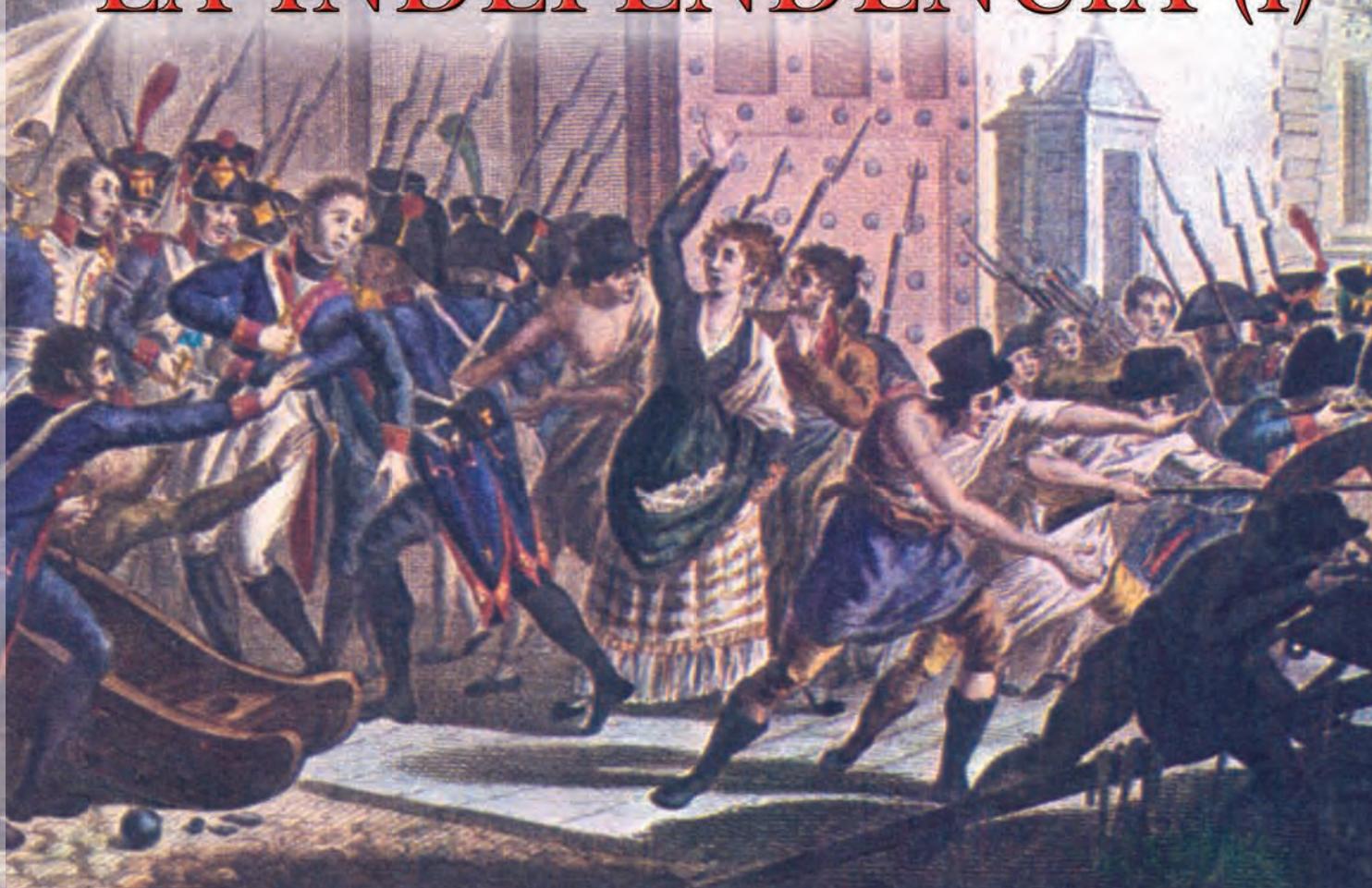


Ejército

de tierra español

BICENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA (I)





EL EJÉRCITO ESPAÑOL DEL REY JOSÉ



Luis Sorando Muzás.

Vicepresidente de la Asociación Napoleónica Española.

... 38



LOS INGLESES EN NUESTRA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Andrés Cassinello Pérez.

Teniente General.

... 46



EL EJÉRCITO IMPERIAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NAPOLEÓN SIN GLORIA



Miguel Ángel Martín Mas.

Jesús Maroto de las Heras

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.

... 54



LOS MANDOS ENFRENTADOS

José Luis Priego Fernández del Campo.

Coronel. Infantería. .DEM.

... 64

**SECUENCIA DE LOS
HECHOS MILITARES
OCURRIDOS DURANTE
LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA**



José Pardo de Santayana y Gómez de Olea.
Teniente Coronel. Artillería. DEM.

... 74



**MODELOS
ESTRATÉGICOS Y
OPERATIVOS EN
LA GUERRA DE
LA INDEPENDENCIA**

José Pardo de Santayana. y Gómez Olea
Teniente Coronel. Artillería. DEM.

... 82

**LA GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA
ESPAÑOLA**

EN EL MARCO DE LA HISTORIA
EUROPEA DE SU ÉPOCA (I).



Juan Priego López. Coronel. DEM.
Servicio Histórico Militar.

...90

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EN EL MARCO DE LA HISTORIA EUROPEA DE SU ÉPOCA (II). CONEXIONES



Juan Priego López. Coronel. DEM.
Servicio Histórico Militar.

...110



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EN EL MARCO DE LA HISTORIA EUROPEA DE SU ÉPOCA (III). RESULTADOS

Juan Priego López. Coronel. DEM.
Servicio Histórico Militar.

... 124

SECCIONES

Grandes Autores del Arte Militar:

Juan Priego Lopez

PEDRO RAMÍREZ VERDÚN.

Coronel. Infantería. DEM136

Información Bibliográfica

Los Sitios de Zaragoza, Un día de Cólera,
Dos de mayo de 1808. El grito de una Nación,
Francisco de Longa

140

Sumario Internacional

142

Cine Bélico

Orgullo y Pasión y El 2 de Mayo138

Poema: "Oda al Dos de Mayo"

146

La Revista *Ejército* es la publicación profesional militar del Ejército de Tierra. Tiene como finalidad facilitar el intercambio de ideas sobre temas militares y contribuir a la actualización de conocimientos y a la cultura de los cuadros de mando. Está abierta a cuantos compañeros sientan inquietud por los temas profesionales. Los trabajos publicados representan, únicamente, la opinión personal de los autores.

Redacción, Administración y Suscripciones: Sección de Publicaciones de la JCISAT. C/. Alcalá 18, 4.º 28014 MADRID. Teléf.: 91-522 52 54. Telefax: 91-522 75 53. Pág. WEB: www.ejercito.mde.es, E-mail: ejercitorevista@et.mde.es; revistaejercito@telefonica.net. Suscripción anual: España 12,02 euros; Europa:18,03 euros; resto del mundo: 24,04 euros. Precio unidad: 2,4 euros.

(IVA y gastos de envío incluidos)

LA VIGENCIA DE LOS PRECIOS

REFERIDOS SERÁ DURANTE EL AÑO 2008



BICENTENARIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Mario Hernández Sánchez- Barba. Catedrático de Historia Contemporánea.

La Guerra de la Independencia es, en la Historia de España, un tiempo corto, de 1808 a 1815, repleto de energía, que coincide con varios **procesos** históricos de tiempo largo, constituyendo con todos ellos un **conjunto** de gran importancia.

Estos **procesos** son el comienzo del ciclo histórico de guerras nacionales que rechazan el imperialismo continental napoleónico: España (1808-1814), Rusia (1812), Alemania (1813), y Gran Bretaña (1815). En el caso español, además de un claro rechazo de la dependencia y soberanía francesa, supone un levantamiento revolucionario social, que reclama el protagonismo para asumir la soberanía nacional en ausencia del monarca legítimo, para convertirse, en última instancia, en factor desencadenante de una corriente política que condujo, del absolutismo monárquico al Estado liberal.

De manera, pues, que aun siendo un fenómeno peculiarmente español, la independencia pertenece por su categoría a una dimensión europea y, por su metafísica, a una tensión europea —e incluso al continente de raíz hispana en América— frente a un horizonte de libertad na-

cional, en relación a un hipotético imperio, ideal ya caduco y anacrónico, en un tiempo donde los aires de modernidad política se inscribían en la conciencia profunda de la comunidad nacional española. En realidad, la dinámica histórica de la onda expansiva europea ofrece en España una decisiva originalidad, en cuanto significa manifestación de un choque antiguo y profundo de las mentalidades en pugna en la época: la fuerte persistencia de un pensamiento tradicional español, que algunos han dado en llamar —a mi entender con evidente simpleza— «casticismo», en abierta tensión frente a los corrientes liberales, nutridas por el pensamiento ilustrado francés, inglés y alemán.

Este cuadro, sin embargo, proviene de una estructura más profunda movida por el enfrentamiento por el dominio en el continente y en los mares, librado entre Inglaterra y Francia, en el cual se involucró España por los Pactos de Familia y, sobre todo, por su vocación atlántica y americana, que le obligaba al mantenimiento de las rutas oceánicas de comunicación con los reinos españoles ultramarinos.

Ese complejo y denso **conjunto** histórico, que hizo eclosión entre 1808 y 1815, con una manifestación peculiar en la Guerra de Independencia, creo debe considerarse como una consecuencia de lo que fue denominado, con toda propiedad, tradicionalismo español, a mediados del siglo XIX por el jurista valenciano Antonio Aparisi y Guijarro (1815-1872).

En este trayecto cultural se originó el fundamento de una mentalidad constituida por un conjunto de ideas y creencias peculiares y específicas de la españolidad con un arraigo genético social y característico de lo propio, dotada de una actitud militante de raíz misoneísta, de aversión a lo nuevo, semejante a la que en el siglo XVI tomó Ignacio de Loyola, frente al movimiento luterano, fundando la Compañía de Jesús.

Desde esta perspectiva, la Guerra de Independencia tiene una considerable trascendencia histórica, en cuanto hace realidad una revolución de afirmación nacional que plantea la crisis del absolutismo monárquico y de sus instituciones políticas y administrativas; inicia el proceso legislativo constitucional para llevar a cabo la sustitu-

ción del sistema estamental, y desemboca en la construcción del Estado liberal español. En última instancia, la Guerra de Independencia española significa, de hecho, una guerra de liberación ciertamente, y un cambio político, que se encuentran fuertemente unidos en la conciencia de la sociedad del siglo XIX, más concretamente en la generación primiceria (1805-1830) y, estructuralmente, en el **long run** (1833-1917).

Así como existe un hecho político de dominio estratégico de España, impulsor de la resistencia nacional, no puede dudarse que en ella —en la resistencia— existió un eje institucional, en torno al cual se produjo la oposición colectiva, que fue el Ejército español, en cuanto núcleo de defensa nacional, dotado desde las Ordenanzas del Carlos III de una doctrina de fuerte espíritu nacional, como se expresa en la sociología del movimiento guerrillero, el levantamiento urbano y rural, de modo bien distinto al modo en que entendió tal realidad el novelista Benito Pérez Galdós.

La sociedad española, en aquella oportunidad, se dejó llevar por el arraigo del sentimiento patriótico, pero también hay que decir que fue

Guerra de la Independencia. Grabado de Goya



absolutamente incapaz de situarse en una perspectiva de futuro respecto a la adopción de una actitud radical. No supo situarse más allá de la posición asamblearia de «izquierdas» y «derechas» y, en consecuencia, quedó en posición evanescente respecto a la posibilidad de crear y fomentar **valores** de identidad nacional, derivando, con frecuencia, hacia posiciones «utópicas» y «ucrónicas», que la separaban de los extractos

reales de la Historia española y, sobre todo, del instante o momento preciso de la realidad.

En aquel momento corto, pero enormemente intenso, que fueron los años comprendidos entre 1808 y 1815, fue el Ejército, la institución que puso a prueba su capacidad de defensa nacional para otorgar una seguridad imprescindible a la sociedad. Lo demostró la temprana victoria del general Castaños contra el mariscal Dupont en

Defensa del Parque de Monteleón



la batalla de Bailén (del 19 al 22 de julio de 1808), prodigio de estrategia militar. Era la primera vez que un cuerpo del Ejército francés se rendía en campo abierto. En el campo de batalla, el Ejército español demostró una disciplina, firmeza, tenacidad y eficacia que impresionaron al mundo entero.

Pero sobre todo, hizo que la sociedad española depositara su confianza y su seguridad en el Ejér-

cito. Desde ese momento, puede hablarse de un pueblo en armas con la consiguiente aparición de un espíritu comunitario que, de ningún modo, debe confundirse con una extensión del espíritu beligerero, sino más bien creador de valores de complementariedad entre un discurso lógico y un discurso mítico, que es el referido a lo afectivo, la formación de imágenes transcendentales y, en fin, la comprensión intuitiva de la realidad. ■





DOS DE MAYO DE 1808: LOS MITOS Y LA REALIDAD

José Manuel Guerrero Acosta. Teniente Coronel. Ingenieros.

El lunes dos de mayo de 1808 se producía la sublevación cívica más grave con la que se había enfrentado un ejército imperial francés de ocupación en Europa, desde las revueltas de la ciudad de Pavía en 1796 y de Piamonte en 1799.

Doscientos años después de la sublevación armada del lunes dos de mayo de 1808, y tras una producción bibliográfica notable, parece difícil añadir algo nuevo al relato de unos hechos que tradicionalmente se han considerado como el desencadenante de la Guerra de la Independencia. Sin embargo, los interrogantes sobre algunos aspectos de lo sucedido en las calles de Madrid subsisten hasta el día de hoy. Así mismo, numerosas inexactitudes históricas han sido reiteradamente presentadas por diversos autores como hechos incontestables. Intentaremos aclarar algunos de ellos.

ANTECEDENTES

En los primeros meses de año 1808 se fraguó una conspiración contra la política del valido del

rey Carlos IV, Manuel Godoy, príncipe de la Paz. Los cerebros de dicho movimiento eran el grupo de aristócratas, que ocupaban algunos cargos políticos —pocos al ser contrarios a Godoy— y militares próximos a Fernando, príncipe de Asturias. Siguiendo a Seco Serrano, puede considerarse esta facción como una continuación de la aragonesa del conde de Aranda, de ideología reaccionaria ante los intentos reformistas del final de la Ilustración. Denominados en la historiografía reciente como partido fernandino, en la época fueron conocidos como el «partido del cuarto del príncipe de Asturias». Sus principales activistas eran el duque del Infantado y el conde de Montijo. Tras una purga política ejecutada por Godoy en 1805, estos y otros líderes se hallaban desterrados de la corte, pero ante el deterioro de la situación política, las vacilaciones internacionales del príncipe de la Paz y el riesgo de invasión, los fernandinos decidieron actuar.

Napoleón había dejado de considerar útil para sus designios a Godoy y había comenzado a in-

troducir tropas en la Península en el invierno de 1807, además de sacar del territorio a más de 40.000 efectivos del Ejército español, aludiendo a los compromisos del tratado de alianza existente entre las dos naciones. El mes de febrero anterior, en una carta del propio emperador, Bonaparte anunciaba sin rodeos la próxima ocupación de las provincias del Norte a cambio de Portugal. Carlos IV y Godoy comprendieron la inminencia de la invasión. Por ello se planeó el trasladar toda la corte desde Aranjuez, donde se encontraba desde primeros del mes de marzo de 1808, hacia Andalucía y ulteriormente a América, como habían hecho los monarcas portugueses.

El partido fernandino decidió oponerse a la salida de los reyes y del valido, además de imponer la abdicación del viejo monarca en Fernando, creyendo que podría encontrar un apoyo en el emperador francés. Para ello se organizó un auténtico golpe de Estado, que se materializó en

dos frentes. Uno político, por la presión al Rey por parte de su propio Consejo Real para que suspendiera el proyectado viaje a Andalucía y abdicará en Fernando. Y un segundo, militar, mediante el empleo de los guardias de corps, fieles a Infantería y tan contrarios a Godoy que este se había visto forzado a organizar una guardia personal, denominada «húsares del Generalísimo». A la conspiración se sumaron los dos regimientos de la guardia de Infantería española y valona presentes en Aranjuez. Además, se efectuó una concentración popular dirigida por el propio Montijo, disfrazado de manchego, en el citado real sitio, para encubrir y al mismo tiempo reforzar la acción de los elementos militares.

Así nació el famoso Motín de Aranjuez, desprovisto en la realidad como puede verse, de cualquier espontaneidad popular. Un testigo, el actor Rafael Pérez recuerda: «*La guardia de corps colocó un trompeta para dar la alarma si*

Godoy. (Goya. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid)



se iban los reyes y Godoy, y enviaron centinelas a pie disimulados. Las compañías de guardias españolas y waloñas se pusieron a sus órdenes. Los caballos estaban ensillados en su cuartel para evitar la salida del Sitio por la fuerza. Así estuvieron del domingo al jueves, y cada vez había más paisanaje de manchegos».

Ese mismo día 19 de marzo, se produjo la abdicación de Carlos IV y la proclamación de Fernando VII como nuevo monarca. En Madrid tuvo

lugar un gran alboroto popular y la gente asaltó las residencias de los partidarios más señalados de Godoy, especialmente la de su hermano Diego, situada en el Prado casi esquina a Alcalá. También fueron saqueadas las de Soler, Trujillo, Espinosa, Branciforte, Marquina, etc; solo se salvaron las propias del valido, por haberse puesto guardia y aviso de estar requisadas. La multitud recorría las calles entre gritos de ¡viva el Rey! y ¡mueran los traidores!

Duque del Infantado.

(Vicente López. Museo de Arte Moderno. Madrid)



Un oficial de Marina, el alférez de fragata Esquivel, se hallaba en el cuartel del Pósito, inmediato a la puerta de Alcalá: «A eso de las dos de la madrugada vinieron a nuestro cuartel, que parecían diablos, llenos de tizne y sudor; traían los tambores y las trompetas de los guardias, con los que hacían un ruido horrendo; preguntaron por los oficiales, bajamos todos y habiendo ellos gritado ¡viva el Rey, mueran Godoy y los traidores!, repetimos nosotros lo mismo, tirando los sombreros por lo alto; esto les gustó mucho, y para manifestarnos su alegría nos llenaron de abrazos dejándonos llenos de tizne, que los cubría de los pies a cabeza».

El día 20 de marzo se dio a conocer al pueblo la noticia de la abdicación del Rey en Fernando VII y al día siguiente quedó restablecido el orden en la villa.

DE ALIADOS A INVASORES

Napoleón decidió invadir España en otoño de 1807. Para ello hubo de crear un nuevo Ejército, pues la mayor parte de sus tropas se encontraban ocupando Alemania u organizándose en la costa del Canal. La amenaza de Austria, Rusia e Inglaterra le obligaba a mantener en sus posiciones a las tropas que componían la Grande Armée, que había creado en agosto de 1805, reuniendo a los veteranos de las campañas de la República y el Consulado en el

campo de Boulogne, para preparar la invasión de Inglaterra. Fueron unos 200.000 hombres que recibieron el mejor adiestramiento posible y que constituyeron «*el Ejército más formidable que jamás tuvo Francia*» como lo denominaría el historiador Foy, y que forjó la leyenda de la invencibilidad napoleónica. Pero ni quería ni podía usarlos para invadir la Península Ibérica.

Bonaparte organizó tres cuerpos de ejército mediante una amalgama de batallones de Infantería procedentes de diferentes regimientos, reforzados con reclutas de la conscripción de 1808 y algunos veteranos. Con ellos creó *regimientos provisionales* y *legiones de reserva*, pues pensaba que sería suficiente para la ocupación militar pacífica de un país, aprovechando su condición de aliado. Otro tanto ocurría con los elementos de apoyo, la Caballería y la Artillería, reuniendo destacamentos de diversos regimientos de dragones, coraceros y húsares. También agregó algunos regimientos extranjeros, compuestos por soldados profesionales reclutados más o menos voluntariamente en los reinos ocupados. Tal era el caso de los regimientos de Prusia, de Westfalia o de Irlanda.

A pesar de la mediocre calidad de estas tropas, que ya no eran los vencedores de Austerlitz ni de Friedland, seguían constituyendo un enemigo temible especialmente cuando sables, bayonetas, fusiles y cañones se oponían a civiles escasamente armados y sin organización.

Uno de estos cuerpos, el llamado «de Observación de las Costas del Océano», compuesto por unos 23.000 hom-

bres, al mando del veterano mariscal Moncey, fue el que se dirigió directamente a Madrid acompañando al mariscal Murat, nombrado como su representante con el título de «Lugarteniente de SM» ante el reino de España.

Un destacamento de la guardia imperial viajó desde diversos puntos de Francia hacia Madrid. El contingente inicial, formado por 2.400 hombres (1.046 de Caballería, 1.180 de Infantería y 174 de Artillería con 6 piezas de cañón, 27 furgones y 12 coches ambulancia), estaba a las órdenes del coronel Lepic. También a primeros de marzo, cuatro batallones de fusileros que se hallaban acantonados en Fontainebleau, Cherburgo, Compiègne, y Rouen, se pusieron en marcha hacia Poitiers y posteriormente a España, junto a 600 jinetes más, recibiendo orden de llegar a Burgos el 30 de marzo.

Desde finales de abril, toda la fuerza de la guardia se puso a las órdenes del general de brigada Dorsenne. Una pequeña parte de esta —formada por los mamelucos, quizás los jinetes de Berg y alguna fuerza más, sumando no más de 400 hombres— entró con Murat el 23 de marzo en Madrid. El resto esperó en Burgos, donde en parte se reunió con la segunda columna compuesta por los cuatro batallones de fusileros que fueron llegando escalonadamente a primeros de abril, más una compañía de cazadores vascos reclutada en la zona de Baigorri, que pasó la frontera el 8 de abril. De este modo, a mediados de ese mes, la mayor parte de la guardia, en total unos 3.640 hombres, se encontraba en la capital, donde constituyó el primer y más importante elemento para oponerse a la sublevación de la población de la villa.



Busto de Murat

UNA CIUDAD OCUPADA

La entrada de los franceses en Madrid se produjo a primeras horas de la tarde del 23 de marzo de 1808. Murat cabalgaba en cabeza, seguido de los oficiales de su estado mayor, de los húsares y dragones de la división de Caballería, y de la división Musnier. A pesar del cuidado puesto en que el aspecto de las tropas fuera el mejor, la impresión que recibieron los madrileños, como relató Alcalá Galiano, no fue muy favorable. Aunque los que pasaban bajo sus balcones ya no eran los concriptos del Rhin del invierno anterior, sino soldados más endurecidos por las marchas y los sufrimientos del servicio, la decepción fue notable como recuerda el barón de Marbot, edecán de Murat: «*Comparando los anchos pechos y robustos miembros de los españoles que nos rodeaban con los de nuestros débiles y raquíticos infantes, mi amor propio nacional fue humillado, y sin prever los problemas que causaría la mala impresión que los españoles iban a concebir de nuestras tropas, lamenté vivamente que el Emperador no hubiera enviado a la Península alguno de sus viejos cuerpos de Alemania*».

La penosa visión de los soldados mal vestidos de alguno de los regimientos provisionales y el desaliño general de una tropa en campaña, quizás contribuyó a crear en los ánimos de algunos madrileños la falsa impresión de que en un momento dado, una sublevación armada podía batir a los ocupantes. Ello era olvidar que además habían entrado en Madrid destacamentos de las fuerzas escogidas de la guardia imperial, una formidable máquina de guerra. Y durante los meses del invierno y primavera de 1808 habían seguido una instrucción intensiva, de manera que, según sus propios jefes, maniobraban como los veteranos. A pesar de sus carencias, todos ellos formaban parte del primer Ejército del mundo.

En Italia y Egipto se había demostrado que una baza importante para conseguir el control militar de una ciudad, era el disponer de un recinto fortificado donde poder refugiar las tropas en caso de sublevación, y que sirviera de cuartel y depósito de armas y artillería. El Retiro se consideró como el reducto principal de la plaza, para el que se designó comandante al general príncipe Isembourg, de la 1ª división, que acampó en esa zona, utilizando, según el historiador Gómez

de Arteche, tiendas confiscadas al Ejército Español de Portugal.

La fuerza principal la formaba un batallón (600 hombres) que vivaqueaba en la Plaza Mayor, de donde se sacaban 60 hombres para efectuar las patrullas. Se le agregaban dos bocas de fuego con sus artilleros, y un escuadrón de Caballería también para patrullas. Además existía un regimiento de Caballería de servicio, listo para montar en el Retiro. Como gobernador de Madrid se nombró al general Emmanuel de Grouchy, jefe de la Caballería, quien debía acordar con el capitán general español (Francisco Javier de Negrete) la combinación del servicio de las tropas de las dos naciones. El despliegue se completaba con patrullas exteriores, efectuadas mediante la gendarmería y destacamentos de dos escuadrones de Caballería.

Todos los piquetes y patrullas recibieron la orden de no inmiscuirse en nada relativo a los habitantes o soldados españoles, observar con calma lo que pasase y arrestar a todo francés en estado de embriaguez. Además, se colocaron destacamentos de Caballería en la residencia de Murat (palacio de Grimaldi, antiguo de Godoy, junto al Palacio Real) y de Grouchy, en la plaza del Ángel. Un general de brigada se encargaba diariamente de visitar los puestos, vivaques y cuarteles.

La guardia imperial fue alojada en el centro de la ciudad. El batallón de marinos del coronel Daugier y la compañía vasca, de Murat, en el cuartel del Conde Duque y del Prado Nuevo (llamado San Gil, en la bajada de San Vicente, actual plaza de España). Los fusileros del general Friederichs en el de la calle de Alcalá, San Nicolás o de la Rosa (calles del mismo nombre), San Francisco (al lado de la iglesia, hoy un solar), y del Tesoro (plaza de Oriente). La caballería de Daumesnil (cazadores, mamelucos y ligeros polacos) en el depósito de Recoletos (actual solar del palacio de Linares), y del Soldado (el de guardias valonas en la plaza de Chueca) y la artillería del coronel Digeon en el de la subida al Retiro (cuesta de Moyano). Los generales y algunos afortunados oficiales, se alojaban en casas de notables de la villa, el resto en casas particulares o de huéspedes. Gran parte de los cuarteles españoles hubieron de admitir también piquetes y destacamentos franceses.

La 2ª división (Gobert) acampó entre El Pardo y Fuencarral. La 3ª (Morlot) en las alturas de Chamartín. En cuanto al «cuerpo de Observación de la Girona» de Dupont, llegado días después, la 1ª división acamparía entre Aranjuez y Toledo, la 2ª entre Aranjuez y Pinto, y la 3ª entre Pinto y Madrid. En números redondos, Murat contaba con unos 10.000 hombres en la ciudad y otros 40.000 en su periferia.

Al día siguiente de entrar los franceses, el 24 por la mañana, llegó el nuevo rey Fernando procedente de Aranjuez, en medio de una inmensa muchedumbre que lo aclamaba y por la que, una vez llegado al palacio, hubo de salir numerosas veces al balcón. El entusiasmo popular fue impresionante, clara demostración de las esperanzas que se depositaban en el nuevo monarca y del descrédito en que había caído el corrupto régimen de Godoy.

Los incidentes graves menudearon desde el día siguiente de la entrada del Ejército napoleónico, así, el día 24 de marzo ingresaban tres soldados franceses de diversos cuerpos en el Hospital General; al día siguiente, cinco; el 26, otros tres; el 29, cuatro. Casi todos ingresaron muertos o murieron poco después. El primero de abril, dos. El 12 de abril, en Carabanchel un presbítero mató de un tiro al capitán Mollet, del cuerpo de ejército de Dupont. Durante la Semana Santa (14-17 de abril) se temieron nuevos incidentes y los corregidores y alcaldes de barrios hubieron de extremar las medidas de control del orden público. En total, desde el 23 de marzo al 1 de mayo murieron 174 franceses debido a incidentes violentos. También fueron muchas las víctimas españolas, hombres y mujeres jóvenes, motivo quizás estas últimas de muchas de las reyertas.

CRECE LA INDIGNACIÓN

No pasó desapercibido para el pueblo ni las autoridades españolas el hecho de que ni Murat ni ningún militar francés estuviera en las calles ese día ni cumplimentara al Rey. Para los franceses, la multitudinaria manifestación de fervor popular no presagiaba nada bueno ante la cada vez más equívoca situación de su presencia en el país. Por ello, se aplicaron en reforzar sus posiciones. Pero el descontento popular fue en aumento, sobre todo, tras conocerse la partida del propio rey Fernando y los reyes padres sucesivamente hacia Bayona, y alcanzó la máxima indignación al conocerse la liberación de Godoy por orden de Napoleón y su marcha también a Francia. Estos hechos, unidos a la efervescencia popular que se vivía desde los sucesos de Aranjuez, y el mal comportamiento hacia la población que habían mostrado las tropas francesas durante todo el mes de abril, propiciaron la sublevación.

Mameluco



El 26 de abril al anochecer, tuvo lugar uno de los incidentes más graves, cuando el comerciante Manuel Vidal fue asesinado por el príncipe Salm y sus edecanes, al parecer todos ebrios, en la calle del Candil. El mismo día fue asesinado también por franceses un carretero en Villaverde. Y no menos sonadas fueron las reyertas habidas entre militares de los dos ejércitos, como las que se producían en las tabernas y prostíbulos de las cercanías del cuartel del Conde Duque, que obligaron a las autoridades a cerrarlos los festivos. Todo ello aumentaba el clima de tensión y el rencor de la población. La primera división del general Musnier recibió órdenes de dejar el Retiro y trasladar su campamento a la

Casa de Campo, siguiendo las instrucciones de Bonaparte de dejar únicamente a su guardia en el interior de la villa.

Es muy probable que individuos afines al partido fernandino prepararan algún tipo de reacción ante los últimos acontecimientos, especialmente desde la llegada forzada del Rey a Bayona y la liberación del príncipe de la Paz. Sabemos que Fernando VII envió mensajes por escrito o a través de personas de máxima confianza —Bonaparte lo espiaba todo— desde Francia. Teniendo en cuenta que llegó a Bayona el 20 de abril, fecha en la que conoció las verdaderas intenciones de Napoleón, y que Godoy fue liberado el mismo día de su encierro en el castillo de Villavi-

Coracero francés



ciosa de Odón, no parece que quedara mucho margen para la correcta preparación de una sublevación.

La tan citada por algunos *conspiración de los artilleros* se basa en el testimonio del teniente coronel Novella, compañero de Velarde, recogida por los historiadores Tamarit y Pérez de Guzmán y dada por buena sin documentos concluyentes. Sí parece probable que entre un núcleo de oficiales subalternos y superiores, tanto artilleros como de otras armas, existiera un movimiento opuesto a la ocupación francesa, y que hubieran concertado algunas líneas de actuación llegado el caso. Muchos de estos oficiales de la guarnición de Madrid habían servido juntos en algunas campañas, como en la defensa de Cádiz y zona del Estrecho unos años antes, como el capitán Luis Daoíz y algunos oficiales del regimiento de voluntarios de estado.

Por su parte, el pueblo, muy alterado y agitado por los agentes fernandinos en algunos sectores de la villa, se echó a la calle de forma espontánea. La chispa fue la falta de noticias de Bayona a lo largo del domingo 1 de mayo, y el intento de hacer marchar a los infantes que quedaban a Francia, por orden de Murat, a primeras horas de la mañana del día siguiente. Nadie del pueblo conocía esto con antelación, pues solamente la Junta de Gobierno y las altas autoridades militares fueron informadas en la noche del día 1. El mismo día 2, los franceses habían programado también hacer público el anuncio de que Carlos IV dejaba sin vigor su abdicación en Fernando, como paso previo para poner la corona en manos de Napoleón, según la maniobra que este había pergeñado en Bayona los días anteriores.

LA LUCHA EN LAS CALLES

Napoleón en diversa correspondencia fechada los primeros días de abril, había marcado la conducta que debía seguirse en caso de disturbios. Así, el día 10 comunicaba a Murat: *«El Sr. Beuharnais me indica que es posible que el duque del Infantado sea la cabeza de un movimiento en Madrid. Si eso ocurre, lo reprimiréis a tiros de cañón y haréis una justicia severa. Debéis acordaros de las circunstancias en las cuales habéis hecho la guerra en las grandes ciudades bajo mis órdenes. No empeñarse en combatir en*

las calles, ocupar las casas de las cabeceras de ellas y establecer buenas baterías».

En la Casa de Correos, sede del Gobierno Militar de Madrid, se encontraba la guardia de principal de la plaza. El alférez de fragata Esquivel era su comandante el primero de mayo, desde el mes anterior y dada la escasez de tropa en Madrid, estaba compuesta por granaderos de Marina: *«A eso de las once de la noche vino al cuerpo de guardia un teniente general español, un tal Sesti (don José) y me dijo que los franceses acuartelados cerca de Leganitos estaban sobre las armas; estando en esto oímos tropel de caballos y habiendo salido a ver lo que era, observamos una partida francesa que se dirigía a escape hacia el Retiro, donde tenían acuartelada una columna de mil hombres con varias piezas de artillería. Inmediatamente di un parte a los jefes de la plaza y aunque nada me contestaron, me mantuve toda la noche con la mayor vigilancia».*

La insurrección comenzó, según la mayoría de los testigos, hacia las ocho de la mañana, con una gran concentración de personas frente a la Casa de Correos de la Puerta del Sol. La multitud fue haciéndose más numerosa a medida que subía por la calle Mayor hacia Palacio. La primera víctima de la jornada, si seguimos los testimonios franceses, parece que se produjo en los aldaños de esa calle, y fue un soldado que se dirigía en solitario a llevar una carta a un general alojado cerca de la Plaza Mayor; fue desarmado y muerto con su propia arma. Por una calle que llevaba a la Puerta del Sol, unos 30 soldados que volvían portando leña, probablemente para el vivac de la Plaza Mayor fueron atacados por una multitud, y obligados a defenderse utilizando palos de los que llevaban, retirándose por otro itinerario hasta alcanzar su puesto. No obstante, ocho o diez quedarían heridos o muertos en el lugar.

El gran duque de Berg, Murat, relata el comienzo de la sublevación en su parte a Napoleón:

«Uno de mis ayudantes de campo que había enviado para cumplimentar a la reina de Etruria que iba a montar en coche, ha sido detenido en la puerta del palacio, y habría sido asesinado por el populacho desenfrenado, si no hubiera sido por diez o doce granaderos de la guardia de

Vuestra Majestad que he enviado para liberarle. Un instante después, un segundo ayudante de campo que llevaba órdenes al general Grouchy

ha sido atacado a pedradas y herido (...) Mientras tanto un batallón de la guardia que estaba alojado en mi palacio ha marchado, apoyado por

Alzamiento contra los franceses



dos piezas de cañón y un escuadrón de cazadores polacos, contra la reunión que existía en el palacio, y la ha disuelto a tiros de fusil».

Como relata Grouchy también en su parte, el incidente que da inicio a la insurrección de Madrid se produjo cuando un edecán de Murat, que se dirigía a cumplimentar a la reina de Etruria, fue zarandeado por la multitud, salvándose, según qué versión, gracias a un oficial de guardias valonas que lo entregó a un piquete de granaderos franceses. Según diversos autores galos (el propio Murat, Titeux, Grandmaison, Rosseti) se trataba del jefe de escuadrón Lagrange. Varios autores españoles (García Bermejo, Tamarit, Pérez de Guzmán) lo confunden con el general de brigada Lagrange, del cuerpo de Dupont, que era su hermano, y que al mando de varios escuadrones de Caballería estaba aún de camino desde Burgos a Madrid el 12 de mayo. También achacan a este último la muerte de Daoíz, aunque dada la confusión de los autores decimonónicos españoles en torno a la identidad de los mandos franceses en Madrid en esas fechas, puede que emplearan por reducción el nombre del que era edecán de Murat. El hecho es que este general ha sido y sigue siendo erróneamente situado en la escena de Montealeón.

Los incidentes prosiguieron por varias calles céntricas, hasta desembocar en la Puerta del Sol y alrededores, como describe Murat: *«Por su parte, el general Grouchy reunía su tropa en el Prado y recibía la orden de trasladarse por la calle de Alcalá a la Puerta del Sol y a la Plaza Mayor, donde se habían reunido más de 20.000 sublevados. En las calles se asesinaba a todos los soldados aislados que intentaban llegar a su puesto. Ni siquiera se han salvado los que se encontraban haciendo los suministros. El general Lefranc, que ocupaba con un regimiento el convento de San Bernardino, se trasladó con su brigada a la puerta de Fuencarral, donde se encontraban emplazadas tres piezas de cañón. El batallón de*



marinos ha tomado posición en reserva en mi palacio. El coronel Frédéric (sic) con sus dos batallones de fusileros, ocupaba la plaza de Palacio y la entrada de las calles Almudena y Platería. La compañía vasca se trasladó a la plaza de Santo Domingo. La guardia a caballo de vuestra majestad estaba en batalla delante de los cuarteles, calle del Prado Nuevo, a la puerta de San Vicente; los coraceros marcharon de Carabanchel sobre el puente de Toledo. Han sido enviados piquetes al Hospital y otros contra el Arsenal. Tales eran mis disposiciones cuando he ordenado al general Grouchy trasladarse a la Puerta del Sol y a Frederic marchar al mismo punto por la de Platería y de disolver a tiros de cañón a este

populacho; estas dos columnas se pusieron en movimiento y consiguieron despejar estas calles, no sin muchas dificultades, ya que estos miserables, rechazados de las calles, se refugiaron en las casas e hicieron fuego sobre nuestras tropas desde los cruces (...).

Todo francés aislado está en peligro, aunque muchos se salvan gracias a la generosidad de sus anfitriones. En el parte del cuerpo de ejército de las Costas del Océano, descubierto recientemente entre los fondos del Archivo Histórico Nacional por el coronel Sañudo, nuestro mejor especialista en la contienda, puede leerse: «Los Sres Labloissiere y Legriel, edecanes de S E, fueron salvados por dos oficiales españoles que

Combate en la Puerta del Sol



Dos de Mayo en Madrid. (Museo Municipal. Madrid)



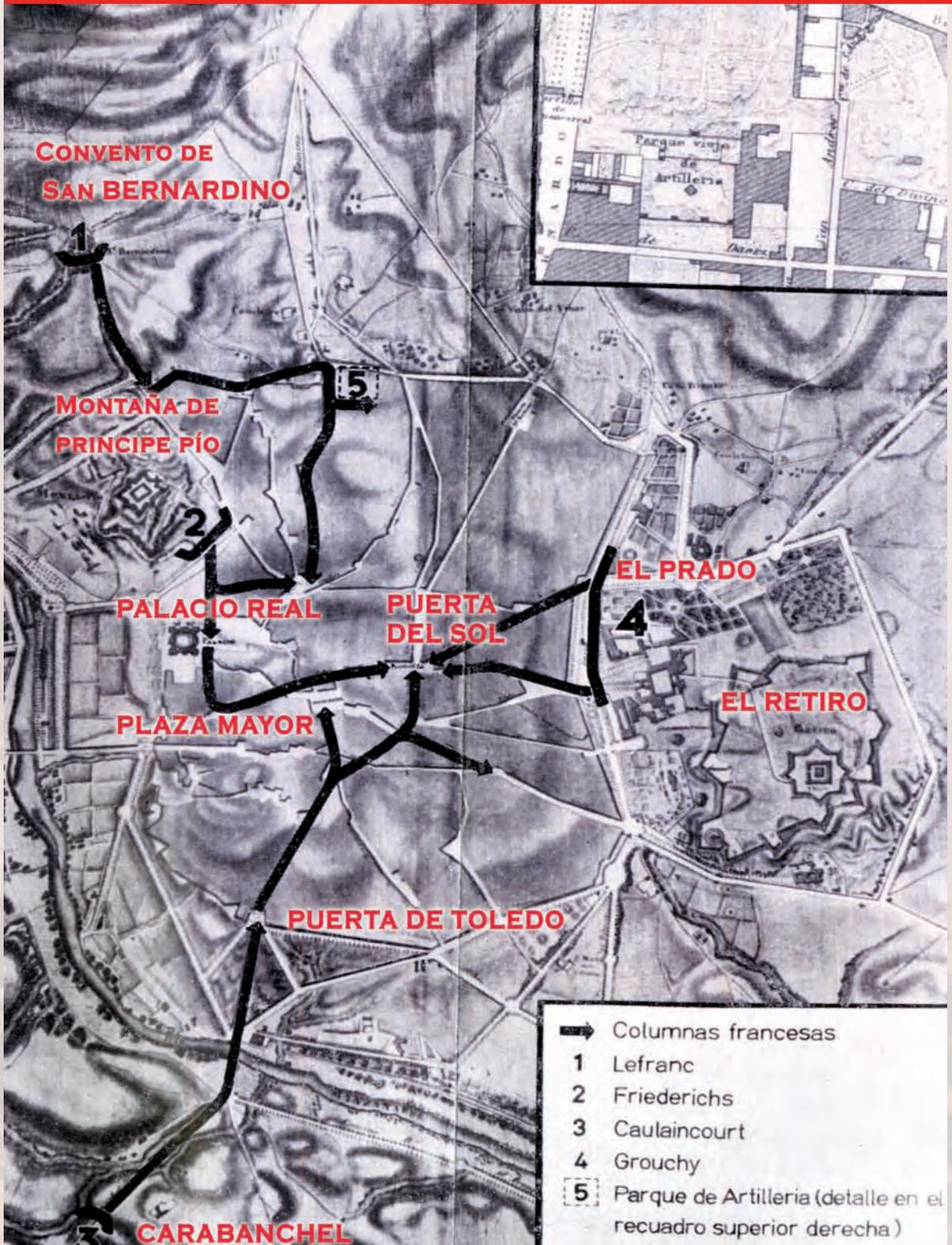
los condujeron al cuartel de voluntarios de estado». Muchos oficiales no pueden ponerse al frente de sus unidades, salvo arriesgarse a ser muertos, como el hijo del general Legrand, teniente de coraceros, muerto al parecer por el impacto de un objeto lanzado desde un tejado en la calle del Barquillo. Es probable que de haber llevado su casco y coraza, que debió dejar junto a sus soldados en Carabanchel, habría sobrevivido al ataque que sufrió al salir de la casa donde se alojaba en la villa. Su padre, uno de los más condecorados generales de Napoleón que combatió en todas las campañas, moriría también en 1815 por las heridas sufridas en el cruce del río Beresina.

Como resulta evidente por el gran número de oficiales y generales que no pudieron ni incorporarse a sus unidades, los franceses no esperaban el levantamiento ese día. Uno y otro bando presentían algo, y muchas unidades francesas pasaron la noche sobre las armas. Otro testigo, el barón Grivel, comenta lo inesperado de la situación: «Nos encontramos al coronel Friederichs de los fusileros de la guardia, a la cabeza de su tropa. Estaba en casaquilla de mañana y

con sombrero redondo, y tenía en la mano el sable de un trompeta de los cazadores a caballo que había muerto, ya que se encontraba bañándose en el momento del motín y solo había tenido tiempo de vestirse a medias». El general La Riboissière, jefe de la Artillería, no pudo abandonar su alojamiento para incorporarse a su puesto, por la inseguridad de las calles.

El gobernador francés Grouchy, relata en su parte el desarrollo de la acción: «A los primeros indicios de estos movimientos, he hecho tomar las armas a los cuerpos estacionados en el Retiro, montar a caballo a los dragones y enviado a buscar a los coraceros. He organizado dos columnas de ataque con cañones en cabeza de cada una de ellas, y desembocando por las calles Alcalá y San Jerónimo desde el Prado, donde había reunido mis medios y donde he dejado cuerpos de reserva, he hecho atacar simultáneamente la Plaza Mayor y la Puerta del Sol. También se ha llegado por la calle Mayor. La guardia imperial, diversas cargas de Caballería y algunos tiros de cañón con metralla han dispersado enseguida a los insurgentes, entre quienes una gran cantidad ha sido muerta o sableada; pero la

La Jornada del 2 de Mayo. Movimientos del ejército francés



evacuación de las calles y la ocupación de los puntos principales de la villa no detenían la viva fusilería y la lluvia de piedras y de tejas que, desde las ventanas y tejados de las casas nos alcanzaban y herían a mucha gente. Vanamente he intentado mediante oficiales franceses y españoles que los habitantes cesaran el fuego; los portadores de estas palabras de paz han sido recibidos a tiros de fusil y habiendo anunciado inútilmente que haría pasar por el filo de la espada a todos aquellos que se encontraran en las casas desde donde se seguía haciendo fuego, me he visto obligado a llegar a esta cruel extremidad que la efusión de sangre francesa hacía necesaria».

En la zona de la Puerta del Sol y calles aledañas, desde Antón Martín, plaza de Santa Cruz, las calles Imperial y Toledo, hasta la Red de San Luis, plaza de santo Domingo y calle Montera, tuvieron lugar múltiples acciones entre civiles y las tropas napoleónicas. Por citar a algunos, cabe nombrar al oficial del Ayuntamiento Gabino Fernández, el jornalero Pedro Días Vicenti de Leganés, el cerrajero madrileño Bernardino Gómez, el ovetense Antonio Meléndez Álvarez o el comerciante santanderino Miguel Iñigo y Vallejo, todos combatientes y muertos en la Puerta del Sol. A Facundo Fernández, muerto en Alcalá frente la iglesia del Buen Suceso; Alfonso de la Esperanza, niño de 11 años, muerto en la calle Toledo junto a San Isidro; o Julián Domínguez, oficial de sastre, muerto de un balazo en Sol.

Los lugares de mayor intensidad de combates fueron, además de la Puerta del Sol y los alrededores de la Plaza Mayor, la calle Magdalena, donde combatieron y murieron los manchegos de Almagro Matías López de Uceda y su hijo; y la Puerta de Toledo, donde el marqués de Malpica dirigió la resistencia de manolos y mujeres como Benita Sandoval Sánchez, que consiguieron detener brevemente a los coraceros procedentes de Carabanchel y Leganés. También Puerta Cerrada, donde combatieron y murieron el vizcaíno José de Guesuraga, Juan González de Huertas, el burgalés Manuel Sáez López y el madrileño Francisco López Silva. La plazuela de Antón Martín, donde murieron el músico Juan Bautista Coronel, el panadero Donato Archilla Valiente y el cirujano Fernando González de Pereda; y frente al cuartel del Conde Duque, en la calle

San Bernardino, donde varios paisanos como Ildefonso Ardoi, el cocinero José Fernández Viña, el zapatero Juan Mallo, el criado Ramón González de la Cruz o el mozo de caballos Nicolás Rey Canillas sostuvieron un tiroteo con los marinos de la guardia y los cazadores de Baigorri, resultando muertos todos ellos en el mismo.

Por su parte, los franceses sufrieron numerosas bajas en esas zonas, como el teniente Lacroix, del 1^{er} regimiento de granaderos a pie, muerto; o el capitán Pion, del regimiento de fusileros-cazadores, herido. Los madrileños produjeron muchas bajas a la Caballería de la guardia que bajaba por Mayor hasta Sol: cayeron heridos los capitanes Kirmann, Poiré, y Gauteier, y los tenientes Elías, Papigny, Maziau y Parizot, todos del regimiento de cazadores a caballo, además de 20 soldados.

EL PAPEL DEL EJÉRCITO

Mientras se extienden los combates por los calles céntricas de la capital, la escasa guarnición de Madrid, siguiendo las órdenes transmitidas por el ministro de la guerra O'Farril y el capitán general Negrete, y reiteradas por el gobernador Fernando de la Vera y Pantoja, permanece en sus cuarteles. Desde hace semanas, la guarnición de Madrid ha ido debilitándose al haberse ordenado a gran parte de las unidades que salieran hacia los reales sitios o localidades próximas. En esos momentos, las unidades presentes en la villa y corte son las siguientes: Dos regimientos de Infantería, el de línea voluntarios de estado, y el ligero de voluntarios de Aragón, con 812 y 1340 hombres respectivamente. Otros dos de Caballería, dragones de Lusitania y del Rey, con 596 y 577 hombres, respectivamente. De Artillería, 17 hombres de la 2^o compañía de la 3^o brigada. La guardia real, de la que quedaban el 2^o batallón de guardias españolas (1.133 hombres), el 1^o batallón de guardias valonas (900 hombres), las compañías española y americana de guardias de corps (110 hombres), dos escuadrones de carabineros (390 hombres), la compañía de alabarderos (152 hombres) y los guardabosques reales (24 hombres). De la Armada, una compañía de granaderos de Infantería de Marina (174 hombres). Además había cuatro compañías de inválidos hábiles (unos 400 hombres), que guarnecían diversos puestos por la

ciudad. En total, unos 6.000 hombres que oponer a los 27.000 imperiales. Todas estas unidades y los centinelas de las guardias que se efectuaban en puertas, cuerpos de guardia, edificios oficiales, etc, de la villa, tenían orden de no llevar munición ni la piedra de sílex que permitía el disparo de los fusiles, desde cuando menos el día anterior.

Sabemos que en algunos lugares, contraviniendo las órdenes, se entregaron armas al pueblo, como en la guardia de inválidos de las casas consistoriales y en el cuartel de guardias españolas. También el regimiento de dragones del Rey estuvo a punto de salir a la calle. El testimonio de uno de sus oficiales, el alférez Carbonell,

Capitán Daoiz
(Museo del Ejército. Madrid)



ha sido hallado recientemente en el Archivo Histórico Nacional: «El 2 de mayo de 1808 al notar el alarma general de Madrid contra el Ejército francés, nos reunimos todos los oficiales en el cuartel, mandamos poner sillas y grupas y nos dispusimos a salir á unimos con el pueblo. El Coronel se opuso a ello manifestándonos una orden del capitán general de la plaza (Negrete) en que le prevenía no permitiera salir del cuartel a ningún individuo del cuerpo haciéndole responsable con su empleo. No obstante montamos a caballo un capitán, dos tenientes y yo, los soldados empezaron a salir de las cuadras con los caballos embridados. El Coronel mandó cerrar la puerta del cuartel y tomar las armas a la guardia de prevención para oponerse a nuestra salida: en este acto llegaron a la plazuela un batallón, un escuadrón con dos piezas de Artillería, del Ejército francés. Nos tomaron la puerta del cuartel y nos impidieron la salida».

Como puede verse, los militares españoles se encontraban en una situación muy delicada, debiendo elegir entre la disciplina y sus sentimientos. En un Ejército profesional, con todas las características de una fuerza armada del antiguo régimen al servicio de la corona, la reacción lógica y mayoritaria esa jornada fue la de obedecer las órdenes. Ejemplos como los de Daoíz, Velarde, Ruiz y los demás oficiales y soldados que, de manera individual, se sumaron al levantamiento de aquel lunes de mayo, cobran aun más valor desde esta perspectiva. Y sorprende que un destacamento de Infantería del regimiento de voluntarios de estado saliera de su cuartel con el consentimiento de su coronel para marchar al parque de Artillería. Como comenta Carreré: «Solamente diré que si las tropas españolas se hubieran alineado del lado de los rebeldes, se hubiera hecho marchar sobre Madrid al cuerpo del general Dupont, que se encontraba a una jornada de marcha, y entonces cincuenta mil franceses habrían obligado a deponer las armas a las tropas españolas, y la villa de Madrid habría atraído sobre ella aun mayores desgracias». Los batallones de guardias españolas y valonas también fueron detenidos en último extremo por sus coroneles, cuando se disponían a abandonar sus cuarteles.

Sin embargo, hay algunos militares que a título individual se unieron a la población y comba-

tieron en las calles. Tal es el caso de los soldados de guardias valonas Lorenzo Leleka, polaco que, herido, morirá 9 días más tarde; Pablo Monsák, húngaro, asimismo herido y fallecido el 12; o Manuel López Esteban, de voluntarios de Aragón, herido y fallecido el 21 de mayo; Manuel Ruiz Garica, de dragones de Lusitania, también herido y fallecido el día 4. Tres soldados anónimos del regimiento de voluntarios de estado, y otros de la misma unidad como Antonio Luque Rodríguez, herido y fallecido el 11; Julián Ruiz, herido y fallecido al día siguiente; y Manuel Velarte Bádnas, herido en el parque y fallecido el 20 de julio; Pedro Fontanet y Trelles, de la 3ª compañía de inválidos, que herido el 2, murió el 7; también de inválidos eran el sargento segundo Víctor Modesto Morales Martín, muerto en Preciados de tres balazos, así como Felipe García Sánchez, también herido en la misma calle y fallecido el 18; y Juan Gómez Hernández, herido y muerto el día 23; como el soldado Hilario Galigagni y Mori, que murió el 9; otro soldado de inválidos, muerto estando de guardia en la casa del marqués de Villescás en la calle de Alcalá era José Espejo. Granaderos de Marina eran Juan Antonio Cebrián y Ruiz, muerto el 2 y Esteban Casales Ribera, fallecido el 21 de junio de las heridas recibidas ese día; Esteban Rodríguez Velilla, médico de los reales ejércitos, herido y maltratado por los franceses, que murió el 12; Eugenio García Rodríguez, soldado de guardias de Infantería española; del cuerpo de Artillería eran Eusebio Alonso, cabo, herido en el parque y fallecido dos días más tarde, artilleros eran José Portales y Sánchez, herido en el parque y fallecido el 18, y José González Sánchez, muerto en el Parque. El escribiente de Artillería Domingo Rojo, herido en el parque, murió el día 30 de julio; cadetes eran Juan Vázquez y Afán de Ribera, de voluntarios de estado, así como Fausto Zapata y Zapata, de guardias de Infantería española. Matías Schlessler, del regimiento suizo de Preux, regimiento que se hallaba en el pueblo de Vicálvaro; el de mayor graduación fue el brigadier Nicolás Galet y Sarmiento, gobernador del Resguardo de Corte, herido en el portillo de Recoletos, que murió el 14 de agosto; otra víctima fue Antonio Álvarez Trigueros, soldado del regimiento de Sevilla, posiblemente con licencia, o destacado, pues esa unidad no servía en Ma-

dríd; igual caso que el anterior sería Antonio Martínez Sánchez, de dragones de Pavía.

Entre los heridos cuyos nombres se conocen, están los soldados de dragones del Rey, Ambrosio Camino y Camino, Manuel Ruiz García y Ramón Ballesteros Delgado; los soldados Ángel Aznort, húngaro, Juan Donet, Ignacio Levando Forkoy y Mariano Schesler, todos de de los suizos de Preux; de voluntarios de estado eran Antonio López Suárez, Esteban Villamendas y Quilez, ambos heridos en el Parque, y Francisco Lavaña Erriera, José Abad y Leso, José Romero, José Hacha Lázaro Cansanillo Diego y Manuel Bravo Parra; artilleros eran Antonio Martín Mag-

Capitán Velarde
(Museo del Ejército. Madrid)



dalena, herido también en Monteleón, como Juan Domingo Serrano, Pascual Iglesias y Sebastián Blanco Calda; soldados de guardias valonas eran Francisco Weller, de Estrasburgo, y Gregorio Alberto de Franzmann, húngaro; Juan Vie del Carmen era soldado inválido de guardias valonas, y Manuel Calvo del Maestre, oficial de archivo del Ministerio de la Guerra y capitán graduado. En total, murieron 40 militares y fueron heridos al menos 28, de un total de 409 muertos y 17 heridos conocidos en la jornada.

LA DEFENSA DEL PARQUE DE ARTILLERÍA

Como es sabido, el parque de Artillería se hallaba en el palacio de Monteleón, en el centro del barrio de Maravillas (hoy plaza del Dos de Mayo). Allí se trasladaron sobre las 11 de la mañana, varios oficiales encabezados por los capitanes Daoíz y Velarde. Este último había conseguido que una compañía de Infantería del cercano regimiento de voluntarios de Estado lo acompañara. Hasta ahora parece que ningún tratadista del Dos de Mayo se ha sorprendido de este hecho. Incluso Pérez de Guzmán alude equivocadamente a la condición de soldado viejo de su coronel, el marqués de Casa Palacio, como explicación de la salida de la compañía. En realidad, Esteban Giraldez Sanz y Merino, era de todo menos eso. Según su confusa hoja de servicios del Archivo General de Segovia, en 1808 tenía 39 años y su experiencia de combate había sido la de ayudante de campo de dos generales durante la guerra contra la Convención francesa (1793-95). Su rápida carrera hasta coronel se debía a ser un destacado partidario de Godoy, y como tal, abrazaría la causa del rey intruso tras el Dos de Mayo, pasando a ser como afrancesado distinguido, uno de sus ayudantes de campo y comandante de su guardia hasta el final de la Guerra de la Independencia.

Pero gracias a la hoja de servicios del sargento mayor de su regimiento en 1808, Julián Romero, podemos saber hoy que Casa Palacio solo accedió a que salieran 33 fusileros al mando del capitán Goicoechea (junto a los tenientes Jacinto Ruiz y José Ontoria, el subteniente Tomás Bruguera y los cadetes Vázquez Afán de Ribera y Juan Rojo), una vez que el citado sargento mayor del regimiento, Romero, se responsabilizara

de lo que pudiera pasar en la calle. Por cierto, Bruguera y Ruiz habían servido, como Daoíz, en las operaciones de defensa de Cádiz y embarcados en el Estrecho años antes.

Gracias al refuerzo de los infantes, Velarde pudo desarmar a la guardia francesa del Parque, compuesta por más de 60 hombres, y comenzar la defensa tras entregar armas a los paisanos, la mayoría de los cuales abandonaron el lugar. Con los restantes, un centenar de hombres y mujeres unidos a los militares, se ofreció al Ejército de ocupación la resistencia más tenaz de la jornada, rechazándose dos ataques de las fuerzas imperiales. El número de muertos y heridos entre infantes y artilleros denota el carácter épico de la defensa. Y desmiente el testimonio del teniente Arango, que había acusado en su *Manifestación* aparecida en 1837, a los soldados de estado de no haber tomado parte en la acción. Testimonio difícil de creer cuando se leen los del capitán Goicoechea, del teniente coronel Novella o de otros civiles, que confirman el papel que desempeñaron en la defensa, haciendo fuego desde los edificios del parque y ayudando a servir los cañones.

Otra de las cuestiones más coincidentes en todos los autores de la bibliografía sobre el Dos de Mayo, incluso en los más recientes, es responsabilizar del ataque al parque de Monteleón al regimiento westfaliano y al 4º provisional «del general Lefranc». Rastreado en las obras más próximas a los hechos, nos encontramos con las primeras referencias en la certificación que el teniente coronel Novella, compañero de Daoíz y Velarde, expidió en 1813, cuyo relato de la acción se basó en testimonios de primera mano recogidos de testigos presenciales. Novella afirma en su certificación que la unidad que dio el asalto más importante a Monteleón fue «la 1ª división westfaliana», en cuya acción moriría Velarde. En 1817, el canónigo García Bermejo, reiteraba en su «Oración fúnebre» lo anterior, añadiendo como novedad la presencia en el último ataque del 4º regimiento provisional al mando del general Lagrange, quien habría sido el responsable de la traicionera muerte de Daoíz.

Sin embargo, un testimonio español confirma que la columna que atacó el Parque entró por la puerta de Fuencarral como informa Murat en su parte. El capitán López de Barañano, maestro de

cadetes del regimiento de Infantería voluntarios de estado, situado en el nº 83 al final de la calle Ancha de san Bernardo, en su diario afirma que: «Entró por la puerta de Fuencarral una columna francesa con sus cañones de campaña haciendo fuego de metralla que entraba por los balcones del cuartel; parte de esta columna intentó penetrar por la calle del parque y por dos veces fue rechazada con mucha pérdida»

Es indudable que la fuerza que dio el ataque principal al parque de Artillería de Monteleón entró por las puertas de Fuencarral (calle San Bernardo) y de los Pozos (calle Fuencarral), proveniente de la carretera del Pardo y del convento de San Bernardino. En este último punto, el más cercano a Madrid, estaba alojado el 6º regimiento provisional, de la 1ª brigada al mando del general Lefranc, perteneciente a la 2ª división (Gobert). El resto de dicha división acampaba a ambos lados de la carretera citada. Todas las tropas restantes que se encontraban más apartadas de la villa, no entraron en fuerza hasta el mediodía, según numerosos testimonios incluido el propio parte o *rapport de situation* del cuerpo de Moncey. Fue por tanto la 2ª división (regimiento provisional 5º a 8º) la atacante y no el 4º provisional ni el westfaliano, que estaban en la Casa de Campo.

El día dos de mayo se recogió el cadáver de un soldado francés que vestía el uniforme blanco y rojo de Westfalia en la Puerta del Sol, lo que situaría la unidad, que tuvo que entrar desde la Casa de Campo, en un lugar alejado del Parque. El soldado Johan Maempel, que sirvió en dicho regimiento, recogió en sus memorias sus impresiones de ese día: «Marchamos por brigadas, las fuerzas ligeras en vanguardia, y así alcanzamos la puerta de Segovia. Veíamos correr soldados y habitantes alejándose de la puerta, mientras se oían continuos disparos en la ciudad, pero nos mantuvimos quietos, al no haber recibido órdenes (...) cargamos en la ciudad por mitades de compañía con bayoneta calada. Nos lanzaban de los tejados y ventanas todos los objetos posibles matando e hiriendo a un gran número de nuestros hombres (...) fuimos destacados en la Plaza Mayor (...)». Ni mención al ataque al Parque por parte de su unidad westfaliana.

Según el *rapport de situation* del Cuerpo del Océano, las tres divisiones no entraron hasta el

mediodía, por lo que los combates principales hubieron de darse con los elementos de la guardia imperial, los piquetes de Infantería que había en los puntos habituales de guardia, como en la Plaza Mayor y en los diferentes cuarteles, y el 6º regimiento procedente de San Bernardino. Así lo reitera Napoleón insistentemente en su correspondencia posterior a la jornada, al indicar que toda la sublevación había sido controlada en esencia por su guardia. Por su parte, Murat informa en su parte: «El general Lefranc, que ocupaba con un regimiento el convento de San Bernardino, se trasladó con su brigada a la puerta de Fuencarral, donde se encontraban emplazadas tres piezas de cañón (...) la mayoría se dirigieron al Arsenal a fin de capturar cañones y fusiles, pero el general Lefranc que se encontraba en la puerta de Fuencarral, marchó sobre ellos, a la bayoneta consiguiendo hacerse dueño y tomar los cañones que los sublevados habían capturado».

Las unidades francesas que sostuvieron combates en este sector, las brigadas Lefranc y Dufour, registraron las heridas de dos capitanes, Henry y Louis, y un teniente, Marcous. La mayor cifra de bajas registradas la tuvieron también estas unidades. El número total de víctimas francesas el dos de mayo ha sido siempre objeto de controversia. No existen datos fiables en los archivos, pues los franceses no registraron muchas de sus bajas, probablemente para reducir su importancia. De los partes que se conservan, y extrapolando las bajas sufridas por los oficiales de los cuales sí se conocen nombres y apellidos, podríamos concluir que fueron unos 80 muertos y unos 900 heridos.

El general Lefranc sufrió dos heridas en el muslo. Fue él y no Lagrange, que no estaba en Madrid, el que atacó el Parque. ¿Fue Daoíz el responsable de ellas antes de morir como afirma la tradición? Probablemente nunca lo sabremos. *Se non è vero è ben trovato*.

Si el limitado acceso a la información francesa disponible en el siglo XIX, perpetuó algunos errores históricos, no desmerecen un ápice el sacrificio de un pueblo y un puñado de militares, cuya sangre corrió unida sobre el empedrado de Madrid, en una jornada que marcaría el inicio de la toma de conciencia cívica de los españoles como nación. ■

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Juan José Sañudo Bayón. Coronel. Infantería.

El Ejército español comenzó la Guerra de la Independencia en unas circunstancias muy especiales, diferentes del resto de las naciones europeas invadidas por el imperio napoleónico. Son perfectamente conocidos sus efectivos al inicio de la contienda y pueden concretarse según datos oficiales en 7.222 jefes y oficiales, y 131.019 de tropa, con las siguientes salvedades de importancia: La disponibilidad de caballos se reduce a unos 5.000, de los que casi 2.000 equipan a la División del Norte, en Dinamarca. La disponibilidad restante reduce los regimientos peninsulares a poco más de un escuadrón operativo.

Además de la citada división con unos 10.000 hombres, otras tres se encuentran, inicialmente, en Portugal, con 26.000, en Oporto y Lisboa, en cooperación y a las órdenes del mariscal Junot. Si bien la primera podrá incorporarse a Galicia sin problemas, haciendo incluso prisioneros, la segunda quedará presa en su mayor parte.

En su conjunto y aunque escaso de efectivos, el Ejército español podría haber sido temporalmente suficiente para llevar a cabo una acción defensiva, apoyada en la fortaleza natural de los Pirineos y en la dificultad de las comunicaciones,

lo que habría proporcionado tiempo a la movilización general; pero no para enfrentar una agresión que partió de Madrid, Lisboa, Pamplona, Barcelona, etc. Además no solo carecía de una dirección propia unificada, sino que había bastantes mandos españoles que apoyaban la ocupación desde las capitanías generales, extremo este que se olvida con frecuencia a pesar de su evidente importancia. España comenzaba más una revolución que una guerra internacional.

El problema básico para la comprensión de la evolución del Ejército es, aunque cause sonrojo decirlo a estas alturas, la carencia de un estudio que lo detalle a lo largo de los seis años de guerra. En Francia y Gran Bretaña, a salvo de invasiones, la documentación se archivó de forma más o menos ordenada. En una España que llegó a estar ocupada en su totalidad, salvo las ciudades de Cádiz, Tarifa y Alicante, se perdió mucha documentación y se dispersó otra, por lo que en numerosos casos es casi imposible el seguimiento de las operaciones. Después de muchos años de búsqueda y ordenación me veo obligado a la rectificación constante. Es normal encontrar varias unidades con el mismo nombre, coincidentes en el tiempo y aun en el espacio, fenóme-

no producido ante la imposibilidad de la Junta Superior de evitar la creación, más o menos espontánea, de un aluvión de unidades fundadas con el consentimiento de las juntas locales, que preferían la existencia de nuevos regimientos con el nombre de su ciudad o comarca y, sobre todo, que les permitieran designar los mandos a su antojo. Esto ocurrió en todas las regiones. Se observa el control creciente del abuso en la creación de unidades, para poder atender ordenadamente su subsistencia, y el aumento consiguiente del número de unidades, no el de combatientes, solo limitado por los recursos económicos disponibles.

Año	U Veteranas	U Nuevas	Total
1808	139	305	444
1809	340	63	403
1810	290	72	362
1811	300	71	371
1812	276	21	297
1813	240	14	254
1814	202	1	203

LA POBLACIÓN ESPAÑOLA Y SUS POSIBILIDADES

Con una población de diez millones y medio de habitantes, según el último censo de la época, España presenta en principio una capacidad de movilización sobrada para las previsiones del Ejército, es decir, para completar sus estados de paz y alcanzar el pie de fuerza considerado conveniente para una guerra fronteriza como la mantenida diez años antes con la Francia de la Revolución. Pero como es normal, la experiencia de la guerra anterior sirve para bien poco en la siguiente y como diría el general Moltke: *«No hay planeamiento que sobreviva a los primeros cinco minutos de una batalla»*.

En los primeros momentos se realizan movilizaciones locales absurdas, que llevan a filas a todos los solteros y viudos comprendidos entre 16 y 40 años, para encontrarse inmediatamente con la imposibilidad de armarlos, vestirlos y encuadrarlos, o proporcionarles alimentos; límites verdaderos a la posibilidad de movilización.

La extrema generosidad de particulares, nobles, plebeyos y religiosos, que en los primeros

Mariscal Junot



momentos aportaron dinero, ropa, armas y caballos, decae en el paso del tiempo. La sublevación de las provincias americanas desde Méjico a Argentina con 1810, no solo corta el flujo de recursos, sino que obliga a enviar tropas allí. Podemos concretar que desde ese año, el Ejército se desenvuelve en la miseria más absoluta. Es normal que los soldados y aun los oficiales carezcan de calzado, la dieta se reduce a pan y poco más. Recordemos la orden del general Castaños al intendente del 5º Ejército cuando, emocionado por el comportamiento de su unidad, decide *«que la tropa tenga un buen gazpacho»* como el mayor lujo posible. O bien su carta a otro general español, comentándole su preocupación por la insistente invitación del general Wellesley, duque de Wellington, a cenar, porque luego tendría que corresponder y *«como tú sabes en mi mesa nunca hay más que pan»*. Es frecuente encontrar informes como *«en este regimiento hay tantos oficiales que están rebajados de servicio por no tener zapatos»* o *«solo se tiene para comer pan hervido»*.

Ha de insistirse en ello: España podría haber triplicado sus fuerzas de haber dispuesto de los recursos económicos suficientes. Por ello se produjo sistemáticamente el fenómeno de reposición de ejércitos destruidos, que en el plazo de tres meses reaparecían una y otra vez para desesperación del mando imperial. En tanto que el lema general «no importa», alimentó el espíritu de la mayoría de los mandos del Ejército español durante los seis años de guerra, la moral de la población civil, siempre más débil, es otro asunto bien diferente, su improductividad crónica es sobradamente conocida. Añádase una administración oficial corrupta y dilapidadora y el déficit anual consiguiente que ocasionó un rédito deudor de 219 millones de reales. Para no entrar en cifras excesivas, digamos que su consecuencia es que el Ejército imperial superó en efectivos al español en más de diez veces, aunque en la realidad su fuerza en presencia en España solo fuera algo más del doble.

LA MORAL

Es norma común a todos los ejércitos de todas las épocas y naciones, enunciar la moral como un principio básico inmutable e imprescindible para el logro de la victoria y a continuación, olvidarse de ella y entregarse al culto del estudio de los medios, la táctica, la logística, etc. De igual forma, el historiador rinde culto a los hechos acaecidos y a los medios materiales que a ellos concurren, y suele prestar poca atención a los fundamentos morales que los provocan. En el estudio de la Guerra de la Independencia el fenómeno se reproduce.

En fechas inmediatamente anteriores, la situación convulsa del reino que conducirá a los sucesos de Aranjuez, dibuja los siguientes extremos:

La cúpula del mando militar es oficialmente «godoísta», pues a Godoy deben su nombramiento, y lo apoyará al igual que Napoleón, en principio, ante la petición de ayuda de su aliado

Infantería española



Carlos IV. Dicha cúpula tenderá a su vez hacia el bando afrancesado, máxime ante una actitud revolucionaria que proviene del partido fernandino apoyado por la tropa, en general, y las reales guardias, en particular. Después de los sucesos del Dos de Mayo en Madrid, conservará esta actitud, pero la sublevación generalizada del Ejército hacia finales del mes, dividirá su lealtad. Puede afirmarse que se inclinará hacia el bando dominante en su ubicación, con algunas trágicas excepciones sobradamente conocidas.

Los jefes y oficiales tienden en principio a la obediencia a sus superiores, pero naturalmente más próximos a los suboficiales y tropa, e identificados con su indignación, seguirán el camino de la sublevación. Es en el seno de la tropa y de los suboficiales, la facción que menos privilegios tiene que conservar, donde se produce la verdadera sublevación, nunca contra su mandos inmediatos, sino contra la política afrancesada del país. Lo demuestra claramente la ausencia de enfrentamientos fratricidas, que sencillamente se resuelven por el camino de la desertión, desde aquellas unidades reacias en principio a la sublevación, hacia las regiones donde ha triunfado.

Reducidos a cuadros de mandos, sin tropa, los regimientos remisos acabarán siguiendo su camino. Podemos afirmar que ni una sola unidad del Ejército español quedó al servicio de José I, quien tendrá que inventarse, con nulo éxito, un Ejército real español, a partir de la nada.

Pero es en la consideración histórica del pueblo español, donde se produce el mayor error de bulto. Las razones ya fueron apuntadas, para conseguir un éxito editorial o la voluntad del pueblo, es preciso adularlo sin tasa. La verdad es anatema. Ciertamente en las primeras fechas de la sublevación, se producen motines generalizados del pueblo, contrarios a la ocupación imperial. Varios factores morales coadyuvan a ello:

- La perspectiva de un cambio político, es decir Fernando VII por Carlos IV, un monarca viejo cuyo gobierno ha sido frustrante, por otro joven lleno de expectativas de cambio, fenómeno que en una monarquía hereditaria solo se produce una vez en la vida de sus súbditos.

- El odio secular hacia el principal enemigo de España contra el que se había mantenido una guerra fronteriza tan solo diez años antes.

General Palafox



- El factor religioso alentado hasta el paroxismo por el clero bajo, que ve en los herederos de la Revolución Francesa al mayor enemigo posible.

- La clase dirigente cuyo nivel de vida y privilegios despierta en el pueblo el más común de los pecados capitales de los españoles: la envidia.

En su mayor parte, estos motines no se traducen en acciones contra el invasor, sino contra las autoridades españolas, que se unen a la sublevación o pierden la vida por ello. El fenómeno del motín hará surgir caudillos locales que se impondrán a una acción militar concertada, al exigir y detentar el mando con la consiguiente pérdida, por no decir imposibilidad, de eficacia. El caso de Palafox y Aragón es solo una muestra del error al mayor nivel y de imposibilidad de acción concertada con el resto de los ejércitos españoles.

Pasados los primeros días, la realidad se impone, los recursos económicos escasean, las privaciones de ropa y comida, la fatiga de las marchas y la inclemencia del clima harán su trabajo. La desertión se generaliza. Este factor, de importancia decisiva para la eficacia de un Ejército, ha sido ignorado sistemáticamente por la Historia. Cualquier español se sorprenderá al conocer que en tan temprana fecha como el dos de agosto de 1808, hay que recurrir a bandos de amnistía, para que los numerosos desertores recapaciten y vuelvan o se incorporen a sus unidades. Incluso la desmoralización de los primeros voluntarios es tan patente, antes de haber visto al enemigo, que se les autoriza a regresar a sus casas. Citemos un ejemplo, el célebre Batallón Literario formado por unos 1.200 voluntarios de la Universidad de Santiago, se queda reducido a 300, cuando el general Blake, viendo su estado de ánimo, el 29 de agosto de 1808 autoriza que desde Mansilla de las Mulas en León, regresen a sus casas los que quieran. Ciertamente los res-

tantes se harán célebres por su valor y eficacia, pero una vez más se pone en evidencia la dificultad para transformar civiles en soldados en breve plazo y sin los medios precisos.

Pero ello no fue más que el comienzo. A lo largo de la guerra, junto a muestras de heroísmo, que abundan, el comportamiento generalizado de la población, autoridades y ciudadanos, es de oposición al cumplimiento de sus deberes de servicio con el Ejército. Veamos algún ejemplo:

Diario de Madrid Nº 62, de 8 de octubre de 1808. Aviso al público:

«La Junta de Armamento se lisongeó que publicado su aviso de 17 de setiembre último se habrían apresurado a presentarse para ser filia- dos en los parages señalados los mozos y viudos sin hijos, que, olvidados hasta entonces del inminente peligro que amenaza la patria, se habían desentendido de la obligación que les impone la defensa de la religión, de sus hogares, y de los legítimos derechos de nuestro amado Rey el Sr. D. Fernando el VII, sin dar lugar á que el go-

Soldados españoles



bierno tuviera que remediar con alguna de sus providencias la indiferencia de algunos. Bien á pesar suyo ve la junta el poco fruto que ha producido dicho aviso, pues sin embargo de haber transcurrido un mes desde que empezaron á filiarse los que deben servir a la patria con destino en el real cuerpo de artillería, y segundo de infantería de línea de Voluntarios de Madrid, excede la falta de ambos en más de la mitad de la fuerza que les está señalada.

En tales circunstancias, estando cierta la junta de ser crecido el número de mozos solteros y viudos sin hijos que existen todavía en esta capital, y se han mantenido pasivos é indiferentes, al paso que otros se han apresurado á tomar parte en la justa causa que defendemos, ha acordado, con aprobación del Consejo, anunciar, como por el presente anuncia, á los habitantes de esta capital que, debiéndose proceder dentro de breve tiempo á la organización del cuerpo de reserva con destino a completar los cuerpos veteranos del ejército por medio de un alistamiento general, y sorteo en seguida de todo mozo soltero y viudo sin hijos, desde la edad de 16 años hasta la de 40 que no esté exento por la Real ordenanza de reemplazos: los que desde esta publicación hasta el 15 de este mes se presenten á filiarse para completar los dos expresados cuerpos de Artillería, y segundo de Voluntarios de Madrid, acudiendo para éste á su Cuartel de reales guardias de Corps, y para el de Artillería al del Retiro, servirán solamente por el tiempo de la presente guerra; y que pasado dicho plazo, se procederá al citado alistamiento y sorteo, sin la menor contemplación, para reemplazo de los cuerpos de ejército, debiendo servir ocho años los sujetos á quienes toque la suerte de soldado, con arreglo a ordenanza».

Orden del Abad de Couto, caudillo en la sublevación gallega de 1809 (caudillo era el que tenía obligación de defender la frontera):

«Que se levanten los pueblos que no lo están y que en el preciso término de 24 horas, todos los hombres que puedan regir armas se presenten y no haciéndolo, que se quemarán las casas a los caudillos, y se hará fuego sobre los españoles omisos, como si fueran enemigos».

Veamos un último e interesante ejemplo:

Diario de las Operaciones de la División del Condado de Niebla, 1810, pág. 4:

«De esto se seguía, que en todos los pueblos estaban abrigados muchos dispersos y desertores, que ni las justicias trataban de hacerlos incorporar a sus regimientos, y mucho menos sus padres y familias que yacían embriagados en su ignorancia, sin prever los males que acarrearán á la patria y á si mismos. Igual conducta observaban con los alistados y demás contribuciones...»

Pero quizás de más graves consecuencias para la moral de los mandos inferiores, fue la debilidad del mando superior o más bien la falta de él, en el seno del propio Ejército, que ejerció primero dicha Junta y después las Cortes, tolerando la corrupción en los ascensos para contentar a las autoridades locales. Como lo expuesto puede parecer subjetivo o exagerado, veamos un par de ejemplos de fuente autorizada:

Boletín Nº 20 del Estado Mayor del 6ª Ejército, titulado Obstáculos a la Organización de los Ejércitos.

Pág. 81: «En la desgraciada acción del 19 de Febrero último, delante de Badajoz, quedaron destrozados y reducidos á la nada casi todos los Cuerpos del 5º Ejército: sin embargo se llamaron Quadros sus débiles reliquias y esto dio margen a una promoción en que se crearon y ascendieron una porción de Xefes por la fatal regla de "le toca"».

Pág. 84: «En principios de 1810, en el Principado de Asturias, se intentaron diferentes reformas para evitar el grabísimo mal de haber 20 u 30 Cuerpos y cada uno con 100 hombres y muchos Xefes y Oficiales, se logró deshacerlos todos y numerarlos, para evitar toda predilección; más la circunstancia de haber mudado de destino el encargado de la organización, dio lugar a que las miras particulares se atendiesen otra vez, á que el Provincialismo este monstruo de cien cabezas diferentes, preponderase haciendo desaparecer el vislumbre de orden que se dexaba descubrir, y todos luego bolviesen a tomar inmediatamente sus antiguos nombres, cayendo en la misma confusión».

No quiero terminar este breve apunte sobre la moral, con la falsa impresión de un pueblo poco amante de su independencia o excepcionalmente corrupto y falto de valor. La comparación es necesaria. Nada más fácil que observar los índices crecientes de desertión en los reclutamientos lle-

vados a cabo en el imperio francés, que llega a cifras próximas al 90% en los últimos de 1814, en una Francia ciertamente invadida, pero muchísimo menos ocupada de lo que estuvo España. O simplemente considerar el número de combatientes británicos en proporción a su población, para constatar que, en realidad, el pueblo británico, para su suerte, no fue a la guerra. Tan solo la decisión del Gobierno de SM y su disponibilidad económica posibilitaron la operatividad de un Ejército minúsculo, cuyos integrantes se autodenominaban buenos mercenarios, eficazmente apoyados por los regimientos de la Legión alemana y auxiliados por los portugueses que, por qué no decirlo, según los testigos británicos contemporáneos, eran llevados encadenados al Ejército para evitar las deserciones masivas. En consecuencia, podemos generalizar y hablar de pueblos forzados a la guerra, excepto en el caso británico, simplemente ausente de ella.

Marqués de la Romana
(Real Academia de la Historia. Madrid)



LA ECONOMÍA

Reiteradamente hemos considerado la decisiva importancia de los recursos económicos en la guerra. Tanto limita la eficacia del Ejército español y dificulta la comprensión de este hecho, que deseo exponer algún ejemplo. A principios de 1809, el Ejército de la Izquierda se encuentra en León al mando del marqués de La Romana, con unos 23.000 hombres, frente al Cuerpo de Ejército del mariscal Soult con unos 13.000. Si el historiador no concreta el hecho de que solo 9.000 de los primeros tenían armas, que casi todos eran reclutas recién sacados de sus casas y que carecían de Caballería frente a unos 2.000 jinetes imperiales, el estudio de la situación no resiste el menor análisis.

El estado del Ejército de Aragón, de 13 de agosto de 1808, totaliza 13.375 hombres, pero debemos observar que carece totalmente de Caballería y que su armamento es de 8.927 fusiles, muchos inútiles, de diferentes calibres, así como 407 lanzas y que, por supuesto, todos son reclutas sin preparación alguna y por añadidura sus mandos son reservistas o peor aun, elegidos arbitrariamente. No podemos limitarnos a establecer comparaciones numéricas con un Ejército como el imperial, veterano de muchas campañas recientes, bien equipado y mandado, aunque no careciera también de problemas logísticos, que solucionaba devastando el país, solución obviamente impracticable para los españoles.

Pero centrémonos en el aspecto económico, sin duda el más importante. Veamos el punto III-2º de la sesión de las Cortes, de 22 de enero de 1814, cuatro meses antes de finalizar la guerra y que contiene la experiencia administrativa de casi seis años de conflicto:

«Sobre el pago de prest, plus, pagas y demás obligaciones de los ejércitos:

La Regencia anterior, que consignó los nueve décimos al pago de las necesidades de los ejércitos, debía saber que para la manutención y equipo de 150.000 hombres, sin contar el pan ni la cebada que debía facilitárseles de los almacenes, se necesitaban mensualmente 28.657.713 reales en metálico y añadiendo 21.000.000, importe de las obligaciones del ejército pasivo, resulta que las necesidades a dinero de la fuerza armada, con exclusión de los víveres, necesitaban 49.657.713 reales cada mes. El importe de

las rentas no llegaba entonces a 300.000.000 de reales cada año; de consiguiente los nueve décimos montaban 270.000.000, o sea 22.500.000 cada mes: de donde es visto que aplicando los nueve décimos, faltaban cada mes 27.157.713 reales para cubrir las necesidades del ejército.

- Por otra parte, aún rindiendo las rentas 300.000.000 de reales no se podían llenar los deseos del Gobierno con la mencionada aplicación, porque no existían almacenes, las tropas se mantenían de raciones sacadas a los pueblos, los cuales se reintegraban por las contribuciones que debían pagar; de donde resultaba una baxa enorme en los rendimientos, y de consiguiente en los nueve décimos, viéndose las tropas sumidas en la miseria, a pesar de los deseos de la Regencia y de los sacrificios de la Nación».

Acabamos de ver, de fuente fidedigna, cómo las Cortes justifican el estado de miseria de las tropas, excusándose con una baja renta nacional de 300.000.000 de reales. Al principio de estas líneas afirmábamos que siempre es posible encontrar pruebas que avalen cualquier punto de vista, por contrario que este sea. Vayamos a ello:

En el libro titulado *Entre la guerra y la paz. Jaén 1809-1814* –Universidad de Granada. Ayuntamiento de Jaén. 1991–, se concreta el presupuesto nacional de 1807 y se cifran los ingresos en 699.500.000 reales, englobando en ellos 150.000.000 procedentes de los ingresos caudales de América, ya inexistentes en 1814. El error de apreciación entre ambos es de 249.500.000, es decir, de un 83,16%, ciertamente excesivo. Si creemos ambas fuentes y no hay motivo para lo contrario, hemos de acordar que la ocupación del territorio español, produjo una caída de la renta nacional próxima al 50% y si añadimos la pérdida de la renta americana, el resultado es catastrófico. En resumen, el hundimiento económico español fue espectacular y en corto plazo sumió al Ejército en la miseria, prácticamente en el hambre y la desnudez.

Para terminar esta consideración económica, se impone una breve comparación con Francia, cuyo presupuesto nacional para 1807 se cifró en 3.313.091.852 reales de vellón, más del cuádruple del español para el mismo año. Consecuentemente el mismo estudio detalla y globaliza las

fuerzas del Ejército francés en 1.509.127 y las del español en 141.525, es decir, una superioridad numérica imperial de más de 10 a 1. ¿En qué estaría pensando el alcalde de Móstoles, cuando le declaró la guerra a Napoleón? Sin duda y como tantos españoles, en lo que debía hacerse, en lugar de pensar en lo más conveniente para su interés personal.

LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA

Naturalmente en un país de escasísimos caminos de rueda dispuestos de forma radial, el dominio del centro, es decir Madrid, era imprescindible para desarrollar la maniobra por líneas interiores, que proporcionara la superioridad estratégica. No se trata de la importancia política de la capital, por otra parte evidente, sino de una de las claves militares: la posibilidad de la maniobra artillera, cuya concurrencia al campo táctico era imprescindible. El duque de Wellington lo pudo comprobar bien pronto en Talavera, donde la mayor parte de sus bajas lo fueron por el fuego de la artillería imperial. Pues bien, el mando galo conservó dicho centro desde el primer día del conflicto hasta el comienzo del fin, en el verano de 1813, salvo el breve lapso de tiempo provocado por Bailén y Arapiles. Así pues, podemos concretar que el dominio estratégico perteneció al bando imperial, contra el cual los españoles desarrollaron una estrategia reiterada de esfuerzos convergentes sobre el centro, lógicamente conducentes al fracaso por su difícil coordinación. Las campañas de Rioseco, Talavera y Ocaña son claros ejemplos de obcecación española, donde se malgastaron los escasos recursos disponibles, a la búsqueda de un objetivo político que fortaleciera la débil situación de la Junta Suprema.

Por el contrario, la maniobra estratégica de Wellington fue de desgaste inicial del enemigo, mediante acciones retardadoras en profundidad –acción del río Coa– y solo aceptaba la batalla desde posiciones fuertes, incluso preparadas de antemano –Busaco– para terminar tras el triple e inexpugnable atrincheramiento de Torres Vedras, sin importarle exponer la práctica totalidad del territorio portugués al saqueo del enemigo. Obviamente fue la única estrategia posible en principio, para en 1812, tras el error de Marmont en Arapiles, pasar a una estrategia improvisada y claramente errónea al dividir su esfuerzo en dos direcciones,

Burgos y Madrid. Es decir, la fatal atracción del centro, ya solo objetivo político al haber cortado el cordón umbilical de los imperiales en Burgos, cuya toma le resultó también fallida por la crónica deficiencia poliorcética británica, ya evidenciada ante Badajoz y Ciudad Rodrigo.

Pero el caudillo británico poseía una de las virtudes más importantes, aprender de sus propios errores, y el año siguiente supo maniobrar contra la previsible estrategia francesa: dominio inicial del centro, para atraer a Wellington, seguido de una acción retrógrada de desgaste en profundidad a caballo, del itinerario Madrid - Burgos - Victoria. Pero la maniobra desbordante en amplitud de su ala derecha, en evitación de toda confrontación, hasta rebasar incluso el Ebro, antes de que los imperiales llegaran a comprender la maniobra hasta estar amenazados de envolvimiento general, demuestra la importancia del mando, del que desgraciadamente careció el Ejército es-

pañol en los cuatro primeros años de la guerra. Carencia motivada por la debilidad política, ante la crónica y enfermiza tendencia a la regionalización, unida a la no menos desgraciada imposición de la antigüedad y a la política interna, que antepuso la fidelidad sumisa a la Junta Suprema primero y a las Cortes después, a la eficacia del mando. Las destituciones de Castaños, Ballesteros y tantos otros generales de comprobada aptitud son claros ejemplos de lo expuesto en contraste con los Blake, Venegas, Areizaga, etc.

En el campo táctico, donde todo ha de materializarse, los Ejércitos españoles, carentes de la imprescindible cortina de la Caballería propia, suelen ser sorprendidos al amanecer por los imperiales que tras rápida marcha nocturna caen sobre sus vivaques o campamentos: Río seco, Santa Engracia, Almonacid, Ocaña, etc, demuestran lo expuesto. Solo la casual diana a las 3 de la mañana salvó de un resultado parecido en Bailén.

Defensa de la Torre de la Gironella (Monserrat. Museo del Ejército. Madrid)



En todo caso, iniciada una batalla campal, la inevitable derrota por inferioridad numérica de la Caballería española, producía en la Infantería la evidencia de encontrarse envuelta, «cortada», con el consiguiente hundimiento moral.

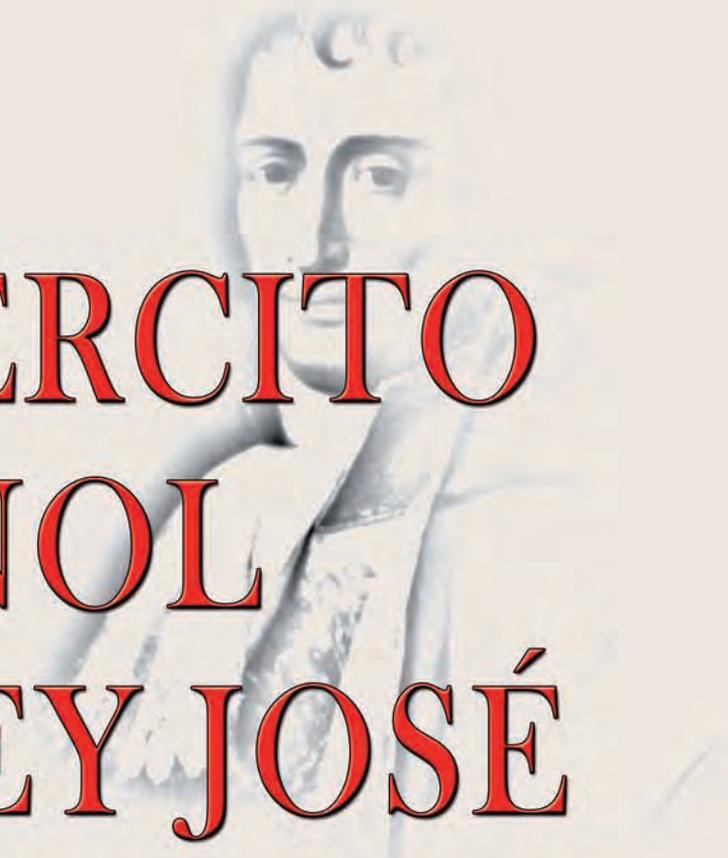
Añádase la neta superioridad numérica y orgánica de los *voltigueurs* sobre los infantes ligeros españoles, para situar a los mandos de las pequeñas unidades a tiro de aquellos con su inevitable baja. Ocurrió claramente en Espinosa de los Monteros, a costa de la división asturiana. Comenzaban así las batallas, rodeados y con bastantes mandos muertos o heridos. Sin embargo en algunos casos, Bailén es un ejemplo pero no el único –Tamames, Alcañiz, San Marcial, la Albuera, etc- la fortaleza del terreno y/o la eficacia artillera propia, apoyaron suficientemente la moral de la Infantería que batió a las columnas imperiales por la superioridad de fuego de la línea sobre la columna. ■

Pero en la mayor parte de las ocasiones, estas consiguieron hundir la ya debilitada moral y provocar la huida, consiguiendo victorias tan fáciles como engañosas, pues de ordinario se comprueba que, incomprensiblemente, la Caballería francesa, reina absoluta del campo de batalla, no explotó convenientemente el éxito con la persecución. Unas veces la fatiga previa a la batalla, otras el saqueo, fueron la causa.

Para finalizar, no quisiera terminar sin rendir mi admiración al Ejército español, que entre tantos problemas e incomprensiones, supo oponerse sin desmayos durante seis años a la mejor máquina de guerra del mundo en aquel momento. Tuvo aciertos y errores, pero con toda justicia podemos decir que fue el único Ejército europeo capaz de oponerse continuamente a Napoleón durante el tiempo necesario, consiguiendo que su «úlcera española» no cesara de sangrar un solo momento hasta su derrota. ■



EL EJÉRCITO ESPAÑOL DEL REY JOSÉ



Luis Sorando Muzás. Vicepresidente de la Asociación Napoleónica Española.

INTRODUCCIÓN

José Bonaparte, desde el momento en que recibió en Bayona la corona española de manos de su hermano el emperador Napoleón, deseó poder contar con un Ejército propio que le permitiese lograr —con el tiempo— una autonomía defensiva, librarse de los grandes gastos, así como de la pésima imagen que le ocasionaban las tropas imperiales proporcionadas por su hermano.

Esta es la historia de su olvidado y efímero Ejército y de los hombres que lo formaron, víctimas de la desconfianza por parte de sus aliados franceses, y odiados y despreciados por sus compatriotas, que les llamaban jurados y renegados¹.

JOSÉ ABANDONADO POR EL EJÉRCITO BORBÓNICO (JUNIO-JULIO 1808)

Al producirse el levantamiento del Dos de Mayo de 1808, los franceses controlaban tan solo una serie de plazas en la mitad norte de la Península², y cuando el 6 de junio José Napoleón aceptó en Bayona la corona española, pensó

que podría lograr al menos la fidelidad de aquellos regimientos del antiguo Ejército borbónico que se hallaban destinados en esas localidades.

El 9 de julio entró por fin José I en España, y esa noche escribía a su hermano: «*Las tropas españolas se acogerán al que las pague... con dinero se podrán rehacer los regimientos que restan en Madrid*».

Durante su breve estancia en la capital aprobó el nuevo escudo real, el 12 de julio, y habló inútilmente de la conveniencia de formar la gendarmería y las guardias cívicas, con el fin de guardar el orden y de responsabilizar a los alcaldes de su mantenimiento; pero la noticia de la gran derrota de Dupont en Bailén el 22, hizo desertar de las filas imperiales a los pocos militares españoles que inicialmente lo habían apoyado. Viéndose forzado a abandonar Madrid el 30 de ese mismo mes, escribió de nuevo a su hermano, pero esta vez en un tono muy distinto: «*Todos mis oficiales españoles me han abandonado, menos cinco o seis personas*».

FORMACIÓN DE LA GUARDIA REAL (AGOSTO-DICIEMBRE 1808)

Tras el desastre de Bailén, la pequeña corte de José I se instaló provisionalmente en Vitoria, y allí, en octubre y siempre a instancias de su ministro de Defensa. Gonzalo O'Farrill, se empezaron a sentar las bases del que deseaba fuera su nuevo Ejército.

El 20 de ese mes creó una nueva orden militar que dejaría sin efecto todas las existentes anteriormente³ —excepto el Toisón— y cuyo nombre oficial sería el de «Orden Real de España», si bien popularmente sería conocida como «la berenjena»⁴. Pese a ello, las primeras concesiones de esta orden no tuvieron lugar hasta el 20 de septiembre del año siguiente.

También en octubre de 1808 llegó desde Nápoles a Vitoria, una columna de la guardia real de ese reino, del que José había sido monarca entre 1806 y 1808, que reorganizada y aumentada con reclutas franceses dio lugar a la nueva guardia real de José como rey de España⁵.

Esta guardia, auténtica elite de su nuevo Ejército, estaba compuesta íntegramente por soldados franceses —a excepción de una pequeña compañía de vélites, formada por nobles napolitanos—, siendo precisamente por esto considerada como digna de confianza por parte de sus aliados imperiales.

El 5 de noviembre el séquito de José I y su guardia real sustituyeron sus escarapelas tricolores por la tradicional roja de España, que había sido adoptada por José en un nuevo intento de agradar a sus súbditos. Ese mismo día iniciaron su camino hacia Madrid, siguiendo al emperador Napoleón en su triunfal campaña, que terminó el 3 de diciembre con la capitulación de Madrid y la reinstauración de José en su capital.

INSTRUCCIONES DEL EMPERADOR (DICIEMBRE 1808-ENERO 1810)

Tan solo dos días después de ocupar Madrid, escribió el Emperador a su hermano José una larga carta en la que, con respecto a la creación de su propio Ejército, le ordenaba aumentar la fuerza de la guardia real con más franceses, y crear inmediatamente con los extranjeros que antes servían a los reyes de España, dos regimientos de línea: uno llamado Reding, con todos los suizos, y el otro real extranjero, con los de todas las demás naciones.

En cuanto a las tropas propiamente españolas, solo contemplaba la futura formación, sin prisa, en Francia, y con los restos de la división de la Romana, de un regimiento llamado real Napoleón de España⁶, y de otro de Caballería formado con desertores, y los carabineros reales de España⁷.

El 15 de diciembre dispuso igualmente la creación de la guardia nacional⁸, y ese día abandonó Madrid en persecución de los ingleses de Moore y de las tropas españolas del marqués de la Romana, a las que lograría destrozarse en Mansilla el 29 de ese mismo mes.

José Bonaparte. (Gerard).
(Museo de Bellas Artes. Paris)



El 7 de enero de 1809, desde Valladolid y en vísperas de regresar a Francia al dar por concluida su triunfal campaña española, escribió el Emperador a José I varias cartas en las que se aprecia cómo la mejora de la situación le había hecho superar su desconfianza hacia el alistamiento de españoles: «Ya no existe

Orden Real de España



verdaderamente ni la sombra de un Ejército español. Los 4 o 5.000 hombres apresados a la Romana eran horribles de ver; son todavía peores que los que el duque de Danzing tenía del lado de Extremadura».

Y consecuentemente disponía: «Podría ser una buena medida el crear algunos regimientos de españoles... uno al Norte en Palencia y otro en El Escorial y alrededores. Siendo necesario nombrar muchos oficiales españoles seguros para mandarlos, y mezclarlos con algunos oficiales franceses, y dar muchas plazas de subteniente a antiguos sargentos mayores».

Tres días después, el 10, volvía a escribir en un tono más imperativo:...«Yo os mandé, creo, formar un regimiento español. Tenéis un coronel de Murcia que es un hombre muy bravo; tenéis oficiales seguros; podéis formar ese regimiento. Será bueno, al menos para la policía...».

Y ese mismo día le ordenó crear en El Escorial un batallón «Real Irlandés», con los presos de esa nacionalidad que había en Segovia, procedentes tanto del Ejército inglés como del español.

El día 11, le respondió José: «Tengo dos coroneles españoles muy seguros para formar dos regimientos, pero los soldados faltarán largo tiempo»; y el 13 le decía el Emperador: «No veo inconveniente en que cojáis aquellos prisioneros de los que podáis estar seguro para formar nuestros regimientos; pero no es necesario que toméis oficiales».

El día 15 insistía Napoleón nuevamente: «Creo que inmediatamente después de vuestra entrada en Madrid debéis ocuparos de crear dos o cuatro regimientos, uno de ellos en el Norte, tomando la precaución de no dejarlos aproximarse a menos de diez leguas de Madrid. Si podéis formar unos cuadros con algunos oficiales, yo creo que encontraréis mucha gente. Estos regimiento son indispensables para refugio de numerosas personas que de otro modo se convertirían en bandidos, y al mismo tiempo serán unos cuerpos buenos para la policía».

FORMACIÓN DE LOS PRIMEROS REGIMIENTOS (ENERO-DICIEMBRE 1809)

No podía suponer que ese mismo día, en Uclés, sus ejércitos estaban logrando una nueva y aplastante victoria, que le proporcionaría 5.600

prisioneros, que serían el verdadero germen de sus primeros regimientos españoles⁹.

El 20 de enero, Laforest escribía al Emperador contándole como el Rey había dispuesto suprimir la formación del regimiento suizo de Reding, para adelantar la del real extranjero, fundiendo en él a sus escasos individuos; y que, además, quería formar el real irlandés y otros dos de españoles: *«El Rey parece impaciente por tener algunos cuerpos de tropa; sería más útil a SM emplear sus primeros fondos en crear la gendarmería para los pueblos y guarniciones francesas en las capitales, O’Farrill piensa esto, el Rey no»*.

Dentro de este ambiente eufórico recibió O’Farrill, el 4 de febrero, una carta desde León, según la cual un teniente coronel de la antigua división de la Romana, derrotada en Mansilla, había formado allí un batallón de casi 500 hombres, nombrado provisionalmente 1º ligero de España, e inmediatamente escribió al Emperador: *«Empieza a demostrarse que el Rey no tardará en tener unos cuerpos respetables bajo sus banderas que, bien repartidos por las provincias, harán aumentar la confianza en su autoridad»*. Pero se equivocaba, ya que el 21 de ese mismo mes escribía el Emperador a su hermano José: *«El regimiento que se había formado en León ha desertado con armas y bagajes. Y pasará lo mismo con los otros regimientos»*¹⁰. Es decir, que la confianza del emperador en las tropas españolas había durado tan solo unas semanas.

De nuevo, al día siguiente, Laforest escribía a Napoleón: *«Los regimientos de línea creados no se consolidan, pues la indisciplina y la desertión tienen constantemente en alerta a sus coroneles. Sería mejor renunciar a estos ensayos hasta la sumisión total del reino»*.

La nueva opinión del Emperador era que habría sido mejor crear estos regimientos en Francia, lejos de influencias contrarias, para devolverlos un par de años después a España, ya instruidos y adoctrinados.

Pero José, ajeno a este pensamiento y lejos de disolver los pocos cuerpos ya existentes¹¹ y de renunciar a su nuevo Ejército, ordenó la creación de otras nuevas unidades: el batallón ligero de Madrid, destinado a la policía de la capital (16 de febrero), el regimiento 3º de Línea (6 de junio), y el 1º regimiento de cazadores a caballo (28 de agosto).

El 30 de agosto, tras la victoria de Talavera pidió José permiso a su hermano para poder incluir a españoles en su guardia real, y la respuesta debió ser afirmativa, pues el 29 de noviembre apareció un RD por el que se formaba un batallón de tiradores españoles de la guardia, que quedaría integrado en el regimiento de *voltigeurs* (tiradores) ya existente, constituyéndose en su 3º batallón.

El 1 de septiembre resumía Laforest al Emperador la situación de las tropas josefinas: *«Se aumenta la reunión de recursos... por la impaciencia que muestra el ministro de la Guerra por formar un Ejército nacional... Los regimientos y el escuadrón de gendarmes... cuestan ya demasiado. Por la desertión es necesario escoger sustitutos entre los prisioneros. Un regimiento de 1.044 hombres y 832 caballos exige un gasto exagerado. ...Estos absorben los fondos que no se sabe dónde encontrar, y no pueden ser puestos en campaña para cooperar a la dispersión de las fuerzas insurgentes»*.

El 19 de noviembre la victoria de Ocaña, proporcionó a José Bonaparte otros 20.000 prisioneros con los que aumentar sus débiles regimientos, y con este deseo publicó el 22 de diciembre otro RD amnistiando a los suboficiales y soldados que se presentasen a sus filas en un mes.

Esto no fue del agrado de Napoleón que, como hemos visto, desde febrero desconfiaba del reclutamiento de prisioneros, y el 22 de diciembre escribía: *«Hacer saber al duque de Dalmeida que yo escucho con indignación que una parte de los prisioneros hechos en Ocaña ha sido reencuadrada y que les han puesto armas en la mano de muchos de ellos. Cuando veo una conducta semejante yo me pregunto: ¿Es traición o imbecilidad?»*

APOTEOSIS ANDALUZA Y FORMACIÓN DE NUEVOS CUERPOS (1810-1811)

La victoria de Ocaña abrió a José las puertas de Andalucía. Inició en enero de 1810 una triunfal expedición —pese a la negativa de su hermano— que constituiría sin duda el momento más álgido de su reinado, y que daría lugar a la creación de un elevado número de unidades en esas tierras andaluzas que parecían inclinarse decididamente hacia su partido.

Estas nuevas unidades, formadas entre enero y marzo, fueron: Los regimientos de Infantería de Línea del Nº 4 al Nº 12, el 1º suizo, el 2º de Infantería Ligera, los regimientos de cazadores de Caballería del 2º al 4º, un batallón de Artillería, varias guardias de honor, y algunas compañías-francas o de escopeteros de montaña, destinadas a la lucha contra la guerrilla¹².

En mayo, ya de vuelta en Madrid, dispuso la creación del regimiento de húsares españoles de la guardia real. Lagarde resumía así su impresión sobre estos nuevos cuerpos: «Los ministros y sobre todo O'Farrill ponen gran empeño en rearmar rápidamente a los españoles». ¿Cómo se compondrán estas tropas, con qué se las vestirá, con qué se las pagará? ¿Cómo no se han can-

sado de estos ensayos, después de haberse creado tantos regimientos que se han disuelto casi inmediatamente?». El ministro Azanza escribía desde París, en mayo y sobre el mismo asunto: «En Francia creen que los regimientos españoles son un fermento de rebeldes y un gran gasto, pero todo gobernante necesita una fuerza... que los cuerpos españoles empleados en guarniciones, dejarían expeditas las tropas francesas para las operaciones de campaña, como lo deseaban los generales franceses, lamentándose de haber de tener diseminados sus cuerpos para conservar la tranquilidad en las provincias ya sometidas».

En diciembre aún se formó el regimiento de fusileros españoles de la guardia real, sobre la

Represión en Uclés después de la Batalla



base de efectivos tomados de los ya de por sí mermados cuerpos de línea. En los meses siguientes se produjeron sucesivas reformas y cambios de numeración en estos cuerpos, que seguirían teniendo —a excepción de la guardia y de los regimientos extranjeros— una escasa utilidad en el campo de batalla, y que nunca llegaron a completar, ni remotamente, sus fuerzas previstas. Consecuentemente José acabó por renunciar a la creación de más regimientos, impulsando en su lugar la de cuerpos francos con plantillas más reducidas que sí podían completarse, y que además resultaban más efectivos para las labores de guía, escolta de convoyes y lucha contra la guerrilla... Este cambio de opinión fue así expuesto por Laforest al emperador,

el 12 de agosto de 1811: «*El Rey parece inclinar sus preferencias por la formación de compañías francas, que no llaman tanto la atención, ofrecen un cuadro más cómodo, "essaient mieux", los hombres cuestan menos*».

Todavía se formó en Sevilla una nueva unidad: el escuadrón de lanceros españoles, pero este, pese a lo rimbombante de su título reunía tan solo a 42 lanceros que en realidad ejercían labores de guía para el mariscal Soult.

RETIRADA A VALENCIA Y REORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO (1812)

En agosto de 1812, y como consecuencia de la gran derrota de Marmont en los Arapiles, abandonó José I su capital, retirándose hacia Valencia con toda su corte y el Ejército del Centro. Allí se le unió poco después el mariscal Soult con el Ejército de Andalucía, y en septiembre fueron reorganizados los cuerpos españoles de ambos, de manera que su número fuese menor, pero con unos efectivos más considerables.

De este modo la guardia real siguió como hasta entonces, pero la Infantería quedó reducida al regimiento ligero de Madrid Nº 1, de línea Toledo Nº 2, y el real extranjero; y la Caballería a los regimientos 1º y 2º de cazadores, más los lanceros de Sevilla y varios cuerpos francos de cazadores de montaña entre los que destacaba la compañía de húsares de Guadalajara.

Casi todos ellos quedaron encuadrados en la división casapalacio, llamada «la Católica», del Ejército del Centro, siguiendo tan solo unos pocos en el del *Midi*, mandado por Soult.

Fue en ese momento cuando se dispuso que: «*En lo sucesivo no se admita al servicio de José ningún oficial ni soldado*»¹³ y concluía Laforest: «*Esto es el residuo de este Ejército español, que ha agotado tan deprisa el tesoro real, y que ha devuelto sucesivamente al enemigo unos 50.000 hombres, en menos de tres años. El general O'Farrill y Su Majestad católica deberán al fin estar convencidos de que sin nación no se puede tener jamás un Ejército nacional*».



ÚLTIMOS MESES DEL REINADO Y DESASTRE FINAL (1813)

Recuperada la capital durante un breve periodo de tiempo, durante el cual la compañía franca de Caballería de Zamora pasó por méritos, el 17 de febrero de 1813, a formar parte del Ejército de pleno derecho; pero esta misma fue en marzo fundida en los húsares de Guadalajara, al tiempo que eran disueltos los lanceros, en ambos ca-

Mariscal Soult



sos, al ser reorganizado el Ejército del *Midi*, que pasó a ser mandado por Chabran.

Poco después emprendió José I su retirada definitiva hacia Francia. Fue interceptado y derrotado por Wellington en Vitoria, el 23 de junio, sufriendo numerosas bajas.

Tras este desastre, se refugió en el sur de Francia con los restos de su Ejército, que fueron confiados a Soult, el cual dirigió al Emperador el siguiente escrito: «*Los militares que componen estos cuerpos han seguido voluntariamente los destinos del Ejército francés y del augusto hermano del emperador. Nada les forzaba al sacrificio que ellos han hecho abandonando su país, sus familias, sus fortunas; son el residuo de los militares españoles fieles a la dinastía francesa. Su Majestad quiere hacerlos pioneros, les confunde en una medida adoptada para los cuerpos compuestos de desertores, de individuos que a diferencia de ellos no han dado pruebas incontestables de fidelidad? Yo suplico al Emperador que me haga conocer sus intenciones sobre este asunto*».

Pese a ello, el Emperador dispuso su disolución en diciembre de 1813, pasando sus miembros, en su mayoría, a los batallones de zapadores y de obreros¹⁴.

CONCLUSIÓN

Para concluir dos testimonios autorizados y esclarecedores: el del general Abel Hugo, nombrado por José I Inspector General de todos los Cuerpos Formados y por Formar: «*Los franceses y sus aliados hicieron la guerra casi solos, pues los cuerpos españoles desertaban de una manera escandalosa. Así, aunque generalmente tenían buenos jefes, raramente se atrevieron a presentar estos cuerpos ante el enemigo, o a conducirlos a vanguardia. Solamente las compañías francas, la guardia real y el regimiento real extranjero y real irlandés se le opusieron constantemente, mientras que los regimientos puramente españoles del Ejército del Centro, permanecían de guarnición en Madrid, Toledo y Guadalajara. Las demostraciones de amor y de fidelidad de los reinos de Andalucía hicieron ordenar la creación de muchos regimientos a la vez. Esto solo fue un error por el giro crítico que tomaron los acontecimientos, y por la deserción que los mismos hicieron estallar en estos cuer-*

pos; pero debemos decir en alabanza de ellos que, aunque la desertión produjo su destrucción casi total, jamás una compañía entera dejó su puesto, ni la línea de batalla, para girar sus armas contra nosotros».

Y el del general Bigarré: «Había en la división de la guardia real, que yo mandé durante cuatro años, un regimiento de fusileros españoles, yo me plazco de rendirles esta justicia, pues servían tan bien como los dos regimientos de granaderos y de voltigeurs franceses, haciendo parte de esta división y que los oficiales y los soldados de este regimiento español, que, hay que añadir, eran hombres escogidos, y se batieron absolutamente como los franceses».

NOTAS

- ¹ Debido a haber jurado fidelidad al rey José, como cláusula indispensable, renegando por tanto de la causa de Fernando VII. El adjetivo de afrancesado, dedicado a los partidarios de José I, no empezaría a utilizarse hasta años después del final de la contienda.
- ² Este era el despliegue francés en esas fechas: Dupont en Toledo, Carabanchel y el Escorial; Moncey en Madrid y Aranjuez; Duhesme en Barcelona y sus alrededores, Bessieres entre Burgos y Vitoria; y destacamentos sueltos en San Sebastián, Pamplona y Figueras.
- ³ Por RD de 18 de septiembre de 1809.
- ⁴ Esta consistía en una cinta roja, de la que pendía una estrella también roja de cinco puntas, en cuyo centro figuraba un león rodeado por la inscripción: *Virtute et fide*, y en la otra cara un castillo con

Granadero



Joseph Napoleo Hispaniarum et Indiarum Rex instituit.

⁵ Inicialmente quedó constituida por el regimiento 1º de Infantería de la guardia, compuesto por un batallón de granaderos y otro de *voltigeurs*, los caballos ligeros de la guardia, la compañía de vélites y la Artillería.

⁶ Este se formará meses después en Francia, como regimiento Joseph Napoleón, encuadrado en el Ejército francés, y participará en la campaña de Rusia (1812).

⁷ Este nunca llegará a formarse.

⁸ Que por diversas circunstancias no pudo llevarse a la práctica hasta comienzos de 1810.

⁹ No obstante, de los 5.600 presos de Uclés, 600 se fugaron del Retiro, unos 2.000 fueron conducidos a Francia, y tan solo los 3.000 restantes prefirieron pasar a servir a José I en los tres regimientos que pretendía formar.

¹⁰ Correspondance, TXVIII, nº 14798. Eran presos de Mansilla y enfermos hallados al ocupar León, el 30 de diciembre de 1809.

¹¹ Compañía de reales guardias alabarderos, regimientos de granaderos y *voltigeurs* de la guardia real, regimiento de caballos ligeros de la GR, y regimientos: Irlanda, real extranjero y 1º y 2º de Infantería española.

¹² Igualmente se impulsó la formación de la milicia o guardia cívica en multitud de localidades, con resultado desigual, pero esta fuerza ciudadana, antecedente inmediato de la milicia nacional, no fue nunca considerada como parte del Ejército.

¹³ AHN Estado 2993/2.

¹⁴ Algunos cuerpos catalanes no fueron disueltos hasta abril de 1814, pero desde 1810, no dependían de José, sino directamente de Francia. ■

LOS INGLESES EN NUESTRA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



Andrés Cassinello Pérez. Teniente General.

La Guerra de la Independencia es una guerra caótica, en la que las tres fuerzas que intervienen en ella contra los franceses —nuestro Ejército regular, los anglo-portugueses y la resistencia popular, encarnada en las partidas de guerrillas— rara vez actúan coordinadamente. Si no fuera porque las acciones de los unos y los otros se producen dentro de un mismo tiempo, sobre el mismo territorio y frente a un enemigo común, habría que hablar de tres guerra distintas. Los anglo-lusitanos ganaron todas las batallas en las que intervinieron, lo que no es poco, aunque sus acciones se vieran beneficiadas por la presencia o actividad de los otros dos combatientes. En efecto, las fuerzas francesas empeñadas contra ellos no pasaron de 1/6 (en Torres Vedras) o 1/3 (en Vitoria) del total de las presentes en la Península, o efectivos aun menores en el resto de sus batallas y sitios. El mayor peso del esfuerzo enemigo lo soportaron los españoles, frente a nuestros Ejércitos, tantas veces derrotados, o frente a los habitantes de las zonas ocupadas por ellos, que nunca dejaron de ser zonas de combate de mayor o menor intensidad. Nunca hubo paz en su retaguardia.

LA SITUACIÓN DE INGLATERRA AL COMENZAR LA GUERRA

De toda Europa, solo Portugal, Sicilia y Suecia son aliados de los ingleses, pero estos tres países se encuentran seriamente amenazados. Rusia, Prusia y Austria están neutralizadas por sus pasadas derrotas; y el resto del Continente, incluida España, lo forman países aliados de Francia. Inglaterra está sola. Ha ganado el dominio de los mares, para nuestra desgracia, y cuenta con un Ejército de 605.000 hombres, de los que 229.000 pertenecen al Ejército regular, 77.000 a las milicias y cerca de 300.000 a los cuerpos de voluntarios formados para hacer frente a una posible invasión. De ese Ejército, los ingleses mantienen tres núcleos preparados para su intervención: los 10.000 hombres de Moore que se trasladarán a Suecia sin llegar a desembarcar por desavenencias con su Corte; 15.000 concentrados en Cork para intentar otra vez el ataque a la América española, y otro grupo similar, con centro en Gibraltar, para su defensa contra los españoles y para intentar la conquista de Ceuta o la defensa de Sicilia.

Mientras Junot ocupa Portugal con ayuda española, se produce la insurrección. Inglaterra ya

no está sola, hay un nuevo escenario de lucha contra Napoleón. Pero España ha sido por largos años la enemiga tradicional de Inglaterra. Así la nueva alianza que va a nacer, será calificada por un historiador inglés (C. Esdaile) como una *unhappy alliance*, una alianza desgraciada, forzada por las circunstancias, a la que tanto españoles como ingleses se ven arrastrados, sin llegar a despejarse nunca los mutuos recelos.

LOS PRIMEROS PLANES INGLESES

El 30 de junio de 1808, el Secretario de Estado de la Guerra inglés, escribió una carta al futuro lord Wellington poniéndole al frente de las tropas que se iban a enviar para apoyar la resistencia de España y Portugal. En total unos 15.000 hombres que serían reforzados en breve con los 10.000 que volvían de Suecia. Al mismo tiempo le ordenaba que se dirigiera con el contingente hacia el estuario del Tajo, aunque le señalaba la necesidad de cooperar con la defensa de Cádiz, amenazada por Dupont. Wellesley zarpó de Cork el 12 de julio y ocho días más tarde estaba en Coruña, donde fue informado de la situación general y de la concentración de tropas francesas en Lisboa, lo que hacía imposible su desembarco allí. El 1 de agosto los ingleses estaban frente a la bahía de Montego y cuatro días más tarde el total de sus efectivos había desembarcado.

Los ingleses se movieron con prudencia. El 17 de agosto tuvo lugar el combate de Rolliza y el 21 la decisiva batalla de Vimeiro. Después de la victoria, Wellesley pretendía perseguir a los franceses en retirada, pero al final de la batalla se presentaron sucesivamente los generales ingleses Burrad y Dalrymple, designados para mandar sobre él, y le obligaron a permanecer en sus posiciones. El 22, el general Kellerman se aproximó a las líneas inglesas solicitando un armisticio. Así se llegó a la «convención de Cintra», en la que se convino la evacuación del Ejército

de Junot a los puertos franceses en navíos ingleses. El 15 de diciembre fueron llamados a Inglaterra los tres generales. Burrad y Dalrymple pasaron a la oscuridad, mientras Wellesley fue felicitado por el Parlamento.

LA EXPEDICIÓN DE MOORE

El 6 de octubre de 1808, llegó a Portugal la orden que nombraba a Moore jefe del Ejército que debía auxiliar a España en su lucha. Se le comunicaba que 15.000 hombres, mandados por Baird, habían salido de los puertos ingleses camino de Coruña y se le señalaba la zona entre Galicia y León como lugar de concentración de sus tropas. Cinco días más tarde, los ingleses iniciaron su marcha a España desde Portugal, divididos en dos núcleos: Hope, al frente de 6.000

Sir John Moore



hombres, incluyendo la Caballería y la mayor parte de la Artillería, marcharía por Elvas-Badajoz-Trujillo-Talavera-Villacastín-Salamanca; Moore, con otros 15.000, lo haría por Almeida-Ciudad Rodrigo-Salamanca; y, por último, Baird lo haría desde Coruña por Astorga a Salamanca.

Por esas fechas de primeros de octubre, José I ya se ha retirado de Madrid camino de Vitoria; la Junta Suprema se ha instalado en Aranjuez; el marqués de la Romana navega hacia España desde Dinamarca; Castaños está al frente del Ejército del

Centro entre Tudela y Logroño, y Blake se encuentra en Vizcaya al frente del Ejército de la Izquierda.

Todos los generales españoles esperan a los ingleses para que se unan a su Ejército. Los esperan Blake y Castaños, y después, cuando se produzcan las derrotas sobre el Ebro (Gamonal, Espinosa y Tudela), los esperarán el marqués de la Romana, Infantado y Morla. Pero los ingleses se mueven con prudencia, en ellos late la desconfianza sembrada por los informes de lord Bentinck que reflejan el caos organizativo de la Junta Central.

El 13 de noviembre, la columna de Moore entraba en Salamanca; Baird en Astorga, y Hope en Navalcarnero. Apenas llegado, Moore conoció la derrota de Bellvedere en Gamonal y, en cascada, las de Blake en Espinosa y de Castaños en Tudela. Los ingleses estaban al descubierto y divididos. Hope había entrado en Madrid para conferenciar con Morla, que quería unir a esos ingleses con los restos del Ejército del Centro en la capital; pero Hope percibió el desconcierto y continuó su camino a Salamanca, a donde llegó el 4 de diciembre.

La Junta Suprema insistía. El 28 de noviembre envió al general Escalante y al brigadier Bueno para que convinieran a Moore de la conveniencia de unirse a los Ejércitos españoles. Pero el general inglés conocía el estado desastroso de nuestras tropas y se negó a unirse a ellas, ni siquiera a los restos del Ejército de la Izquierda que ahora mandaba el marqués de la Romana. Así, el 25 de diciembre, cuando ya Napoleón avanzaba sobre su



General Blake
(Real Academia de la Historia.Madrid)

flanco sur, Moore inició su retirada sobre Galicia a través de los puertos del Manzanal y de Feuntecebadón. El 11 de enero llegaron los ingleses a Coruña, tras una retirada desastrosa, llena de saqueos y maltratos a la población. Los franceses llegaron el día siguiente y el 16 tuvo lugar la batalla de Elvira. Los ingleses mantuvieron sus posiciones hasta la noche, en que comenzaron el reembarque, protegidos por los fuertes en manos españolas. Moore murió en la batalla alcanzado por una bala de cañón. De los 33.700 hombres que componían su expedición, sólo 26.531 llegaron a los puertos británicos.

LA VUELTA DE WELLESLEY A PORTUGAL

El 22 de abril de 1809, el futuro lord Wellington tomaba el mando del Ejército inglés en Portugal, compuesto por unos 30.000 hombres, al que habría de añadirse el portugués, reorganizado por Beresford, con una composición similar y con mandos ingleses incrustados en sus unidades. A diferencia de Moore, Wellesley consideraba que Portugal era defendible, que mientras España mantuviera su rebeldía, los franceses no serían capaces de concentrar frente a él los 100.000 hombres necesarios para derrotarlo. A su llegada, Soult ocupaba Oporto, mientras las dos puertas de acceso a Portugal, Badajoz y Ciudad Rodrigo, dobladas por Elvas y Almeida, estaban en manos aliadas.

El 7 de mayo, Wellesley pidió autorización a Castlereagh, Secretario de Estado de la Guerra, para extender sus operaciones a España «*siempre que esta actitud no perjudicara la defensa de Portugal*». Cinco días más tarde, en una clásica maniobra por líneas interiores, se dirigió al Sur para iniciar la operación que culminaría con la batalla de Talavera.

TALAVERA

Victor se encontraba en el valle del Tajo al frente del I Ejército francés, mientras Sébastien se situaba en La Mancha con el IV. Los dos cuerpos, unidos a la reserva de José I, totalizaban 50.000 hombres. Por parte española, Cuesta, en Medellín, estaba el frente de 50.000, mientras Venegas, en La Carolina, contaba con otros 25.000. Los anglo-lusitanos eran 22.000 infantes y 2.500 jinetes que, unidos a los anteriores, superaban con creces a los franceses. Fuera de la

Duque de Wellington



zona, pero con posible influencia, quedaban los cuerpos de Soult y Ney en marcha hacia el Sur por la Ruta de la Plata.

El problema principal fue la organización del mando. Teóricamente, Cuesta mandaba sobre Venegas, pero sobre este mandaba también directamente la Junta Suprema. En cuanto a ingleses y españoles, no había un jefe supremo, todo se fiaba al acuerdo entre ambos generales, Wellesley y Cuesta, tan intratable el uno como el otro.

El 27 de junio, los ingleses se pusieron en marcha hacia España y el 10 de julio ambos generales en jefe se entrevistaron en Casas de Miravete. Los dos Ejércitos decidieron avanzar separados hacia Talavera siguiendo el corredor norte del Tajo, mientras un destacamento les cubriría el flanco norte por Ávila y Segovia, y Venegas atacaría en dirección a Madrid por Aranjuez o Fuentidueña. Pero pronto empezaron los problemas logísticos: Extremadura era una región pobre en recursos y estaba esquilada por tanto ir y venir de Ejércitos; escaseaban los alimentos y los medios de transporte que precisaban las tropas aliadas.

El 23 de julio, ambos Ejércitos aliados estaban desplegados frente a los franceses separados por el Alberche. Ese día, los ingleses quisieron atacar, pero Cuesta se negó; el siguiente día fueron los españoles los que querían hacerlo y los ingleses se negaron. Los españoles cruzaron el Alberche pero acabaron replegándose a sus posiciones iniciales. El 27 dio comienzo la batalla de Talavera. Los anglo-lusitanos desplegados al Norte y los españoles al Sur. Rechazados los imperiales por los ingleses, Wellesley pidió tropas a Cuesta para reforzar y prolongar su flanco izquierdo, y allí marcharon la división española de Bassencourt y la Caballería de Albuquerque. El 28 volvieron los ingleses a rechazar a los franceses, que se retiraron tras el Alberche sin ser perseguidos. Fue una batalla defensiva para los aliados. Las líneas inglesas rechazaron una y otra vez las impetuosas cargas a la bayoneta de los imperiales. Wellesley eligió las posiciones donde combatir y dirigió a sus tropas con maestría. Las elevadas pérdidas sufridas por nuestros aliados (el 27% de sus efectivos) sin descomponer su formación, acreditaron su valor, tenacidad y disciplina. Los españoles cumplieron con decoro su papel secundario.

Sitio de Badajoz



Talavera fue un éxito táctico, un desastre logístico y un malogrado triunfo estratégico. En ese momento, por la Ruta de la Plata se aproximaban los cuerpos de Sault, Ney y Portier, unos 50.000 hombres, dispuestos a caer sobre la retaguardia aliada. El 2 de agosto volvieron a reunirse el general español y el inglés. Cuesta seguiría en Talavera, mientras Wellesley marcharía a hacer frente a la nueva amenaza. Pero el día 3, informado Cuesta de la cuantía de los nuevos enemigos, decidió reunirse de nuevo con sus aliados. El 4, ambos Ejércitos estaban en Oropesa y de allí marcharon juntos hasta Puente del Arzobispo donde se separaron, porque Wellesley no quería ver amenazada su retaguardia ni cortado su acceso a Portugal.

DESPUÉS DE TALAVERA. TORRES VEDRAS

Los españoles tienen prisa. Pretendían adelantarse a la llegada de refuerzos franceses después de su victoria en Wagram. Los intentos de la Junta por unir a nuestros aliados a la desgraciada campaña de Ocaña fracasaron. El 20 de octubre de 1809, Wellesley ya había ordenado la creación de un sistema de fortificaciones que protegiera Lisboa e hiciera posible su reembarque. Si el recién nombrado lord Wellington ordenó la construcción de esa línea de Torres Vedras, fue porque decidió dar allí la gran batalla contra los franceses: en el terreno elegido por él, sobre las fortificaciones construidas por él y contando con el sistema de fuegos de apoyo por él planeado. Contra esas posiciones avanzaría el Ejército de Portugal mandado por Massena. En su camino se encontraba Ciudad Rodrigo, defendido por 5.000 españoles, que resistió desde el 25 de abril al 10 de junio, sin recibir auxilio de los próximos ingleses porque no entraba en los planes de su general combatir allí y porque esa plaza era para él solo una forma de ganar el tiempo necesario para completar el despliegue defensivo inglés.

Después de Ciudad Rodrigo y de abandonar Almeida, los ingleses se hicieron fuertes en Busaco, donde riñeron una sangrienta batalla defensiva el 27 de septiembre. De allí se replegaron a las posiciones de Torres Vedras, constituidas por tres líneas sucesivas: Una línea avanzada de 47 kilómetros, una línea de resistencia de 35 y una posición interior, de algo más

de tres, preparada para proteger el reembarque inglés si este se producía. Entre las tres líneas, se levantaron 114 reductos, dotados de 360 cañones y 26.710 defensores. El sistema de reductos estaba guarnecido por 11.000 infantes de la milicia portuguesa, más 4.000 artilleros de esa misma procedencia, 8.000 españoles y varios grupos de convalecientes y unidades de desembarco. Los 60.000 de su Ejército de maniobra desplegaban detrás de la segunda línea, divididos en dos grandes masas separadas por media jornada de marcha y enlazadas por una aceptable red de caminos.

El 11 de octubre, la vanguardia francesa descubrió las posiciones inglesas. Después de un reconocimiento efectuado personalmente por Massena, los imperiales desistieron del ataque. El 14 de noviembre comenzó el repliegue de los franceses hacia Santarem, agobiados por grandes carencias logísticas, producidas por los ataques de los guerrilleros en su retaguardia española y por la devastación del territorio portugués ordenada por Wellington. Los imperiales eran 45.000 del total de los 300.000 que se encontraban en España, mientras los aliados eran 58.000 sin contar las tropas auxiliares; pero Wellington prefirió no correr riesgos y renunció a perseguirlos.

FUENTES DE OÑORO Y LA ALBUERA

Wellington, en posición central, contempla cómo Ciudad Rodrigo y Badajoz están en manos francesas y cómo Massena se retira el 3 de marzo hacia España para establecerse entre el Tormes y el Duero. Pero el 12 de abril, Massena decide atacar a los ingleses que se han aproximado a Almeida, en manos francesas. Del 3 al 5 de mayo, en posiciones defensivas elegidas por él, Wellington riñe la batalla de Fuentes de Oñoro y derrota a Massena que se repliega tras el Águeda.

Mientras esto sucedía, Beresford establecía contacto con Castaños, que mandaba el disminuido V Ejército (3.000 infantes y 1.000 jinetes), y con la división de Ballesteros. A ellos, el 18 de abril, se unía el cuerpo expedicionario de Blake (10.800 infantes y 1.800 jinetes). Todas estas tropas se disponían a atacar Badajoz a principios de mayo, pero contra ellos, desplegados en La Albuera, en una posición señalada previamente por

Wellington por sus posibilidades defensivas y por el fácil repliegue desde ella a Portugal, marchó Soult al frente de 19.000 infantes y 4.000 jinetes.

La batalla fue la más sangrienta de aquella guerra. Los ingleses sufrieron 4.159 bajas, 338 los portugueses y 1.337 los españoles, por unas 7.000 francesas. Vencieron los aliados, pero la batalla resultó tan estéril como la de Talavera, porque el 3 de junio, cuatro divisiones de Marmont, que había relevado a Massena al frente del Ejército de Portugal, bajaron hasta Badajoz y parte del IX Cuerpo lo hizo desde Ávila hasta Córdoba. Los franceses eran 60.000, ante los cuales Beresford y Cuesta se replegaron a Portugal, mientras Blake regresaba a Cádiz con sus tropas.

1812

A finales de diciembre de 1811, el Ejército de Portugal que mandaba Marmont se había debilitado por el envío de 15.000 hombres contra Alicante. Wellington aprovechó la ocasión y el 19 de enero asaltaba Ciudad Rodrigo. Lo que siguió fue un vergonzoso saqueo de la ciudad por nuestros aliados. El lord inglés dejó la plaza guarnecida por una brigada española, cubrió la línea del Águeda con su división ligera y corrió al Sur contra Badajoz.

El 14 de marzo, tres divisiones inglesas se aproximaban a Badajoz para iniciar el sitio, mientras otras tres cortaban las comunicaciones con Sevilla y dos, en Mérida, vigilaban los accesos desde el Norte. El 17 de marzo se completaron las operaciones de asedio y del 5 al 7 de abril se sucedieron los asaltos ingleses. Ese último día capituló la guarnición francesa. Los aliados tuvieron 1.935 muertos, 3.778 heridos y 63 desaparecidos, por 1.3000 muertos y 3.500 prisioneros franceses. Como en Ciudad Rodrigo, al asalto sucedió otro vergonzoso saqueo. Poco más tarde, el 17 de mayo, los ingleses asaltaron y ocuparon las fortificaciones francesas del Puente de Almaraz, y cortaron así las comunicaciones entre los Ejércitos franceses de Portugal, al Norte, y del Mediodía al Sur.

LOS ARAPILES

El Ejército de Wellington se componía de 28.000 ingleses, 17.000 portugueses y 3.000 españoles, pero en su entorno se encontraban también las tropas de nuestros Ejércitos V, VI y

VII que mandaba Castaños, unos 45.000 hombres dispersos entre la Cornisa Cantábrica, Navarra, Galicia y Extremadura, a los que los franceses no podían dejar de atender.

El 13 de junio, los anglo-portugueses cruzaron el Águeda y el 2 de julio ocupaban Salamanca, pero no atacaron a las tropas de Marmont (36.000 infantes y 2.800 jinetes). Los dos Ejércitos se movían próximos, hasta que el 22 de julio los franceses se decidieron a atacar a los aliados ocultos en la contrapendiente del Arapil Chico. Detenido el primer envite francés, Wellington atacó el centro y el ala izquierda de los imperiales, y les infligió una gran derrota, en la que sufrieron cerca de 14.000 bajas, entre ellas la del mariscal Marmont y del general Bonet que le había sucedido en el mando.

Como consecuencia de esta batalla, José Bonaparte abandonó Madrid y se dirigió a Valencia, a donde llamó a Soult, concentrando allí a su Ejército junto con el de Mediodía, que había abandonado Andalucía y Extremadura. Wellington marchó al Madrid abandonado por los franceses, donde ya habían entrado los guerrilleros El Empecinado y Palarea. De allí se dirigió contra Burgos, que fue incapaz de someter y, tras comprobar la reorganización de los franceses al norte de Pancorbo, regresó a Portugal.

WELLINGTON GENERALÍSIMO DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES

El 22 de septiembre de 1812, las Cortes españolas nombraban a Wellington, Generalísimo de los Ejércitos españoles. Era la primera vez en aquella guerra que se designaba a un general para mandarlos conjuntamente. El 22 de noviembre aceptó el nombramiento y se trasladó a Cádiz para ampliar sus facultades. Junto a su cuartel general se constituyó un estado mayor español a cuyo frente estuvo Wimpffen, y fue el general inglés el intermediario entre nuestro Gobierno y nuestras tropas.

El 20 de mayo comenzó la ofensiva final. Los anglo-lusitanos, en total 76.117 hombres, de ellos 28.462 portugueses, avanzaron por ambos lados del Duero, pasaron al curso alto del Ebro y se enfrentaron a los Ejércitos napoleónicos (47.000 infantes y 10.000 jinetes) en Vitoria, mientras las guerrillas de la Cordillera Cantábrica y de Navarra fijaban las reservas enemigas.

Ciudad Rodrigo



Después, los aliados avanzarían sobre la frontera francesa, a la que confluyeron los Ejércitos españoles no empeñados contra las guarniciones dejadas atrás por los imperiales.

Pero hasta el 7 de octubre, después de asaltar San Sebastián (seguido de otro saqueo) y de las derrotas francesas de Sorrauren y San Marcial, no se cruzó la frontera. Los anglo-lusitanos vadearon el Bidasoa, mientras los franceses se retiraban sucesivamente a las líneas del Nivelles (noviembre) y del Nive (diciembre), mientras Wellington prescindía progresivamente de las tropas españolas. El 19 de abril, frente a Toulouse, después de reñir la última de sus batallas con participación española, Wellington firmó con Soult el armisticio que ponía fin a la guerra.

UN JUICIO SOBRE WELLINGTON

Fue, sin género de dudas, el más competente general de aquella guerra. Sus batallas fueron predominantemente defensivas. Elegía sus posiciones en una suave contrapendiente, manteniendo así oculta a su Infantería a los fuegos enemigos y cubierta por una delgada línea de tiradores, hasta que llegaba el momento de avanzar hasta la cresta, al encuentro de las pesadas columnas de ataque de los franceses.

Entonces lo hacía en línea de dos filas y el fuego de sus soldados, perfectamente instruidos y disciplinados, sorprendía y destrozaba a sus enemigos. Siempre rió sus batallas donde consideró conveniente, no dejándose sorprender jamás. Digamos que disfrutó de una insuperable libertad de acción, no comprometiéndose a lo que no consideraba conveniente y poniendo siempre la seguridad de Portugal y la pervivencia de su Ejército por encima de los intereses españoles.

Su inapropiada Artillería y su falta de Zapadores motivaron las elevadas pérdidas sufridas en los asaltos a las plazas fuertes. Tampoco, con excepción de las postrimerías de Arapiles, hizo un empleo eficaz de su Caballería.

Su trato personal era despectivo, frío; supo despertar la admiración de sus subordinados, pero pocos afectos. Posiblemente a nosotros no nos entendió, como no entendió nuestras carencias, ni nuestra manera desordenada de dirigir la guerra, o nuestra tenacidad, derrota tras derrota. Pero se benefició de nuestra cobertura. Sin ella, sin nuestra resistencia, los franceses habrían acumulado frente a él efectivos muy superiores. Por otro lado, las bajas sufridas por su Ejército deben suscitar nuestro reconocimiento. ■



EL EJÉRCITO IMPERIAL EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA NAPOLEÓN SIN GLORIA

Miguel Ángel Martín Mas. Miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España
Jesús Maroto de las Heras. Miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.

En 1810, el imperio francés en Europa se extendía desde el Guadalquivir al Niemen y del Báltico al Adriático. Solamente Gran Bretaña, Portugal, los reinos de Sicilia y Cerdeña, Montenegro y los imperios otomano y ruso se mantenían fuera del sistema napoleónico de estados aliados o dependientes. Gran parte de Europa era gobernada por Napoleón desde París; era el caso de las provincias ilíricas, los ducados de Parma y Piacenza (anexionados a Francia en 1806), las Islas Jónicas, Toscana (1808) y los Estados Pontificios (1809). Había también reinos satélites dependientes: Holanda, gobernada por Luis Bonaparte; Italia, con Eugenio de Beauharnais como virrey de Napoleón; Nápoles, regido por José Bonaparte hasta 1808 y, a continuación, por el mariscal Murat, cuñado de Napoleón; y Westfalia, cuyo soberano era Jerónimo Bonaparte. El Gran Ducado de Varsovia pretendía ser un Estado libre, gobernado oficialmente por el rey de Sajonia, pero en realidad era usado por Napoleón como una mera baza de negociación

diplomática y como una base militar desde la que llevar a cabo una futura invasión del territorio ruso. Otros estados serviles a los intereses de Napoleón eran Suiza y los dieciséis principados alemanes agrupados en la Confederación del Rin. Por otro lado, en esas fechas, Dinamarca, Prusia y Austria tuvieron que aliarse con Francia tras sufrir severas derrotas en los campos de batalla¹.

Napoleón, exasperado, no podía comprender cómo los españoles, a los que en junio de 1808 había dado un nuevo rey en la persona de su hermano José, no terminaban de plegarse a su voluntad. Y luego estaba Portugal, donde, en agosto de ese mismo año, había desembarcado un Ejército expedicionario británico que había terminado expulsando a las tropas imperiales de ese reino. Allí se habían quedado los pertinaces británicos, reconstruyendo el Ejército luso y amenazando cruzar la frontera para unirse a los restos de los Ejércitos españoles y a las partidas guerrilleras que, tozudamente leales al derroca-

do rey Fernando VII, defendían con uñas y dientes la independencia de su reino desde que «*la maldita guerra de España*» comenzara aquella nefasta jornada del dos de mayo de 1808.

Sin duda, la guerra en la Península Ibérica no iba bien, y no importaba cuántas batallas se ganaran en los desolados reinos de España y Portugal. Para su desgracia, Napoleón se dio cuenta demasiado tarde —una vez desterrado en la remota isla de Santa Elena— de que el principio de su fin se había fraguado en la Península:

*«Esa maldita guerra de España ha sido la causa primera de todas las desgracias de Francia. El origen de mi infortunio está ligado a ese nudo fatal: ha provocado que en Europa se me pierda el respeto, complicado todas las cosas y abierto una escuela para los soldados ingleses. Esa maldita guerra de España es lo que me ha perdido»*²

El Emperador se lamentaba en su exilio, pero nunca se le oyó decir que todo había sido culpa suya. No es extraño, el sentimiento de culpa es algo ajeno a los megalómanos. Lo que resulta difícil de entender es cómo pudo un genio político y militar como Napoleón no darse cuenta de lo que iba a ocurrir si metía la mano en el «avispero» peninsular. Y, por otro lado, cabe preguntarse si el conflicto peninsular fue completamente distinto a cualquier otro de los que estallaron durante las guerras napoleónicas. La respuesta es sí, desde luego, puesto que la guerra que el Emperador inició en la Península, y a la que luego no supo o no quiso prestar la atención necesaria, se convirtió en una de las páginas menos gloriosas de los Ejércitos napoleónicos. Por otro lado, el transcurso de la guerra y su resolución tampoco fueron capítulos especialmente gloriosos para España. Tras seis años de lucha, el balance fue desolador: ruina económica, una incalculable pérdida de patrimonio, unos 300.000 muertos y, a la vuelta del rey Fernando VII, la entrada en un largo y oscuro túnel de enfrentamientos políticos y dinásticos que derivarían en tres cruentas guerras civiles a lo largo del siglo XIX.

En definitiva, el mayor beneficiario de los errores de Napoleón y de la resistencia española fue, sin duda, Gran Bretaña, puesto que la derrota de los franceses en España y el trágico final de Napoleón dieron paso a una nueva era en una Europa en la que los británicos se erigieron como la nueva potencia mundial.

Pero, ¿cuáles fueron los factores que provocaron la debacle que los Ejércitos napoleónicos sufrieron en la guerra que los españoles llamamos «de la Independencia»?

UNA MALA DECISIÓN POLÍTICA

En el verano de 1807, Napoleón, sintiéndose en la cúspide de la gloria, firmó la paz con Rusia, su último enemigo en el Continente, y por fin se vio con las manos libres para dedicar todos sus esfuerzos a la derrota de su oponente más testarudo: Gran Bretaña. Desde hacía tiempo su obsesión había sido la de conseguir una relación estable con ese país —lo que le habría permitido actuar libremente a favor de la consolidación de su obra y del engrandecimiento de su imperio—, pero Gran Bretaña, en ese momento el Estado más rico del mundo gracias a su poderosa flota y al opulento comercio colonial, nunca había estado dispuesta a admitir que un advenedizo como Bonaparte se sentara en el trono francés, y estaba claro que no dejaría de combatirlo hasta conseguir hacerle abdicar. Napoleón decidió que si no se podía derrotar militarmente a los orgullosos británicos, entonces habría que asfixiarlos en sus islas. Ordenó que todos los puertos del

General Murat
(Museo municipal. Madrid)



Continente se cerraran a los barcos británicos, aunque estos se las arreglaron para seguir importando y exportando mercancías en aquellos puntos donde el sistema del *bloqueo continental* era más vulnerable. Uno de estos puntos era, sin duda, Portugal, que desde el Tratado de Methuen de 1703 era prácticamente una colonia británica.

El 18 de octubre de 1807, un Ejército expedicionario francés cruzó la frontera española. Su objetivo militar era atravesar España y conquistar Portugal, que se había negado a cumplir con

el *bloqueo continental* y a cerrar sus puertos a los británicos. El rey de España, Carlos IV, en ese momento aliado de Napoleón, no puso objeción alguna al paso de los veinticinco mil soldados franceses al mando del general Junot. El 30 de noviembre, Junot ocupó Lisboa. En el último momento, la *Royal Navy* británica trasladó a Brasil a la familia real portuguesa.

Tras el éxito de la campaña de Portugal, el Emperador, taimadamente o pensando de forma cándida que los españoles entenderían el sentido de la palabra «regeneración», se aprovechó de las desavenencias entre el rey Carlos y el heredero Fernando y los forzó a cederle sus derechos dinásticos para luego retenerlos como prisioneros en Francia. Napoleón intentó justificar esta maniobra, y la imposición de su hermano José como rey de España, con el siguiente discurso:

«Españoles, vuestra nación estaba en decadencia... Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos a la Corona de las tierras de España. Yo no deseo reinar sobre vuestras provincias, sino que deseo ganarme vuestra eterna amistad y que en la posteridad se me recuerde con agradecimiento. Vuestra monarquía es vieja; mi misión es rejuvenecerla. Mejoraré todas vuestras instituciones y veré, si me ayudáis en esta tarea, cómo disfrutáis de los beneficios de esta reforma, sin enfrentamientos, sin desórdenes y sin agitaciones. Españoles, recordad lo que han sido vuestros padres; mirad lo que habéis llegado a ser. No es vuestra culpa, sino de la mala administración a la que habéis estado sometidos. Tened confianza y esperanza en este momento, ya que quiero que vuestros últimos descendientes conserven mi me-

Guardia Imperial cazadores



moria y digan: Él fue el regenerador de nuestra patria».

Unas palabras muy del estilo de Napoleón, pero que no convencieron a la mayoría de los españoles. Algunos heterodoxos que sí creyeron en ellas, aceptando de buen grado el cambio dinástico, terminaron conociéndose como los «afrancesados». Con la jornada del Dos de Mayo, el pueblo español inició una cruenta guerra para expulsar a las tropas invasoras al otro lado de los Pirineos. Los británicos supieron ver la oportunidad y enviaron un Ejército expedicionario a Portugal, en agosto de 1808, para apoyar el levantamiento español. Desde ese momento, y entre 1808 y 1814, el Ejército imperial se enfrentaría a una guerra como nunca había conocido, un conflicto provocado por una desafortunada decisión política: la injerencia en las querellas de la familia real española y la imposición de un cambio dinástico.

Así veía el general Thiébauld, que pasó por España en 1807 formando parte de ese Ejército cuya misión era la invasión de Portugal, el error cometido por Napoleón al arrebatarse el trono de España a los Borbones y entregarlo a su hermano José:

«... qué contraste entre tales manifestaciones y el odio, el encarnizamiento, la rabia con que esas mismas poblaciones estarían animadas contra nosotros antes de que pasara un año; da vergüenza pensar que tan terrible cambio fue el justo precio de veinte traiciones, y qué terrible lección en el hecho de que España, entonces sin administración y sin fuerza, la España que en Europa se encontraba, por así decirlo, sin posición política ni militar, se convirtiera en la más potente causa de la ruina y el aniquilamiento de un hombre inmenso que, en su soberbio desdén por los españoles, había podido creer que podía escamotearles impunemente sus flotas, su Ejército, sus fortalezas y su Rey»³.

LA RESISTENCIA ESPAÑOLA

Napoleón estaba plenamente convencido de la veracidad de esa máxima militar que aseguraba que, si se destruía la fuerza principal del enemigo, era seguro que las secundarias caerían solas. Por otro lado, suponía que si se lograba ocupar la capital de un reino, este se rendiría al día siguiente. Esto era lo que había ocurrido con

austriacos y prusianos, pero con los españoles ninguna de estas premisas funcionó. La ocupación de Madrid por parte del Ejército imperial y la represión del levantamiento del Dos de Mayo no solo no provocaron la capitulación de España, sino que fueron el origen de una larga guerra de resistencia. En consecuencia, tampoco las grandes victorias de los imperiales sobre los Ejércitos españoles en 1808 y 1809 provocaron la rendición del resto de las fuerzas y que la nación pidiera la paz, a pesar de que era eso lo que debía haber ocurrido de acuerdo con el concepto de la guerra que se tenía a principios del siglo XIX. Por el contrario, las tropas españolas dispersadas tras severas derrotas se volvían a reunir para seguir combatiendo en la siguiente campaña. Además, los sucesivos debacles de los españoles en los campos de batalla motivaron a civiles y militares a iniciar una lucha partisana o guerrillera que se convertiría en una auténtica pesadilla para los imperiales. Napoleón no midió las consecuencias, ni supo comprender una guerra de un estilo completamente diferente a lo que habían sido sus victoriosas campañas en Europa frente a austriacos, prusianos y rusos.

Teniendo en cuenta esto, se hace evidente que una de las claves del fracaso del Ejército imperial en España fue la tenaz resistencia española, tanto por parte de las partidas guerrilleras —más o menos sujetas a la disciplina militar— como por los Ejércitos regulares. No podemos creer las palabras del «primer» historiador británico de la guerra peninsular William Napier:

«Los jefes de las guerrillas habrían sido exterminados rápidamente si los franceses, presionados por los batallones de lord Wellington, no se hubiesen visto obligados a mantenerse concentrados en grandes masas... Los abundantes recursos de Inglaterra y el valor de las tropas anglo-portuguesas sostuvieron solos la guerra».

Napier es terriblemente injusto con España y los españoles, ya que olvida que las primeras tropas británicas llegaron a la Península en agosto de 1808, tras la victoria de los españoles en Bailén, cuando los franceses ya se habían tenido que retirar tras la línea del Ebro por primera vez. Además, a pesar de los desastres sufridos por los Ejércitos españoles en 1809—tales como, Medellín, Ocaña y Alba de Tormes—, ese mismo año el duque del Parque había de-

rrotado al general Marchand en Tamames y, en 1810, tenemos tropas españolas defendiendo heroicamente ciudades fortificadas como, por ejemplo, Ciudad Rodrigo. No es de recibo ignorar esa resistencia de los soldados españoles que terminó transformándose en una buena capacidad ofensiva gracias a la acción conjunta con el Ejército anglo-portugués al mando de lord Wellington. Ejemplo de esta capacidad es el importante papel desempeñado por las tropas españolas en enfrentamientos finales de la guerra tales como Vitoria, San Marcial y Toulouse que terminaron con el Ejército imperial cruzando los Pirineos y con Francia invadida por los aliados.

Por lo tanto, es posible que podamos darle la vuelta al argumento de Napier y afirmar que lord Wellington habría sido rápidamente exterminado si los franceses, acosados por la lucha guerrillera y por los Ejércitos españoles, que resistían en las zonas periféricas del país, no se hubiesen visto obligados a mantener sus fuerzas en un

verdadero estado de dispersión. De esta forma vemos cómo la inteligente y cauta estrategia de Wellington consistió básicamente en esperar a que la resistencia española acabase de desgastar y pudrir a la potencia francesa, para así poder recoger los laureles de la guerra. Y esa podredumbre, sin duda, vino provocada por la enconada defensa de su reino por los españoles, junto a los errores cometidos por Napoleón y, sobre todo, al abandono al que condenó a sus tropas destinadas a la Península.

UNA ESTRATEGIA EQUIVOCADA

Así veía Napoleón la guerra en España apenas, iniciada esta:

«La guerra en España es una guerra en la que el Ejército francés ocupa el centro y el enemigo numerosos puntos de la circunferencia»⁴.

Según esto, el Emperador consideró imprescindible conservar ese centro, Madrid, y la línea de comunicación que conducía a la capital, porque:

2 de Mayo. Madrid



«... según las leyes de la guerra, todo general que pierde su línea de comunicación merece la muerte. No se interprete como pérdida de la línea de comunicación el que sea inquietado por perros, miqueletes, paisanos, insurrectos, por eso que se denomina guerra de partisanos..., eso no es nada»⁵.

«Los movimientos retrógrados son peligrosos en la guerra; no deben efectuarse nunca en las guerras populares. La opinión pública pesa más que la realidad; el conocimiento de un movimiento retrógrado, que los dirigentes atribuyen a las causas que les convienen, dan nuevas armas al enemigo»⁶.

Tras la represión del levantamiento de Madrid del Dos de Mayo, todas las noticias confirmaban el optimismo de los franceses. Porque los meses de junio y julio de la campaña de 1808, no suponían más que una serie de victorias tanto más espectaculares, cuanto que los improvisados e inexpertos Ejércitos españoles eran más numerosos que los franceses en casi todos los encuentros. Lasalle derrotó sin esfuerzo a los campesinos españoles en Cabezón, lo mismo que Merlé en Santander, Lefèbvre-Desnoëttes en Tudela, Verdier en Logroño, Moncey en el Cabriel, en las Cabrillas y en el Júcar; Dupont en Alcolea y Córdoba. Así como Bessières en Medina de Rioseco, quien, con tan solo 15.000 hombres, venció a 35.000 españoles, gracias a su poderosa caballería.

Pero, de repente, los imperiales se vieron incapaces de obtener más victorias: ante Zaragoza, Verdier y Lefèbvre-Desnoëttes tuvieron que montar un sitio en toda regla. Moncey fracasó ante Valencia, y no solo tuvo que emprender la retirada, sino que ni siquiera pudo mantenerse en el este peninsular y tuvo que replegarse hasta Madrid. Bessières, victorioso, dudó durante tres días en León antes de decidirse a seguir adelante hacia las montañas gallegas, y sin la orden de repliegue general que iba a provocar la noticia



General Bessieres

de Bailén, es muy posible que hubiera terminado sufriendo las mismas dificultades y experimentado los mismos fracasos que el general Dupont que, en Andalucía, se vio forzado a capitular con todo su cuerpo de ejército.

Ni en Bayona, donde en ese momento se encontraba Napoleón, ni en Madrid acertaron a ver cuál era la explicación de este triple fracaso: la insurrección en las retaguardias de los Ejércitos imperiales.

Napoleón, vencedor en Italia, Egipto, Austria y Prusia no era consciente de que la respuesta imperial ante el levantamiento español iba a poner a sus Ejércitos ante un difícil dilema. Esa respuesta vino, sobre todo, en forma de represalias que hacían huir a poblaciones, en principio pacíficas, pero que terminaban entregándose a la causa de los insurrectos. ¿Por qué? Porque, por medio de represalias no se logró restablecer el orden; por el contrario, se dejó el campo libre para que los sublevados actuaran sobre la gente pacífica. Y, al mismo tiempo, para proteger a esta última contra las enormes presiones de aquellos, se hizo necesario estar en todas partes. Estar en todas partes significaba al mismo tiempo ser débil, muy débil. Si había que guardar las comunicaciones, como había ordenado el Emperador, entonces había que dispersar las fuerzas, y dispersar las fuerzas implicaba desperdiciar la capacidad de actuación. Por otro lado, perder las comunicaciones suponía no abastecerse con el subsiguiente riesgo de morir de hambre. Avanzar significaba alargar las comunicaciones y debilitarse todavía más para conservarlas. Retroceder era dar mala imagen y dejar el campo libre a la insurrección. No moverse era abandonar al enemigo la iniciativa en las operaciones y agotar rápidamente los recursos del territorio en el que una fuerza se había estacionado.

Ante estos dilemas, la reacción de las tropas imperiales fue análoga a la de cualquier otra

fuerza militar abandonada a su suerte. Se adoptaron medidas ejemplares que convirtieron al país en un desierto. La subsistencia de las tropas, que ya constituía un grave problema en un territorio empobrecido, se hizo imposible. Entonces, se necesitaron tomar medidas urgentes tales como la organización de un sistema de convoyes y de almacenes. Debido a que el país estaba en plena insurrección, se hizo necesario disponer de tropas para recoger los víveres, otras para custodiar los almacenes, y otras más para escoltar a los convoyes. Es decir, no solamente se disponía de esta manera de menos soldados para combatir, sino que los que quedaban pasaban penurias, porque las guarniciones se comían las provisiones de los almacenes y las escoltas las de los convoyes. Precisamente por esta razón Moncey no pudo mantenerse frente a Valencia, donde todos los medios de subsistencia estaban agotados. Además, intuyendo que sus comunicaciones con Madrid iban a quedar irremediablemente cortadas, tuvo que batirse en retirada y regresar a la capital española, imposibilitado para actuar ofensivamente.

De igual modo, para restablecer sus comunicaciones con Madrid, después de haber entrado en Córdoba, Dupont tuvo que retroceder hasta Andújar. Pero este general cumplió exactamente las instrucciones del Emperador y no continuó retirándose como hizo Moncey. Aunque, al mismo tiempo, Dupont tampoco fue capaz de avanzar —dada la exigencia de conservar sus comunicaciones— de manera que, en un momento dado, su Ejército se vio totalmente paralizado. No podía seguir avanzando porque a medida que lo hacía, era necesario cubrir con algunas fuerzas la línea de operaciones, lo que debilitaba a su cuerpo de ejército. Y, evidentemente, no podía disminuir más las fuerzas que le quedaban disponibles, dada la presencia cercana de un Ejército español. Ante esta situación, sin poder

avanzar ni retroceder, Dupont perdió la iniciativa y la libertad de acción mientras que, frente a él, los españoles de Castaños la conservaban. El general francés quedó completamente a merced de que se produjera el menor incidente que pudiera romper ese equilibrio inestable. Y el fatal incidente se produjo cuando Napoleón ordenó al general Savary, que había quedado al mando de las fuerzas imperiales en España tras la marcha del mariscal Murat, que transmitiera las siguientes instrucciones al general Gobert:

«Si usted ve que el general Dupont pide insistentemente apoyo, marche con todas las fuerzas a reunirse con él, teniendo cuidado de adoptar las adecuadas precauciones para que el desfile por Sierra Morena no sea interceptado. Le recomiendo tomar todas las precauciones para asegurar nuestras comunicaciones con Madrid. No hay que dispersar a nuestros soldados ni fatigarlos».

El dilema no tenía solución. Tomar «todas las precauciones para que el desfile por Sierra Morena no sea interceptado» entraña distribuir las fuerzas en puestos, escoltas y columnas móviles. Y reunirse con Dupont «con todas las fuerzas» y no desperdiciarlas exige abandonar las comunicaciones a la insurrección. Así las cosas, los generales Vedel y Gobert trataron de resolver el dilema fatigando a sus fuerzas. Es decir, que el cumplimiento de una orden condujo, irremediadamente, al incumplimiento de otra. Porque Vedel y Gobert marcharon con todas sus fuerzas para reunirse con Dupont, con lo que iban a dejar abandonadas sus comunicaciones. Al mismo tiempo, al «adoptar las adecuadas precauciones para que el desfile por Sierra Morena no sea interceptado» dispersaron sus fuerzas. Si Napoleón hubiera estado en Bailén, seguramente se le habría ocurrido algo para resolver el dilema, pero el caso es que no estuvo, y ni Dupont, Vedel y Gobert eran, evidentemente, Napoleón.



General Reding
(Museo del Ejército).
(Madrid)

Al final, cuando Dupont se decidió a abandonar Andújar, el 18 de julio de 1808 por la tarde, se encontró copado ante Bailén, entre Castaños al Sur y Reding al Norte. Los agotados y famélicos soldados imperiales lucharon durante toda la mañana del 19. A mediodía, viendo Dupont que no podía pedirles nada más a sus hombres, inició los parlamentos para la rendición.

Decía Napoleón: *«perros, miqueletes, paisanos, insurrectos, por eso que se denomina guerra de partisanos..., eso no es nada»*. Se equivocaba. Esa guerra de partisanos fue la que forzó a Dupont a escalonar su fuerza desde Madrideojos hasta Andújar, a lo largo de más de doscientos kilómetros. Fue ese tipo de guerra lo que dejó al Ejército de Dupont casi sin comida, paralizado, agotado tras marchas, contramarchas y lo que separó a dos de sus divisiones.

La noticia de Bailén provocó que el Emperador descargara toda su ira contra Dupont y sus soldados. Nadie podía comprender cómo, contando con unos 130.000 soldados imperiales en España, que antes de Bailén habían derrotado a los españoles en todos los combates, se había producido tamaño desastre.

Un desastre que inició a su vez otra cadena de desastres, ya que nadie sabía exactamente por qué habían sido derrotados los imperiales. La lógica

de la defensa falla cuando no se sabe contra quién emplearla. De este modo, los franceses adoptaron decisiones completamente desconcertantes puesto que, tras haber llegado tan lejos como Andújar, sin medios adecuados y con órdenes casi imposibles de cumplir, para mantenerse allí contra toda previsión lógica, se pasa al extremo opuesto: se decide abandonar Madrid precipitadamente, cuando irónicamente había fuerzas suficientes para defender la capital, ya

Retirada del General Moore



que Bessières podía haber acudido con su Ejército desde León, pero la excesiva prudencia del rey José forzó el repliegue detrás de la línea del Ebro.

Parece que solamente el general Moncey lo comprendió, al regreso de su fracasada expedición a Valencia:

«Es necesario cambiar de estrategia. Hay que desplegar fuerzas imponentes, y al mismo tiempo emplear no solamente medios destructivos, sino los que pueden proporcionar una política hábil también, fundada en un reflexivo conocimiento del estado de las cosas y de la situación de los espíritus».

Napoleón envió más fuerzas a la Península: había 200.000 franceses a finales de 1808 y 350.000 dos años después, pero no se resolvió la cuestión, porque el Emperador nunca atendió a *«una política hábil también, fundada en un reflexivo conocimiento del estado de las cosas y de la situación de los espíritus».*

La llegada de Napoleón a España en el otoño de 1808 condujo a los imperiales a las victorias de Espinosa de los Monteros, Tudela, Burgos y Somosierra, que provocaron la dispersión general de los Ejércitos españoles y condujeron a una nueva ocupación de Madrid entre el 5 de diciembre de 1808 y el 12 de agosto de 1812.

A la vista de las victorias imperiales de finales de 1808, el Ejército expedicionario británico, al mando de sir John Moore, se dispuso a retirarse desde Salamanca hasta La Coruña, perseguido por el mariscal Soult, que quedó al mando cuando el Emperador abandonó la Península a primeros de enero de 1809. En ese momento, desde el punto de vista imperial, no había ninguna fuerza enemiga importante en España, y puesto que lo que quedaba, eran algunas unidades regulares desperdigadas, nada importantes, y unos pocos guerrilleros, Napoleón volvía a Francia estimando que había finalizado su tarea. Pero, en realidad, esas victorias imperiales solo consiguieron reconducir la situación al punto de partida, cuando se había iniciado la insurrección. Nada se resolvió. La guerra continuó hasta 1814, siguiendo de una u otra manera las fórmulas estratégicas que aplicaron Moncey y Dupont. La primera, la del cuadro de batallón que atraviesa el país insurrecto, aislado como un navío en medio del mar, capaz de ir a todas partes y de man-

tenerse en ninguna. La segunda, la de los batallones que, en la marcha, van desgajándose en su retaguardia, a medida que avanzan, hasta que llega un momento en el que la cabeza de la columna, demasiado debilitada para actuar, queda paralizada. Esta estrategia de «unidades en rosario» es la misma que practicó Soult en la campaña de Portugal de 1809, que le obligó a una precipitada retirada con la pérdida de sus bagajes y cañones. Fue la habilidad de Soult para mover sus tropas por el montañoso norte de Portugal lo que le salvó de quedar aislado por el Ejército aliado al mando de lord Wellington.

Por otro lado, el mariscal Masséna aplicó la nefasta estrategia del «batallón cuadrado» en Portugal, en la campaña de 1810-1811, a la que se sumó otro flagrante error cuando Napoleón— cegado con la idea de destruir el Ejército angloportugués— se dio cuenta, por fin, de la necesidad de dejar verdaderamente cubierta su retaguardia. Eso hizo que el Emperador constituyera dos fuerzas, un Ejército de ocupación, distribuido en gobiernos militares, encargado de la pacificación, y un Ejército de operaciones, libre de tal preocupación, constituido por las mejores tropas, cuya misión era ir a enfrentarse contra la principal fuerza enemiga. De esta forma, la situación, lejos de mejorar, se emponzoñó aun más, puesto que para alimentar la guerra, de una manera u otra, había que pedir al país ocupado unas contribuciones o pesadas cargas que permitieran al Ejército adquirir lo que precisaba. Pero si el vencido rehusaba colaborar, había que dejar libre al soldado para que saqueara y se procurara su subsistencia por los métodos expeditivos que quisiera.

De este modo, si el ocupante cubre los gastos con sus propias finanzas, la ocupación de un territorio, lejos de representar un elemento de poder, no es más que una carga, tanto más pesada si cabe ya que, en definitiva, el que se beneficia es el país ocupado. A la larga, ninguna economía es capaz de resistir esto. Ante este nuevo dilema, y con las arcas del Imperio tambaleándose hacia 1810, el Emperador decidió que España, nación ya muy esquilada y empobrecida, suministrara la alimentación y abonase los sueldos de sus soldados. Los gobiernos militares debieron, entonces, no solamente garantizar la seguridad de las retaguardias, sino también reunir

viveres y dinero. En estas condiciones, si los gobiernos militares apenas llegaban a subsistir por sus propios medios en sus respectivos territorios, mal iban a conseguir alimentar la guerra. Era casi imposible. El mismo Soult reconocía a principios de 1812 que la rica región andaluza ya no podía hacer frente a la carga de alimentar a sus hombres. Estaba arruinada. Las otras zonas ocupadas de España estaban aun peor. Cualquier esfuerzo de guerra de los franceses en la Península quedaba, en consecuencia, abocado al colapso.

A la empecinada resistencia española y los factores de índole política y estratégica habría que sumar los aspectos relacionados con el abandono que sufrió el Ejército Imperial en España respecto al reclutamiento, la instrucción, el avituallamiento y el equipamiento, pero estos

serán tratados en la segunda parte de este artículo.

NOTAS

- ¹ D. G. WRIGHT. *La Europa Napoleónica*. Alianza Editorial. 1999.
- ² CONDE DE LAS CASES. *Memorial de Napoleón en Santa Elena*. Fondo de Cultura Económica. 2003.
- ³ THIÉBAULT, P. *The Memoirs of Paul Thiébault*. Worley Publications. London. 1994. Edición facsímil de la traducción al inglés del año 1896. Volumen 2, p. 196.
- ⁴ *Correspondencia de Napoleón*, 21 de julio de 1808.
- ⁵ *Correspondencia de Napoleón*, 24 de septiembre de 1808.
- ⁶ *Correspondencia de Napoleón*. ■

Hambre durante la ocupación francesa (Aparicio. Casa Consistorial de la Villa de Madrid)





LOS MANDOS ENFRENTADOS

Jose Luis Priego Fernandez del Campo. Coronel Infantería .DEM.

Las causas que determinaron en nuestra Guerra de la Independencia que la victoria se inclinara hacia el bando aliado, fueron muy complejas. En este artículo nos centraremos en solo una de ellas: la acción del mando. A continuación examinaremos cómo ejercieron el mando el Ejército imperial en España, de una parte; y los aliados que se enfrentaron con este, tratando por separado el Ejército anglo-lusitano y el español, hasta que Wellington asumió la jefatura del último. Finalmente, extraeremos algunas consecuencias.

Para comprender la complejidad a que hemos hecho referencia, es pertinente mencionar la tesis de Jover Zamora¹ sobre la existencia de dos guerras simultáneas sobre la Península Ibérica: la técnica o internacional franco-inglesa, cuyas iniciativas fueron esporádicas y que fue dirigida por el Emperador; y la política o nacional española, caracterizada por una presión continua y que exigía respuestas constantes del rey José. Esta perspectiva nos ayuda a entender las interacciones y, a veces, contradicciones de las jefaturas de Napoleón y de su hermano, de una parte; y los intereses estratégicos distintos de España e Inglaterra, de otra.

Napoleón tenía como objetivo expulsar a los ingleses de Portugal y cerrar las costas de la Pe-

nínsula Ibérica a los productos británicos. A esta estrategia de acción directa imperial se enfrenta la estrategia de aproximación indirecta empleada por Wellington en la Península. A Inglaterra no le interesaba terminar pronto la guerra, sino que se agravara más la situación militar en España, pues así se fomentaba la insurrección de toda la nación española. Era necesario desgastar al coloso imperial. Lo importante no era avanzar, sino entretener en los flancos del imperio la úlcera española, como decía Chastenet².

EL ALTO MANDO IMPERIAL

A lo largo de nuestra Guerra de la Independencia, Napoleón introdujo cambios sucesivos en la estructura jerárquica y la forma de distribuir el poder entre sus lugartenientes, así como en su intervención personal en la conducción de las operaciones.

Al principio de la guerra, las fuerzas francesas en España estaban mandadas por Murat, que había recibido instrucciones sumamente vagas del Emperador. Sin embargo, incumplió una expresa y clara: evitar todo roce con la población que pudiera ocasionar derramamiento de sangre y originara la guerra. El 9 de junio de 1808 entró José Bonaparte en la Península y se cruzó con Murat que regresaba a Francia.

Hasta fines de agosto, el Ejército imperial en España constaba de cuatro cuerpos de ejército, mandados por los mariscales Moncey y Bessières y los generales de división Dupont y Duhesme. Si las tropas eran mediocres por estar constituidas sobre todo por reclutas, los generales que las mandaban eran las figuras militares más relevantes del momento en Francia. Quizás por eso, en la práctica, cuando vino José I, su estado mayor careció de la firmeza y decisión necesarias para imponer su voluntad a los mandos subordinados.

Una vez Napoleón en España, su autoridad se hizo sentir enseguida. En una orden dada por el Emperador a su mayor general y fechada en Chamartín, a las once de la mañana del 22 de diciembre de 1808, se le encargaba que diese a conocer a los cuerpos de los mariscales Víctor y Lefebvre, a las divisiones Lasalle, Milhaud y Latour-Maubourg y a la guarnición de Madrid, que, en adelante, deberían obedecer las órdenes del Rey de España, a quien había nombrado su lugarteniente; órdenes que les serían transmitidas a través del mariscal Jourdan, su Jefe de Estado Mayor. Pero el total de estas fuerzas que permanecerían a las órdenes del Rey, ascendía solamente a 40.000 hombres³.

Después de su regreso a Francia, el Emperador había declarado pública y solemnemente tras la paz de Viena, que personalmente desalojaría por completo a los ingleses de la Península. Ante la importancia de la operación que iba a efectuarse en nuestro suelo, no se esperaba que Napoleón confiase a ninguno de sus lugartenientes, por grandes que fueran su prestigio personal y dotes de mando, el cuidado de dirigirla. Solo él podía imponer a los mariscales y generales que mandaban las grandes unidades del Ejército imperial, el concierto y buen entendimiento necesarios para el éxito de aquella maniobra decisiva, y únicamente él parecía capaz de superar las dificultades que a ella se opusieran.

Sin embargo, Napoleón sorprendió al mundo con su decreto del 17 de abril de 1810, por el cual se creaba el *Ejército de Portugal*, a las órdenes del mariscal Masséna, príncipe de Essling. Ahora bien, Masséna solo quedó encargado del mando del Ejército de Portugal y de las comarcas castellanas y leonesas que habían de constituir su base de operaciones. Ninguna po-

testad se le concedía respecto a la dirección y coordinación de las restantes tropas, cuya dependencia jerárquica del rey José había quedado rota en virtud de los decretos imperiales de 8 de febrero, 29 de mayo y 14 de julio de 1810, que creaban los gobiernos militares autónomos de Cataluña, Aragón, Navarra, Vizcaya, Burgos y Valladolid, así como el *Ejército del Mediodía*, cuyo mando y administración correspondían al mariscal Soult, duque de Dalmacia. La autoridad del «monarca intruso» quedaba, así, circunscrita al reino de Castilla la Nueva y al pequeño *Ejército*

Napoleón
(Lefevre. Museo Cornavelet. Paris)



Mariscal Jourdan



del Centro que lo guarnecía. Esto suscitó un conflicto entre el gobierno intruso de nuestro país y el Emperador.

Por mucho que lo intentó, José I no consiguió el mando supremo de las fuerzas francesas que operaban en la Península. Únicamente se le otorgaba una ilusoria autoridad de superintendencia general. Si se trasladaba al cuartel general de uno de los Ejércitos, se le rendían honores de comandante supremo; todos los mariscales o generales que mandaran dichas fuerzas le enviarían con frecuencia partes de situación y no emprenderían ninguna operación sin informarle previamente de ella. Esta situación continuó hasta principios de 1812⁴.

De esta suerte, el mando conjunto de todos los Ejércitos franceses en España seguía correspondiendo al propio Emperador quien, al estar

alejado considerablemente de la Península, pretendía dirigir sus movimientos y atender a sus necesidades, pero la mayoría de sus disposiciones quedaban desvirtuadas por los retrasos que a su ejecución imponían el tiempo y la distancia. El gran caudillo no tardó en convencerse de los inconvenientes de un sistema de mando tan vicioso; pero no lo cambió.

Al alejarse de París para emprender la expedición que tenía planeada contra Rusia el 16 de marzo de 1812, Napoleón nombró a su hermano, Jefe Superior de los Ejércitos franceses en la Península, por la necesidad de centralizar su mando. No obstante, temía la falta de competencia militar y la tendencia de tomar demasiado en serio su papel de rey de los españoles, aunque fuera en detrimento de la causa imperial, por lo que le disminuyó en gran medida sus atribuciones. Había nombrado Jefe de Estado Mayor al mariscal Jourdan, para compensar la falta de experiencia del rey José en las operaciones militares. Por otra parte, excluyó al mariscal Suchet del mando directo de este, y las órdenes dirigidas a los otros jefes de Ejército no fueron lo suficientemente claras para que la autoridad del Rey fuera completa.

Sin embargo, desde fines de abril, José I y Jourdan se esforzaron en cumplir sus funciones. Pero no hubo cooperación por parte de los mariscales, acostumbrados a disfrutar de un poder casi ilimitado, y poco dispuestos a someterse a la autoridad del Rey, dificultando e impidiendo, a veces, la concentración de sus fuerzas cuando era necesario para el bien común, o recurriendo directamente a Napoleón sin consultar con el Rey, o sin informarle sobre los planes estratégicos que habían recibido.

En la misma época en que Wellington, al ejercer su autoridad incontestable sobre la totalidad de las fuerzas aliadas después de ser nombrado generalísimo, preparaba su maniobra de Vitoria minuciosamente concebida, en la cúpula del mando imperial —como ya había caracterizado muchas de las operaciones en la Península Ibérica— reinaba la confusión por su falta de coordinación y subordinación.

Al regresar de Rusia en diciembre, el Emperador volvió a tomar de nuevo las riendas de los asuntos de España, cursando sus órdenes por medio de su Ministro de la Guerra, sin tener mu-

cho en cuenta que a la distancia, había que añadir la demora producida por la interrupción de las comunicaciones en el norte de la Península.

Más tarde, a principios de 1813, la preocupación por los problemas de Alemania únicamente le permitió hacer partícipe de sus intenciones a su ministro quien, por su parte, mantenía al Rey muy superficialmente al corriente de la situación del Ejército del Norte. Frente a la equivocada estrategia, la completa incomprensión de la situa-

ción y aun las contradicciones que atestiguaban las órdenes del duque de Feltre, el rey José y el mariscal Jourdan tenían forzosamente que estar perplejos, y el carácter ya de por sí dubitativo del monarca no podía sino hacer empeorar la situación.

Otra de las causas de la anarquía que reinaba, radicaba en el carácter del Jefe de Estado Mayor del Rey. Jourdan veía paralizada sus iniciativas por la tendencia del Emperador a criti-

Sir John Moore





carlo, porque José I era proclive a no obedecerle ni apoyarle; porque se sentía poco considerado por los soldados, y los generales no le informaban adecuadamente. Por otro lado, estaba enfermo y a veces se tenía que recluir en la cama, perdiendo la poca autoridad que le quedaba⁵.

El rey José llegó con su cuartel general a San Juan de Luz, procedente de Pamplona, el 28 de junio de 1813. Aunque consciente de que su hermano le haría responsable del desastre, se esforzó personalmente en dirigir las operaciones, mientras Jourdan permanecía en la cama quejándose de que los generales ni le informaban, ni le obedecían. José I convocaba juntas constantemente y se perdía entre la multitud de opiniones.

Cuando el Emperador recibió la noticia de Victoria el 1 de julio de 1813 en Dresde, no tuvo más remedio que volver su mirada a los asuntos de España, por tanto tiempo diferidos. A la hora de buscar responsables, no pensó, claro está, en que la culpa de todo había sido su sistema de querer dirigir las operaciones de España a muchos kilómetros de allí y no dar al jefe supremo

del Ejército, su hermano, más que un mando nominal, permitiendo la interferencia de su ministro desde París, la comunicación directa con los jefes de Ejército y no castigando los flagrantes delitos de desobediencia. Hizo responsable al alto mando francés por su ineptitud: en primer lugar a su hermano José y, luego, a su Jefe de Estado Mayor, el mariscal Jourdan, y mandó que fueran destituido los dos inmediatamente. Soult fue nombrado jefe de las tropas antes bajo mando josefino y la autoridad se restableció razonablemente, aunque Suchet seguía ejerciendo el mando independiente del Ejército de Cataluña.

EL ALTO MANDO ANGLO-LUSITANO

El alto mando británico casi siempre fue ejercido con gran autoridad, si exceptuamos el teatro de operaciones de Levante. Subordinado al Ejército británico, hay que considerar al Ejército lusitano y sus altos mandos. Después

del reembarque del Ejército expedicionario inglés en La Coruña, no existía un *Ejército portugués* propiamente dicho. Todos los esfuerzos de los gobernantes del país se habían estrellado frente a la indisciplina del pueblo, la rivalidad de los generales y la escasez de armamento y equipo adecuados; lográndose crear tan solo un conjunto abigarrado de batallones, escuadrones y baterías, en estado más o menos imperfecto de organización e instrucción⁶.

Ante esta situación de desorden e impotencia para reorganizar, instruir y equipar un Ejército lusitano susceptible de entrar en campaña, el Gabinete de Londres accedió a la demanda de su aliado y designó para el cargo al mayor general sir William Carr Beresford, quien desembarcó en Lisboa a primeros de marzo, y se dedicó a organizar en Abrantes un Ejército portugués, que constaría por lo pronto de 20.000 hombres, subvencionado por Inglaterra y mandado, en gran parte, por jefes y oficiales ingleses⁷.

Durante 1808, después de los mandos esporádicos de sir Hew Dalrymple, y de sir Harry Burrard, el 25 de septiembre, el ministro inglés de

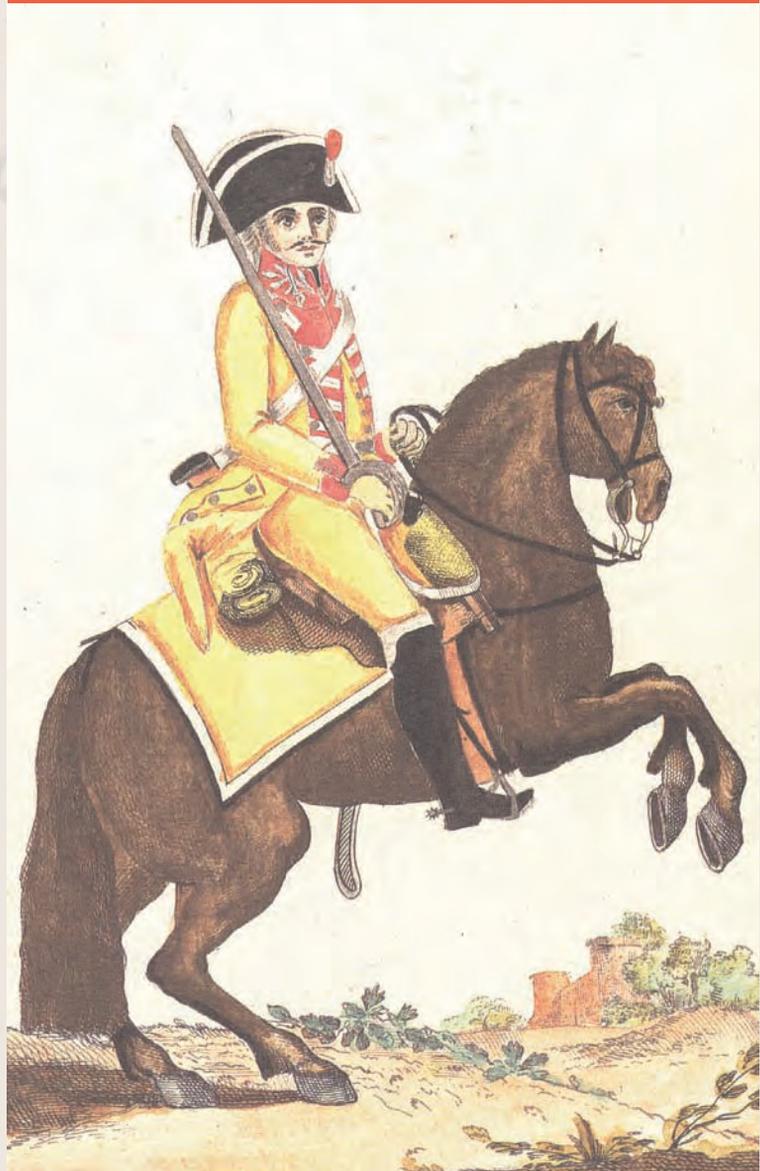
la Guerra, lord Castlereagh, nombró a sir John Moore nuevo Comandante en Jefe del Ejército británico en Portugal.

En relación con España, ya casi desde el principio, la colaboración entre los británicos y nuestras autoridades civiles y militares se fue haciendo cada vez más difícil. Moore, el 16 y 19 de noviembre escribió a mister Frere dándole cuenta de su difícil situación a causa del desorden y falta de cooperación que advertía en las autoridades españolas. El general Hope informaba a sir John Moore, en carta fechada el 20 de noviembre, de los resultados negativos de su conferencia en Madrid con el general Morla. Y sir David Baird comunicaba desde Astorga, el día 23, que ninguna ayuda cabía esperar por parte de los españoles, cuyos Ejércitos se hallaban dispersos y fuera de combate, sintiéndose incapaz de descubrir qué objetivo podían perseguir en España las fuerzas británicas⁸.

Sir John Moore resumía la situación general en dos cartas sucesivas dirigidas desde Salamanca, el 24 de noviembre, al Ministro de la Guerra lord Castlereagh, de las que extractamos lo siguiente: «No he logrado hasta ahora comunicarme con ninguno de los generales que mandan los Ejércitos de España. Ignoro sus planes y los del Gobierno... El general Castaños ha sido destituido de su mando, cuando comenzaba a corresponder con él. El marqués de la Romana, que ha sido nombrado para sustituirle, continúa en Santander. No sé cuál será su influencia cuando se encargue del mando. El general Castaños ha tenido muy poca; los demás generales intrigaban contra él, y los comisarios civiles enviados por la Junta Suprema, obrando con la mayor inconsecuencia, no han servido más que para sembrar la confusión y mediatizar la iniciativa del general...»⁹.

Y en carta dirigida a su hermano James, fechada en Salamanca el 26 de noviembre, se expresaba Moore todavía con más libertad: «Los pobres españoles merecían mejor suerte, pues me parecen una hermosa nación; pero han caído en manos de dirigentes, que los han perdido por apatía... La Junta, celosa de sus generales, no les ha concedido ninguna autoridad y les ha puesto al frente de Ejércitos separados e independientes haciendo así imposible toda unidad

Dragones del Rey



de acción... No estoy en correspondencia con ninguno de los generales españoles ni con sus Ejércitos, y desconozco sus planes y los del Gobierno»¹⁰.

Al morir sir John Moore, el Ministerio de la Guerra británico designó al teniente general Sir Arthur Wellesley como Comandante en Jefe de las tropas inglesas en Portugal. La decisión de Castlereagh no pudo ser más certera, pues el talento militar de Wellesley había previsto el giro que durante los próximos años tomarían los acontecimientos bélicos en la Península¹¹. Wellesley estaba convencido de que la ocupación francesa de España solo quedaría comprometida cuando una fuerza muy numerosa «actuando al unísono bajo la dirección de una sola mente pudiera ser reunida»¹².

Tampoco existió un buen entendimiento entre Wellesley y las autoridades y los generales españoles. Aunque en algunas ocasiones —con Castaños, por ejemplo— las relaciones fueron fluidas, en general no fue así, como fue el caso con el general Cuesta. Poco después de que Wellesley sustituyera a Moore, el diplomático británico Frere creyó llegado el momento de que el mando en jefe de los Ejércitos españoles se le confiase a quien ya mandaba conjuntamente las fuerzas inglesas y lusitanas. Frere no se había atrevido a plantear oficialmente la cuestión, pero la sacaba a relucir con frecuencia en el círculo de sus amigos íntimos. Sin embargo, nuestro orgullo nacional se oponía por entonces, y seguiría oponiéndose tenazmente en los años sucesivos, a que la responsabilidad de la defensa del país recayera en la persona de un general extranjero. Y una de las principales cabezas de tal oposición era precisamente don Gregorio García de la Cuesta, que gozaba todavía de un prestigio extraordinario entre sus subordinados. De aquí que todos los manejos de Frere tendiesen a separarle de su puesto, acusándole de conspirar contra la Junta y predisponiendo contra él los ánimos de Wellesley.

Por otra parte, es conocido el temperamento absorbente de Wellington y su manera de entender la guerra en nuestra Península, como una forma de desgastar el poderío napoleónico en provecho exclusivo de la Gran Bretaña, más que para liberar a los españoles y lusitanos del yugo del invasor. Y si se avino a cooperar con nues-

tros Ejércitos en la gran ofensiva que planeaban sobre Madrid en el mes de julio de 1809, fue con el designio de imponer su criterio. No le importaba tanto que le nombrasen «Generalísimo» de nuestros Ejércitos, como que nuestros generales se sometiesen a su voluntad. Pero con Cuesta no lo consiguió, y de aquí que, después de concertar un plan de operaciones con nuestro veterano caudillo, se dispusiera a incumplirlo al menor pretexto.

A tal respecto, lord Wellington manifestaba el 5 de septiembre de 1809 desde Badajoz, a Canning —Secretario del *Foreign Office* británico — que no volvería a entrar en campaña en unión de los españoles, a menos que se le situara en una posición independiente de los caprichos de la Junta y de la malignidad de sus generales... Si fuera nombrado Comandante en Jefe por el Gobierno español, concediéndole entera libertad en la dirección de sus Ejércitos, la cuestión sería diferente¹³.

El nombramiento de Wellington como Generalísimo de los Ejércitos españoles, fue aprobado por las Cortes el 22 de septiembre de 1812, en sesión secreta, pero diferida su publicación hasta que Wellington obtuviera el consentimiento de su Gobierno. Decía así el decreto: «Siendo indispensable para la más pronta y segura destrucción del enemigo, que haya unidad en los planes y operaciones de los Ejércitos aliados en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto, sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Cortes generales y extraordinarias... apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad Rodrigo, Capitán General de los Ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan: Que durante la cooperación de las fuerzas aliadas en defensa de la misma Península, se le confiera el mando en jefe de todas ellas, ejerciéndole conforme a las ordenanzas generales...»¹⁴.

Dicho decreto fue comunicado al caudillo británico ante Burgos el 2 de octubre del mismo año, aceptándolo a partir de la fecha, aunque como escribió a su hermano Henry, el cambio de su posición no era demasiado grande, puesto que, de hecho, desde Castaños, la mayoría de los generales españoles le consultaban hacía ya tiempo en sus movimientos y coincidían

en sus puntos de vista¹⁵. El nombramiento definitivo como nuevo generalísimo, después de aprobado por su Gobierno, llegó a Wellington el 4 de diciembre en su cuartel general de Freneda.

EL ALTO MANDO ESPAÑOL

En todas las provincias españolas donde triunfó, de fines de mayo a primeros de junio de 1808, el alzamiento contra la intervención francesa en nuestra patria, se constituyeron Juntas, integradas por los personajes más influyentes dentro de ellas, con el encargo de dirigir y organizar el entusiasmo y el esfuerzo populares. Estas *Juntas provinciales* obraron al principio de un modo independiente, cual si se tratara de estados soberanos. Pero las necesidades de la común defensa obligaron a la mayor parte de tales Juntas a buscar el apoyo de las que funcionaban en las provincias limítrofes; llegándose a sentir, finalmente, la conveniencia de crear un organismo central de gobierno que coordinase la actividad de todas ellas.

El 16 de julio, la Junta de Valencia publicaba un manifiesto, dirigido a las demás del Reino¹⁶, que constituía, sin duda, un paso efectivo para la reunificación de nuestras instituciones políticas. En el citado manifiesto se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «...*Las operaciones militares exigen una dirección, un impulso general que no puede quedar al arbitrio de cada provincia, cuyas disposiciones parciales pueden tal vez ser contradictorias con las de las otras. La organización del Ejército, la elección de sus jefes, y demás ramas de su dirección, no puede estar dirigida sin formar un cuerpo monstruoso sin cabeza....*».

Pero si esta era la opinión de la mayoría de la Juntas, nuestros generales no estaban dispuestos a someterse a alguno de sus compañeros. Cuando el general Cuesta se trasladó a Madrid para asistir al

Consejo de Generales celebrado en la capital de España el 5 de septiembre de 1808, propuso el nombramiento de un comandante en jefe de nuestros Ejércitos. «*Bastó que Cuesta lo hubiese propuesto —comenta Arreche— para que sus colegas creyeran que quería explotarlo en su provecho. Y es que creyéndolo prudente, se resistían a someterse a toda otra voluntad que no fuera la suya*»¹⁷.

La Junta Central persistió en el error de no designar un comandante en jefe que dirigiera las operaciones de conjunto, y de tal suerte, los Ejércitos siguieron combatiendo independientemente, sin coordinar su acción con la de los demás; restando así eficacia a nuestros esfuerzos para expulsar del territorio nacional a las tropas invasoras.

General Castaños
(Instituto de España. Madrid)



Por Real Orden de 30 de septiembre de 1808, firmada en Aranjuez, la Junta Central creaba una *Junta Militar*, presidida por el general Castaños, e integrada por los también generales don Tomás de Morla, marqués de Castelar, marqués del Palacio, conde de Montijo y don Pedro González de Llamas, brigadier de ingenieros don Agustín Bueno y el de la Armada don Gabriel de Císcar. Esta Junta Militar se encargaría de la dirección conjunta de las operaciones de nuestros Ejércitos¹⁸. «*Pero no es de las Juntas —advierte Arreche— de donde suele emanar un pensamiento fecundo para las operaciones militares, ni los vocales de la creada por la Central, como actores no pocos de ellos en las que comenzaban a ejecutarse, se sujetarían a los planes acordados con la fe y energía que imprime la autoridad ya reconocida de un general en jefe*»¹⁹.

«*Florida-blanca —escribe Napier— informó a los diplomáticos británicos que Castaños sería nombrado Generalísimo, y lord William Bentinck fue escogido para conferenciar con él sobre el plan de campaña que seguirían los ingleses, que venían entonces de Portugal para secundar a los españoles. Constituía*



Fusilero Español

una imperiosa necesidad que no existiera más que un solo jefe a la cabeza de los Ejércitos... Y, sin embargo, tales eran la fuerza de la envidia y la obstinación de los agentes de las Juntas, que toda la influencia del Gobierno inglés no consiguió que se nombrara uno. Los generales fueron confirmados en sus mandos separados e independientes...»²⁰.

La necesidad de un mando único civil y militar fue planteada también por Jovellanos y el marqués de la Romana en el seno de la Junta Central, en las sesiones celebradas en Aranjuez, el 7 de octubre del mismo año, y en Sevilla, el 14 de octubre de 1809. El consejero militar austríaco, barón de Crossarz, informó el 24 de agosto de 1809, a la Junta Central, en idéntico sentido. Y en la correspondencia de los caudillos británicos sir John Moore y lord Wellington, con nuestras autoridades civiles y militares, se expone con particular insistencia la citada necesidad. En cuanto a los historiadores, no solo los ingleses Napier y Oman, sino los franceses Foy, Balagny y Grasset, y el español Gómez de Arteche atribuyen todos nuestros desastres a la falta de un general en jefe idóneo y de un poder ejecutivo autorizado y enérgico.

Después de que se disolviera la Junta Central, la *Primera Regencia* trató de remediar la situación tan crítica producida tras la derrota de Ocaña y la conquista de gran parte de Andalucía, a despecho de las cortapisas que le imponía la subsistencia de las *Juntas Provinciales* —que seguían actuando con su particularismo habitual— y su confinamiento en la isla de León, incomunicada por vía terrestre con las demás regiones libres de la presencia del invasor, y, por tanto, sin medios expeditos de transmitir e imponer sus decisiones.

Por otro lado, las Cortes que, al principio, en 1810, no se habían ocupado de las materias militares alegando que era asunto del Gobierno, ante los continuos reveses de las tropas españolas, fueron interviniendo cada vez más. El 10 de febrero de 1811, solicitaron ser informadas por el Ministro de la Guerra de la situación del Ejército, informe que presentó este, en sesión secreta, el 28 de febrero. Al lamentable y desolador panorama que dibujó, proponía la solución del fortalecimiento de las facultades de las autoridades militares.

A raíz de la publicación del nuevo Reglamento para el Consejo de Regencia el 26 de enero de 1812, las Cortes constituyentes vieron mermaid sus facultades en el ámbito del control militar y la dirección de la guerra, aunque durante el año de 1812 tuvieron intervenciones aisladas como el nombramiento de Wellington para el mando supremo, que fue decisivo para la terminación de la guerra²¹.

CONCLUSIONES

La simple comparación entre las características de ambos bandos enfrentados nos permite comprender que una de las razones importantes de la victoria aliada se debió a la existencia de un mando indiscutible en el Ejército aliado, a partir de cuando fue nombrado Wellington Generalísimo de los Ejércitos españoles, y que coincide con el momento del hundimiento del Ejército imperial. Por parte española, la inexistencia de un mando único hasta el nombramiento de Wellington como generalísimo, explica los casi continuos fracasos de nuestras armas, como reconocieron todos los grandes historiadores británicos, franceses y españoles.

En el otro bando, la falta de dirección por parte de José I y su Jefe de Estado Mayor, y la tardía y, por ello, nefasta, conducción de las operaciones por parte de Napoleón, destacan frente a los resultados espectaculares de la corta estancia personal del Emperador en España. Indudablemente, si Napoleón hubiese venido por segunda vez a la Península Ibérica con los 100.000 hombres que Wellington juzgaba necesarios para ser expulsado de Portugal, la suerte de las armas imperiales en España habría sido distinta.

NOTAS

- ¹ «La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de Liberación», en *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*, Zaragoza, Universidad, 1958, pp. 500 ss.
- ² Alonso Baquer, Miguel, «Las ideas estratégicas en la Guerra de la Independencia», en *Fuerzas Armadas Españolas*, Madrid, Alambra, 1986, Tomo II, pp. 249 ss.
- ³ Vid. texto completo de la citada orden, en BALAGNY (*Ob. Cit.*, t. III, páginas 479-482).

- ⁴ *Corr. de Nap* (T. XXII, núm. 17.252, pp. 192-194, Napoleón a Berthier Caen, 27 de mayo de 1811); Oman (*Ob. cit.*, vol. IV, Sect. XXV, Chap. 1, pp. 218-219), y Artola (*Ob. y ed. cit.*, p. 181).
- ⁵ Vidal de la Blache, *Ob. Cit.*, T. I, pp. 121-127; Oman *Ob. Cit.*, T. VI, pp. 546-547.
- ⁶ Vid. OMAN (*Ob. cit.*, vol. II, sect. XII, cap. II, pp. 201-207).
- ⁷ Vid. OMAN (*Ob. cit.*, vol. II, sect. XIII, chaps. II y III, pp. 199 y 215-219), y BELMAS (*Precis historique de la Guerre de la Peninsule de 1807-1814*), introducción a su obra: *Journaux des Siéges...*, t. I, Firmin Didot, París, 1836, pp. 56-59).
- ⁸ *Ibid* (pp. 632-634).
- ⁹ *Ibid*. (pp. 634-640).
- ¹⁰ Vid. JAMES MOORE: *A narrative of the campaign of the British army in Spain by his Excellency Lieut-general Sir John Moore* (pp. 72-73). Amplios extractos de esta obra se hallan reproducidos en el Leg. 2, Carp. 1 del Archivo de la Guerra de Independencia afecto al Servicio Histórico Militar.
- ¹¹ Vid. OMAN: *a History oí the Peninsular War* (vol. II, sect. XIV, chap. I, páginas 289-290 y 293-294), y *Wellington's Army. 1809-1814* (2.ª ed., Londres, Edward Arnold, 1913, pp. 49-51).
- ¹² OMAN (*Ob. cit.*, vol. II, sect. XIV, chap. I, pp. 292-293).
- ¹³ OMAN (*Ob. cit.*, vol. III, sect. XVII, chap. I, p. 1, nota 2).
- ¹⁴ Toreno, (*Ob. Cit.*, T. III, p. 149); Oman, (*Ob. Cit.*, T. VI, p. 196); Sarramon, X, p. 140.
- ¹⁵ Wellington a Sir H. Wellesley, 2 de octubre, (Gurwood, *Choix de Dépêches...*, núm. 688, p. 657).
- ¹⁶ *Manifiesto de la Junta de Valencia haciendo presente a todas las demás del Reino la indispensable y urgente necesidad de que se establezca una Central que entienda y decida a nombre de nuestro amado soberano Fernando VII.*
- ¹⁷ *Arteche.*, t. III, p. 129.
- ¹⁸ Vid. Minuta en A.H.N., J.C.S., 7-C-1, y reseña en la *Gaceta Ministerial de Sevilla*, núm. 40, pp. 313-319.
- ¹⁹ *Ob. cit.*, t. III, p. 141.
- ²⁰ Napier, t. I, pp. 396-397.
- ²¹ Roberto Blanco Valdés, **Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal...**, Madrid, Siglo XXI, 1988, pp. 95 ss. ■

SECUENCIA DE LOS HECHOS MILITARES OCURRIDOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José Pardo de Santayana y Gómez Olea. Teniente Coronel.Artilería.DEM.

La Guerra de la Independencia duró seis largos años. Se combatió por toda la Península Ibérica con una sucesión tan grande de acontecimientos que hace difícil recordar su cronología y relación. Este artículo presenta un relato simplificado de todos aquellos complejos hechos históricos, con el fin de facilitar su comprensión en el tiempo y en el espacio.

Como consecuencia del tratado de Fontainebleau, e incluso unos días antes de que este fuera firmado, el 18 de octubre de 1807, un cuerpo francés al mando de Junot cruzó la frontera del Bidasoa para dirigirse a Portugal. Tres divisiones españolas se sumaron igualmente a dicha expedición. El 29 de noviembre la corte lusa se embarcó y, con la protección de una escuadra inglesa, huyó a Brasil. El día siguiente las tropas francesas entraron en Lisboa sin haber encontrado apenas resistencia en todo su trayecto.

Sin haberlo acordado con España, Napoleón dispuso que nuevas tropas fueran entrando en nuestro país con la excusa de que debían prote-

ger de un ataque británico la línea de comunicaciones del cuerpo de Junot. Desde finales de noviembre de 1807 a mediados de febrero de 1808, estos cuerpos fueron tomando posiciones al sur de los Pirineos y sobre la ruta de Madrid, apoderándose de las plazas fortificadas de Barcelona, Pamplona, San Sebastián, Pancorbo y Figueras con engaño y estratagemas. La intención del Emperador era conseguir una posición militar dominante en nuestro país para, por medio de maniobras políticas, imponer a la monarquía española un rey de su familia.

Godoy se dio perfecta cuenta de las intenciones pérfidas de Bonaparte, pero el inoportuno Motín de Arajuez (17 de marzo) le impidió reaccionar. La situación creada permitió a Fernando VII destronar a su padre. Murat, que había sido nombrado Lugarteniente del Emperador en España y que se encontraba ya cerca de Madrid, se apresuró a ocupar la capital, mientras desde Bayona Napoleón urdía planes para atraer hacia sí a la familia real española y poner la corona so-

bre las sienes de su hermano José. El descontento popular y la indignación de muchos españoles fueron en aumento y terminaron desencadenando los conocidos sucesos del Dos de Mayo. En el plazo de algo más de un mes, casi todas las ciudades españolas donde no había guarnición francesa se sublevaron, se formaron juntas y se enviaron emisarios a Londres para buscar el apoyo británico.

En España había entonces 90.000 soldados imperiales y otros 25.000 se encontraban en Portugal. El Ejército español que ascendía a 100.000 hombres y 30.000 milicias, tenía disponibles entonces cerca de 90.000¹. Dichas fuerzas, que habían recibido órdenes de no intervenir, se fueron incorporando progresivamente a la causa antifrancesa, aunque muchos mandos claves no lo hicieron.

Napoleón, insuficientemente informado del alcance de la insurrección, reaccionó enviando expediciones de castigo en todas las direcciones con resultado muy desigual (mapa 1). En Cataluña, el Ejército defendió Gerona y los somatenes rechazaron con determinación a las columnas imperiales en el Bruch (6 y 14 de junio). Zaragoza se resistió también con tenacidad legendaria, y Valencia rechazó el ataque de Moncey (29 de junio). En el valle del Duero se dieron las batallas del puente de Cabezón (12 de junio) y Medina de Rioseco (14 de julio) con desastroso resultado para los españoles. Dupont partió hacia Andalucía para intentar rescatar a la escuadra francesa encerrada en Cádiz, llegó hasta Córdoba, y al enterarse allí de que la escuadra había sido apresada por españoles e ingleses y haberse sublevado los pueblos en su retaguardia, tuvo que replegarse. El Ejército de Castaños le cerró el paso frente a Bailén y lo derrotó el 17 de julio.

El desenlace de Bailén, donde capitularon 20.000 imperiales, obligó a los franceses a evacuar casi toda España y replegarse detrás del Ebro a la espera de que acudiera el Emperador con refuerzos. En España la noticia generó un entusiasmo desbordante que terminó de con-

vencer a muchos dudosos y aunó a los españoles en una guerra nacional.

Gran Bretaña, que el 4 de julio había firmado la paz con España, envió a la Península una fuerza al mando de Wellington (entonces Wellesley) que desembarcó entre Lisboa y Oporto el 29 de julio. Con Portugal sublevado y el cuerpo de Junot aislado en torno a la capital portuguesa, ambas fuerzas se enfrentaron en la batalla de Vimeiro (21 de agosto). Unos días después se firmó el Convenio de Cintra por el cual los ingleses se comprometieron a llevar por mar hasta Francia a las fuerzas francesas.

Los principales generales españoles del momento, sin poderse poner de acuerdo sobre un mando único, diseñaron un plan para atacar a las fuerzas francesas desde el Este y el Oeste con intención de rodearlas, mientras el Ejército de Extremadura debía cubrir el centro. La fuerza británica del general Moore², que debía acudir desde Portugal, tenía que reforzar igualmente el centro. Los efectivos españoles ascendían a unos 130.000 hombres. En un estado de semianarquía y exceso de optimismo, las operaciones, que no se iniciaron hasta principios de septiembre, se llevaron a cabo de forma lenta y descoordinada. El 20 de septiembre Blake entró en Bilbao mientras Castaños y Palafox alcanzaron Logroño y San-



Sitio de Gerona (Biblioteca Nacional. Madrid)



güesa (mapa 2). El 31 de octubre Blake fue derrotado en Zornoza. Con la intención de poner orden y crear una autoridad política unificada, se creó a finales de septiembre la Junta Central. Los

habían de contener el cerco se adelantaron a la maniobra y derrotaron a los Ejércitos españoles en Espinosa de los Monteros (11 y 12 de noviembre) y Tudela (23 de noviembre), lo que per-

mitió, no obstante, que se retiraran parte de las fuerzas derrotadas. A continuación se dirigió Napoleón a Madrid por Somosierra (30 de noviembre) y rindió la capital el 3 de diciembre (mapa 3). La Junta Central se vio obligada a retirarse a Sevilla.

Estando en Madrid el Emperador, supo de la presencia del Ejército británico de Moore en la provincia de León y se lanzó en su persecución. El 22 de diciembre los cuerpos franceses tuvieron que atravesar el Guadarrama en medio de una tormenta de nieve. Los británicos consiguieron escapar hacia la Coruña para embarcarse tras haber presentado allí batalla³ el 16 de enero de 1809. En torno a Madrid quedaron los cuerpos de Victor y Lefebvre que se enfrentaron a los restos de los Ejércitos del



Centro y de Extremadura que habían vuelto a reorganizarse; el primero de los cuales sufrió una aplastante derrota en Uclés (13 de enero).

Antes de haber concluido las operaciones, el rearme de Austria obligó a Napoleón a volverse a París, fijando a sus fuerzas como objetivo la conquista de Portugal y retirando consigo algunas tropas. En España quedaron 200.000 imperiales. Con todos los Ejércitos españoles derrotados, aquellos parecían una fuerza suficiente para acometer su misión. Sin embargo, mientras el este de España retenía bastantes fuerzas, en Galicia, con los restos del Ejército de la Izquierda se organizaba una eficaz lucha irregular impulsada por el marqués de la Romana. En Asturias se armaba otra fuerza y en el Sur y Valencia se levantaban nuevos Ejércitos. La Junta Central llamaba a todos los españoles a la lucha y se llegó a publicar un Reglamento de Partidas y Cuadrillas para promover y regular a las múltiples guerrillas que se iban formando por todo el territorio. Portugal, donde solo había quedado una pequeña fuerza británica, siguiendo el ejemplo español, ardía en sentimiento nacional y se preparaba para su defensa.

La principal fuerza para la conquista de Portugal era el cuerpo de Soult que, con el apoyo del de Ney que debía cubrir su retaguardia, tenía que avanzar desde Galicia. La insurrección gallega y la resistencia portuguesa entorpecieron y retrasaron dichas operaciones y Soult no pudo pasar de Oporto adonde llegó el 29 de febrero, dejando tras de sí un país sublevado. En el resto de España las fuerzas imperiales tampoco consiguieron extender apenas su dominio militar (mapa 4).

En noviembre de 1808 había entrado también un cuerpo imperial en Cataluña donde un Ejército español



había puesto sitio a Barcelona. Las fuerzas patrióticas sufrieron en los siguientes meses tres derrotas consecutivas, lo cual no impidió que la lucha continuara y que gran parte de esa región siguiera en poder de los patriotas. Zaragoza sufrió un segundo sitio que se prolongó hasta el 19





Mapa 5

de febrero y que retuvo tres cuerpos imperiales. Los Ejércitos de la Mancha y de Extremadura, impulsados por la impaciencia de un pueblo y una Junta Central que buscaba otro Bailén, aceptaron de nuevo batalla en campo abierto. No habiendo sido adecuadamente reorganiza-

dos, instruidos ni equipados, fueron derrotados en Ciudad Real (27 de marzo) y Medellín (28 de marzo), pero retuvieron con ello a los cuerpos que debían dirigirse a Portugal desde el Este.

Estas circunstancias y el nuevo frente abierto a Napoleón en el Danubio trajeron de nuevo a Wellesley a la Península, desembarcando en Lisboa el 22 de abril con 12.000 hombres. Unidos a los 10.000 ingleses que habían quedado en Portugal y a otros 16.000 portugueses reorganizados por Beresford, dicho Ejército sorprendió a Soult en Oporto el 12 de mayo. Los imperiales tuvieron que retirarse de Portugal y a finales de junio también del infierno gallego. Se concertó entonces un plan con los generales españoles para liberar Madrid. En una campaña,

que creó grandes tensiones entre Wellesley y Cuesta, se unieron las fuerzas de ambos y se dio la batalla de Talavera (27 y 28 de julio), donde la fuerza combinada rechazó el ataque francés, mientras tres cuerpos franceses desde el valle del Duero pretendían rodear a los aliados (mapa 5). Tras la batalla, el Ejército anglo-portugués se retiró a Badajoz y se negó en lo sucesivo a colaborar con los españoles, sin volver a entrar en combate durante un año entero. Es muy posible también que en su retirada hacia Portugal, influyera la noticia de la derrota austriaca en Wagram y una actitud de prudencia a la espera de nuevos refuerzos franceses.

En aquella misma campaña había participado también y de forma poco coordinada el Ejército de la Mancha que fue derrotado en Almonacid (11 de agosto). Mientras aquello ocurría en la meseta sur, desde Valencia, Blake se había dirigido a Zaragoza en una ambiciosa maniobra que pretendía amenazar la retaguardia francesa. Tras el éxito de Alcañiz (23 de mayo) fue derrotado en María (15 de



Mapa 6

junio) y Belchite (18 de junio). En Cataluña, un teatro de operaciones bastante aislado del resto, Gerona resistió siete meses de asedio.

Tras los avatares anteriores y en un ambiente de intrigas políticas y cambios en los mandos de los Ejércitos, se intentó de nuevo pasar a la ofensiva desde Salamanca y Andalucía. La aventura terminó por destruir los dos núcleos principales de fuerzas de que disponía todavía la Junta Central, en las desastrosas batallas de Ocaña (19 de noviembre) y Alba de Tormes (28 de noviembre), a pesar de la fugaz victoria de Tamames (18 de octubre). De ese modo se cerró un capítulo en dicha guerra: España ya no volvería a contar con Ejércitos capaces de emprender operaciones de envergadura.

Sin embargo, la concentración de las fuerzas imperiales una y otra vez para hacer frente a la amenaza convencional española, y durante un breve periodo también británica, permitió que en los grandes espacios vacíos la guerrilla echara raíces y empezara a crecer y extenderse, creando problemas sobre las líneas de comunicaciones, desgastando a las fuerzas imperiales e impidiendo que la autoridad del rey José se implantara en las zonas rurales de la España ocupada, dando a la guerra un carácter aun más encarnizado.

Resuelta la cuestión austriaca, Napoleón disponía de nuevo de numerosas tropas que empeñar en el «enojoso asunto español». El objetivo era entonces echar a los británicos al mar. Pero antes de que la nueva operación se pusiera en marcha, a principios de 1810 José convenció a su hermano para conquistar primero Andalucía y consolidar así su posición de rey. En muy poco tiempo y sin apenas resistencia, los imperiales llegaron hasta Sevilla (1 de febrero) y Málaga (3 de febrero), pero el Ejército de Extremadura tuvo la fortuna de llegar antes a Cádiz y salvar así esa emblemática ciudad de las garras napoleónicas (mapa 6).

La pérdida de Andalucía pareció en América el final de la resistencia española y las colonias americanas iniciaron un proceso de independencia respecto a la metrópoli que terminó de arruinar las arcas patrióticas, mientras los refuerzos del Emperador iban incrementando los efectivos imperiales por encima de los 320.000 hombres. Al frente de los 60.000 combatientes de la ofen-

siva contra Wellington, Napoleón puso al mariscal Massena. Soult debía acudir en su ayuda desde Andalucía por la ruta de Badajoz. Antes de cruzar la frontera, los cuerpos imperiales debían asegurar las comunicaciones y reducir las plazas españolas de Astorga y Ciudad Rodrigo, que se defendieron con ahínco. El lord inglés, no obstante haber asegurado que acudiría en socorro de la última, no lo hizo, creando un gran desánimo entre los patriotas.

En marzo, Suchet, tras pacificar Aragón, se dirigió contra Valencia pero fracasó por los problemas en las comunicaciones entre Aragón y Cataluña, donde estaban interpuestas las fuerzas españolas. Inició, por tanto, una serie de operaciones sistemáticas para ir reduciendo las plazas fuertes en poder de los patriotas. Lérida fue conquistada el 14 de mayo y Mequinenza el 8 de junio. En Cataluña, no obstante, los imperiales sufrieron algún revés.

Cuando Massena entró en Portugal, Wellington, que había dispuesto de un año entero para preparar su Ejército y construir la línea defensiva de Torres Vedras, se fue retirando hacia Lisboa destruyendo en su camino todo recurso que no pudiera llevar consigo. En Bussaco (27 de septiembre) los británicos plantaron cara a los imperiales, aunque continuaron con su repliegue. Massena, con su Ejército reducido a menos de 40.000 hombres y su línea de comunicaciones permanentemente amenazada, tuvo que detenerse frente a Torres Vedras a la espera de unos refuerzos que nunca llegaron y en una situación de enorme penuria logística (mapa 7).

A principios de 1811, Soult puso sitio a Badajoz, el Ejército de Extremadura que acudió en su auxilio, sufrió una tremenda derrota el 19 de febrero y la plaza cayó el 11 de marzo, tras la muerte de su heroico defensor, el general Menacho. Después de dejar Badajoz convenientemente guarnecida, Soult tuvo que volverse a Andalucía donde una operación hispano-británica había puesto en aprietos a las fuerzas que sitiaban Cádiz.

Cansado de esperar y sin recursos para mantenerse en Portugal, Massena tuvo que retirarse el 5 de marzo hacia Salamanca. En Fuentes de Oñoro (3 y 4 de mayo) el mariscal francés hizo un último intento de derrotar a Wellington, pero el apoyo que necesitaba del Ejército imperial del



Mapa 7

Norte, que tenía que enfrentarse a la vez a la guerrilla y al Ejército de Galicia, no le llegó. Al Sur los ingleses pusieron sitio a Badajoz y un intento de Soult de levantarlo fue rechazado por las fuerzas hispano-británicas en la Albuera (16 de mayo). Tras hacerse cargo Marmont del mando del

Ejército de Portugal en sustitución de Massena, se dieron una serie de movimientos de ambos contendientes en torno a Badajoz y Ciudad Rodrigo donde Soult y su Ejército del Mediodía tuvieron una actitud de mayor colaboración.

En el levante español, Suchet continuó con sus operaciones de sitio, tomó Tortosa el 2 de enero y Tarragona el 22 de junio. De esa manera las comunicaciones de las fuerzas patrióticas de Cataluña quedaban cortadas de las de Valencia. El recién nombrado mariscal francés podía así dirigirse contra esta última ciudad, que fue fijada como objetivo prioritario por Napoleón. Tras la derrota del Ejército español en la batalla de Sagunto (24 de octubre), la ciudad cayó en manos imperiales a principios de enero de 1812. Mientras tanto las escasas fuerzas que quedaban en Cataluña, desde una posición central, ponían en serios aprietos a las tropas estacionadas en la región.

El año 1812 fue también el de la nueva Constitución y el de la campaña napoleónica de Rusia. Más allá de los valores políticos del documento constitucional, las disputas en torno a él habían politizado las decisiones militares y creado progresivamente una gran fractura entre los españoles, restando mucha energía al impulso bélico en unos momentos en que la población estaba extenuada por los años de guerra. En tales circunstancias la crisis rusa ofreció el respiro necesario primero, para la supervivencia del reducido territorio bajo dominio patriótico en Levante y Murcia, y segundo, para que Wellington tomara la iniciativa.

Gracias al esfuerzo francés hacia Valencia, el general inglés pudo reconquistar Ciudad Rodrigo (19 de enero). Después, la retirada de fuerzas imperiales de la Península y la falta de colaboración entre Marmont



Mapa 8

y Soult al norte y al sur del Tajo, le permitieron tomar también Badajoz (7 de abril). Con las dos puertas españolas de Portugal abiertas, el Ejército aliado estaba en condiciones de entrar a España por ambas mesetas, manteniendo con ello sus intenciones ocultas. Para fijar a las fuerzas imperiales desplegadas por toda España, Wellington pidió a la guerrilla y a las fuerzas regulares españolas que aumentaran su actividad y organizó operaciones anfibias en el Cantábrico y en el Mediterráneo. En el mes de junio la fuerza aliada cruzó la frontera y se dirigió a Salamanca. Tras una serie de operaciones, y cuando Wellington ya se preparaba para una nueva retirada a Portugal, una mezcla de descuido y exceso de confianza por parte francesa permitió al lord inglés caer sobre su enemigo y derrotarlo en la batalla de Arapiles (22 de julio). Con el Ejército imperial de Portugal en retirada, el caudillo inglés decidió dirigirse a Madrid que tuvo que ser precipitadamente abandonada por el rey intruso. La delicada situación estratégica obligó también a Soult a retirarse de Andalucía y a unirse a José en Valencia (mapa 8).

La decisión de Wellington de dirigirse a Madrid y no perseguir al Ejército de Portugal hasta el Ebro, para terminar de aniquilarlo, así como el reagrupamiento de las fuerzas imperiales en Valencia, permitieron una reacción ofensiva francesa que expulsó de nuevo a la fuerza anglo-portuguesa de Wellington del suelo español.

Al año siguiente, en 1813, cuando Napoleón se enfrentaba a rusos y prusianos en suelo alemán, el general inglés, que había recibido también de la Regencia el mando de los Ejércitos españoles, pasó de nuevo a la ofensiva. Su oponente francés, con las fuerzas aun más reducidas, le cerraba el paso en el valle del Duero. Una parte considerable de sus divisiones, seis en total, se encontraba en retaguardia al mando de Clauzel combatiendo a las fuerzas de origen guerrillero que le estaban arrebatando el control de la región clave del triángulo Navarra-Cantabria-La Rioja, por la que entraban en España las



Mapa 9

principales líneas de comunicación. Con amplia superioridad numérica y una maniobra cuidadosamente preparada, la fuerza aliada fue desbordando por el Norte las posiciones del enemigo, forzándole a replegarse sobre sus comunicaciones con Francia. La batalla de Vitoria (21 de junio) acabó con toda esperanza francesa de conservar sus posiciones en España (mapa 9).

En lo que quedó de guerra, y hasta la abdicación de Napoleón en Fontainebleau, las tropas aliadas mandadas por Wellington expulsaron a los franceses del territorio español y los fueron empujando hacia Toulouse en Francia. Suchet tuvo que abandonar Valencia y Zaragoza, manteniéndose hasta el armisticio de abril de 1814 a la defensiva en parte de Cataluña.

NOTAS

¹ Había que descontar los 15.000 combatientes del marqués de la Romana que estaban en Dinamarca y otros 20 o 25.000 soldados que habían sido desarmados por los franceses o estaban en plazas ocupadas por estos.

² Que había quedado al mando de las tropas británicas, al tener Wellington que acudir a Londres a dar explicaciones por el convenio de Cintra.

³ Donde perdió la vida el general Moore. ■



MODELOS ESTRATÉGICOS Y OPERATIVOS EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

José Pardo de Santayana y Gómez de Olea. Teniente Coronel. Artillería. DEM.

El general Roguet, que combatió en España durante la Guerra de la Independencia al mando de una división de la Guardia Imperial, escribió en sus memorias: *«Las coaliciones y sus ejércitos no habían sido para el Emperador más que ocasiones para nuevos triunfos, y hasta 1808 uno se preguntaba quién podría resistirle. Sin embargo, como todo lo que es humano, una tal fortuna podía tener su término; ella embarrancó delante de un pueblo sin gobierno, sin ejércitos y casi olvidado en el extremo de Europa, pero animado de un patriotismo siempre irresistible [...] Ese cáncer sostenido por Inglaterra alteró nuestra organización, nuestra disciplina, nuestro prestigio y la entera confianza que nos había valido tantos éxitos; él nos recordó la derrota, olvidada desde el Consulado».*

Para poder comprender el juego estratégico y operativo que hizo posible la oposición tenaz a los designios de Napoleón en España, debemos dividir la Guerra de la Independencia en **tres grandes etapas** claramente diferenciadas.

PRIMERA ETAPA

Abarca desde la llegada de las tropas imperiales a España, octubre de 1807, hasta la batalla de Bailén, julio de 1808. Napoleón pretendía dominar España por medio del engaño y los hechos consumados: ocupando la capital y los puntos clave de acceso a la Península para forzar de ese modo un cambio dinástico que incorporara España a su Imperio. Con la Corona en su poder y el Ejército descabezado, el Emperador esperaba que la mera presencia y posición de sus tropas bastarían para conseguir sus propósitos. Como no preveía que se produjeran grandes operaciones, utilizó una fuerza menos aguerrida y voluminosa. Cuando se produjo la sublevación, Napoleón, que no estaba bien informado de la importancia que esta había alcanzado, diseñó un plan para lanzar una serie de columnas de castigo que debían acallar las revueltas. No obstante, al dividir excesivamente sus fuerzas las expuso a una derrota.

En el bando patriótico, el Dos de Mayo había encendido la pólvora de la sublevación pero no

fue hasta finales de mayo, principios de junio, cuando las Juntas y el clamor popular empezaron a organizar la respuesta militar. En la mayor parte de las ciudades que no estaban ocupadas por los franceses, se produjeron revueltas y levantamientos populares antifranceses. El Ejército español había recibido órdenes de no intervenir y había división de opiniones entre los mandos principales respecto al curso a seguir. Una parte de las mejores unidades estaba fuera de España, en Dinamarca y Portugal, al servicio del propio Emperador. La exaltación del momento, el impulso desde los empleos militares inferiores, la propaganda y la red de contactos del Partido Fernandino inclinaron la balanza a favor de la sublevación. Al no haber una autoridad patriótica única, la respuesta fue fragmentaria y descoordinada. En unos lugares como Valencia o Zaragoza, las ciudades se dispusieron para su defensa; en otros como Galicia y Andalucía, se formaron Ejércitos de maniobra para enfrentarse al invasor. La derrota de Bailén forzó a los franceses a abandonar la mayor parte de España y a refugiarse detrás del Ebro, a la espera de que llegara Napoleón para retomar la ofensiva.

Gran Bretaña vio en la sublevación patriótica española una oportunidad para combatir a Napoleón, forzar su bloqueo continental e intentar poner en pie una nueva coalición. El 4 de julio firmó una alianza con la España patriótica y envió una fuerza naval, ayuda material y financiera; pero no fue hasta después de Bailén, cuando sus fuerzas desembarcaron en Portugal y se dirigieron contra el Cuerpo de Junot que había quedado aislado del resto de las fuerzas imperiales.

SEGUNDA ETAPA

De agosto de 1808 hasta finales de 1811, es la estratégicamente más importante desde la perspectiva del declinar de la estrella napoleónica y aquella en que el Emperador dispuso de mayores y mejores fuerzas desplegadas en España. Con el paréntesis de la campaña austriaca del Danubio (abril-julio de 1809), la Península Ibérica fue el único teatro de operaciones militares para el imperio de Napoleón. A lo largo de cuatro años en que las fuerzas imperiales se mostraron incapaces de imponer su dominio sobre las naciones ibéricas, el mito de Bonaparte se fue debilitando, el prestigio de sus fuerzas

quedó en entredicho y el gran sistema de poder que con tanta habilidad había construido, empezó a resquebrajarse: Rusia terminó distanciándose del emperador de los franceses. El zar Alejandro I decía: «*Si España, un país mucho más pequeño que Rusia, ha sido capaz de resistir durante tanto tiempo, cómo no vamos a ser nosotros capaces de plantar cara a Napoleón*». El

Napoleón



desgaste que la *Grande Armée* sufrió en España hasta el final de 1811 —más de 300.000 bajas definitivas de una tropa de gran calidad, muy difícil de reemplazar— hizo que el Ejército imperial napoleónico ya nunca volviera a alcanzar la calidad militar de la que había hecho gala en campañas anteriores.

Napoleón cifró su estrategia en suprimir toda resistencia militar. Su modo de operar se fue haciendo no obstante, más indirecto según avanzaba el tiempo y la solución militar se resistía. Debido a la mala experiencia con Murat al principio de la guerra, no volvió a nombrar lugarteniente y dirigió las grandes operaciones en persona: durante la mayor parte del tiempo desde París. El

Murat
(Museo Romántico. Madrid)



control y mantenimiento de las líneas de comunicaciones entre las dos capitales adquirió de ese modo un valor estratégico de primer orden.

Los enfoques estratégicos del Emperador y de su hermano el rey intruso diferían y se entorpecían mutuamente. José quería pacificar su reino, ganándose la confianza de los españoles, para lo que necesitaba una política de apaciguamiento. Napoleón, en función de las consideraciones generales de su imperio, pretendía una victoria militar que acabara de una vez con el «*enojoso asunto español*», debiendo además la propia nación española soportar los costes de la guerra. El comportamiento del Ejército imperial alejó al pueblo español del rey intruso y la política de José I debilitó el impulso militar de las huestes de su hermano.

El modo de operar francés era eminentemente ofensivo. Sus fuerzas eran muy móviles y se abastecían sobre el terreno, lo que les obligaba a marchar para comer o a dispersarse si permanecían paradas. Esto era muy eficaz en las campañas de poca duración con que Napoleón había asombrado a sus contemporáneos, pero tenía graves inconvenientes cuando la guerra se prolongaba, como fue el caso español, al empobrecer y exacerbar los ánimos de la nación que pretendían pacificar, así como al dificultar la concentración por un cierto tiempo de los núcleos principales de la fuerza, si así lo requerían las operaciones. La logística terminó de ese modo, condicionando negativamente las operaciones imperiales.

Durante esta etapa, Gran Bretaña, con la excepción de alguna operación fugaz dentro de España o en la misma zona fronteriza, basó su estrategia en la defensa de Portugal, manteniendo siempre la línea de retirada por mar asegurada. En ningún caso podía arriesgarse Londres a perder su reducida fuerza terrestre. Con la ayuda de la acción naval que debía preservar el control de los mares circundantes y la contribución material a la causa patriótica, su estrategia iba dirigida a mantener encendida la llama de la insurrección en España y preservar Portugal de las garras del Emperador, mientras instigaba a Rusia y a las demás potencias continentales contra el imperio francés.

La fuerza británica era abastecida desde retaguardia —por mar desde Inglaterra o con recur-

sos comprados en la Península— lo que le permitía permanecer reunida todo el tiempo que fuera necesario. No obstante, este procedimiento tenía el inconveniente de dificultar las operaciones cuanto más se alejara la fuerza de sus bases.

La victoria de Bailén y la alianza con Gran Bretaña habían terminado de convencer a muchos indecisos hacia el lado patriótico. La Junta Central y las Juntas Locales levantaron tropas que, enviadas contra el enemigo, fueron una y otra vez vencidas. El pueblo se unió a la lucha dando a la guerra un carácter pasional y encarnizado. Sin embargo, el caos y la dimensión popular de la lucha dañaron gravemente la disciplina militar. En las zonas ocupadas por el Ejército imperial se produjo una enconada lucha guerrillera que hostigó al enemigo e impidió que este se hiciera con el control eficaz de los territorios conquistados. La presencia guerrillera forzó a las fuerzas francesas a mantener numerosas guarniciones por toda la retaguardia y a lo largo de las líneas de comunicaciones, produciéndoles en su continuo acoso un gran desgaste. La resistencia patriótica en su conjunto dañó la moral y la cohesión de su oponente, y al obligarle a extenderse por todo el territorio, dio a la guerra un carácter localista y disperso, impidiéndole de esa manera que pudiera formar una gran masa de maniobra.

Dentro de esta segunda etapa reconocemos a su vez **cinco fases**:

Primera fase: De agosto de 1808 a enero de 1809.

Antes de la llegada de Napoleón, las fuerzas españolas intentaron llevar a cabo una ambiciosa maniobra que, atacando desde el Este y el Oeste a la concentración de fuerzas francesas, pretendía aislarlas de Francia y forzar su derrota. La maniobra se completaba con un Ejército español que debía ocupar el centro al que también debía sumarse la fuerza británica de Moore. La gran separación de las tropas españolas, el exceso de confianza, la falta de un mando militar único que coordinara una maniobra tan compleja y el caos general reinante impidieron que la operación se llevara a cabo con éxito. La fuerza británica, después de negociar una retirada por mar del Cuerpo de Junot, fue incapaz de acudir desde Portugal a ocupar su posición en el esquema general.

El Emperador concentró 250.000 hombres y en una operación fulminante, atacó el centro español y lanzó una doble ofensiva envolvente que derrotó a los Ejércitos españoles que le cerraban el paso. Solo la impaciencia de los mandos subordinados que habían de cerrar ambas operaciones de envolvimiento, y que se adelantaron en sus movimientos ofensivos, permitió que parte de las fuerzas españolas derrotadas escaparan del cerco. Tras la batalla decisiva, Napoleón se dirigió a Madrid y ocupó la capital. Al tener conocimiento de la posición del Ejército expedicionario británico, diseñó otra maniobra de envolvimiento y salió inmediatamente en su persecución. Una inoportuna nevada retrasó el paso de Napoleón al valle del Duero por el puerto de Los Leones y permitió que la fuerza de Moore se escapara hacia La Coruña. Estas operaciones respondieron al modelo clásico napoleónico de operación impetuosa para forzar la batalla, batalla decisiva y ocupación de la capital. Cuando ya no quedaba más que culminar el resultado de una nueva campaña meteórica, el Emperador de los franceses tuvo que abandonar España, dejando a sus subordinados la misión de pacificar el territorio conquistado y ocupar de nuevo Portugal.

Segunda fase: De febrero a noviembre de 1809.

Mientras el Emperador dedicaba su atención a Austria, los cuerpos imperiales en la Península, intentaron una y otra vez buscar la batalla decisiva que les diera el control militar de la región.

La España patriótica opuso una resistencia heroica en Zaragoza y Gerona que retuvo muchas fuerzas y les produjo un gran desgaste. La Junta Central levantó una y otra vez ejércitos a los que lanzaba contra el invasor con la esperanza de que se produjera otro Bailén. En Galicia la causa patriótica puso en graves aprietos a los cuerpos de Soult y Ney y con la contribución de la resistencia portuguesa frenó el impulso imperial que debía dirigirse a Lisboa desde el Norte. En el mes de abril antes que Wellesley desembarcara de nuevo en Portugal, la ofensiva francesa ya había sido frenada.

Gran Bretaña ante la perspectiva de una nueva coalición contra Napoleón, viendo que la resistencia patriótica no se extinguía y que la mayor parte de Portugal estaba libre de franceses,

envió una nueva fuerza expedicionaria a la Península. La fuerza británica atacó por sorpresa a Soult en Oporto y le forzó a abandonar Portugal. Después, Wellesley unió sus fuerzas a las de la Junta Central y se dirigió en coalición hacia el centro de España. Tras la batalla de Talavera y sabiendo el mando inglés que Napoleón había vencido de nuevo a los austriacos en Wagram, las fuerzas británicas se retiraron a la frontera con Portugal y los Ejércitos españoles se quedaron solos para llevar a cabo nuevas ofensivas contra los franceses.

En Ocaña y Alba de Tormes los dos núcleos principales de fuerzas de que disponía la Junta Central fueron derrotados. No obstante, las fuerzas de ocupación francesas, al tener que concentrarse una y otra vez para enfrentarse a los Ejércitos españoles, habían tenido que dejar am-

plias zonas de la retaguardia desguarnecidas lo que permitió que la guerrilla empezara a echar raíces.

Tercera fase: De diciembre de 1809 a agosto de 1810.

Resuelta la cuestión austriaca, el Emperador cambió su modo tradicional y directo de operar y decidió que antes de dirigirse contra la fuerza de Wellington en Portugal, era necesario asegurar y proteger las comunicaciones en el eje Irún-Burgos-Valladolid-Salamanca-Ciudad Rodrigo. Su hermano José le convenció también de la necesidad de conquistar Andalucía antes de dirigirse a Portugal.

La causa patriótica sufrió un duro golpe con la pérdida de Andalucía en febrero de 1810 y la consiguiente insurrección independentista en América, manteniéndose a la defensiva en las

Paso de la Sierra de Guadarrama por el Ejército francés (Museo de Versalles. Paris)



plazas catalanas, la región de Valencia y Murcia y en Galicia -que había sido abandonada por los franceses-, así como en Cádiz, reducto emblemático de la resistencia. La guerrilla empezó a crecer, a hacerse más aguerida y a forzar a las tropas imperiales a dedicar más y más tropas al control de las comunicaciones.

Protegido Wellington por las fuerzas españolas que defendían las plazas fuertes fronterizas, dispuso de un año entero en Portugal para mejorar la preparación de su tropa, instruir contingentes portugueses y construir la línea defensiva de Torres Vedras.

Cuarte fase: De septiembre de 1810 a agosto de 1811.

Con más de 300.000 hombres desplegados en España, Napoleón cifró su estrategia en derrotar a Wellington y expulsar a los británicos al mar. Para ello puso 60.000 hombres a las órdenes de Massena. Los demás cuerpos debían mantener el control del territorio conquistado, aunque Soult desde Andalucía también debía acudir en ayuda del otro mariscal.

Wellington fue retirándose ante el avance del Ejército imperial, destruyendo todo el sustento que sus fuerzas no pudieran llevar consigo; finalmente se refugió tras la línea de Torres Vedras a la espera del ataque francés. Massena quedó frente a Wellington mientras esperaba refuerzos de Soult o de Napoleón, hasta que la penuria logística le obligó a retirarse a España en marzo de 1811. En mayo realizó un nuevo intento ofensivo que fracasó por la falta de colaboración del mariscal Bessières que tenía que enfrentarse a su vez al acoso de la guerrilla y de las fuerzas convencionales españolas. El Emperador sustituyó a Massena por Marmont quien, por un tiempo, siguió intentando enfrentarse a Wellington, esta vez con mayor colaboración de Soult desde Andalucía. La lucha se centró en torno a Badajoz y Ciudad Rodrigo.

Sitio de Zaragoza



La causa patriótica, a pesar de la penuria de todo tipo y las crecientes tensiones políticas que la cuestión de las Cortes había generado, seguía defendiéndose donde podía y llevando a cabo pequeñas operaciones ofensivas con desigual resultado. Se creó el 7º Ejército para unificar y militarizar la guerrilla del Norte, la más eficaz de todas y la que ocupaba un territorio clave en la entrada de las comunicaciones desde Francia.

Quinta fase: De septiembre a diciembre de 1811.

Napoleón cambió de nuevo de modelo operativo y adoptó el que le habría dado resultado, si lo hubiera puesto en práctica antes. Esta vez se trataba de una aproximación indirecta en toda regla, dando la prioridad a Suchet para que redujera las posiciones patrióticas en Levante antes de poder dedicar el esfuerzo principal de nuevo contra Portugal. De este modo disminuía el número de frentes abiertos, daba un importante golpe moral y material a la resistencia española y buscaba éxitos menores contra enemigos más débiles antes de enfrentarse con las fuerzas concentradas contra el más fuerte.

La Regencia española dedicó su mayor esfuerzo a la defensa de Valencia donde terminó

perdiendo todo un ejército y algunas de las mejores divisiones. Wellington mejoró su posición y pudo preparar las operaciones que habría de llevar a cabo en los siguientes meses.

TERCERA ETAPA

La **última etapa de la guerra**, la que se extendió a lo largo de los años de 1812, 1813 y parte del 1814, se caracterizó por el hecho de quedar la Península Ibérica como un teatro estratégico secundario. La suerte de España y de Europa entera se decidiría primero en Rusia y luego en Alemania. Las fuerzas imperiales en España se fueron reduciendo progresivamente en cantidad y calidad. El rey José quedó al mando de los Ejércitos imperiales en una actitud eminentemente defensiva, a la espera de que un resultado favorable en el Norte permitiera a Napoleón retomar la ofensiva en España. No obstante, José Bonaparte nunca llegó a gozar de una autoridad eficaz sobre los mandos militares franceses en España, algunos de los cuales ignoraban sus órdenes.

Wellington llevó la iniciativa durante este periodo, pasando a una actitud ofensiva. Al igual que había ocurrido en su anterior incursión en España, se sumaron circunstancias de oportunidad y necesidad: oportunidad, al encontrarse el Ejército napoleónico ocupado en otros frentes; y necesidad, al requerirlo la política de coalición. En el año 1812, tras haber partido Napoleón para Rusia y haber sacado de España algunas de sus mejores unidades, Wellington hizo una incursión en el valle del Duero contra el Ejército imperial de Portugal. Para ello había conquistado previamente las plazas fronterizas de Ciudad Rodrigo y Badajoz –lo que le permitía acceder a España por ambas direcciones ocultando así sus intenciones– y había destruido el puente de Almaraz sobre el Tajo, que impedía la rapidez en el refuerzo mutuo de las tropas imperiales desplegadas frente a él al norte (Marmont) y al sur de dicho río (Soult). Para evitar que los demás Ejércitos imperiales enviaran refuerzos a Marmont, pidió a las autoridades militares españolas que tanto las fuerzas convenciona-

Guerrilleros atacando a un convoy francés
(Biblioteca Nacional.Paris)



les como las guerrilleras intensificaran sus ataques por todo el territorio español. La fuerza naval británica también debía contribuir a dicho fin, realizando incursiones anfibias tanto en el Mediterráneo como en el Cantábrico.

La España patriótica había hecho un gran esfuerzo para unificar y militarizar las guerrillas y en la retaguardia imperial empezaron a aparecer fuerzas cada vez más consistentes y aguerridas, algunas de las cuales se iban sumando al Ejército regular. La fuerza convencional, no obstante, había sufrido un enorme desgaste y carecía de recursos para llevar a cabo operaciones ofensivas de envergadura. La desunión política condicionó, además, que se pudieran utilizar en todo su valor las limitadas capacidades militares.

En el mes de junio la fuerza aliada cruzó la frontera y se dirigió a Salamanca. Tras una serie de operaciones, y cuando Wellington ya se preparaba para una nueva retirada a Portugal, una mezcla de descuido y exceso de confianza por parte francesa permitió al lord inglés caer sobre su enemigo y derrotarlo en la batalla de Arapiles. Con el Ejército imperial de Portugal en retirada, el caudillo inglés decidió dirigirse a Madrid que tuvo que ser precipitadamente abandonada por el rey intruso. La delicada situación estratégica obligó también a Soult a retirarse de Andalucía y a unirse a José I en Valencia.

La decisión de Wellington de dirigirse a Madrid y no perseguir al Ejército de Portugal hasta el Ebro, para terminar de aniquilarlo, así como el reagrupamiento de las fuerzas imperiales en Valencia, permitieron una reacción ofensiva francesa que expulsó de nuevo a la fuerza anglo-portuguesa de Wellington del suelo español.

Al año siguiente, en 1813, cuando Napoleón se enfrentaba a rusos, austriacos, prusianos y suecos en suelo alemán, el general inglés, que había recibido también de la Regencia el mando de los Ejércitos españoles, pasó de nuevo a la ofensiva. Su oponente francés con las fuerzas aún más reducidas, le cerraba el paso en el valle del Duero. Una parte considerable de sus divisiones, seis en total, se encontraba además en retaguardia al mando de Clauzel combatiendo a las fuerzas de origen guerrillero, que le estaban arrebatando el control de la región clave del triángulo Navarra-Cantabria-La Rioja por la que entraban en España las principales líneas

de comunicaciones. Con amplia superioridad numérica y una maniobra cuidadosamente preparada, la fuerza aliada fue desbordando por el Norte las posiciones enemigas, forzándolas a replegarse sobre sus comunicaciones con Francia. La batalla de Vitoria acabó con toda esperanza francesa de conservar sus posiciones en España.

Aprovechando que amplias regiones de España habían quedado liberadas, la Regencia hizo un gran esfuerzo para levantar y equipar nuevas tropas pero la situación de extrema pobreza en que había quedado el país después de tantos años de guerra y la falta de colaboración de las Juntas locales impidieron que contaran con los recursos logísticos para rentabilizar adecuadamente dicho esfuerzo. No obstante, unas cuantas divisiones regulares y otras procedentes de la guerrilla se incorporaron a la ofensiva aliada.

En los siguientes meses, y hasta la abdicación de Napoleón en Fontainebleau, las tropas aliadas mandadas por Wellington expulsaron a los franceses del territorio español y los fueron empujando hacia Toulouse en Francia, mientras Suchet seguía conservando algunos reductos en Cataluña.

Como hemos podido ver, la estrategia de oposición al designio napoleónico en España se basó en tres pilares: el Ejército regular español, la guerrilla y la participación británica. Al principio fue el Ejército convencional patriótico el que, sostenido por la pasión popular, llevó el esfuerzo principal para frenar las embestidas imperiales.

Según estas fuerzas se iban desgastando y el territorio nacional iba siendo ocupado por las tropas napoleónicas, la guerrilla fue creciendo en protagonismo, impidiendo que los franceses se hicieran con el control efectivo de las provincias conquistadas.

Los británicos pasaron inicialmente de un esfuerzo intermitente y de centrarse en la defensa de Portugal, a convertirse al final de la guerra en los artífices principales de la liberación del territorio español.

Sin la contribución de los tres brazos del tridente antinapoleónico en la Península, la victoria habría sido imposible. No se puede hacer justicia a aquella epopeya en la que tanta sangre fue derramada, sin valorar estos tres pilares en su justa medida. ■

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EN EL MARCO DE LA HISTORIA EUROPEA DE SU ÉPOCA (I).

Juan Priego López. Coronel. DEM. Servicio Histórico Militar.

Este artículo fue publicado en nuestra Revista en enero de 1960, Ejército Nº 240, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.

Entre las principales directrices que han de presidir esta revisión de la historia de nuestra Guerra de la Independencia conviene señalar, en primer lugar, la necesidad de encuadrar debidamente el relato de nuestra gran epopeya dentro del marco de su época, investigando sus antecedentes ideológicos y políticos dentro y fuera de la Península, haciendo resaltar la evidente conexión y mutuo influjo entre las vicisitudes de nuestra lucha con el imperio napoleónico y la que este sostenía contra otras naciones, y comparando los resultados que de tal lucha se derivaron para el porvenir de nuestro pueblo, con el destino que correspondió a los demás grandes vencedores de aquel imperio.

El catedrático de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Valencia, don José María Jover Zamora, abordó ya este tema de

una manera parcial en su notable trabajo titulado *La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación*¹, al que en su debido momento habremos de referirnos. En el presente artículo nos proponemos un objetivo más ambicioso y más modesto a la vez, pues vamos a enfrentarnos con el tema en su totalidad, pero sin aspirar más que a informar al lector del estado actual de las cuestiones en él implicadas, tal como se halla expuesto en la historiografía más reciente y autorizada sobre las mismas.

Iremos, pues, indagando sucesivamente en la historia europea y en la nacional los antecedentes remotos y próximos, las conexiones y los resultados de nuestra llamada Guerra de la Independencia.

ANTECEDENTES

Como ha dicho muy bien Xavier Zubiri², la Historia es «una situación que implica otra pasada como algo real que está posibilitando nuestra propia situación». Y así, para comprender la si-

tuación histórica en que se produjo nuestro glorioso levantamiento nacional contra el imperio napoleónico, tenemos que referirnos necesariamente a los orígenes y significación de este último y a las relaciones que con él había mantenido hasta entonces nuestra patria. Tan ineludible resulta esta referencia que ninguno de los historiadores españoles del siglo XIX que se ocuparon del tema, desde el P. Salmón al general Gómez de Arce, dejaron de hacerla; si bien se limitan todos ellos a una breve y somera reseña de los principales acontecimientos que tuvieron lugar en España y el resto de Europa, desde el comienzo de la Revolución Francesa, sin detenerse a escudriñar sus causas ni a detallar sus vicisitudes.

Hoy tal reseña nos parece insuficiente, porque como ya hemos dicho en otros artículos³ nuestra perspectiva sobre aquellos acontecimientos se ha dilatado considerablemente tanto en el tiempo como en el espacio. Para nadie constituye ya un secreto que la revolución política y social iniciada

en Francia el año 1789 fue precedida de una revolución ideológica, cuyos orígenes se remontan a la época del Renacimiento y la Reforma, y pueden buscarse y encontrarse en todos los países de la Europa occidental, especialmente en Inglaterra.

En efecto, el Renacimiento, iniciado en Italia durante el siglo XV y propagado al resto del Occidente europeo a comienzos de la centuria siguiente, constituye un viraje decisivo en la trayectoria histórica de nuestra cultura, la cual se desvía de la orientación religiosa que la había guiado hasta entonces, para seguir en adelante otros derroteros puramente terrenales.

Dos principales tendencias caracterizan el movimiento renacentista: el *Humanismo*, que de acuerdo con los ideales propugnados por los grandes pensadores grecolatinos, entonces tan admirados, aspiraba a dar un sentido «auténticamente humano» a la vida del hombre, considerado como un ser puramente natural; y el *Particularismo*, que apartándose de la tradición

Revolución Francesa



universalista representada por la Iglesia católica, propendía a desligar a cada miembro de la comunidad cristiana occidental de su solidaridad con los demás, incitándole a proseguir su propio bienestar y perfeccionamiento, sin atender más que a los dictados de su conciencia, de su ambición o de su interés. El particularismo renacentista adoptará así tres formas distintas: *religiosa, política y económica*, que unas veces aparecen asociadas y otras en abierta oposición.

Aunque también en España encontraron eco las tendencias renacentistas, en cuanto contribuían al progreso de la cultura o a la renovación

del arte, sus postulados políticos y religiosos fueron, en cambio, terminantemente rechazados por nuestras clases dirigentes de los siglos XVI y XVII, que se mantuvieron fieles a los dogmas espiritualistas y universalistas del cristianismo tradicional, en torno de los cuales se había forjado nuestra nacionalidad durante las luchas de la Reconquista.

En defensa de tales dogmas, se vieron obligados, pues, a luchar los españoles, durante más de un siglo, contra el particularismo dinástico de los monarcas franceses de las casas de Valois y de Borbón, que, atentos tan solo a ensanchar sus dominios, no dudaban en atropellar los derechos de los demás estados cristianos; y contra el particularismo religioso de las sectas protestantes, que ponía en peligro la unidad de la fe. La heroica lucha sostenida por nuestra patria contra ambas tendencias particularistas, logró frenar por algún tiempo las pretensiones hegemónicas de la monarquía francesa y limitar las consecuencias del funesto cisma provocado por Lutero, Calvino, Knox y demás reformadores, haciendo posible la fecunda labor restauradora de la Contrarreforma.

Pero aquellos éxitos no pudieron mantenerse a la larga a causa de la debilitación de nuestros recursos personales y materiales, y de la creciente hostilidad que nuestros esfuerzos en pro de la unidad y la tradición encontraron en Europa, tanto en los países católicos como en los protestantes, pues el constante progreso de las ciencias naturales, juntamente con el perfeccionamiento técnico y el auge mercantil e industrial que de él se derivaron, parecía confirmar el acierto de la nueva orientación cultural iniciada con el Renacimiento.

A mediados del siglo XVII, la supremacía política de España en el continente europeo desde el pri-

Calvino
(Museo Histórico de la Reforma. Ginebra)



mer tercio de la centuria anterior, pasó a ser ejercida por Francia, que nos arrebató también el cetro de la cultura. Con ello, las dos principales tendencias renacentistas a que antes nos hemos referido se fueron acentuando. Del Humanismo se dedujo como necesaria secuela *el racionalismo*, que pretendía erigir al intelecto humano en supremo criterio de la verdad y ponía en tela de juicio toda creencia o norma de conducta fundada tan solo en la revelación o la tradición; y el particularismo dinástico encontró su expresión más acabada en el *absolutismo monárquico*, definido tan gráficamente por Luis XIV con su célebre frase: «*El Estado soy yo*».

Pero si tal fórmula política triunfó primero en Francia y bajo el influjo espiritual de esta nación se extendió después al resto del continente, no sucedió lo mismo en Inglaterra, donde la burguesía puritana, capitaneada por Cromwell, derribó en 1649 la monarquía, instaurando en su lugar una república pseudodemocrática. Y aunque, a la larga, este régimen no prosperó en aquel país, dejó sembrada en él la semilla del particularismo individualista, que no fueron ya capaces de desarraigar los monarcas restaurados de la dinastía Estuardo, Carlos II y Jacobo II, que pretendían atenerse a la concepción absoluta de la realeza proclamada por Luis XIV.

En 1688, la tentativa de afirmar la autoridad real y de restablecer en Inglaterra el culto católico provocó una nueva revolución, que derribó del trono a Jacobo II, siendo sustituido por su hija María, casada con Guillermo III de Orange, quienes prometieron respetar «los verdaderos, antiguos e indubitables derechos del pueblo inglés». Con ello, la monarquía en este país pasó a desempeñar en adelante un papel meramente representativo, recayendo el verdadero gobierno en el Parlamento, institución de carácter oligárquico, defensora de los intereses de las clases pudientes, que solo muy posteriormente llegó a democratizarse⁴.

John Locke (1632-1704), partidario acérrimo de Guillermo de Orange, se encargó de formular la justificación teórica de tal sistema político. En sus *Dos tratados de gobierno* (1690) combate la creencia en el derecho divino de los reyes; establece el principio de la soberanía popular; considera al Estado como una especie de sociedad creada mediante contrato para la protección de

los derechos e intereses de los particulares, se declara partidario de la separación de poderes, y, aunque acepta el principio monárquico, lo funda únicamente en el consentimiento del pueblo, que puede revocar cuando así le plazca la delegación de poder concedida al soberano.

Tales ideas se hallaban de completo acuerdo con las doctrinas de la influyente secta puritana, que había provocado en Inglaterra las dos revoluciones anteriormente reseñadas. Dicha secta, basada en el más extremado particularismo religioso, pretendía reducir el culto cristiano a su primitiva pureza, rechazaba cualquier intermediario entre Dios y el hombre, no admitía otras manifestaciones exteriores del culto que la oración en común y confiaba la interpretación de la Biblia al libre arbitrio individual. Constituida principalmente por comerciantes y burgueses acomodados, no es de extrañar que en sus creencias se reflejaran sus prejuicios de clase. Y así, los puritanos llegaron a tergiversar el espíritu del Evangelio al considerar el acopio de riquezas como una actividad grata a Dios, rebelándose consiguientemente contra cualquier autoridad que pudiera poner trabas a sus lucrativos negocios. Para ellos, el Estado solo podía constituir, pues, una especie de sociedad por acciones en la que el Gobierno desempeñaba el papel de consejo de administración⁵.

En el propio seno de la secta puritana o en círculos muy afines a ella, se extendió por Inglaterra hacia la misma época, la doctrina deísta, que constituía un intento de racionalizar la religión, eliminando de ella todo elemento misterioso o sobrenatural. Los deístas ingleses, representados principalmente por John Toland (1670-1722), admitían la existencia de un «Gran Arquitecto del Universo», que creó el mundo en un principio, pero que lo abandonó después al libre juego de sus fuerzas naturales. Tales pensadores pretendían que esta llamada *religión natural* fue la profesada por los primeros hombres, siendo bastardeada más adelante por sacerdotes ambiciosos que supieron explotar la credulidad del vulgo, inculcándole ideas supersticiosas y acostumbrándole a la práctica de cultos rodeados de misterio. Los deístas abominaban, pues, de toda iglesia y sacerdocio organizados, y predicaban una religión sin ritos, obligaciones ni mandamientos. Pero, con notoria inconsecuen-

cia, proponía Toland la creación de una nueva sociedad que tendría por objeto hacer a los hombres mejores y más sensatos. Los miembros de dicha sociedad celebrarían *asambleas secretas*, en las que usarían *fórmulas rituales*. La propuesta de Toland no tardó en ser llevada a la práctica por sus correligionarios, que fundaron la Gran Logia Masónica en Londres el año 1717. Los masones aspiraban a derribar las murallas establecidas entre los hombres por las diferencias de raza, de religión, de nacionalidad o de casta, y a edificar sobre sus ruinas una cultura universal basada tan sólo en la *razón*.

A comienzos del siglo XVIII, todo este complejo de ideas, en el que se refleja el designio ambicioso de una burguesía enriquecida de conformar las instituciones humanas a sus gustos y conveniencias, empezó a difundirse por Francia y, a través de esta nación, por todo el continente.

Por aquel tiempo la nación vecina había dejado de ejercer en Europa la supremacía política del reinado de Luis XIV, pero todavía gozaba entre las demás naciones europeas de un indiscutible prestigio cultural. Y por eso fueron los escritores franceses, con la maestría literaria que suele caracterizarles, quienes propagaron por el continente las ideas forjadas por la burguesía inglesa.

Se inicia así la llamada época de la *Ilustración*, con el siglo XVIII, que debe su nombre al propósito reiteradamente manifestado por los principales pensadores de entonces, de disipar todos los prejuicios y supersticiones que ensombrecían la mente humana, esclareciéndola con las luces de la razón. Los primeros difusores franceses de tales doctrinas fueron, co-

mo es sabido, Francisco María Arouet, llamado «Voltaire» (1694-1778), y Charles de Secondat, barón de Montesquieu (1685-1755). El primero dedicó principalmente su ingenio cáustico y demolidor al descrédito de la religión tradicional y de la iglesia organizada, como un hábil y eficaz propagador del deísmo anglosajón. El segundo dedicó más sus esfuerzos a la esfera política, criticando el orden imperante en Francia en sus *Cartas persas* y proponiendo en *El espíritu de las leyes* el sistema que habría de sustituirlo, inspirado en las ideas de Locke y en su doctrina de la separación de poderes.

Una segunda generación de escritores «ilustrados» franceses se halla constituida por los llamados «enciclopedistas», capitaneados por D'Alembert y Diderot, editores de la famosa *Enciclopedia o Diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*, publicada de 1751 a 1772, y que tanto éxito alcanzó en todo el mundo; publicación que so pretexto de dar a conocer el estado que habían alcanzado los conocimientos humanos en su tiempo, se dedicó a difundir las doctrinas de los librepensadores ingleses, llevándolas a sus últimas consecuencias: el materialismo y el ateísmo.

Finalmente, se da a conocer Juan Jacobo Rousseau (1712-1778), que ya no es un fanático de la razón, sino que frente a esta defiende los derechos del instinto y del sentimiento. Conocida es su teoría de que el hombre es naturalmente bueno y que la civilización lo ha pervertido. Preconiza, pues, la vuelta al estado de naturaleza, retrayendo las instituciones sociales al primitivo contrato de que, según él, se derivan. Coincide



Diderot

en esto con la doctrina inglesa de la soberanía popular, pero rechaza los parlamentos y toda clase de organismos representativos, mostrándose partidario de la democracia directa. Todos los ciudadanos tienen derecho a intervenir personalmente en la elaboración de las leyes, pero como la unanimidad no podrá lograrse casi nunca, debe decidir en último caso la voluntad de la mayoría, que él denomina voluntad general. En Rousseau predomina, por lo tanto, la tendencia a la igualdad tanto en lo político como en lo económico, y en sus doctrinas se encierran ya los gérmenes del colectivismo.

Todas estas tendencias encontraron eco más o menos inmediato en nuestra patria, que desde el advenimiento al trono de la dinastía borbónica quedó abierta a las corrientes ideológicas de allende el Pirineo. Aparentemente, nuestras instituciones tradicionales no experimentaron ningún cambio; pero se les infundió un nuevo espíritu. Al absolutismo monárquico del tiempo de los Austrias —justificado por el papel de «vicario de Cristo» que se atribuía al rey en la tierra y caudillo del pueblo en defensa de la fe— opusieron los Borbones españoles el concepto patrimonial de la realeza heredado de sus familiares franceses, que identificaba los intereses de la nación con los de la dinastía. Y de acuerdo con tal concepción, nuestra política internacional se subordinó en adelante a las conveniencias dinásticas.

Tampoco nuestras creencias tradicionales sufrieron exteriormente el menor menoscabo. La religión católica continuó siendo la del Estado y la practicada por la casi totalidad de los españoles, pero la Iglesia hubo de tolerar en nuestra patria las extralimitaciones de la autoridad civil, que se arrogó el derecho de inmiscuirse en sus asuntos temporales, de acuerdo con la doctrina *galicana* importada de Francia. Por otra parte, si la masa general del pueblo se mostraba aún sinceramente piadosa, no ocurría lo mismo entre las clases dirigentes, muchos de cuyos miembros no tardaron en contagiarse de las doctrinas volterianas y enciclopedistas, profesadas entonces por lo más florido de la intelectualidad europea. Especialmente, la masonería se difundió rápidamente por España desde el enclave inglés de Gibraltar, y a ella se afiliaron encopetados personajes, entre los que destacan los ministros de Carlos III, conde de Aranda, don Manuel Ro-

Rousseau (Galería Uffizi, Florencia)



da y don Pedro Rodríguez Campomanes, a cuyo influjo se debe por cierto la expulsión de los jesuitas de nuestro suelo, decretada el 27 de febrero de 1767.

En líneas generales, durante el siglo XVIII, nuestras clases superiores reniegan de la tradición cultural hispánica y se dedican a imitar servilmente los modelos galos, tanto por lo que se refiere a la indumentaria y los modales, como a la literatura y las artes, que experimentan por esta época, en nuestra patria, una lamentable decadencia.

No sucedió lo mismo con las clases populares, que continuaron firmemente apegadas a sus tradicionales creencias, usos y costumbres, y miraban con desconfianza, cuando no con hostilidad, las novedades que sus gobernantes pretendían imponerles, estableciéndose así entre nuestras clases dirigentes y dirigidas de entonces una radical discrepancia, que si alguna vez se manifestó de modo violento —como en el famoso *motín de Esquilache*, el 23 de marzo de 1766— se mantuvo en general latente hasta

nuestra Guerra de la Independencia, en que vino a manifestarse de manera explosiva.

En la segunda mitad del siglo XVIII, algunos soberanos y gobernantes europeos, influidos por el espíritu de la Ilustración —como Federico II de Prusia, el emperador austríaco José II, la emperatriz rusa Catalina la Grande, el ministro lusitano Marqués de Pombal y el francés Turgot— realizaron en sus países importantes reformas inspiradas en las nuevas ideas. Pero este «despotismo ilustrado» no desarmó a los partidarios de la revolución, que no se contentaban con corregir tal o cual abuso⁷, sino que aspiraban a destruir todo el orden existente para reconstruirlo de acuerdo con las exigencias de la «razón».

También los gobernantes españoles de la época se acomodaron a los métodos del «despotismo ilustrado», especialmente durante el reinado de Carlos III, a cuyos ministros volterrianos o enciclopedistas debemos agradecer en justicia no pocas mejoras de orden material, pero que no alcanzan a compensar los daños ocasionados por su manifiesto desvío de los ideales que constituían la razón de la comunidad hispana; contribuyendo, de este modo, a que se relajaran e incluso se rompieran a la larga los lazos que ligaban entre sí sus diversos elementos integrantes⁸.

En realidad, pocos proverbios parecen haber sido confirmados más reiteradamente por la experiencia histórica que aquel que reza: «Quien siembra vientos recoge tempestades». La propia Inglaterra pudo comprobarlo bien a su costa, con motivo de la rebelión de sus colonias de Norteamérica.

Tal rebelión fue ocasionada por el intento del Gobierno británico de imponer a dichas colonias unas contribuciones no consentidas por los naturales de las mismas, los cuales basaban su protesta en las mismas doctrinas de la soberanía popular proclamadas por los pensadores ingleses.

Agriada la discusión y llevada a vía de hecho por ambas partes, los representantes de las trece colonias anglosajonas de Norteamérica, reunidos en Filadelfia, firmaron el 4 de julio de 1776 una *declaración de independencia*, en cuyo preámbulo se consignaban por primera vez en un documento solemne, los llamados «derechos del hombre» (la vida, la libertad, la igualdad, el fomento de la felicidad, la resistencia a la opre-

sión), que no habían de tardar en ser formulados de manera más explícita por la Asamblea Nacional francesa.

La *guerra de la independencia* norteamericana (primera que llevó tal nombre) se prolongó durante más de seis años, interviniendo en la lucha Francia y España a favor de los colonos sublevados, cuya emancipación se vio obligada a reconocer finalmente Inglaterra en el tratado de Versalles de 3 de septiembre de 1783.

El éxito de aquella rebelión alentó en todos los países del mundo occidental, los designios subversivos de los enemigos del orden imperante por entonces en la mayoría de ellos; designios para cuya realización ofrecía un ambiente muy propicio la Francia regida por Luis XVI.

Se ha pretendido justificar la Revolución Francesa como una legítima protesta contra un régimen despótico que esquilma a la nación y la tenía reducida a la miseria más espantosa. En la actualidad, hasta los historiadores más simpatizantes con las doctrinas democráticas han rectificado ya sus opiniones a tal respecto. Es cierto que la Francia de entonces se hallaba mal gobernada, pero tal desgobierno se debía más bien a las claudicaciones que a los excesos del poder público.

«La revolución francesa como conjunto y, en primer lugar, su época de terror —escribe el historiador alemán Hans Freyer— apenas si casualmente puede ser explicada por razones fácilmente comprensibles y algunas necesidades económicas. Al campesino, en la mayoría de las regiones, no le iba peor que en los demás países, y al tercer estado que inició la revolución le iba incluso muy bien. El absolutismo de Luis XVI no era en absoluto un régimen duro, sino más bien blando y flojo, y además dispuesto a las reformas y, en todo caso, generalmente desafortunado en la elección de los hombres responsables y lleno de inseguridad en las medidas reformistas. Por su resonancia histórica, la Revolución Francesa, como todas las revoluciones auténticas, es la conversión a la evidencia de una modificación ya realizada en el orden social. Pero sus «causas», si se quiere plantear ya así la cuestión, están en el agudo renunciamiento de las autoridades soberanas del Estado —y a la vez de la Iglesia— en la decadencia de la autoridad»⁹.

Ya es sabido, en efecto, que aquella revolución fue provocada por la ciega resistencia que los dos órdenes privilegiados (nobleza y clero) oponían a los proyectos reformistas de los ministros del rey, que tendían a repartir de un modo más equitativo las cargas tributarias entre las diversas clases de la sociedad francesa. Tal resistencia, amparada por el Parlamento de París (especie de corte suprema de justicia, constituida por una nobleza de toga hereditaria, sin cuyo «registro» o refrendo las órdenes del rey no podían hacerse efectivas), obligó a convocar el 27 de diciembre de 1788 los Estados Generales del reino (que no habían vuelto a reunirse desde 1614) para que aprobasen los nuevos impuestos.

Como nuestras antiguas Cortes, aquella asamblea se hallaba constituida por represen-

tantes de los tres órdenes o estados en que se consideraba dividida la sociedad francesa: el clero, la nobleza y el pueblo. Con el fin de asegurarse una mayoría favorable a la reforma tributaria, el rey concedió al tercero de dichos estados un número de representantes igual a la suma de los que correspondían a los otros dos. Y al reunirse (el 5 de mayo de 1789) los Estados Generales, los representantes del pueblo se aprovecharon de su superioridad numérica para erigirse en Asamblea constituyente, con el propósito de reformar totalmente las instituciones del país, restringiendo la autoridad real y anulando los privilegios de que aún gozaban la nobleza y el clero.

Tardíamente, estos dos órdenes privilegiados decidieron unirse a la Corona en defensa de sus intereses comunes y oponerse por la fuerza a los propósitos de los elementos reformistas. Pero

Revolución Francesa. Toma de la Bastilla. (Museo Carnavalet. Paris)



estos amotinaron al pueblo de París, produciéndose el tan cacareado episodio de *la toma de la Bastilla* (14 de julio de 1789), que bastó para amedrentar a la Corte y hacerla desistir de toda oposición a las reformas. La marea revolucionaria continuó así su marcha arrolladora, sin que nadie se atreviese seriamente a contenerla, rebasando incluso los propios límites que le trazaran sus iniciadores. Los elementos revolucionarios más sensatos no tardaron, efectivamente, en verse desbordados por otros cada vez más radicales, que impulsaron a la revolución hacia las soluciones extremas.

De este modo, la Revolución Francesa, que fue recibida al principio con satisfacción en todo el mundo, no solo entre los intelectuales «ilustrados» —incluidos los de nuestra patria—, sino entre los gobernantes de los países rivales, siempre propicios a alegrarse de las desgracias ajenas, comenzó muy pronto a suscitar serias inquietudes; sobre todo, cuando el influyente partido «girondino» declaró por boca de sus más au-

torizados representantes (Brissot, Vergniaud, Isnard, Gensonné) su intención de «*hacer la guerra a los reyes para la emancipación de los pueblos*».

En efecto, pese a sus primeras declaraciones pacifistas, los representantes del nuevo régimen francés no tardaron en comprender que aquel no podría subsistir a la larga, si no lograba extenderse a los demás países. Y así, pretextando la ayuda que ciertos príncipes alemanes prestaban a los emigrados franceses, que trabajaban por restaurar las antiguas instituciones, obligaron al sumiso Luis XVI a declarar el 20 de abril de 1792, la guerra al entonces emperador de Alemania Francisco II, soberano titular de dichos príncipes. Dicho emperador no tardó en verse asistido por el rey de Prusia; y de este modo se inició una lucha destinada a hacerse general en Europa y a prolongarse con breves intermitencias hasta mediados de 1815.

Los resultados de los primeros combates fueron desfavorables para los franceses, debido principalmente a la indisciplina de las improvisadas formaciones de voluntarios. Ante la amenaza que, de este modo, se cernía sobre el nuevo régimen, la Asamblea declaró *la patria en peligro* (11 de julio de 1792), y aprovechándose de la efervescencia provocada en el pueblo por tal declaración, los enemigos de la institución monárquica (girondinos y jacobinos) se aprestaron a derribarla. A tal fin, no dudaron en acusar a los reyes de connivencia con el enemigo y azuzaron contra ellos al populacho parisién. Se produjo así, el 10 de agosto de 1792, el asalto de las Tullerías y la detención de la familia real, trascendentales acontecimientos que fueron seguidos de horribles matanzas realizadas impunemente por la plebe en las cárceles de la capital y de varias provincias.

En tal ambiente de terror fue elegida la *Convención Nacional*, donde se hallaban representados casi exclusivamente los partidos avanzados. Reunida, pues, dicha asamblea el 20 de septiembre, se apresuró a declarar abolida la Monarquía, y el día 25 quedaba proclamada la *República una e indivisible*, como nuevo régimen del pueblo francés.

No se contentaron, sin embargo, los convencionales con destituir al desgraciado Luis XVI, sino que le condenaron a muerte e hicieron caer

Robespierre. (Museo Carnavalet. Paris)



su cabeza el 21 de enero de 1793 como un desafío a los monarcas de Europa, los cuales no tardaron en recoger el guante.

La noticia de la ejecución del Rey provocó, en efecto, gran indignación en toda Europa, coaligándose contra Francia los gobiernos de Inglaterra, Holanda, España, Portugal, Cerdeña, Nápoles y los principados alemanes que aún permanecían neutrales; sumándose las fuerzas de todos estos países a las de Austria y Prusia, que ya habían entrado en campaña contra los franceses el año anterior.

La intervención armada de Inglaterra se debió más bien a la ocupación por las tropas francesas del puerto de Amberes, que se consideraba una amenaza para la seguridad y prosperidad de las Islas Británicas, y, sobre todo, al propósito que los revolucionarios franceses comenzaron en seguida a poner en práctica de crear en los países conquistados «repúblicas filiales», que tendían a establecer sobre el continente europeo una hegemonía mucho más completa y efectiva de la que había ejercido antaño Luis XIV. Ante tal propósito, el Gobierno inglés se apresuró a reaccionar violentamente, fiel a su tradicional política de «equilibrio europeo», convirtiéndose así en el más irreductible y constante enemigo del imperialismo revolucionario galo y en el alma de las diversas coaliciones que se formaron contra él.

Por lo que respecta a nuestra patria, la guerra contra la república francesa obedeció, por el contrario, al sincero movimiento de indignación que produjo en la mayoría de nuestro pueblo el regicidio, mal disfrazado con fórmulas legales, cometido en la persona del infeliz monarca francés, en favor del cual había realizado nuestro Gobierno importantes gestiones, acompañadas de generosos ofrecimientos al del país vecino, que no lograron influir lo más mínimo en el sectarismo de los convencionales. Por otra parte, estos se adelantaron a declararnos la guerra (7 de marzo de 1793), y la lucha se hizo ya inevitable. Esta despertó al principio grandes entusiasmos en todas las clases sociales, que consideraban la contienda como una «cruzada» contra los enemigos de nuestras instituciones más veneradas en aquel tiempo: la religión y el trono. No faltaban en España, sin embargo, simpatizantes de las doctrinas revolucionarias que habían logrado triunfar al otro lado del Pirineo; pero como la ge-

neralidad de la opinión les era contraria, no osaron por entonces manifestarse.

De este modo, Francia se vio atacada en la primera mitad de 1793 por todas sus fronteras. Pero ante la amenaza que así se cernía sobre la integridad e independencia del país, se despertó en la porción más noble y generosa de sus hijos aquella conciencia de la solidaridad nacional que constituye la esencia del sentimiento patriótico. No tardó, pues, en afluir a las fronteras amenazadas gran cantidad de voluntarios que, fusionados con los soldados veteranos y con los contingentes suministrados por la *leva en masa* decretada en agosto de aquel mismo año, llegaron a constituir ejércitos, todavía mal armados y disciplinados, pero numerosos y llenos de entusiasmo, que terminaron por imponerse a las tropas numéricamente inferiores e integradas en su mayoría por soldados mercenarios o reclutados a la fuerza de que disponían las potencias coaligadas.

En virtud de todo ello, a fines de 1793 y comienzos de 1794, no solo quedaba conjurada la amenaza que pesaba sobre las fronteras de Francia, sino que los ejércitos revolucionarios mandados por generales de nuevo cuño, entre los que no tardaría en descollar el genial Napoleón Bonaparte, lograban penetrar profundamente en el territorio enemigo.

Así sucedió en nuestra patria, adonde los ejércitos españoles hubieron de replegarse después de sus iniciales victorias en el Rosellón y al otro lado del Bidasoa; perdiéndose más adelante y de manera sucesiva las plazas de Figueras, Rosas, Irún, Fuenterrabía, San Sebastián, Tolosa, Bilbao, Vitoria y Miranda de Ebro, por no citar sino las más importantes.

Nuestro pueblo no tardó en desalentarse ante aquellos reveses, y la idea de una paz se fue abriendo paso en el ánimo de las gentes apocadas. Por otra parte, los simpatizantes españoles de la revolución comenzaban a levantar cabeza en algunos puntos. E inquieto por tan peligrosos síntomas, el omnipotente Godoy, que regía por entonces los destinos de España, se decidió a entablar negociaciones con los nuevos gobernantes franceses, más moderados, que habían logrado derrocar el 9 de *Thermidor* (27 de julio de 1794), la dictadura terrorista de Robespierre y sus secuaces. Dichas negociaciones condujeron

a la *paz de Basilea* (22 de julio de 1795), que no puede considerarse en sí como deshonrosa, dadas las circunstancias en que fue concertada, ya que todas nuestras pérdidas territoriales se redujeron a la parte española de la isla de Santo Domingo, pérdida sensible, desde luego, por tratarse de la primera colonia establecida por España en el Nuevo Mundo, pero que debía ser considerada como un mal menor. Sin embargo, aquel tratado de paz había de constituir el punto de partida de una absurda política de sumisión a Francia, que había de reducir a nuestra patria al triste papel de «Estado satélite» de la vecina república.

En efecto, durante la desdichada campaña anterior se habían puesto de manifiesto las deficiencias de nuestras Fuerzas Armadas y la superioridad de las francesas, que no solo en nuestro territorio, sino a lo largo de todas sus fronteras, habían alcanzado por entonces seña-

ladas victorias. El Gobierno español se sentía, de este modo, a merced de un ejército de «descamisados» que viniera a derrocar nuestras seculares instituciones, convirtiendo a nuestra patria en una de tantas «repúblicas filiales», como las que bajo el empuje de las armas galas se habían ya establecido en Holanda y Suiza y no tardarían también en ser creadas en distintas regiones de Italia.

Por otra parte, Inglaterra, que apenas nos había ayudado en nuestra lucha contra la república francesa, se hallaba descontenta por la paz que habíamos firmado con esta última en Basilea, y adoptaba disposiciones hostiles contra nuestros dominios de ultramar. Todo ello influyó en el ánimo de Godoy para inclinarle a concertar con el Directorio francés el funesto *tratado de San Ildefonso* (18 de agosto de 1796), en virtud del cual nos comprometíamos a declarar la guerra a Inglaterra y a socorrer a nuestros aliados, cuando

Batalla de las pirámides



así lo requiriesen, con 15 navíos de línea y un cuerpo terrestre de 18.000 infantes, 6.000 caballos y la artillería correspondiente.

Iniciada la lucha con Inglaterra en octubre de 1796, nuestra Escuadra no tardó en experimentar serios reveses —entre los que destaca por su importancia el del cabo de San Vicente (14 de febrero de 1797)—, quedando expuestas las costas de la Península y de nuestras provincias de Ultramar a los ataques de la Armada inglesa, que si bien pudieron ser rechazados en Cádiz, Tenerife, Puerto Rico y las Filipinas, nos hicieron perder, en cambio, la isla de la Trinidad.

Tan desgraciada guerra se hizo así muy pronto impopular en España, y el propio Godoy tuvo que reconocer el error cometido al firmar el tratado que a ella nos condujo. Pero no atreviéndose a romperlo abiertamente, intentó oponer resistencias y cortapisas a las pretensiones de nuestros aliados. Por aquella época, la república fran-

cesa atravesaba por un período de recrudescimiento del sectarismo jacobino, a consecuencia del golpe de Estado del *18 de Fructidor* (4 de septiembre de 1797), que había eliminado de los consejos y el directorio ejecutivo a los elementos moderados. Los nuevos directores franceses no se mostraron, por tanto, propicios a tolerar las resistencias que Godoy oponía al cumplimiento de sus compromisos, y exigieron de nuestro rey Carlos IV el despido de su favorito, que se efectuó el 28 de marzo de 1798; sustituyéndole sucesivamente en la Secretaría de Estado D. Francisco Saavedra y D. Mariano Luis de Urquijo, el último de los cuales acentuó la política de servidumbre a Francia que se venía practicando desde el tratado de San Ildefonso.

Mientras tanto, se había iniciado la brillante carrera del general Bonaparte, quien en su campaña de Italia de 1796 a 1797, había dado claras muestras de su genio militar y político. Celosos del influjo que comenzaba a ejercer ya el joven caudillo sobre la opinión francesa moderada, los directores resolvieron alejarle del país, confiándole el mando de una expedición a Egipto, que tendía a cortar las comunicaciones de Inglaterra con la India.

Napoleón consiguió desembarcar en Alejandría el 1 de julio de 1798 y penetrar en El Cairo pocos días después; pero la destrucción de la Escuadra francesa en Abukir por la flota de Nelson, le dejó muy pronto aislado de la metrópoli. El gran caudillo no se amilanó, sin embargo por tan grave contratiempo, logrando en breve plazo consolidar su situación en el valle del Nilo y ampliar sus conquistas por Palestina y Siria. Pero habiéndole llegado noticias de la difícil situación por la que atravesaba Francia, acosada en sus fronteras por una nueva y formidable coalición, y desgarrada en el interior por las discordias civiles, se decidió a regresar a París donde, el *18 de Brumario* (9 de noviembre de 1799), dio el famoso golpe de Estado que lo elevó a la jefatura del Gobierno, con el título de Primer Cónsul.

En poco más de tres años, el general Bonaparte supo dar satisfacción al anhelo más ferviente del pueblo francés: la paz en el exterior y en el interior. La primera fue lograda como resultado de las nuevas victorias francesas en *Marengo* y *Hohenlinden*, que obligaron al imperio austriaco a suscribir el *tratado de Luneville* (9 de febrero de



1801), por el que se reconocía la línea del Rhin como frontera nordeste de Francia y el «protectorado» de esta nación sobre sus repúblicas filiales de Holanda, Suiza, Lombardía y Liguria. El Gobierno inglés se vio privado así de aliados continentales y, como la prosecución de la lucha no ofrecía para él perspectivas inmediatas de victoria, se avino también a firmar la *paz de Amiens* (25 de marzo de 1802), por la cual se comprometió a devolver la isla de Malta a los caballeros de la Orden, así como las posesiones francesas, holandesas y españolas de que su Escuadra se había apoderado, con excepción de las islas de Ceilán y la Trinidad. Aunque aquella paz no había de constituir, en definitiva, más que una mera tregua, todos los pueblos por ella afectados la recibieron con alborozo, creyendo así liquidada la tenaz contienda iniciada hacía diez años.

Igualmente fructífera resultó la labor desarrollada simultáneamente por el Primer Cónsul en el orden interno, pues en tan breve plazo restableció por completo el orden y el principio de autoridad, desarmó a las facciones, saneó la Hacienda y restauró en Francia el culto católico, firmando el 15 de julio de 1800 un concordato con la Santa Sede. No es de extrañar así que, para asegurar la continuidad de tan meritoria labor y garantizar los legítimos avances de la revolución, el pueblo francés otorgase a Napoleón Bonaparte primero el título de *Cónsul Perpetuo* (4 de abril de 1802), y, más adelante, el de *Emperador de los franceses* (4 de abril de 1804).

La opinión española acogió, en general, con satisfacción los cambios políticos operados en Francia a partir del *18 de Brumario*, por cuanto representaban una evidente rectificación de la trayectoria demagógica y antirreligiosa seguida hasta entonces por la república gala. Especialmente, la restauración del culto católico en el vecino país causó muy buen efecto en nuestras altas esferas, determinando también sensibles mutaciones en nuestra política interna. Así, el ministro Urquijo que, por complacencia con la orientación jacobina que prevalecía en el anterior Gobierno francés, había desarrollado una política contraria a los intereses de la Iglesia, fue sustituido en la Secretaría de Estado por D. Pedro Cevallos, casado con una prima de Godoy, quien, a través de él, volvió a regir los destinos de nuestra patria.

No por ello dejó nuestra política internacional de estar estrechamente vinculada a los intereses de Francia, y, de este modo, en 1801, por imposición del Primer Cónsul, tuvimos que declarar la guerra a Portugal, en cuyos puertos encontraban cómodo refugio los navíos de la Flota británica. Pero aquella guerra, denominada pintorescamente «de las Naranjas», constituyó un mero simulacro, pues los lusitanos no ofrecieron apenas resistencia y se avinieron muy pronto a firmar en Badajoz un tratado (29 de septiembre de 1801), por el que se comprometían a seguir en lo sucesivo una política amistosa con los franceses, promesa que luego no cumplieron.

La firma de la *paz de Amiens* fue recibida en España como una bendición, a pesar de que en ella se sancionaba la pérdida de la isla de la Trinidad, porque se creyó que liberaría a nuestra patria de los onerosos compromisos contraídos en San Ildefonso seis años antes. Pero aquella paz no tardó en ser rota por Inglaterra, que celosa del auge adquirido por el comercio y la industria franceses, bajo el régimen proteccionista del Primer Cónsul, y del creciente influjo que el Gobierno de este ejercía sobre los demás países del continente, se negó a cumplir determinadas cláusulas del tratado de paz y, especialmente, la que se refería a la devolución de la isla de Malta al gran maestro de la Orden; terminando por declarar de nuevo la guerra a Francia en 16 de mayo de 1803.

Reanudóse así la lucha entre las dos grandes potencias rivales, de las que una dominaba en el continente, y la otra en el mar, con la intención por parte de ambos contrincantes de llevarla hasta el fin: la completa derrota y sumisión incondicional del adversario¹⁰.

El acontecimiento produjo honda consternación en nuestros medios oficiales, ya que España no se había repuesto aún del gran desgaste material y moral experimentado durante la contienda anterior, y no se encontraba, por tanto, en condiciones de afrontar una nueva lucha. Nuestro Gobierno se esforzó así en mantener su neutralidad, firmando en octubre de 1803 un nuevo pacto con Francia, por el que rescatábamos nuestra obligación de prestarle ayuda militar, mediante un subsidio mensual de seis millones de reales. Pero el Gobierno británico no quedó satisfecho con esta actitud ambigua, y ordenó a

su Flota que atacara los buques españoles sin previa declaración de guerra, lo que nos obligó al fin a responder a la fuerza con la fuerza (diciembre de 1804).

Este nuevo duelo naval con Inglaterra condujo, como ya es sabido, al desastre de *Trafalgar* (21 de octubre de 1805), donde la Escuadra franco-española quedó prácticamente eliminada; consiguiendo así los británicos el dominio absoluto de los mares.

En tierra, por el contrario, obtenía simultáneamente el emperador Napoleón las decisivas vic-

torias de *Ulm* y *Austerlitz* sobre los ejércitos austriacos y rusos, aliados de Inglaterra; victorias que aumentaron el prestigio militar del gran caudillo y acentuaron el predominio que su imperio ejercía ya en el continente.

Tales victorias no bastaron, sin embargo, para neutralizar en España el efecto deprimente causado por la derrota de *Trafalgar*, cuya responsabilidad se achacaba a Godoy por su condescendencia servil a las demandas francesas. Formóse así en los medios cortesanos un numeroso partido de oposición al favorito, dirigido por

Austerlitz. (Lejeune. Museo de Versalles. París)



Godoy. (Museo Romantico. Madrid)



el príncipe de Asturias D. Fernando, en derredor del cual se agruparon todos los descontentos de la gestión de aquel o envidiosos de su rápido y escandaloso encumbramiento.

Alarmado por tan creciente oposición e intentando escapar a la amenaza que sobre él se cernía, Godoy proyectó crearse en el sur de Portugal un principado que le sustrajera a la soberanía de España, en el caso de que la confianza de nuestros reyes llegara a faltarle. A cuyo fin no dudó en iniciar negociaciones secretas con Napoleón, árbitro por entonces de los destinos de Europa, de cuyos tronos disponía a su antojo. Pero el Emperador —preocupado, sin duda, por proyectos de más fuste— interrumpió las negociaciones iniciadas con tal finalidad.

Godoy se consideró desairado en sus pretensiones y, llevado del despecho, acogió favorablemente las propuestas del embajador ruso Strogonof, que le incitaban a unir las fuerzas de nuestra patria con las de su país y las del reino de Prusia, coaligadas entonces contra Francia. Confiando en que el genio de Napoleón se estrellaría esta vez

frente a la tradicional fortaleza del Ejército prusiano, el favorito español comenzó a realizar grandes preparativos militares y dio publicidad en 6 de octubre de 1806, a un imprudente manifiesto (fechado el día anterior), en el que se exhortaba al país a realizar un gran esfuerzo del cual dependía la salvación de la patria. Pero, como poco después se recibiera en Madrid la noticia del gran triunfo alcanzado en Jena por el emperador francés sobre las tropas prusianas, Godoy procuró excusarse ante el vencedor, alegando que sus preparativos militares iban dirigidos contra Portugal.

En Berlín, y por intermedio de nuestro representante en dicha capital, recibió Napoleón las disculpas de Godoy, con las que aparentó conformarse, en tanto que liquidaba la campaña que en Polonia y la Prusia oriental tenía aún pendiente con los rusos y prusianos. Pero desde entonces comenzó a dudar de la amistad de España y para debilitar sus posibilidades de resistencia, exigió que, en cumplimiento de las cláusulas del tratado de San Ildefonso, un cuerpo de 15.000 hombres, formado por las mejores tropas españolas, se trasladara al territorio de Hannover para relevar a las fuerzas francesas que protegían las costas alemanas del Mar del Norte contra un posible desembarco de los ingleses.

Para congraciarse de nuevo con el César francés, Godoy se apresuró a cumplimentar sus órdenes, y en julio de 1807, un cuerpo español mandado por el marqués de la Romana pasó a guarnecer el citado territorio.

Antes de ocuparnos de los antecedentes inmediatos de nuestro levantamiento contra el imperio napoleónico, conviene precisar los motivos que determinaron al César francés a inmiscuirse en los asuntos de la Península. Como ya hicimos constar en el artículo citado, él mismo reconoció en su destierro de Santa Elena los errores cometidos al enfocar tales asuntos. Pero su intervención en ellos no dejó de serle impuesta por las exigencias de la guerra a muerte que tenía empeñada con Inglaterra.

Dado el carácter inconciliable de tal lucha, no es de extrañar que ambos contrincantes apelaran a toda clase de procedimientos violentos para asegurarse la victoria. Y si Napoleón derrocaba dinastías y procuraba arreglar a su conveniencia el mapa de la Europa continental,

Inglaterra regulaba a su antojo el tráfico marítimo, imponiendo severas restricciones al comercio de los países neutrales, e incluso no dudaba en atacar sus naves o sus puertos sin previa declaración de guerra, como ya hemos visto que le sucedió a España en 1804, y había de sucederle también a Dinamarca en 1807.

Abortado el proyecto que Napoleón acarició durante mucho tiempo de un desembarco en Inglaterra, a causa de la destrucción en Trafalgar de la Escuadra franco-española que había de apoyarlo, y fracasados igualmente los intentos ingleses de vencer por tierra a sus rivales, concitando contra ellos a las demás potencias europeas (Austria, Prusia y Rusia), en sucesivas coaliciones, desbaratadas todas ellas por el genio militar del gran caudillo, quedaron ambos adversarios dueños absolutos del continente y del mar; pero no renunciando ninguno de los dos a la victoria, se esforzaron uno y otro en hallar el punto débil del enemigo para asestar sobre él sus golpes decisivos.

Con el fin de arruinar el comercio y la industria de la Gran Bretaña, que constituían la base principal de la economía de esta nación, dictó Napoleón en Berlín, el 21 de noviembre de 1806, un decreto de *bloqueo continental*, que tendía a impedir la adquisición de mercancías inglesas, tanto en el territorio de Francia como en el de sus aliados. Un decreto posterior, fechado en Milán el 17 de diciembre de 1807, extendió tal prohibición a los países neutrales. Con ello pretendía el Emperador francés responder adecuadamente a las sistemáticas violaciones inglesas del derecho internacional a que antes hemos aludido. Pues había sido, en efecto, Inglaterra la primera en capturar los barcos neutrales que se dirigían a puertos franceses. Y, más adelante, se arrogó el Gobierno británico la facultad de detener cualquier buque neutral, fuera cual fuese su destino, obligándole a entrar en el puerto inglés más próximo y a pagar un impuesto, antes de reanudar su viaje. Medidas que llegaron a provocar un conflicto armado entre Inglaterra y los Estados Unidos (1812-1814).

Ahora bien, para hacer efectivo el *bloqueo continental*, Napoleón se vio obligado a intervenir militarmente en varios países neutrales que no se mostraban propicios a secundarlo. Entre tales países se encontraba Portugal, ligado estrecha-

mente a Inglaterra desde la época de su segunda independencia y cuya economía se hallaba fundada en un fructuoso intercambio comercial. Debido a ello y a despecho de las prohibiciones napoleónicas, los lusitanos seguían comerciando con los ingleses y acogiendo, por tanto, en sus puertos a los buques mercantes y de guerra de dicha nación.

Napoleón venía proyectando así, desde hacía tiempo, una expedición de castigo contra Portugal. Y una vez celebrada, en 9 de julio de 1807, la paz de Tilsit, con el emperador de Rusia y el rey de Prusia, comenzó a tomar las medidas necesarias para la ejecución de tales designios. A tal fin tenía que recabar, ante todo, el consentimiento y la cooperación de su aliada España, a través de cuyo territorio habían de pasar las tropas francesas destinadas a invadir el vecino reino. Tal cooperación podía darse por descontada de antemano. Pero el César francés desconfiaba de la lealtad de Godoy, después de su reciente tentativa de traición.

Por consiguiente, antes de aventurarse a tal empresa, Napoleón se previno contra la inconstancia del favorito español, reanudando las negociaciones anteriormente entabladas con él para la creación en su favor de un principado en el sur de Portugal. Tales negociaciones condujeron al *tratado de Fontainebleau* (27 de octubre de 1807), en virtud del cual el vecino reino sería ocupado por tropas francesas y españolas y quedaría dividido en la siguiente forma: la parte septentrional, con el nombre de reino de Lusitania, se otorgaba a los reyes de Etruria, que acababan de ser desposeídos de sus dominios de Italia; la parte central se la reservaba Napoleón hasta que se ultimase la paz general; y la meridional se adjudicaba a Godoy, con el título de *príncipe de los Algarves*.

Sin esperar a la firma del tratado entraron en España las fuerzas del Cuerpo de Observación de la Girona, mandadas por el general Junot que, en unión de otras españolas, invadieron Portugal, sin tropezar con ninguna resistencia. El 29 de noviembre entraron en Lisboa, de donde ya había huido la corte lusitana en dirección al Brasil.

Por el mismo tiempo se descubría en El Escorial un complot tramado por el príncipe de Asturias y sus partidarios para destronar a su padre y acabar así con la aborrecida privanza de Godoy.

Los conjurados intentaban conseguir el apoyo de Napoleón para la realización de sus planes, y con tal fin el citado príncipe había escrito al Emperador una carta, redactada en términos de baja adulación, en la que solicitaba la mano de una princesa de la familia imperial.

Descubierta la trama y arrestado el Príncipe en sus habitaciones, se apresuró a confesar sus culpas y a pedir perdón a su padre y a Godoy; delatando de paso a sus principales colaboradores, que no fueron tampoco castigados severamente por temor a ofender al emperador francés, de quien se consideraban protegidos.

Lo sucedido en El Escorial daba a entender a Napoleón que en España se preparaba un cambio político inminente. De entre los dos partidos que se disputaban su apoyo, el de Godoy resultaba sin duda el más impopular. Parecía, por tanto, lo más lógico que el Emperador se hubiese decidido a derribar al favorito, colocando en el trono al príncipe de Asturias. De este modo habría obrado de acuerdo con los deseos de la mayoría del pueblo español y se habría evitado un conflicto que, a la larga, resultó fatal para los intereses de su imperio. Pero la flaqueza de que el príncipe don Fernando había dado muestras al verse descubierto y la indigna delación que se apresuró a hacer de sus partidarios, le enajenaron las simpatías del César francés y disuadieron a este de aceptarle como rey, pues temió verse vendido por tan dudoso aliado cuando menos lo esperase.

Napoleón se decidió así a explotar en su favor los acontecimientos políticos que se preparaban en nuestra patria. Y para convertir a esta en fiel instrumento de sus designios, resolvió colocar en su trono a una persona de su familia, como ya lo había hecho anteriormente en Holanda, Nápoles y Westfalia.

Para vigilar de cerca el desarrollo de tales acontecimientos y ponerse en condiciones de forzar su desenlace en el sentido que más le conviniera, el emperador francés hizo entrar, sucesivamente, en la Península las fuerzas que tenía destinadas a apoyar en caso necesario al cuerpo expedicionario de Junot. Tales fuerzas se hallaban constituidas por el Segundo Cuerpo de Observación de la Girona, mandado por el general Dupont, que se estableció a primeros de diciembre de 1807 en la zona de Valladolid; el Cuerpo de Observación de las Costas del

Océano, a las órdenes del mariscal Moncey, que se situó a primeros de enero de 1808 entre Vitoria y Burgos; y, finalmente, otras dos agrupaciones de tropas de menor importancia, que penetraron en febrero del mismo año por ambos extremos de los Pirineos y ocuparon, respectivamente, las plazas de Pamplona y Barcelona.

Todas estas medidas militares quedaron completadas en 20 de febrero de 1808 con el nombramiento de General en Jefe y Lugarteniente del Emperador en España a favor de su cuñado el príncipe Joaquín Murat, gran duque de Berg. Los planes de Napoleón sobre nuestra patria se reducían por lo pronto a intimidar a la Corte y al Gobierno, impulsándolos a tomar una resolución

Soldados españoles. (Museo Británico)



análoga a la que la familia real portuguesa había adoptado tres meses antes. Con ello quedaría abandonado espontáneamente el trono español, y el César francés podría colocar en él, sin violencia manifiesta, a la persona que más le conviniese.

Pero los acontecimientos no se desarrollaron como Napoleón tenía previsto. Únicamente Go-

doy se dio cuenta, aunque algo tarde, de las verdaderas intenciones del Emperador, y comenzó a preparar la retirada de la Corte a Andalucía, desde donde, en caso necesario, podría embarcarse para América. Mas los partidarios de Fernando, creyendo que las fuerzas francesas que entraban en nuestra patria

se hallaban destinadas a cooperar en el derrocamiento del favorito y a la elevación al trono de su príncipe, promovieron el famoso motín de Aranjuez (del 17 al 19 de marzo de 1808) para impedir la huida de la Corte, cuyos resultados son de sobra conocidos: Godoy es destituido y arrestado, Carlos IV abdica y Fernando VII es proclamado Rey de España y de sus Indias.

Aquel motín trastornaba por completo los planes de Napoleón respecto a nuestra patria. Ya no se encontraba ante una corona abandonada por sus legítimos poseedores y que podía considerarse, en cierto modo, como «res nullius» a disposición del primer ocupante, sino que tenía que habérselas con un monarca exaltado al trono por la voluntad de su pueblo, claramente manifestada en aquella ocasión. El emperador francés, que debía también su corona a una decisión plebiscitaria, no podía oponerse en justicia a tal solución, y le habría convenido más inclinarse ante los hechos consumados, pues Fernando VII se hallaba dispuesto a mostrarse para con él tan servicial como Godoy. Pero Napoleón no supo verlo así por entonces, aunque luego tendría que lamentarlo; y, para apoderarse de la corona de España, prefirió atenerse a un plan tortuoso, cuyos detalles le fueron sugeridos por el intrigante Talleyrand, pero que Murat había comenzado ya a desarrollar por su propia iniciativa.

General Murat. (Gerard. Museo de Versalles. París)



En efecto, el lugarteniente de Napoleón en España se sintió sumamente contrariado por los acontecimientos de Aranjuez, pues creía que su cuñado lo destinaba a ceñir la corona de nuestra patria. A partir de aquel momento, no vio en el nuevo rey Fernando VII más que un rival del que debía desembarazarse a toda costa, y de acuerdo con tal idea decidió la conducta a seguir. Para él, Carlos IV —a quien indujo a retractarse de su abdicación— continuaba siendo el rey legítimo de España, y Fernando no sería considerado más que como simple príncipe heredero, mientras el Emperador no dispusiera lo contrario.

Informado de todo ello, Napoleón aprobó la conducta de Murat y envió a Madrid a su hombre de confianza, el general Savary, quien valiéndose de halagüeñas promesas logró atraer a Fernando VII a la traidora «emboscada» de Bayona, donde tanto el monarca español como sus padres y hermanos se vieron obligados, bajo el peso de la amenaza, a renunciar en favor del César francés a los derechos que les correspondían a la corona de nuestra patria.

Juzgando a nuestro pueblo por la docilidad con que se habían conducido ante él las personas reales y los cortesanos de su séquito, creyó el Emperador que los españoles aceptarían sin grandes protestas el nuevo orden de cosas. Ni siquiera el chispazo del *Dos de Mayo* quebrantó la excesiva confianza que en su propio juicio tenía aquella mente preclara, porque consideró que el severo castigo infligido por Murat a los madrileños sublevados, disuadiría al resto de los españoles de imitar su ejemplo. Pero el formidable levantamiento que contra su dominación se produjo en toda España pocas semanas más tarde, le convenció muy pronto de que estaba equivocado.

Y aquí hemos llegado al estallido de nuestra cruenta lucha. Y aquí hacemos ahora punto, dejando para después el análisis de los acontecimientos posteriores.

NOTAS

¹ *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*. VI Curso de Conferencias, cátedra General Palafox de Cultura Militar de la Universidad de Zaragoza; 1958, pp 41 a 164).

² Prólogo a Marías, Julián. *Historia de la Filosofía*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1941, p. 9.

³ Priego López, Juan. «Hacia una revisión de la historia de la Guerra de la Independencia». *Ejército* N° 238, noviembre de 1959.

⁴ En efecto, hasta la reforma electoral de 1832, el derecho al sufragio se hallaba reservado en Inglaterra a las clases privilegiadas (nobleza y alta burguesía). Después tal derecho se extendió considerablemente, pero solo llegó a tener carácter universal con posterioridad a la guerra de 1914 a 1918.

⁵ Véase la documentada obra del profesor de Historia Económica de la Universidad de Londres R. H. Tawney, *La religión en el orto del capitalismo*, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, 1936, donde se establecen interesantes paralelos entre la moral puritana y la farisaica.

⁶ Véase Hazard, Paul. *La crisis de la conciencia europea*. Editorial Pegaso, Madrid, 1941, pp 231-232.

⁷ Como señaló muy bien Ortega y Gasset: «*El revolucionario no se rebela contra los abusos, sino contra los usos*». *El tema de nuestro tiempo*. Revista de Occidente, tercera edición, revisada. Madrid 1934, p 155.

⁸ A este propósito, comenta el gran polígrafo Menéndez y Pelayo: «*A cambio de un poco de bienestar material, que solo se alcanzó después de tres reinados, ¡cuánto padecieron con la nueva dinastía el carácter y la dignidad nacionales! ¡Cuánto la lengua! ¡Cuánto la genuina cultura española, la tradición del saber de nuestros padres! ¡Cuánto su vieja libertad cristiana, ahogada por la centralización administrativa! ¡Cuánto la misma Iglesia, herida de soslayo, pero a mansalva, por un rastro galicanismo y por el regalismo de serviles leguleyos, que en nombre del Rey, iban despejando los caminos de la revolución!*» *Historia de los heterodoxos españoles*, edición ordenada y dirigida por D. Manuel Artigas, Madrid, 1930, tomo VI, p 34.

⁹ Freyed, Hans: *Historia universal de Europa*. Ediciones Guadarrama, S,L, Madrid, 1958, p 654.

¹⁰ No es necesario subrayar la analogía de esta situación con la que se ha producido en nuestra época durante la contienda entre el imperio británico y la Alemania nazi. ■

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EN EL MARCO DE LA HISTORIA EUROPEA DE SU ÉPOCA (II). CONEXIONES

Juan Priego López. Coronel. DEM. Servicio Histórico Militar.

*Este artículo fue publicado en nuestra Revista en febrero de 1960, **Ejército** Nº 241, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.*

Hasta 1808, Napoleón solo había tenido que luchar con los gobiernos y los ejércitos profesionales enemigos. Pero en España hubo de enfrentarse, por primera vez, con una «nación en armas». El mismo lo reconoció así, más tarde, al tratar de justificar su intervención en la Península. «*La nación —declaró en su destierro de Santa Elena— despreciaba a su gobierno y pedía a gritos una regeneración. Desde la altura a la cual me había elevado la suerte, creí digno de mí cumplir pacíficamente tan gran acontecimiento... (Pero los españoles) desdeñaron el interés para no ocuparse más que de la injuria; se indignaron con la idea de la ofensa, se sublevaron a la vista de la fuerza y todos corrieron a las armas. Los españoles en masa se condujeron como un hombre de honor*»¹.

Lo peor para él fue que la rebelión de España contra sus intentos «regeneradores» no constituyó un hecho aislado, sino que provocó, como una «reacción en cadena», el sucesivo levantamiento de otros pueblos europeos, decididos como el nuestro a sacudir el yugo que aquel pretendía imponer al Continente.

Por una singular ironía del destino, toda esta resistencia nacional contra el imperio napoleónico, heredero de la Revolución, se inspiró en el alzamiento en masa del pueblo francés contra la Europa coaligada en 1793: Efectivamente fue por esta época, cuando la idea de «nación», o «patria» alcanzó en el ánimo de las gentes la amplitud y substantividad que hoy día tiene. «*El patriotismo no surgió ciertamente en el siglo XVII —recuerda, a este propósito, el coronel francés Achard-James—, pero el amor a la patria se reducía hasta entonces a un sentimiento de nostalgia por la patria chica, salvo tal vez para una pequeña minoría de individuos de cada país. La Revolución Francesa despertó el patriotismo nacional. La invasión de*

las fronteras lejanas y la pérdida de cualquier provincia fueron hondamente sentidas desde entonces por toda la nación»². Como ya hemos señalado, esta conciencia de la solidaridad nacional impulsó a una gran parte de la población francesa a tomar las armas para repeler la invasión que amenazaba a su patria por todas las fronteras a la vez. Y, merced a tan generoso impulso, el peligro quedó totalmente conjurado en la primera mitad de 1794. La victoria de aquellos ejércitos improvisados, pero llenos de entusiasmo, causó honda impresión en los países enemigos, que se decidieron a imitar su ejemplo, cuando se volvieron las tornas. Pues la Francia revolucionaria no se limitó a defenderse, sino que se aprovechó de su superioridad militar circunstancial para adelantar sus fronteras hasta la línea del Rin y rodearse de un cinturón de estados satélites que le sirvieran de antemural.

El imperio napoleónico recibió como legado de la Revolución la misión de mantener estas conquistas frente a los sucesivos intentos reivindicatorios, que las potencias perjudicadas realizaron por incitación y con ayuda de Inglaterra. A causa de ello, se vio obligado a ampliar e intensificar cada vez más su dominio sobre el Continente, acabando así por suscitar en los países oprimidos movimientos patrióticos análogos, aunque de signo contrario, a los que se habían producido en Francia durante el periodo revolucionario.

Este despertar general del sentimiento patriótico, que coincide con las postrimerías del siglo XVIII y los primeros albores del XIX, constituye la manifes-

tación más visible de una nueva tendencia cultural opuesta a la que había prevalecido durante la época de la Ilustración. Se trata del Romanticismo, que contra el exagerado culto a la razón, característico de aquella época, defiende, por su parte, los derechos del sentimiento a determinar la conducta del individuo, y del «espíritu nacional», encarnado en la Historia o la tradición, a orientar la política de los estados. Atisbos románticos se advierten —como ya hicimos constar— en el mismo Rousseau, así como en el polemista inglés Edmundo Burke, acérrimo enemigo de la Revolución Francesa. Pero el precursor más sig-

Napoleón



nificado del romanticismo político ha sido el filósofo alemán Juan Godofredo Herder (1744-1803), introductor del concepto de *volksgeist* («alma popular» o «espíritu nacional»), en torno del cual se había de condensar más adelante, el movimiento en pro de la unidad germana.

Fernando VII. (Goya. Museo del Prado.)
(Madrid)



Sin embargo, en el terreno de los hechos, la primera resistencia nacional contra la dominación napoleónica surgió indiscutiblemente en España, donde —según reconocen los propios historiadores alemanes— «*el sentido religioso y el nacional estaban estrechamente unidos y la cerrazón geográfica del país había impreso en el pueblo un carácter propio y exclusivo*»⁴.

Efectivamente, tanto las circunstancias geográficas como las históricas de nuestro país habían contribuido a crear desde mucho tiempo atrás en el pueblo español una conciencia nacional más acusada y quisquillosa que la de los restantes pueblos europeos. El carácter destacadamente peninsular de nuestro territorio y su situación marginal en el extremo sudoccidental de Europa incitaban ya de por sí a los españoles a singularizarse frente a las demás naciones del Continente. Pero, además, el periodo más glorioso de nuestra historia se había desarrollado en abierta oposición a las tendencias políticas y religiosas (Renacimiento y Reforma) que prevalecían en la mayoría de aquellas. Vencido al fin en tal pugna, más por el peso de la fuerza que de la razón, nuestro pueblo se había relegado sobre sí mismo, orgulloso de sus pasadas hazañas y convencido todavía de la justicia de su causa; manteniéndose, por tanto, tenazmente, apegado a sus costumbres y tradiciones, y decididamente hostil a cualquier innovación que le llegara de fuera.

Nada importó, en efecto, que, tras el advenimiento de la dinastía borbónica, nuestros aristócratas e intelectuales se dejaran ganar por las ideas y modas que privaban más allá del Pirineo, y que nuestra política internacional se inspirara tan solo en las conveniencias dinásticas. Pues —como ya hemos advertido— la masa general de nuestro pueblo se hallaba en desacuerdo con sus clases dirigentes y secundaba con desgana unas empresas exteriores que le parecían ajenas al interés nacional. Únicamente con ocasión de la guerra contra la República francesa volvió a despertarse el entusiasmo de nuestro pueblo, porque en ella se ventilaban de nuevo nuestros antiguos ideales religiosos y políticos. Pero el resultado negativo de la lucha decepcionó a los españoles, que no tardaron, además, en sentirse desconcertados al ver que nuestro Gobierno se aliaba con nuestros recién-

tes adversarios, mantenedores de un régimen absolutamente incompatible con aquellos ideales. Desconcierto que se transformó bien pronto en hondo disgusto al comprobar los grandes sacrificios y humillaciones a que nos obligaba la alianza con un Estado que, aun bajo los oropeles del imperio, continuaba siendo considerado, con razón o sin razón, por la generalidad de nuestro pueblo como el instrumento de una revolución impía que pretendía extenderse a todos los países.

Centrada la responsabilidad de tan desastrosa política en el aborrecido favorito Godoy, el pueblo español recibió con alborozo la noticia de su caída y de la elevación al trono del nuevo rey Fernando VII, en el que se hallaban cifradas las esperanzas de una regeneración nacional que remediara en breve plazo los grandes males que aquejaban a la patria. Pero Napoleón malogró tales esperanzas con su pérfida emboscada de Bayona, dando así lugar a que la indignación popular se exteriorizase al fin en forma violenta, no solo contra los franceses, sino también contra las personalidades españolas acusadas de complicidad o consentimiento en aquella perfidia.

Nuestro levantamiento nacional puede así, con razón, calificarse de «espontáneo», porque respondió a un sentimiento sincero y a un propósito decidido de toda la nación. Pero esto no quiere decir que no fuera preparado y dirigido por la facción más activa e intransigente del bando fernandino, defraudada en sus aspiraciones por la injerencia de Napoleón en nuestra política interna. Sin tal preparación —de la que existen abundantes huellas y que puede considerarse, por tanto, como probada— resultarían inexplicables la casi simultaneidad del alzamiento (del 23 al 31 de mayo) en las provincias más distantes de España, y el procedimiento poco menos que uniforme usado en todas ellas: destitución de las antiguas autoridades, nombramiento de una junta y armamento del pueblo.

En su magistral obra *El 2 de Mayo de 1808 en Madrid*, el historiador Pérez de Guzmán nos da la clave de una coincidencia, al parecer tan milagrosa, al consignar cómo, después de aquel trascendental acontecimiento, «emisarios que intrépidamente burlaban la vigilancia suspicaz y despierta de las autoridades militares francesas, difundieron por las provincias, y, consecuentemente,

de unas a otras se fue propagando la insurrección. En algunos pueblos inmediatos a Madrid (entre ellos, se cita Móstoles) se hallaban preparados agentes encargados de promoverla y agitar el espíritu público...»⁴.

Resulta oportuno destacar aquí el evidente influjo del léxico revolucionario francés en los preparadores de nuestro alzamiento nacional, visible sobre todo en la proclama, que, por inspiración de don Juan Pérez Villamil —secretario del Almirantazgo y miembro de una junta delegada que se había acordado constituir para suplir en caso necesario a la Suprema del Gobierno nombrada por Fernando VII al ausentarse de España—, firmó el alcalde de Móstoles: «*La patria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid a salvarla!*»

No cabe dudar, sin embargo, del carácter marcadamente tradicionalista que en sus comienzos tuvo el levantamiento español, cuyos principales motivos determinantes fueron: la lealtad a la realeza legítima, el odio al invasor extranjero y la devoción a la Iglesia católica, que se suponía amenazada por los herederos de la Revolución. Aunque tal carácter resultara luego desvirtuado e, incluso, desmentido por una audaz minoría de intelectuales reformistas, que en casi todas las provincias logró ponerse a la cabeza del movimiento.

La amplitud y entraña popular del mismo sorprendieron al propio Napoleón, quien, al planear su intervención en España, no creyó tener que vencer otras resistencias que las que pudiera oponerle nuestro Ejército regular, diseminado intencionadamente, por orden suya, en pequeñas guarniciones, y cuyas deficiencias de organización, instrucción y armamento le eran de sobra conocidas. Pero no había previsto la eventualidad de un levantamiento en masa del pueblo español, al que juzgaba sumiso e indolente, puesto que había tolerado sin protestar tantos años de mal gobierno. Por eso, al recibir las primeras noticias de las sublevaciones que se producían en diversos puntos, las consideró como simples motines que podrían ser fácil y prontamente dominados y, fundándose en tal creencia, adoptó unas medidas represivas que no tardaron en mostrarse ineficaces.

En efecto, si el Ejército que había enviado a la Península podía estimarse suficiente para

afrontar, reunido o agrupado en grandes masas, los posibles ataques de las tropas regulares españolas, resultaba, en cambio, muy escaso para sofocar los distintos focos del alzamiento, que se iban multiplicando progresivamente en todas las direcciones de nuestro horizonte geográfico. Y al enviar expediciones de castigo en direcciones tan excéntricas, el Emperador desperdigó sus fuerzas en una porción de columnas de efectivos variables, pero, en general, insuficientes para alcanzar los objetivos propuestos. Todo lo cual contribuyó a que este intento de represión terminara en un fracaso rotundo, que culminó en el desastre de *Bailén* (19 de julio), donde, por primera vez, una fracción importante del Ejército imperial se veía obligada a capitular en camino abierto, ante fuerzas enemigas en su mayor parte improvisadas.

Y, por si fuera poco, los ingleses —que se habían apresurado a pactar con las juntas españolas insurrectas— desembarcaban en Portugal un pequeño Ejército mandado por sir Arthur Wellesley (el futuro lord Wellington), que obligó también a rendirse en Cintra (30 de agosto) al cuerpo de Junot, que había quedado en el vecino reino.

El efecto causado en Europa por aquellas sensacionales derrotas de un Ejército tenido hasta entonces por invencible, fue enorme. Y para restablecer su prestigio en el Continente, Napoleón tuvo que retirar de Alemania la mayor parte de su *Gran Ejército*, al frente del cual se dispuso a venir personalmente a España, donde las tropas francesas a las órdenes del rey José, se habían retirado a la línea del Ebro.

Poco antes de aventurarse tan lejos de su base habitual de operaciones, decidió entrevistarse en Erfurt (octubre de 1808) con el zar de Rusia, quien le prometió vigilar al imperio austríaco, a cambio de que se le autorizase a ocupar los principados danubianos de Moldavia y Valaquia.

Bajo el empuje de las fuerzas veteranas napoleónicas, los ejércitos que se les oponían fueron prontamente dispersados en una serie de batallas en que resplandeció de nuevo el dominio militar del Emperador, quien recuperó Madrid y restableció en el trono de nuestra patria a su hermano José. Pero Napoleón se vio obligado a interrumpir tan victoriosa campaña para atender a un nuevo levantamiento nacional contra sus

pretensiones de hegemonía europea, que se iniciaba esta vez en Austria y de cuyos antecedentes pasamos seguidamente a ocuparnos.

El imperio austríaco había sido profundamente humillado y sometido a grandes mutilaciones, en virtud de las paces de Campo Formio (1797), Luneville (1801) y Presburgo (1805), que le fueron sucesivamente impuestas por su constante vencedor Napoleón Bonaparte. Especialmente, y con ocasión de la última paz citada, el monarca austríaco se había visto obligado a renunciar al título de emperador de Alemania; perdiendo, por consiguiente, su antiguo influjo en este país, así como sus posesiones de Italia y el Tirol.

Todo ello provocó en la corte de Viena afañes de desquite que eran compartidos por una gran mayoría del pueblo austríaco, tradicionalmente adicto a la dinastía habsburguesa y cuyos sentimientos patrióticos habían sido espolcados por las afrentas sufridas durante las pasadas invasiones. A tales designios vindicatorios iban encaminadas las grandes reformas administrativas iniciadas después de aquella paz por el nuevo canciller imperial conde Stadion, y acompañadas de una completa reorganización del Ejército, efectuada bajo la dirección del archiduque Carlos, de acuerdo con el modelo napoleónico.

Todos estos preparativos se hallaban ya muy adelantados a mediados de 1808, cuando las primeras noticias de nuestro levantamiento nacional contra los franceses se difundieron por Alemania y suscitaron, tanto en Prusia como en Austria, el deseo de imitar nuestro ejemplo.

También en aquel país había iniciado el ministro barón von Stein grandes reformas que tendían a enlazar de un modo más íntimo los intereses del Estado con los de la nación, secundadas en el aspecto militar por los generales Scharnhorst y Gneisenau, decididos por su parte a organizar un Ejército prusiano verdaderamente nacional. El citado ministro dio muestras de su simpatía por nuestra patria en una carta dirigida al general ruso príncipe de Wittgenstein, concebida en los siguientes términos: «*Los sucesos de España han causado gran sensación y demuestran lo que puede hacer una nación a fuerza de valor...*»⁶. Pero esta carta imprudente fue interceptada por el servicio secreto napoleónico, y el Emperador exigió la destitución de von Stein a la que tuvo que

acceder el tímido Federico Guillermo III, malográndose así por entonces la intervención de Prusia en el proyectado alzamiento alemán.

Austria sin embargo, no desistió de su intento, y excitada secretamente por Talleyrand, que desde la entrevista de Erfurt, se había puesto al servicio de los enemigos de su patria, prosiguió con ritmo acelerado sus preparativos bélicos. Ya hemos visto cómo la noticia de tales preparativos, juntamente con informes imprecisos acerca de la conducta ambigua de Talleyrand, Fouché y Murat, obligaron a Napoleón a suspender en enero de 1809 la brillante campaña que se hallaba desarrollando en España.

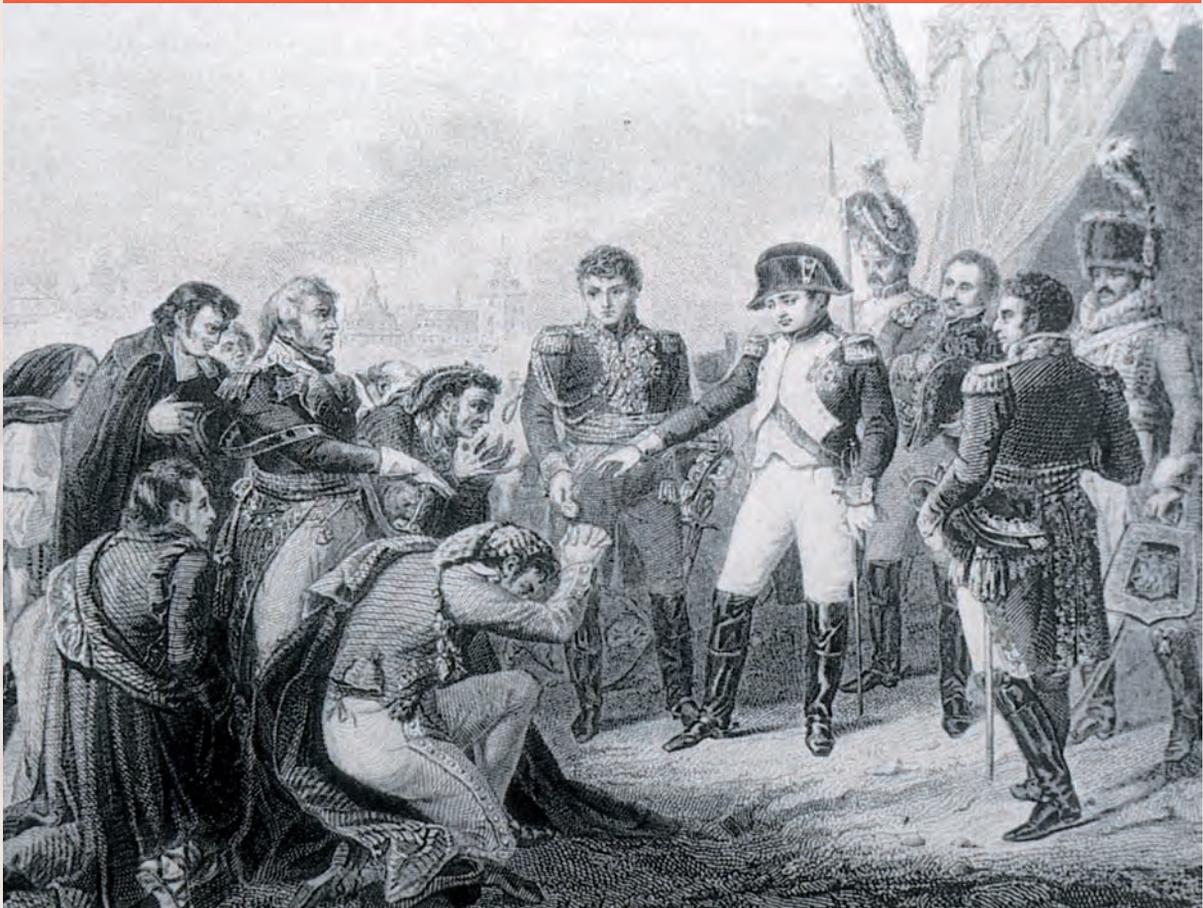
Para afrontar la nueva agresión que se preveía por parte de Austria, el César francés se vio obligado a retirar de la Península una parte importante de su *Gran Ejército*, lo que contribuyó a que la lucha en nuestro suelo se prolongase con

el consiguiente desgaste material y moral de las tropas invasoras.

El 8 de abril de 1809, y sin previa declaración de guerra, las fuerzas austriacas del archiduque Carlos invadían Baviera, aliada de Napoleón, y en un vibrante manifiesto se invitaba a todos los alemanes a unirse a ellas para liberarse del yugo extranjero a que se hallaban sometidos. «*Austria —se decía en aquel manifiesto— combate por la libertad de Europa, por la liberación de los alemanes, por la independencia de Italia. No reconoce por enemigo sino al que se olvide de que es alemán...*»⁶.

Pero este manifiesto solo encontró eco, por lo pronto, en el Tirolo, donde la población campesina, capitaneada por el posadero Andrés Hofer, inició una tenaz lucha de guerrillas contra los franceses y los bávaros, que no pudo ser sofocada totalmente hasta febrero de 1810.

Napoleón en Madrid



También, aunque con algún retraso, varios jefes militares prusianos se sublevaron con sus unidades contra la dominación napoleónica. De tales alzamientos, merece especial mención el del mayor Schill, que al frente de un regimiento de húsares recorrió en vano las regiones del norte de Alemania con la intención de sumar a su causa al pueblo, terminando por ser capturado y fusilado en Stralsund con sus principales colaboradores.

Mientras tanto, el Ejército del archiduque Carlos, después de algunos éxitos iniciales, fue acorralado por Napoleón en el gran codo que forma el Danubio cerca de Ratisbona, y aunque el generalísimo austriaco logró salvar la mayoría de sus tropas cruzando a la otra orilla, no pudo evitar que su adversario se le adelantase a ocupar Viena, y venciera la resistencia que el pueblo de la capital austriaca le opuso en los arrabales.

No con ello quedó terminada, sin embargo, la campaña, pues Napoleón tuvo que reñir todavía frente a Viena muy duras batallas con el Ejército del Archiduque, que logró rechazar a los franceses en Aspern (21 y 22 de mayo), aunque, en definitiva, resultara vencido en Wagram (5 y 6 de julio) por la superior estrategia de su genial enemigo.

Habiendo agotado Austria sus recursos militares y viéndose desasistida de los demás estados alemanes, con cuyo auxilio contaba, tuvo pues que resignarse a firmar el 14 de octubre de 1809 la *paz de Schönbrunn* que le privaba de la Galizia y de los puertos de Trieste y Fiume, obligándose también a reducir su ejército a 50.000 hombres.

Pero la victoria de Napoleón había resultado esta vez más difícil y costosa que de costumbre, porque había tenido que luchar, lo mismo que en nuestra patria, contra un pueblo en armas, que no solo había puesto en juego importantes contingentes de tropas, sino que había procurado hostilizar a los invasores por todos los medios a su alcance.

La derrota de los austríacos bastó, sin embargo, para hacer desistir temporalmente a los demás pueblos alemanes de todo intento de rebeldía.

Y, de este modo, Napoleón quedó de nuevo libre para realizar un esfuerzo decisivo que terminara con la resistencia española. A tal fin, el Emperador francés envió a la Península importantes refuerzos que elevaron el efectivo de sus tropas aquí empeñadas a 300.000 hombres. Pero no se decidió a volver a nuestro país para tomar el mando conjunto de tales tropas.

Y el plan de operaciones que había concebido para expulsar de Portugal a las fuerzas de lord Wellington quedó malogrado, en definitiva, por la falta de coordinación de los dos ejércitos que, bajo el mando respectivo de los mariscales Massena y Soult, habían de ejecutarlo.

El Ejército del primero fue detenido, como ya se sabe, ante las líneas de Torres Vedras y, después de varios intentos fallidos de romperlas o desbordarlas, hubo de evacuar, en la primavera de 1811, el vecino reino.

A partir de entonces, por lo general, los franceses tuvieron que limitarse en nuestra patria, a defender lo conquistado, pues Napoleón no pudo



Federico Guillermo III de Prusia

enviar ya a la Península nuevos refuerzos, en vista de la actitud hostil que a su política continental iba adoptando Rusia, y que no tardaría en conducir a una franca ruptura. Esta se produjo, en efecto, como una nueva consecuencia del *bloqueo continental* decretado por Napoleón, única medida que a juicio del emperador francés podría obligar a Inglaterra a concertar la paz. Sabido es que, en virtud del tratado de Tilsit, Rusia se había comprometido a secundar aquella política, a cambio de la libertad de acción que se le concedía en todos los países del oriente europeo.

El imperio moscovita había conseguido, de este modo, grandes ventajas territoriales, anexiándose Finlandia, la Besarabia y una parte de la Galitzia austríaca. Pero el zar Alejandro no se daba todavía por contento, pues aspiraba a posesionarse de Constantinopla y del Gran Ducado de Varsovia, que Napoleón no se hallaba dispuesto a conceder. Por otra parte, los grandes terratenientes rusos se sentían gravemente perjudicados por el *bloqueo continental*, que les impedía exportar a Inglaterra el trigo, la madera y el cáñamo que se cosechaban en sus extensas propiedades, y cuya venta les producía pingües beneficios. Y, finalmente, el alto clero ortodoxo había desaprobado siempre la alianza con el emperador francés, a quien consideraba como una personificación del anticristo.

Influido por todos estos motivos y por los sucesivos fracasos que experimentaban las tropas francesas en su intento de domeñar a nuestra patria, el zar Alejandro empezó en 1810 a aproximarse a Inglaterra y a tomar medidas hostiles contra el imperio napoleónico; medidas que culminaron en el decreto de 31 de diciembre del mismo año por el que se abrían los puertos del Báltico al comercio inglés y se establecían, en cambio, tarifas prohibitivas para la entrada en Rusia de mercancías francesas.

A partir de entonces, las relaciones entre ambos poderosos imperios se enfriaron notablemente, iniciándose por una y otra parte grandes preparativos militares que tendían, por el momento, más bien a intimidar que a realizar una agresión, de cuyo éxito ninguno de los adversarios en potencia podía estar de antemano seguro.

En 1811, la cuestión se agrió aun más, con motivo de la anexión por parte de Francia del

Gran Ducado de Oldenburgo, regentado por un cuñado del zar Alejandro. Y como, mientras tanto, Napoleón iba concentrando cada vez más fuerzas en Alemania, el Zar le dirigió el 20 de abril de 1812 un ultimátum conminándole a no rebasar con aquellas fuerzas la línea del Elba. Pero el emperador francés no atendió tal exigencia, y el Zar rompió las relaciones diplomáticas con él.

No se había llegado todavía, sin embargo, a una declaración de guerra formal, y Napoleón esperaba que la mera presencia a orillas del Niemen del impresionante Ejército que había logrado reunir, bastaría para convencer a Alejandro de la necesidad de llegar a un nuevo acuerdo. Pero no sucedió así, y el César francés se vio obligado a pasar a vías de hecho, ordenando a sus tropas cruzar el Elba el 23 de junio. Con ello se iniciaba la campaña de Rusia, que había de resultar fatal para el destino del imperio napoleónico.

Se han exagerado mucho las fuerzas con que el Emperador entró en Rusia. Verdad es que entre Königsberg y Lemberg (distantes entre sí unos 600, kilómetros, en línea recta) había desplegado aquel unos 500.000 hombres antes de empezar las hostilidades. Pero a sus órdenes directas solo operaban unos 300.000; dos tercios de los cuales eran franceses, y los demás pertenecían a distintas naciones aliadas del imperio napoleónico (bávaros, sajones, wurtembergueses, polacos, italianos, croatas, dálmatas e, incluso españoles, reclutados a la fuerza en nuestra península). Y al norte y sur de esta masa principal, operaban otras dos de menor importancia, de las que formaban parte contingentes prusianos y austríacos, mal dispuestos a secundar las operaciones de su antiguo enemigo.

Napoleón se proponía tan solo infligir al Ejército moscovita una nueva derrota, que como la de Friedland, inclinara al Zar a reanudar las relaciones amistosas entre los dos imperios. Pero el generalísimo ruso Barclay de Tolly puso en ejecución el llamado «plan escita», consistente en retirarse sin combatir al interior del país, evacuando e incendiando las poblaciones y destruyendo a su paso todos los recursos que pudieran servir al enemigo. Este plan, inspirado en el que Wellington había adoptado no hacía mucho en Portugal frente al avance de Massena, logró

arrastrar a Napoleón mucho más adentro del territorio enemigo de lo que, en principio, se había propuesto, en el vano intento de forzar a las fuerzas rusas a librar batalla. Pero cuando, al fin, el nuevo jefe de dichas fuerzas, general Kutusof, se decidió a hacerle frente en Borodino (a unos 125 kilómetros de Moscú), el Ejército napoleónico se había ya debilitado demasiado para que la difícil y sangrienta victoria que alcanzó resultara decisiva.

Cierto es que aquella victoria permitió a Napoleón entrar en Moscú (14 de septiembre), pero la ciudad santa de Rusia fue también evacuada e incendiada por orden de su gobernador, conde Rostopchin, y Napoleón no pudo encontrar en ella el albergue y los víveres que sus tropas necesitaban. Por lo cual, después de esperar inútilmente que Alejandro contestase a sus insistentes ofertas de paz, el emperador francés se vio obligado a emprender el 19 de octubre de 1812 aquella desastrosa retirada en que la mayoría de su Ejército pereció por efecto del frío, el hambre, la fatiga y los continuos ataques de las fuerzas regulares e irregulares del enemigo.

De este modo, hubo de enfrentarse también en Rusia con un levantamiento nacional, pero este distó mucho de ser tan general y espontáneo como el de nuestro pueblo. En efecto, el imperio moscovita de entonces, como la URSS posteriormente, constituía un mosaico de nacionalidades muy diversas, entre las que no existía otro vínculo de unión que la obediencia al Zar, cuya autoridad era ilimitada tanto en lo político como en lo religioso.

Por otra parte, la cultura de aquel imperio semiasiático no se encontraba todavía suficientemente desarrollada para que en ella germinasen los sentimientos patrióticos. La mayor parte de la población se hallaba sumida en la superstición y la ignorancia, y únicamente una reducida minoría de la alta nobleza participaba del movimiento cultural europeo. Pero, aun esta minoría, que había coqueteado antaño con las tendencias racionalistas inspiradoras de la Revolución Francesa, se había declarado luego resueltamente hostil a ellas, al ver amenazados por dicha revolución sus intereses, privilegios y creencias. Y, de este modo, la alta nobleza rusa, que compartía con el alto clero ortodoxo la aspiración mesiánica de redimir al mundo de la

incredulidad⁷, fue la que verdaderamente promovió y fomentó la resistencia de su pueblo contra Napoleón.

Una verdadera burguesía no existía aún en Rusia, y la gran masa de los campesinos, sometidos todavía a completa servidumbre, fue arrastrada a la lucha, bajo el influjo del fanatismo o de la coacción. Aun los mismos historiadores soviéticos reconocen que el emperador francés habría podido ganar para su causa una buena parte del pueblo ruso, si se hubiese decidido a decretar la emancipación de los siervos. Pero Napoleón, que estaba muy lejos de ser un demagogo, no se resolvió a adoptar tal medida, que algunos le aconsejaban, porque sus propósitos al emprender la campaña se reducían a obligar al zar Alejandro a restablecer la antigua alianza franco-rusa, sin pretender destruir ni mucho menos conquistar su imperio.

La intervención del pueblo ruso en la lucha se redujo, pues, durante el avance napoleónico, a la mera resistencia pasiva, evacuando e incendiando sus aldeas, y destruyendo todos los recursos que pudieran servir al invasor, de acuerdo con las órdenes de la autoridad zarista; y, durante la retirada enemiga, a la persecución y exterminio de los rezagados, encomendada a banda; de guerrilleros o «partisanos» dirigidas por oficiales profesionales⁸.

La campaña de Napoleón en Rusia y su catastrófico desenlace influyeron de una manera decisiva en la lucha que, mientras tanto, se desarrollaba en nuestro suelo. En efecto, con vistas a aquella campaña, el emperador francés había tenido que retirar de España importantes y selectos contingentes de sus tropas, favoreciendo así el éxito de la vigorosa ofensiva emprendida en 1812 por lord Wellington, que culminó en la sensacional victoria de Los Arapiles (22 de julio), y que obligó, en definitiva a la evacuación de Andalucía por parte de los franceses, como prólogo de su total abandono de la Península, que había de producirse un año más tarde.

Poco días antes de aquella gloriosa jornada habían firmado, en Veliki Luki, los representantes de nuestra Regencia, un tratado de alianza con el zar de Rusia, quien no había de tardar en dar muestras de su aprecio a España, repatriando a la Península, bien armados y equipados, a los numerosos desertores españoles del Ejército

napoleónico, que, pasaron a constituir el famoso Regimiento Imperial Alejandro.

El desastre de Napoleón en Rusia decidió por fin a los distintos pueblos alemanes a levantarse en armas para sacudirse el yugo a que el emperador francés los tenía sometidos. La iniciativa de tal rebelión partió esta vez de Prusia, que ocupada y vigilada desde 1807 por fuertes guarniciones francesas, no se había atrevido a secundar el alzamiento austríaco de 1809, e incluso se vio obligada a poner a disposición del tirano de Europa un cuerpo de ejército que, al mando del general Yorck de Wartenburg, había figurado en la extrema izquierda del despliegue napoleónico contra los rusos.

Ahora bien, este cuerpo prusiano, al enterarse de la derrota francesa, se apresuró a concertar con las tropas moscovitas a su frente el *armisticio de Tauroggen* (30 de diciembre de 1812), por el cual se comprometía a mantenerse neutral en las sucesivas operaciones. Seguidamente, el ba-

rón von Stein, que se había refugiado en la corte de Rusia y actuaba como consejero del Zar se trasladó a Königsberg donde al amparo de las tropas de Yorck, convocó los estamentos de la Prusia oriental y levantó al pueblo de esta provincia contra los franceses.

El rey Federico Guillermo III, que se hallaba en Berlín, fuertemente guarnecido por tropas napoleónicas, había desautorizado al principio la conducta del general Yorck, pero, al tener noticia del alzamiento de la Prusia oriental, se trasladó a Breslau con el pretexto de reunir fuerzas para sofocar la insurrección. En la capital de Silesia, no tardó así en concentrarse lo más florido del Ejército prusiano a las órdenes de generales tan prestigiosos como Scharnhorst, Gneisenau y Blücher, y, sintiéndose con ello seguro, el rey de Prusia firmó en Kalich, el 28 de febrero de 1813, un *pacto de alianza* con el zar Alejandro, en el que ambos soberanos se comprometían a unir sus fuerzas en pro de la liberación de Alemania.

General Kutusof en su Puesto de Mando. (A. Kirchenko)



A esta alianza se adhirió inmediatamente el príncipe heredero de Suecia, Bernadotte, antiguo mariscal francés, que regentaba por entonces la corona de dicho reino. Inglaterra se apresuró, por su parte, a facilitar a la nueva coalición el apoyo económico que necesitaba.

El 17 de marzo, el rey de Prusia publicaba una vibrante proclama, titulada «A mi pueblo» en que declaraba formalmente la guerra a Napoleón, e incitaba a todos sus súbditos a la lucha en defensa de su condición de «prusianos» y «alemanes», de su libertad, honor e independencia. Y el zar Alejandro hizo también declaraciones semejantes, titulándose libertador de los pueblos oprimidos por el despotismo napoleónico y prometiendo restaurar la independencia e integridad del imperio germánico sobre nuevas bases.

El alzamiento prusiano fue promovido así indudablemente, por una minoría selecta de intelectuales y funcionarios que se hallaba animada del fervoroso espíritu nacional que caracteriza al Romanticismo. Pero hay que reconocer también que la llamada de esta minoría encontró un amplio y entusiasta eco en todas las clases sociales del país y de los demás pueblos alemanes por

donde sucesivamente, se fue extendiendo la insurrección.

Esta amplia resonancia popular del alzamiento prusiano se revela en la gran cantidad de voluntarios que acudieron a nutrir las filas del Ejército regular, y de la *landwehr* (guardia nacional) y *landsturm*, (milicia territorial), creadas como complemento del mismo; así como de los «cuerpos francos», integrados por individuos de todas las regiones de Alemania, que combatieron a favor de Prusia en concepto de tropas auxiliares.

Pero el principal instrumento de la liberación de Alemania, donde todas estas iniciativas encontraron un cauce de disciplina que les permitió servir con eficacia al fin propuesto, fue, sin disputa, el Ejército regular prusiano, reorganizado con características verdaderamente nacionales por Scharnhorst y Gneisenau, a base del servicio militar obligatorio, sin distinciones ni exenciones injustificadas. Ya es sabido, en efecto, que ambos generales lograron compensar la limitación de efectivos (43.000 hombres) impuesta por Napoleón a dicho Ejército, haciendo pasar sucesivamente por las filas para recibir instrucción durante un corto período de tiempo, a todos los

Retirada de Rusia. (Ivón. Palacio de las Tullerías. París)



jóvenes del país aptos para tomar las armas. Y, de esta manera, al cabo de unos años pudo disponer Prusia de una cantidad de hombres instruidos militarmente, muy superior a la que había calculado el emperador francés.

Este no se dejó, sin embargo, amilanar por tantas adversidades, sino que, sacando fuerzas de flaqueza, organizó pronto un nuevo Ejército a base de jóvenes reclutas, encuadrados por los escasos oficiales y soldados veteranos que aún le quedaban, y se apresuró a atacar con él a las tropas aliadas, que ya habían rebasado en Alemania las líneas del Elba y el Saale, obteniendo como resultado de su vigorosa ofensiva las rotundas victorias de Lützen (2 de mayo) y Bautzen (20 y 21 de igual mes), que no pudo, sin embargo, explotar a fondo debido a su escasez de caballería como resultado de las considerables pérdidas de ganado sufridas en Rusia.

De todos modos, Napoleón había conseguido alcanzar la línea del Oder y se hallaba, por tanto, en excelentes condiciones de proseguir la campaña. Pero cometió el error de aceptar el armisticio de Pleisswitz (4 de junio), que le ofrecieron sus enemigos, contando con que, su suegro, el emperador de Austria, que se había prestado a servir de mediador entre una y otra parte contendiente, le ayudase a conseguir unas favorables condiciones de paz. En realidad, dicho emperador —impulsado por su pueblo que deseaba resarcirse de las pérdidas territoriales experimentadas durante las pasadas campañas— estaba dispuesto a unirse a los adversarios de su yerno, con los que concertó en 27 de junio, el *tratado secreto de Reichenbach* por el que se comprometía a declarar la guerra a Francia, en el caso de que los representantes de esta nación no aceptaran unas proposiciones de paz que se sabían de antemano inadmisibles.

Batalla de Leipzig. (Otto Gruger. Museo de Frankfurt). (Alemania).



En tales condiciones, el congreso que se reunió en Praga, del 5 de julio al 10 de agosto, para discutir tales proposiciones, constituyó una pura comedia por parte de los aliados, que solo trataban de ganar tiempo para reforzar sus ejércitos y completar sus preparativos de guerra. Y así, cuando Napoleón, contra toda esperanza se decidió a aceptar las duras condiciones que se le imponían, no sin ciertos reparos, se le contestó que ya no era tiempo de discutir, y su suegro, el emperador austríaco, le declaró la guerra (12 de agosto), reanudándose, por tanto, las hostilidades en circunstancias difícilísimas para los franceses, cuyas fuerzas se veían rodeadas en el centro de Alemania por tres grandes ejércitos (el de Bohemia, el de Silesia y el del Norte) que, en total, duplicaban los efectivos de que aquel disponía.

Napoleón se defendió, sin embargo, durante algún tiempo, desarrollando una habilísima maniobra por líneas interiores, que le proporcionó, entre otros éxitos de menor importancia, la brillante victoria de Dresde (26 y 27 de agosto). Pero, al fin, se vio acorralado en Leipzig por las tres grandes masas enemigas, con las que libró, del 17 al 19 de octubre, la batalla más gigantesca de la época, en el curso de la cual, los contingentes

sajones y wurtembergueses que combatían en sus filas, se pasaron al bando adversario. A pesar de todo, el Ejército francés logró abrirse paso hasta las fronteras de su país, después de derrotar en Hanau (30 de octubre) al Ejército bávaro, que también volvió sus armas contra sus antiguos aliados. Todos los pueblos alemanes se incorporaban así, en definitiva, a la lucha por la liberación de su patria común, que podía darse prácticamente por terminada al finalizar el año 1813.

Mientras tanto, en España, los acontecimientos habían tomado un sesgo aun más desfavorable para la causa francesa. Con el fin de hacer frente a la poderosa coalición que contra su imperio se había formado en el centro de Europa, Napoleón se había visto obligado a retirar de la Península sus mejores tropas, con lo cual, el Ejército francés que permanecía en nuestro suelo quedó reducido a poco más de 100.000 hombres, que en su mayor parte guarnecían las provincias de Castilla la Vieja, en un dispositivo escalonado que tendía a proteger las comunicaciones esenciales con su patria.

Lord Wellington, que actuaba como generalísimo de las tropas coaligadas anglo-hispano-lusitanas, disponía a su vez de unos 200.000 hombres, y, aprovechándose de tal superioridad, decidió realizar un esfuerzo definitivo para expulsar a los franceses de la Península. A tal fin concibió un plan que tendía a desbordar constantemente el ala derecha del enemigo, amenazando así su línea de retirada.

Con arreglo a dicho plan, se inició a fines de mayo de 1813, la ofensiva aliada en España, que alcanzó desde el primer momento el éxito más lisonjero. Pues, ante el creciente peligro que se dibujaba sobre sus comunicaciones con Francia, el Ejército napoleónico, que capitaneaba el rey José, se apresuró a replegarse a la línea del Ebro. Pero lord Wellington no dio tiempo al enemigo de afirmarse en dicha línea, que fue desbordada por el curso alto del río. Con lo cual, las tropas del rey José se vieron atacadas en Vitoria (21 de junio) por fuerzas aliadas muy superiores en número, que les ocasionaron una completa derrota y les obligaron a cruzar en desorden la frontera.

La guerra en España quedó así decidida a mediados de 1813, y las noticias del desastre

experimentado en nuestro suelo por las tropas napoleónicas, influyeron no poco en la actitud intransigente mantenida por los representantes aliados en *el congreso de Praga*.

Al terminar aquel año infausto para las armas francesas, el territorio de esta nación volvía a verse amenazado, como en 1793, por todas sus fronteras. Comprendiéndolo así, Napoleón pretendió asegurarse al menos la neutralidad de nuestra patria, concertando con Fernando VII *el convenio de Valençay* (11 de diciembre de 1813), en virtud del cual dicho príncipe quedaba restaurado en el trono de España, comprometiéndose, en cambio, a hacer la paz con Francia, a no perseguir a los afrancesados y a pagar una pensión a los reyes padres.

Pero este convenio no fue ratificado por la Regencia española, alegando que todos los compromisos contraídos por nuestro monarca durante su detención en el vecino país, debían considerarse nulos por presumirse la falta de libertad con que aquel había actuado.

La guerra continuó, pues, durante algunos meses, en la frontera pirenaica, interviniendo algunas unidades de nuestro Ejército en la invasión del mediodía de Francia, efectuada a comienzos del nuevo año por las tropas de lord Wellington. Finalmente, Napoleón se resolvió a devolver la libertad a Fernando VII, sin condiciones de ninguna clase. Y el joven monarca cruzó, el 24 de marzo de 1814, la frontera española, siendo recibido a orillas del Fluviá por las fuerzas que mandaba el general Copons.

Nuestra llamada Guerra de la Independencia había terminado. Pero las discordias que casi inmediatamente surgieron entre los españoles, no tardarían en malograr los frutos de tan heroica lucha.

NOTAS

¹ Las Cases. *Memorial de Santa Elena*. Edición española. Iberia, Barcelona, 1944, Tomo II, p. 557.

² «Du combat singulier à la guerre totale». *Revue de Défense Nationale*, Février, 1952, p. 130.

³ Schnabel, Franz. *La época de Napoleón. Historia Universal* dirigida por Walter Gotees. Espasa-Calpe, Tomo VII, Madrid, 1931, p. 180).

⁴ Pérez de Guzmán. *El 2 de Mayo de 1808 en Madrid*. Excmo Ayuntamiento de Madrid. Madrid, 1903, p. 504. Obra editada con ocasión

del primer centenario de aquella gloriosa jornada (impresa en los talleres da Rivadeneyra).

⁵ Según el texto citado por Madelin, Louis. «*La Tragédie Espagnole (1808-1809)*», en *Revue des Deux Mondes*, 10 de mayo de 1942, p 31.

⁶ Según el texto citado por Las Cases en su *Memorial de Santa Elena*. op. cit., Tomo II, p. 941.

⁷ Esta aspiración se basaba en la tesis de la «tercera Roma», formulada en el siglo XVI por el monje Philoteos, según la cual, Moscú se hallaba destinada a convertirse en la única depositaria de la verdadera fe y en la capital del mundo entero, como heredera religiosa y política de Bizancio, la «segunda Roma». Véase Tkologriwof, Iván de. *Metafísica del Bolchevismo*. EPE-SA. Madrid, 1946. p 13.

⁸ El historiador soviético Eugen Tarlé, que se ha ocupado especialmente de este tema, fluctúa mucho al enjuiciar la resistencia del campesino ruso contra la invasión napoleónica. En una primera obra titulada simplemente *Napoleón* (5ª edición italiana, Milán. 1958) tiende a restar mérito y eficacia a dicha resistencia. Pero en otra posterior, que lleva por título *Napoleón en Rusia* (1ª edición alemana, Zurich. 1944),

cambia radicalmente de criterio. La explicación de tal disparidad de juicios se debe a las diferentes circunstancias en que ambas obras fueron escritas. La primera apareció en lengua rusa, en una época en que los historiadores soviéticos se atenían todavía a consignas internacionalistas y se inclinaban a menospreciar a la población rural bajo el influjo de la lucha contra los *kulaks* (campesinos enriquecidos). La segunda se escribió, en cambio, cuando Stalin —a la vista de la guerra mundial que se aproximaba— consideró necesario fomentar los sentimientos patrióticos del pueblo ruso, exaltando las hazañas realizadas por sus antepasados. Acerca del particular véanse los interesantes trabajos de Calvo Serer, Rafael. «España y la caída de Napoleón», *Arbor*, núm. 14, pp. 215 a 258; y Jover Zamora, José María. «La Guerra de la Independencia española en el marco de las guerras europeas de liberación», en *La Guerra de la Independencia española y los sitios de Zaragoza*. VI Curso de Conferencias, cátedra General Palafox de Cultura Militar de la Universidad de Zaragoza, pp. 41 a 165. ■

Fernando VII cruza el río Fluvía



LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA

EN EL MARCO DE LA HISTORIA EUROPEA DE SU ÉPOCA (III). RESULTADOS

Juan Priego López. Coronel. DEM. Servicio Histórico Militar.

Este artículo fue publicado en nuestra Revista en abril de 1960, Ejército N° 243, por lo que todas las menciones a la actualidad, se refieren a ese momento.

Pese a los alardes de estrategia realizados por Napoleón a principios de 1814 contra los diversos ejércitos aliados que habían invadido Francia, la superioridad numérica aplastante de sus enemigos acabó al fin por imponerse, y el caudillo, traicionado por sus mariscales, se vio obligado a abdicar el 6 de abril, en Fontainebleau, la corona imperial para sí y sus herederos, concediéndosele en compensación la soberanía de la isla de Elba. En el trono francés fue restaurada, por imposición de los vencedores, la dinastía borbónica en la persona de Luis XVIII, hermano del desgraciado Luis XVI.

Pero la restauración de tal dinastía no significó, ni mucho menos, un retroceso al tipo de monarquía patrimonial que regía en aquel país antes de 1789, ya que Luis XVIII hubo de otorgar una carta constitucional a su pueblo y transigir con el nuevo orden social y político establecido

por la Revolución y consolidado por el régimen imperial. Y algo muy semejante ocurrió en los demás países de Europa.

En efecto, «para vencer a Napoleón habíanse reunido dos tendencias, en realidad, opuestas: una, hacia la, libertad burguesa y la independencia nacional, hacia la prosecución de lo que había empezado con la revolución francesa, y había sido desviado a la mitad del camino por Napoleón; y la otra, encaminada al restablecimiento de la situación prerrevolucionaria, de la política de gabinete, de un régimen patriarcal, de un despotismo ilustrado o románticocristiano. Por de pronto, esta segunda tendencia, la tendencia reaccionaria, pareció sacar el mayor provecho de los esfuerzos comunes. En tal sentido llámase con razón a esta época la época, de la restauración. Pero la corriente revolucionaria y liberal no estaba completamente vencida; seguía discutiendo en las profundidades de la opinión, y a veces resurgía en la superficie. En el fondo los tres decenios que van de 1815 a 1848 representan la gran lucha entre la revolución y la reac-

ción, entre el principio liberal y el principio legitimista; y en esa lucha, la victoria va inclinándose poco a poco, sobre todo desde la revolución de julio de 1830, del lado de la libertad»¹.

Pero en ningún país resultó tal lucha tan áspera y enconada como en España, por los motivos que seguidamente pasamos a exponer.

Como ya hemos señalado, el alzamiento español contra Napoleón revistió en sus orígenes un carácter marcadamente tradicionalista, en defensa de la religión católica, de la independencia nacional y de la dinastía legítima. La generalidad de nuestro pueblo abominaba del régimen de favoritismo practicado por Godoy y deseaba evitar que una situación análoga pudiera repetirse en el futuro, mas sólo una exigua minoría de intelectuales, contagiados del morbo revolucionario francés, estimaba para ello necesario reformar a fondo nuestras seculares instituciones.

En el ambiente de confusión y desorden producido por el alzamiento, aquella minoría logró infiltrarse en las diferentes juntas provinciales que se constituyeron para encauzarlo, y adquirió dentro de ellas y de la Junta Suprema Central Gubernativa del Reino, que se organizó posteriormente, una influencia desproporcionada a su importancia numérica.

Trasladada la Junta Central a Sevilla, a consecuencia del rápido avance de Napoleón sobre Madrid en diciembre de 1808, no tardaron los elementos reformistas en exigir la inmediata convocatoria de Cortes para decidir sobre el futuro político de la nación; tarea que no resultaba apremiante ni oportuna en aquellos momentos, en que se precisaba atender preferentemente a las necesidades

de la guerra, rechazando una invasión que ponía en peligro nuestra propia supervivencia nacional. Sin embargo, la citada Junta accedió a tales exigencias, restableciendo por Decreto de 22 de mayo de 1809, «la representación legal y conocida de la Monarquía en sus antiguas Cortes», que serían convocadas en el curso del siguiente año, o antes, en el caso de que las circunstancias lo permitiesen. Una comisión designada al efecto se encargó de preparar tal convocatoria, que fue señalada para el primero de enero de 1810; habiendo de reunirse los convocados el primero de marzo siguiente. A propuesta de Jovellanos se convino en que, de acuerdo con nuestros usos tradicionales, la convocatoria se hiciese por brazos o estamentos (nobleza, clero y estado llano), cuyos representantes respectivos se dividirían en dos cámaras: aristocrática, la una, y popular, la otra.



Adios de Fontainebleau

La invasión de Andalucía por los franceses, a principios de 1810, obligó a la Junta Central a refugiarse en Cádiz, donde el 29 de enero del citado año hubo de reasignar el mando en una regencia de cinco miembros, presidida por el obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo y Quintano, y de la que formaron parte con él: D. Francisco Saavedra, el general Castaños, D. Antonio Escaño y D. Miguel de Lardizábal, este último en representación de las provincias americanas. Como misión primordial, se asignó a la Regencia la celebración de las anunciadas Cortes, «si las circunstancias lo permitían».

En realidad, tales circunstancias no podían ser menos propicias al indicado objeto. La invasión francesa en España alcanzaba por entonces su

pleamar y casi toda nuestra Península, con excepción de algunos territorios marginales, se hallaba ocupada por los invasores. A pesar de la escasez de recursos de que disponía, la Regencia se esforzó en hacer frente a una situación poco menos que desesperada, reforzando y reorganizando en lo posible nuestros maltrechos ejércitos. Resulta, por tanto, excusable que

nuestro órgano supremo de gobierno se mostrase poco diligente en cumplir su compromiso de reunir las Cortes. Pero los elementos reformistas que, como obedeciendo a una consigna, se habían ido concentrando en Cádiz, antepusieron sus prejuicios ideológicos a las necesidades de la defensa nacional y no dudaron en agitar a la plebe gaditana para conseguir que se dictara el

Monumento a las Cortes de Cádiz



Decreto del 18 de junio de 1810, ordenando que se efectuaran inmediatamente las elecciones que aún faltaban, con el fin de que la representación nacional pudiera reunirse en el curso del próximo mes de agosto. A pesar de lo que anteriormente se había acordado, la convocatoria se hizo con carácter general, y no por brazos, y para una sola cámara, en vez de dos. Por otra parte, como la mayoría de nuestras provincias se hallaban en poder del enemigo y no podían elegir libremente sus representantes, se convino en designarles suplentes entre las personas capacitadas para el cargo que se hallaban en Cádiz, y análoga solución se adoptó para nombrar a los representantes de nuestros dominios de Ultramar. Con lo cual, la generalidad de tales suplencias vino a recaer en los simpatizantes de las doctrinas liberales, que alcanzaron así en las citadas Cortes una preponderancia, que contrastaba con el escaso influjo que por entonces ejercían en la totalidad de la nación.

El 24 de septiembre se reunió, por fin, en el teatro de la Isla de León (hoy, San Fernando) aquella histórica asamblea, en la que al lado de personajes de buena fe, que deseaban sinceramente mejorar las instituciones de nuestra patria, figuraban otros (desgraciadamente más numerosos) que solo aspiraban al triunfo de sus ideales políticos o de sus ambiciones personales. No tardaron así en manifestarse los propósitos decididamente innovadores que animaban a la mayoría de los allí reunidos, concre-

tados en el decreto que se aprobó a propuesta de D. Diego Muñoz Torrero, declarando que la soberanía nacional residía en las Cortes, a las cuales correspondería el poder legislativo, reservándose únicamente a la Regencia, la misión de ejecutar las decisiones de aquellas. Invitados seguidamente los regentes a prestar juramento ante las Cortes, lo hicieron todos ellos, con excepción del obispo de Orense que presentó la dimisión por no hallarse dispuesto a aceptar el principio de la soberanía nacional, atentatorio de la autoridad del monarca. El 28 de octubre fue nombrada una nueva Regencia –integrada tan solo por tres miembros: los señores Blake, Agar y Ciscar– que, mediatizada constantemente por las Cortes, no pudo afrontar con desenvoltura la grave situación que por entonces atravesaba nuestra patria. Y el 15 de noviembre se aprobó el célebre Decreto de Libertad de Imprenta, durante cuya discusión se dividieron francamente los asambleístas en dos bandos inconciliables: el de los *tradicionalistas*², que sin negarse por completo a toda reforma pretendían que esta se inspirase siempre en nuestra tradición política; y el de los *liberales*, decididos a transformar sustancialmente nuestras instituciones tradicionales de acuerdo con los principios de la Revolución Francesa.

Este último bando abusó de la mayoría que por los procedimientos ya indicados había logrado asegurarse en las Cortes, para imponer sus doctrinas, sin atender a las protestas de la oposición que eran frecuentemente ahogadas por la gritería de la chusma subvencionada que a, manera de «claque», ocupaba la tribuna pública.

En tales condiciones fue discutido y aprobado el «sabio código» que había de asegurar la felicidad de los españoles, la llamada *Constitución de 1812*, por haber sido promulgada el 19 de marzo de dicho año. Aunque en el preámbulo de la misma pretendían sus autores haberse inspirado en las antiguas leyes y tradiciones de la Monarquía española, lo cierto es que su obra no era sino un fiel remedo de la Constitución francesa de 1791; según lo reconoció en el pasado siglo el prohombre liberal marqués de Miraflores y lo demostró posteriormente el padre Vélez cotejando artículo por artículo ambas constituciones³. Y de este modo, las mismas doctrinas revolucionarias contra cuya importación desde el vecino país se ha-

bía levantado el pueblo español, le eran impuestas ahora solapadamente por una audaz minoría que, encastillada en su cómodo refugio de Cádiz, se desinteresaba de nuestra heroica lucha contra el invasor y se volvía de espaldas al verdadero sentir del país.

Las ansias reformistas de los legisladores de Cádiz no quedaron todavía satisfechas con aquel engendro constitucional, sino que siguieron adoptando medidas demoledoras de nuestras instituciones tradicionales políticas y religiosas que, como la supresión del *Voto de Santiago* y del *Tribunal del Santo Oficio*, acentuaron aun más el descontento que contra su labor iba cundiendo entre la opinión nacional. Descontento que se manifestó de manera harto elocuente cuando, expulsados los invasores de nuestro territorio, pudieron celebrarse en toda España, el 29 de septiembre de 1813, las primeras elecciones para Cortes ordinarias, en las que los elementos tradicionalistas obtuvieron una señalada victoria sobre los liberales⁴.

Tal era el estado de la cuestión cuando regresó a España Fernando VII, a fines de marzo de 1814. La obra legislativa de las Cortes de Cádiz no solo se hallaba en contradicción con la opinión de la mayoría de los españoles, sino con las tendencias europeas del momento, que, como ya hemos adelantado, aspiraban a restablecer en todo el Continente el orden perturbado por la Revolución Francesa y las guerras por ella suscitadas, si bien tuvieran que transigir en muchas cuestiones con los hechos consumados. Pero hasta la misma Francia liberal hubo de contentarse, por lo pronto, con una *carta otorgada* mientras que nuestros legisladores de Cádiz pretendían con notoria inoportunidad, seguir las huellas de los revolucionarios galos de 1789. En tales condiciones nuestra patria constituía un foco aislado de perturbación, que las potencias que acababan de abatir el poderío napoleónico, no habrían permitido que subsistiera, aunque nuestro monarca restaurado lo hubiera consentido.

Por otra parte, las Cortes habían decretado que el Rey no sería reconocido como tal, mientras no jurase la Constitución, y regularon sus desplazamientos señalándole un itinerario determinado que habría de recorrer antes de su entrada en Madrid. Tales cortapisas no podían ser del

agrado de un monarca tan celoso de su autoridad como era Fernando VII, el cual, desde que pisó tierra española, pudo darse cuenta de que el ambiente nacional no era favorable a las innovaciones políticas, introducidas por los legisladores de Cádiz. En diversos puntos de su recorrido, las autoridades y el pueblo le incitaban a derogar la Constitución. Y en Valencia recibió un manifiesto suscrito por 69 diputados de las Cortes, a cuya cabeza figuraba D. Bernardo Mozo de Rosales —...conceptuado como principal inspirador y redactor del mismo—, en que se declaraban partidarios de una monarquía absoluta en su esencia, pero moderada en su ejercicio; proponiendo, por consiguiente, al monarca, la convocatoria de nuevas Cortes, con sujeción a los métodos tradicionales, para que establecieran remedios contra el despotismo ministerial y los defectos de la administración de justicia; repar-

tieran equitativamente las cargas tributarias; garantizaran la libertad y seguridad de las personas, y velaran por el cumplimiento de las leyes dictadas por los reyes con las Cortes. Este manifiesto, denominado *de los persas*, porque se iniciaba con la frase: «*Era costumbre entre los antiguos persas ...*», y considerado hoy por algunos autores⁵ como verdadero germen de la doctrina tradicionalista española, sirvió a Fernando VII de fundamento para dictar en la capital valenciana su Decreto de 4 de mayo de 1814, por el que se anulaba toda la obra de las Cortes de Cádiz y se restablecía la monarquía absoluta, prometiendo convocar nuevas Cortes que establecerían sólida y legítimamente cuanto conviniera al bien de sus reinos.

Tal decreto, publicado y ejecutado en Madrid el 11 de mayo, fue recibido con general aplauso por la opinión española, que como ya hemos dicho abominaba del excesivo e inoportuno afán reformista del bando liberal.

Aclamación a Fernando VII en la Plaza Mayor de Madrid



Se desaprovechó entonces - observa Menéndez y Pelayo - una magnífica ocasión «*de consolidar en España un excelente, o a lo menos tolerable, sistema político, restaurando de un modo discreto lo mejor de las antiguas leyes, franquicias y libertades patrias, enmendando todo lo digno de reforma, y aprovechando los positivos adelantos de otras naciones*»⁶.

Pero el «deseado» monarca olvidó muy pronto su promesa de convocar nuevas Cortes, e inauguró un régimen de despotismo y arbitrariedad, que le hizo muy pronto impopular, aun entre los que habían sido hasta entonces sus más fieles partidarios. De tal descontento intentaron aprovecharse los liberales para recuperar el poder, urdiendo sucesivas conspiraciones militares, que iban minando progresivamente el tradicional espíritu de lealtad y disciplina de nuestras Fuerzas Armadas.

Se iniciaba así la triste era de nuestras discordias civiles.

Absortos por las cuestiones de política interna, nuestros gobernantes de la época no supieron orientar debidamente nuestra política exterior, clave fundamental de toda nación digna de este nombre. Ni tampoco existía en el pueblo un estado de opinión definido respecto a tales problemas.

Bien es verdad que, al producirse nuestro glorioso levantamiento contra Napoleón, las diferentes juntas provinciales se apresuraron a enviar a Inglaterra delegados que recabaran los auxilios de dicha nación en la formidable lucha que acabábamos de entablar contra su mortal enemigo. Fruto de estas gestiones, fue la declaración inglesa de 4 de julio de 1808, por la que el Gobierno de este país concedía su apoyo a los españoles sublevados y ordenaba el cese de las hostilidades que hasta entonces había mantenido con nuestra patria. El primer representante británico en España fue Mr. Charles Stuart, cuya principal misión por el momento fue la de procurar la constitución de un Gobierno único y generalmente obedecido, con el cual pudiera concertar Inglaterra un tratado formal de paz y amistad.

Constituida al fin la Junta Central, el Gobierno británico designó como su ministro plenipotenciario cerca de nuestra nación a Mr. Hookham Frere a cuyas gestiones se debió la conclusión del tratado definitivo de paz y amistad que se firmó en Londres el 14 de enero de 1809, entre el secretario inglés del *Foreign Office*, Mr. Canning y nuestro representante en aquella capital D. Juan Ruiz de Apodaca, por el cual ambas naciones se comprometían a ayudarse mutuamente contra los franceses y a no entablar con ellos negociaciones de paz, más que de común acuerdo. Pero, en las circunstancias por que atravesaba nuestra patria, tal convenio no pudo ajustarse en pie de igualdad y la necesidad en que nos hallábamos del auxilio inglés, nos obligó a conceder a nuestros aliados onerosas ventajas comerciales y a tolerar intromisiones en nuestra política interior y exterior que nos sometían de hecho a la tutela británica. Por otra parte, el auxilio de esta nación distaba mucho de ser generoso y desinteresado, pues tendía más bien a debilitar el poderío napoleónico que a liberar nuestro suelo del

Duque de Wellington



yugo enemigo y de los horrores de la guerra. A tal fin las instrucciones que se dieron a sir Arthur Wellesley (el futuro Lord Wellington) cuando, en abril de 1809, fue designado definitivamente jefe supremo de las fuerzas británicas en la Península, consistían en mantener por encima de todo su base de operaciones de Portugal y no comprometer en ningún caso tales fuerzas en socorro de las nuestras, si en ello advertía algún peligro para la seguridad de las mismas.

Sin embargo, más adelante y cuando la suerte de las armas pareció inclinarse definitivamente a favor de los aliados (a partir del fracaso de Massena en Torres Vedras), pretendió Wellington en diversas ocasiones, apoyado por su hermano el marqués de Wellesley, nuevo representante de su país cerca de nuestro Gobierno, que los generales españoles aceptaran su mando en jefe; consiguiéndolo, al fin, en 1813, con vistas a la campaña final.

Aparte de Inglaterra, nuestra patria mantuvo durante su guerra por la independencia relacio-

Pedro Gomez Labrador. Representante de España en el Congreso de Viena.
Vicente López



nes amistosas con los demás aliados de aquella nación. Ante todo con Portugal, con cuya nación ajustamos el convenio de 29 de septiembre de 1810, regulando el servicio militar de los súbditos de cada país residentes en el territorio del otro; y más adelante con Rusia (tratado de Veliki Luki, a que ya nos hemos referido) y Suecia (tratado de Estocolmo de 19 de marzo de 1813), sin que de ninguno de tales acuerdos se derivasen ventajas sustanciales para nuestra patria.

Del 5 de febrero al 19 de marzo de 1814, mientras se desarrollaba la campaña de Francia, tuvo lugar en *Châtillon* un congreso entre los representantes de las potencias aliadas (Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia) y los de Napoleón con objeto de llegar a una paz entre los dos bandos contendientes. Nuestros gobernantes de entonces eran contrarios a esa paz, pues deseaban a toda costa que el Emperador francés fuera derrocado de su trono. Por tal motivo, la Regencia española propuso al embajador inglés, Henry Wellesley, la prórroga y ampliación del tratado de alianza que con la Gran Bretaña teníamos

concertado, para proseguir la guerra contra Napoleón, aunque las demás potencias llegaran con él a una avenencia, comprometiéndose, en cambio, a no renovar el *pacto de familia* en el caso de que se restaurara en Francia la dinastía Borbón. Pero, fracasadas las negociaciones de Châtillon por no resignarse el emperador francés a que su país quedase reducido a las fronteras de 1792, el tratado propuesto por nuestra Regencia quedaba sin objeto. Sin embargo, el Gobierno inglés lo consideraba ventajoso porque en él hipotecábamos nuestro porvenir político sin exigir a cambio ninguna contrapartida: decidiendo, en vista de ello, continuar las negociaciones para ultimarlas, y el tratado se hallaba listo para la firma, cuando Fernando VII derrocó la Constitución y se erigió en monarca absoluto. Tanto Fernando como sus nuevos ministros se resistían a firmar aquel compromiso contraído por el Gobierno liberal que acababa de ser destituido y que no tenía ya para nosotros ningún valor; pero ante el temor de disgustar a tan poderoso aliado, se decidieron a sancionarlo en 5 de julio de 1814, aunque con el propósito de eludir en lo posible el cumplimiento de lo pactado.

Mientras tanto, las cuatro grandes potencias aliadas habían firmado el *tratado de Chaumont* (primero de marzo de 1814), comprometiéndose no solo a unir sus esfuerzos para el derrocamiento definitivo del imperio napoleónico, sino a concertar la paz de acuerdo con ciertas cláusulas secretas que habían de asegurar el equilibrio y la tranquilidad de Europa. Logrado el primer objetivo, con la abdicación de Napoleón en Fontainebleau y ajustadas las paces con Luis XVIII por el *tratado de París de 30 de mayo de 1814*, al que fueron invitados a adherirse los aliados «menores» —entre los que se contaba España—, se convino que en el término de dos meses todas las naciones que hubieran tomado parte en la guerra, enviaran plenipotenciarios a Viena, donde se reuniría un *Congreso General* que determinaría los arreglos territoriales que habrían de efectuarse en el Continente para alcanzar el segundo objetivo propuesto por los firmantes del acuerdo de Chaumont. Ahora bien, por un artículo secreto del tratado de paz de París, anteriormente aludido, la iniciativa de las discusiones del Congreso y el reparto de los territorios disponibles quedaban reservados a las

cuatro grandes potencias aliadas, lo que reducía de antemano a los plenipotenciarios de las demás naciones al papel deslucido de comparsas.

Puede preguntarse aquí de nuevo: ¿por qué nuestra nación, que había contribuido de manera tan decisiva al derrocamiento del coloso napoleónico, se veía reducida a tan ruin papel en el momento en que se trataba de repartir el botín de la victoria? Sin perjuicio de ocuparnos en otro lugar con el detenimiento que merece, de tan importante cuestión, podemos adelantar desde ahora, provisionalmente, que al mismo tiempo que las protestas de nuestro pueblo acreditaban ante el mundo nuestras virtudes raciales, la incapacidad de nuestras clases gobernantes para organizar debidamente nuestro esfuerzo bélico y las disensiones internas que tan inoportunamente se pusieron de manifiesto, nos desprestigiaban como entidad política. Ya es sabido, además, que en el terreno internacional, donde todavía no existe una instancia suprema, ningún derecho consigue prevalecer, si no puede respaldarse con la fuerza. Y nuestra nación, que durante el siglo XVIII había sido todavía una «potencia», ya no lo era a comienzos del siglo XIX, y menos aun después de nuestra Guerra de la Independencia de la que salíamos sin Marina y con un Ejército desorganizado y mal equipado, con nuestros campos devastados y nuestro Tesoro exhausto.

Por otra parte, como ya hemos dicho, ni en nuestros gobernantes ni en nuestro pueblo existía una clara orientación sobre política internacional. Hacía tiempo que los españoles habían renunciado a desempeñar un papel importante en el mundo y pretendían vivir al margen del mismo, dedicados únicamente a resolver sus problemas internos. Por ello no existían ambiciones territoriales en nuestro pueblo, pero, al menos, deberíamos de haber aspirado a conservar lo que todavía nos quedaba y a que se nos devolviesen los trozos de nuestro propio territorio que injusta y traidoramente se nos habían arrebatado. Ahí estaba Gibraltar, cuya devolución no se le ocurrió a ningún español influyente de entonces reclamar a Inglaterra, en compensación de la decisiva ayuda que le habíamos prestado en la lucha contra su mortal enemigo. Ahí estaban también nuestros dominios americanos, conquistados y civilizados con nuestro esfuerzo, que todavía ha-

brían podido conservarse si además de atender a las legítimas reclamaciones de los naturales de los mismos, se hubiera conseguido de nuestros «amigos» ingleses que dejaran de atizar la rebeldía de aquellos. Pero tampoco se hizo ninguna gestión seria en tal sentido.

Todo el programa internacional del Gobierno español, al regreso de Fernando VII, se reducía a servir los intereses dinásticos, logrando que los Borbones españoles de Nápoles y de Parma recobraran sus respectivos dominios, que les habían sido arrebatados por la política imperialista de Napoleón. Y a tal propósito se orientaban las instrucciones que se dieron a nuestro plenipotenciario D. Pedro Gómez Labrador, comisionado para firmar nuestra adhesión al tratado de paz de París y para asistir al congreso de Viena⁷.

El tratado de paz con Francia fue firmado el 20 de julio de 1814 por Labrador y Talleyrand, que habiendo actuado de ministro de Asuntos Exteriores con Napoleón, no sintió el menor es-

Talleyrand. (Museo Carnavalet. París)



crúpulo en desempeñar el mismo cargo con Luis XVIII. En dicho tratado se contenía una cláusula secreta, en virtud de la cual el nuevo monarca francés se comprometía a emplear sus buenos oficios para que en el próximo congreso, los príncipes de la rama española de la casa de Borbón obtuvieran la restitución de sus antiguos dominios de Italia. Dicha cláusula venía a constituir una renovación disimulada de los antiguos «pactos de familia», contraviniendo así lo acordado en el reciente tratado de alianza con Inglaterra.

Labrador llegó a Viena el 17 de septiembre de 1814 y se entrevistó el 19 con Metternich, quien le prometió que nuestra patria sería admitida a las discusiones. Pero a los pocos días, los representantes de Austria, Rusia, Inglaterra y Prusia redactaban un protocolo, en virtud del cual se reservaban la distribución de los territorios conquistados, y únicamente cuando se hubieran re-

suelto las cuestiones de Polonia, Alemania e Italia, los representantes de Francia y España serían llamados a tomar parte en la conferencia.

Sin embargo, las cuatro grandes potencias citadas no llegaron a ponerse de acuerdo sobre dichas cuestiones, y de tales desavenencias se aprovechó Talleyrand para hacerse admitir a sus deliberaciones y constituirse en árbitro de las mismas; mientras que nuestro representante Labrador solo pasó a formar parte de la comisión encargada de resolver los asuntos relativos a los países europeos del Mediodía.

Las divergencias a que antes hemos aludido, giraban principalmente en torno de las cuestiones de Polonia y de Sajonia. Rusia pretendía anexionarse todo el territorio de aquel país, permitiendo a Prusia, como compensación, la anexión de Sajonia, cuyo rey quedaría desposeído de sus dominios en castigo del apoyo que había

Retorno de Napoleón desde Elba



prestado a Napoleón. Austria se oponía a tales anexiones, que constituían una amenaza para su seguridad, e Inglaterra secundaba tal oposición en nombre del equilibrio europeo que con ellas quedaría gravemente comprometido. Talleyrand supo maniobrar hábilmente entre uno y otro bando adhiriéndose finalmente al segundo, con el cual los intereses de Francia se hallaban más acordes. Y se llegó así, el 3 de enero de 1815, a un tratado secreto de alianza entre Francia, Inglaterra y Austria, por el cual cada una de estas potencias se comprometía a poner en campaña 150.000 hombres, en el caso de que se produjera un rompimiento de hostilidades con Rusia y Prusia. Amenazaba así una nueva guerra entre los antiguos aliados, cuando en el mes de febrero siguiente, se llegó a un acuerdo, consistente en que Rusia se anexionara Polonia, con excepción de la Galitzia, que pasó a Austria, y el ducado de Posen, que se incorporó a Prusia. El reino de Sajonia subsistía, pero su parte septentrional era cedida a los prusianos que, además, recibían la Westfalia y la Renania, en compensación del resto de aquel reino, que se les había prometido.

Mientras se concertaban estos arreglos territoriales debidos principalmente al genio diplomático de Talleyrand, la gestión de nuestro plenipotenciario Gómez Labrador tropezaba con extraordinarias dificultades, porque las instrucciones que recibía de nuestro Gobierno le impedían decidirse francamente por ninguno de los dos bandos en que el Congreso se hallaba dividido. En efecto, nuestra alianza con Inglaterra y los compromisos secretos contraídos con Francia debieran habernos inclinado del lado del bando que podríamos llamar occidental. Pero, al mismo tiempo, Labrador tenía orden de mantenerse en amistosas relaciones con el zar de Rusia, por hallarse entonces tramitando nuestra corte la boda de Fernando VII con la gran duquesa Ana, hermana del autócrata ruso, de quien se esperaba favoreciese nuestras reivindicaciones en Italia. Mas estas esperanzas resultaron fallidas, porque aquella boda no llegó a realizarse, y el emperador Alejandro se constituyó en celoso campeón de los derechos de la archiduquesa María Luisa, ex Emperatriz de los franceses, a quien se habían cedido los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla por el tratado de Fontainebleau de 11 de abril de 1814. En cuanto al reino

de Etruria, lo reclamaba con mayor derecho el antiguo gran duque de Toscana, hermano del emperador de Austria. Y en el reino de Nápoles, se hallaba decidido Metternich a conservar a Murat, que se había unido a los aliados durante la campaña de 1814.

Así las cosas, el 7 de marzo de 1815 se supo en Viena que Napoleón había escapado de la isla de Elba y desembarcado en Francia, donde el pueblo y el Ejército, descontentos de la política reaccionaria iniciada por los Borbones restaurados, le habían acogido con entusiasmo, elevándole de nuevo al solio imperial. La noticia sirvió para que las potencias aliadas olvidaran sus divergencias y restablecieran su unidad. Y aunque el César francés procuró tranquilizarlas con sinceros ofrecimientos de paz, la guerra comenzó de nuevo siendo definitivamente derrotado en Waterloo (18 de junio de 1815), y recluido después, hasta su muerte, en la isla de Santa Elena.

Tales acontecimientos favorecieron la causa de los Borbones de Nápoles, pues Murat cometi6 la imprudencia de declararse en favor de su cuñado y los aliados le desposeyeron de su trono, restaurando en él al antiguo rey Fernando IV, tío de nuestro monarca. En cambio, la hermana de este, la Infanta María Luisa que había sido duquesa de Parma y reina de Etruria, se vio desairada en sus pretensiones de recuperar sus antiguos dominios, ofreciéndosele en compensación el pequeño ducado de Luca, con una pensión anual de 500.000 francos. Por lo cual, España se negó a firmar el acta final del congreso de Viena (8 de junio de 1815).

En virtud de dicha acta, Inglaterra redondeaba su ya extenso imperio colonial con la posesión de Malta, Ceilán y la Colonia del Cabo, y el protectorado sobre las Islas Jónicas. Austria se incorporaba definitivamente la Galitzia y el Reino Lombardo-Véneto, ejerciendo, además, de hecho, la hegemonía sobre el resto de la península italiana. Prusia se anexionaba la Posnanla y parte de Sajonia; adquiriendo también una decisiva influencia en la Alemania occidental por la posesión de los amplios y ricos territorios de Westfalia y Renania. Rusia lograba establecer una peligrosa cuña hacia la Europa central con la posesión del Gran Ducado de Varsovia; adjudicándose, además, en el Norte, Finlandia, y, en el Sur, la Besarabia. Suecia era compensada de la

pérdida de Finlandia con el reino de Noruega, perteneciente hasta entonces a la casa real de Dinamarca. Y, en cambio, España, no solo quedaba desatendida en sus reclamaciones, sino que era invitada a devolver a Portugal la plaza de Olivenza.

Tampoco se logró por entonces la unidad alemana, debido a la rivalidad existente entre Austria y Prusia; pero se creó una *Confederación Germánica*, de la que pasaron a formar parte 35 estados soberanos y cuatro ciudades libres, que enviarían sus representantes a una *Dieta Federal*, establecida en Francfort, para la defensa de los intereses comunes.

En Francia volvió a ser restaurado el rey Luis XVIII, pero el país fue castigado por el apoyo prestado a Napoleón durante los «Cien Días», con la pérdida de la Alta Saboya y de varias plazas fronterizas, así como con el pago de una crecida indemnización de guerra, según se estipulaba en el nuevo tratado de paz que se firmó en París en 20 de noviembre de 1815, y al que también España rehusó adherirse, porque en su artículo XI se confirmaba el acta final del congreso de Viena.

Nuestro Gobierno continuó, sin embargo, intrigiendo en las cortes extranjeras en favor de los derechos de la infanta María Luisa; logrando, al fin, por mediación del zar de Rusia y de lord Wellington, que a la muerte de su homónima, la emperatriz de Francia, los estados de Parma fueran heredados por el hijo de aquella Carlos Luis, en lugar de serlo por el desdichado «rey de Roma», hijo de Napoleón. Este tratado de sucesión de Parma fue firmado el 10 de junio de 1817, con lo cual, España no tuvo ya inconveniente en adherirse a los tratados de Viena y de París, anteriormente mencionados.

Mientras todos los esfuerzos de nuestra diplomacia se malgastaban en defender intereses particulares de la dinastía borbónica, que en nada beneficiaban a España, se dejaban perder nuestros dominios en el continente americano sin agotar los recursos políticos y militares que todavía nos hubiesen permitido conservarlos.

Hasta 1810, y pese a la labor subrepticia de algunos agitadores que se tradujo en algunos chispazos aislados sin trascendencia, los dominios españoles de Ultramar se habían mostrado solidarios con nuestra causa nacional y habían

contribuido con cuantiosos donativos a la lucha contra el invasor francés. Pero al conocerse en América la casi total conquista de Andalucía por los invasores y la disolución de la Junta Central, se constituyeron, primero en Caracas y después en Buenos Aires, Santa Fe de Bogotá, Quito y Santiago de Chile, juntas locales que, so pretexto de conservar los derechos de Fernando VII, rompieron los vínculos que ligaban aquellos territorios con la metrópoli y sirvieron de cauce a los propósitos de emancipación, que en gran parte del elemento criollo venía germinando desde hacia tiempo; mientras, en Méjico; el cura Hidalgo sublevaba a los indios, no solo contra los españoles, sino contra los criollos acomodados. No faltaron, sin embargo, entre los naturales de aquellos países y los peninsulares allí residentes, quienes se opusieron al movimiento insurreccional, iniciándose así, desde California hasta el cabo de Hornos, una porfiada guerra civil, entre independientes y realistas, en la que estos últimos, sin ayuda apreciable de la metrópoli, habían conseguido hacia 1814 importantes victorias, sofocando casi totalmente los intentos secesionistas en Méjico y el Perú, y reconquistando los territorios de Venezuela y Chile.

Terminada nuestra Guerra de Independencia, el Gobierno español organizó una expedición integrada por 10.500 soldados veteranos que, a las órdenes del general D. Pablo Morillo, partió en 1815 para la América del Sur, reconquistando fácilmente la isla Margarita y el territorio de Nueva Granada (hoy Colombia). Y, por el mismo tiempo, el General Pezuela obtenía sobre los rebeldes del territorio del Plata la contundente victoria de Sipe-Sipe, por efecto de la cual inició la junta de Buenos Aires negociaciones para someterse a la metrópoli, sin que se lograra un acuerdo.

No obstante, la situación, en su conjunto, ofrecía entonces un cariz bastante favorable para España, y es muy posible que la insurrección hubiera quedado totalmente sofocada en breve plazo, mediante el envío de nuevos refuerzos que consolidaran nuestros triunfos militares y la concesión de oportunas reformas administrativas que satisficieran las legítimas aspiraciones de los criollos.

Pero el restablecimiento de nuestra autoridad en los territorios reconquistados no fue seguido

de una labor pacificadora que aquietara los espíritus, sino de una inoportuna represión, guiada, más bien, por la venganza que por la justicia; con lo cual, la insurrección no tardó en reanudarse con mayores bríos. Las fuerzas que se organizaban en Cádiz para una nueva expedición con destino al Plata, se sublevaron en 1820, a las órdenes de Riego y Quiroga, para restablecer la Constitución de 1812⁸, y las sucesivas luchas que se iniciaron en nuestra patria entre liberales y absolutistas impidieron que las tropas españolas que luchaban en América recibieran los oportunos refuerzos, mientras que Inglaterra y los Estados Unidos ayudaban a los rebeldes con copiosos envíos de hombres, dinero y armamento.

De esta manera, nuestro dilatado imperio ultramarino entró en una fase de rápida y franca liquidación. La República Argentina se declaró independiente en 1816; Chile se perdió definitivamente en 1818; Nueva Granada, en 1819; Méjico y Venezuela, en 1821; la América Central, en 1823; Perú, en 1824, y Bolivia, en 1825.

Tales fueron las nefastas consecuencias de nuestra discordia civil, suscitada tan extemporáneamente durante la lucha contra el imperio napoleónico.

NOTAS

¹ Luckwaldt, Friedrich. *La época de la Restauración, Historia Universal* dirigida por Walter Goettes. Espasa Calpe, Madrid, 1931, tomo VII, pp 409-410.

² Motejados de *serviles* por sus adversarios.

³ Véase Suárez Verdeguer, Federico. «Génesis del liberalismo político español». *Arbor*, núm. 21, mayo-junio 1947, p. 360.

⁴ Así lo reconoce el conde de Toreno en su famosa obra *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Librería Europea de Baudry, París, 1838, tomo III, pp. 284-285.

⁵ Véase la ponencia de Suárez Verdeguer, Federico. «Las tendencias políticas durante la Guerra de la Independencia». *II Congreso de la Guerra de la Independencia y su Época*, Institución Fernando el Católico de la Diputación Provincial de Zaragoza, 1959, p. 10.

⁶ Menéndez Pelayo, Marcelino. *Historia de los heterodoxos españoles*. Edición ordenada y dirigida por don Manuel Artigas, tomo VII, Madrid, 1932, p 99.

General Riego. (Biblioteca Nacional. Madrid)



⁷ Sobre todos estos puntos, nos atenemos a la obra del marqués de Villa Urrutia. *España en el Congreso de Viena, según la correspondencia oficial de D. Pedro Gómez Labrador, Marqués de Labrador*. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 3ª época, tomos XV, XVI y XVII, Madrid, 1906-1907.

⁸ La influencia de la masonería americana en la sublevación de Riego, y, por lo tanto, la traición de este, se halla hoy perfectamente probada, merced a la publicación de una carta dirigida por el entonces general argentino don Juan Martín de Pueyrredón a Mr. Everett, ministro de los Estados Unidos en España. Dicha carta se halla incluida en el tomo IV, pp. 278, 279 y 280, del *Archivo de Pueyrredón*, editado en Buenos Aires en 1912. ■

Grandes Autores del Arte Militar

Juan Priego López



El coronel de Infantería, diplomado del Servicio de Estado Mayor, Juan Priego, es uno de nuestros más ilustres y brillantes historiadores de finales del siglo XX. Sin lugar a dudas, su obra más destacada y por la que es conocido en los ambientes intelectuales e históricos es la *Historia de la Guerra de Independencia 1808-1814*, pero hemos de afirmar que no es su única aportación intelectual a la Historia de España.

Nacido en Madrid el 1 de febrero de 1896 y fallecido en dicha ciudad el 29 de febrero de 1996, cursó el bachillerato en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza de San Isidro, ingresó más tarde en la Academia de Infantería de Toledo, y posteriormente en la Escuela Superior de Guerra, donde obtuvo el Diploma de Estado Mayor; también se licenció en Derecho por la Universidad Central, especializándose posteriormente en estudios de Historia Militar. Entre sus condecoraciones citamos la placa de la Real y Militar Orden

de San Hermenegildo y la Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco.

Reintegrado tras la Guerra Civil al servicio en febrero de 1940, su trayectoria militar había quedado suspendida como la de muchos otros militares en 1931, fue destinado al Servicio Histórico Militar (SHM) donde se reencontró con su vocación de escritor e investigador de Historia Militar, centrándose en principio en la recogida y clasificación de la documentación de la zona republicana procedente del Centro de Recuperación de Documentos de Salamanca.

En 1943, en el empleo de teniente coronel, fue nombrado para dirigir la ponencia *Historia de la Guerra de Liberación Española* cuyo tomo I se tituló *Antecedentes*, con dos ediciones, la 1ª de 1946 y la segunda de 1972. Continuó con su investigación, siendo su fruto más importante el estudio sobre el papel de las brigadas internacionales en la guerra, así como el apoyo internacional, especialmente de la Unión Soviética, al bando republicano, cuyo resultado fue el tomo II titulado *Del Alzamiento a la Guerra Civil*. Después de una corta etapa en la Dirección del Centro de Estudios Marroquíes en Tetuán, en mayo de 1952 es destinado de nuevo al Servicio Histórico Militar en el empleo de coronel. Auxiliado por el Coronel Martínez Bande, llevó a cabo el tomo III de la *Historia de la Guerra* que se tituló *Marcha sobre Madrid*. Este trabajo nunca salió del SHM.

En el SHM y reconocidos sus trabajos de Historia y en especial sobre la guerra de Napoleón en España publicados desde 1936 hasta 1947, participa en el congreso que sobre el tema se celebra en Zaragoza. Movido por su interés de investigador, ya claramente centrado en la Guerra de la Independencia, publica una síntesis históri-

ca sobre ella, que fue destinada a texto de los alumnos de escuelas y academias militares.

Desde principios del siglo XX hasta mediados del mismo no había habido un estudio español suficientemente amplio y actual sobre los acontecimientos vividos como consecuencia de la invasión napoleónica en España, ya que desde que, en 1914, escribiera Gómez de Arteche su *Historia de la Guerra de la Independencia*, en 14 volúmenes, no se había acometido ninguna actualización.

Para contestar, desde el punto de vista español, a los textos editados en el mundo sobre la guerra napoleónica en España, especialmente de Napier, Oman y Grasset, se creó en el Servicio Histórico una ponencia sobre el tema titulada: Guerra de la Independencia, que fue definitivamente aprobada en 1960 y el coronel Priego nombrado su presidente.

En principio, se decidió redactar el trabajo en siete volúmenes. El plan de la obra lo constituyen los siguientes tomos publicados: I año 1966, II año 1972, III año 1974, IV año 1977, V año 1981, el VI en dos volúmenes. Su avanzada edad hizo en su momento que la obra fuera continuada por su hijo, el teniente coronel Priego Fernández del Campo, que acometió la tarea de publicar el resto de los trabajos: el tomo VII en tres volúmenes, un VIII en dos volúmenes y un IX de *Apéndices*. El coronel Priego también fue colaborador de la revista *Ejército* donde publicó un buen número de artículos.

A lo largo y ancho de su obra, el autor trata - en palabras del coronel e historiador Gárate, memoria viva de los últimos años del SHM- «de replantear con objetividad y documentación, el tono pasional de las obras que, hasta hoy existían, haciendo un examen minucioso y científico de la organización, los hechos y los personajes; se estudia por primera vez con sentido crítico a las fuerzas francesas, contrastando opiniones, noticias y documentos, aportados por ingleses, franceses y españoles y ello solo podría llevarse a cabo con un criterio científico como el demostrado con su maestría, por el coronel historiador Priego».

En su obra, de gran rigor histórico, el coronel Priego pone de manifiesto con una detallada investigación, que para Napoleón la guerra en España tuvo importantes repercusiones en el es-

fuerzo de sus actividades bélicas. Lo que era un aparente paseo militar se transformó en un atolladero que absorbía unos contingentes elevados, precisos para su campaña contra Rusia. Además tuvo consecuencias favorables para el nacimiento del sentimiento de la conciencia de defensa de la soberanía nacional que los españoles, desde ese momento, experimentaron.

La guerra había adquirido unas características distintas y obligaba a estudiarla como un tipo de conflicto radicalmente nuevo. Las guerras del Antiguo Régimen eran libradas por ejércitos pequeños y profesionales y solían concluir con la ocupación de una plaza o pequeñas modificaciones territoriales, y no con la liquidación del adversario. A partir de las guerras napoleónicas aparecen los Ejércitos nacionales, la guerra de masas, el hombre como elemento de la acción, la nueva logística y lo que se ha venido en llamar la estrategia operativa, y, por último, el enfrentamiento en los campos de batalla de mayores dimensiones que llevaba consigo la eliminación física del contrario.

En todo momento el coronel Priego fue crítico con los acontecimientos y con sus protagonistas, dándole a la guerra también el apelativo de ideológica. Su análisis incansable de aquella guerra en lo militar y lo político es reconocido hasta hoy tanto por historiadores españoles como internacionales. En los congresos sobre el tema, nuestro autor aparece como uno de los fundamentales para entender los acontecimientos ocurridos entre 1808 y 1814.

De su obra destacamos los siguientes títulos:

- *Cómo fue la Guerra de la Independencia*, 1936.
- *Historia Militar Contemporánea*, 1944.
- *Historia Oficial de la Guerra Civil Española*, 1945.
- *Síntesis Político-Militar*, 1947.
- *Pedro Navarro y sus Empresas Africanas*, 1953.
- *Literatura Militar Española y Universal*, 1955.
- *Historia de la Guerra de la Independencia*, de 1966 al 2003.

Pedro Ramírez Verdún.
Coronel. Infantería. DEM.

Cine Bélico

ORGULLO Y PASIÓN

Cary Grant es un oficial de la Armada británica que desembarca en España durante las guerras napoleónicas para impedir que caiga en manos francesas el mayor cañón del mundo. Quiere sacarlo fuera de España, pero Frank Sinatra, el jefe de las fuerzas guerrilleras, quiere llevar el cañón a Ávila y atacar el cuartel general de los franceses y así, expulsarlos de la ciudad primero y posteriormente de España. Contra toda lógica Miguel consigue agrupar al pueblo español y llevar el cañón hasta Ávila para atacar la ciudad. Los dos hombres trabajan juntos aunque están enfrentados por el amor de Sophia Loren.

La historia está basada en un libro de Scott Forester, también autor de *La reina de África* y *Horacio Homblover*. El director Stanley Kramer estuvo en España seis meses, reclutó a un ejército de extras y organizó una de las operaciones logísticas mayores de la historia del cine. Utilizó varias replicas de cañón, helicópteros para las cámaras e incluso levantó un muro delante de las murallas de Ávila para protegerlas. El resultado es una realización que parece enteramente real. Una película de las que ya, por desgracia, no se hacen.

Merece un homenaje su asesor militar, el entonces teniente coronel D. Luis Cano Portal que años después fue general director de esta Revista.



FICHA TÉCNICA

Título original: *The pride and the passion.*

Director: Stanley Kramer.

Fotografía: Franz Planer.

Música: George Antheil.

Dirección artística: Fernando Carrere y Gil Parrondo.

Intérpretes: Gary Grant, Frank Sinatra, Sophia Loren, Theodore Bikel, John Wengraf, Jay Novello, José Nieto, Carlos Larrañaga, Phillip VanZandt, Paco el Laberinto, Julián Ugarte, y los miles de españoles que hicieron posible esta película.

Nacionalidad: EE UU. Color. 130 minutos. Año 1957.

¿Dónde se puede encontrar esta película?

Editada para venta directa en formato DVD.

Se puede adquirir a través de Internet en la siguiente dirección: <http://www.imdb.com>

FLÓPEZ

EL 2 DE MAYO



Película aún no estrenada, cuyo rodaje acaba de finalizar y hemos presenciado algunos días en la madrileña localidad de Fuente el Saz del Jarama. Allí ha sido recreado con suma fidelidad, el Madrid de hace 200 años, siendo los decorados obra del afamado Gil Parrondo, con dos Óscar en su haber. El guión se basa en *Los episodios nacionales* de Galdós (*El 19 de marzo* y *El 2 de mayo*) y cuenta, entre otros, con los actores Quim Gutiérrez como Gabriel Araceli, Manuel Tejada como Godoy y Elsa Pataky como Mauela Malasaña.

Su director es José Luis Garci, ganador de un Óscar por *Volver a empezar*, realizador también del guión junto a su colaborador habitual Horacio Valcárcel (guionista de series tan famosas como *Verano Azul*).

Se trata de una superproducción con 9.000 extras, 56 actores, 50 caballistas, 50 especialistas y 97 técnicos. En la cinta se rinde un homenaje al pueblo de Madrid en su levantamiento del 2 de mayo de 1808 contra las tropas napoleónicas que habían invadido España. Según palabras del director: «*Es una historia de amor, de sentimientos, de amistad y de lealtad que tiene como escenario una fecha muy importante. Es*

una vertiente histórica y real de lo que ocurrió aquel 2 de mayo».

FICHA TÉCNICA

Título original: *El 2 de mayo*.

Director: José Luis Garci.

Dirección artística: Gil Parrondo.

Intérpretes: Quim Gutiérrez, Paula Echevarría, Manuel Galiana, Tina Sainz, Manuel Tejada, Carlos Larrañaga, Natalia Millán, Lucía Jiménez, Ana Escribano, Maria Kostí, Ramón Langa, Fernando Guillén Cuervo y Elsa Pataky entre otros muchos.

Nacionalidad: España. Color. 150 minutos. Año 2008.

¿Dónde se puede encontrar esta película? Estará en nuestros cines durante el año 2008. Será emitida por Telemadrid como serie de tres capítulos.

FLÓPEZ

Bibliográfica

LOS SITIOS DE ZARAGOZA 1808-1809.

GUERRA A MUERTE

Raymond Rudorff.

Grijalbo. Barcelona, 1977.

Se aproxima el segundo centenario del inicio de la Guerra de la Independencia y desde aquí nos permitimos recomendar una de las mejores obras sobre el periodo: la tesis doctoral del norteamericano Raymond Rudorff.

Es, ante todo, un buen libro de Historia, en el que encontramos el desarrollo de los asedios que le dan nombre —cosa que hace con gran precisión y buenos mapas—, junto con un excelente cuadro de la España de entonces y un buen relato de los principales acontecimientos que tuvieron lugar desde que los franceses cruzaron la frontera hasta que la ciudad capituló. Por citar algún ejemplo, hay una buena descripción del, entonces, anquilosado estado de nuestra nación, sus instituciones y sus clases gobernantes; también encontramos un completo relato del Dos de Mayo y sorprendentes detalles sobre la proclama del «alcalde» de Móstoles (en realidad de los dos corregidores de la localidad) y una breve pero precisa narración de la batalla de Bailén y sus consecuencias.

También describe el nuevo estilo de guerra que caracterizó la campaña española: la «guerra a muerte» (título original en inglés y subtítulo de la edición española), para lo que se sirve de los numerosos testimonios que dejaron sus protagonistas, especialmente los franceses que, entre el horror y la admiración, muestran su asombro ante la determinación con la que los españoles plantearon este feroz estilo de hacer la guerra.

En conclusión, la obra de Rudorff constituye una magnífica monografía sobre la reacción del pueblo español —auténtica epopeya nacional— frente a la invasión napoleónica, que sorprendió tanto a los franceses como a los observadores internacionales de su época y que convirtió la aventura española de Napoleón en una «*úlcerasangrante*» nunca cauterizada.

Solo nos queda recomendar encarecidamente su lectura y pedir a quien corresponda su reedición.

A.S.F.



UN DÍA DE CÓLERA

Arturo Pérez-Reverte.

Ediciones Alfaguara SA. Madrid. 2007.

Un día de cólera... aquel dos de mayo de 1808, al calor de cuyo centenario veremos aparecer, afortunadamente, numerosas publicaciones sobre la Guerra de la Independencia. Arturo Pérez-Reverte, autor de contrastada trayectoria, contribuye a esta conmemoración con un libro voluminoso, pero de fácil y amena lectura, en el que mezcla muy acertadamente Historia y novela a partes iguales. No escatima el autor halagos y reconocimiento para quienes se hicieron acreedores de ello, ni tampoco crítica amarga y despiadada para aquellos que no supieron estar a la altura de un pueblo tan impulsivo como generoso. Épica y miseria a partes iguales.

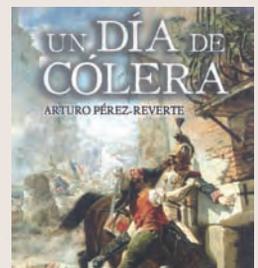
Los hechos históricos son rigurosamente ciertos. La recreación del ambiente madrileño de entonces, inmejorable. La originalidad consiste en rescatar del anonimato al pueblo llano: artesanos, criados, comerciantes, mujeres..., y convertirlos en protagonistas en pie de igualdad con los miembros de la familia real, los políticos y los militares, franceses o españoles. Crónica periodística que bucea en documentos de la época de

los que extrae los nombres propios de los héroes anónimos y que impresiona por el realismo con el que se describen mercados, calles y portales.

La defensa del cuartel de Montealeón constituye el punto álgido de la obra. El colofón, ya al alba del día siguiente, la venganza de unos frente a la rabia de otros, vencedores y vencidos, magistralmente retratada por Goya en sus Fusilamientos. A partir de ahí, se abre un período que ha provocado el interés de numerosos historiadores y estudiosos; en los próximos meses esta fiebre se acrecentará. Los amantes de la historia de España estamos de enhorabuena.

Finalmente, ¿tendremos la suerte de ver plasmada esta obra de Pérez-Reverte, como en ocasiones anteriores, en una buena película? *Un día de cólera* se nos ofrece como una estupenda herramienta para iniciar la conmemoración de los hechos que tuvieron lugar a partir de la convulsa primavera de 1808.

F. J. D. C.



**DOS DE MAYO DE 1808.
EL GRITO DE UNA NACIÓN**

Arsenio García Fuertes
Inédita Editores. Barcelona. 2007.

El autor de esta interesante y oportuna obra nos va introduciendo hasta la gloriosa fecha del dos de mayo de 1808, desde mayo de 1840 cuando se inauguró el majestuoso obelisco donde «Las cenizas de las víctimas del Dos de Mayo de 1808 descansan en este campo de la lealtad regado con su sangre. ¡Honor eterno al patriotismo!»

Nos lleva al mes de abril de 1814 y con habilidad literaria consigue una recreación histórica de los momentos vividos en la localización y exhumación de los restos de los capitanes Daoíz y Velarde en Las Descalzas, y los de todos los patriotas que habían sido ejecutados, pareciendo el relato tan real como las personas que intervienen en él.

Hace un alto en julio de 1797, «Cuando Cádiz derrotó a Inglaterra», describiendo las bombardas, tartanas y cañoneras de Mazarredo y la intervención del teniente de Artillería Luis Daoíz, embarcado en una de las tartanas con su gigantesca pieza de casi tres toneladas y más de tres metros de longitud «disponiendo para el combate de cinco balas al rojo...».

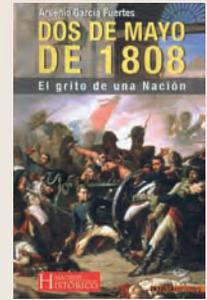
Llega el 19 de marzo de 1808, «El motín que cambió un rey» y, García Fuertes nos introduce en las intrigas de unos y otros; la entrada de Murat con sus tropas y del Rey en Madrid; los planes de Murat con treinta mil franceses que rodeaban Madrid frente a unos tres mil hombres de guarnición y un pueblo sin armas...

En «Antes de la tormenta» se van poniendo los ingredientes previos al estallido.

«El grito de la nación» está constituido por una gran cantidad de pequeñas historias con protagonistas reales, que se van sucediendo vertiginosamente y alcanzando cada vez mayor grado de violencia, produciéndose auténticos casos de heroísmo por ciudadanos de Madrid y verdaderas bajas por las fuerzas represoras contra mujeres o niños. En Monteleón no se pudo más, pero no todos tuvieron el mismo valor.

Una obra histórica, con cientos de relatos con personas que existieron, «pequeñas historias personales rescatadas del olvido de cientos de libros y archivos».

F. J. C. C.



**FRANCISCO DE LONGA,
DE GUERRILLERO A
GENERAL DE LA
GUERRA DE LA
INDEPENDENCIA.
HISTORIA DE UNA
GUERRILLA**

José Pardo de Santayana y
Gómez de Olea.

Leynfor Siglo XXI. Madrid. 2007



Las guerras napoleónicas han sido analizadas, estudiadas y descritas con un interés y minuciosidad asombrosos. Se conocen con gran precisión los aspectos generales, diplomáticos, económicos, las campañas, las batallas, los uniformes, la organización militar e incluso hay especialistas que podrían darnos todo lujo de detalles sobre los botones de los uniformes de los distintos regimientos. Sin embargo, aunque pueda parecer sorprendente, en su estudio histórico hay todavía algunas lagunas importantes. Este libro contribuye a dar a conocer los detalles de uno de los aspectos más desconocidos y controvertidos de las guerras napoleónicas en su conjunto y de la Guerra de la Independencia en particular: la guerrilla.

Si bien es un estudio de carácter parcial, centrado en una guerrilla particular y en su cabecilla, permite

conocer con enorme detalle todos los aspectos de la vida y la lucha de una de las grandes guerrillas y de sus relaciones con la población, las otras guerrillas, el Ejército español y las autoridades y fuerzas británicas. El relato está salpicado de anécdotas y sucesos, todos ellos documentados, que dan a la lectura un contrapunto de frescura y hacen el texto más grato al lector. Lo más valioso del libro son sus espléndidos mapas (92 en total) en que se recogen todos los movimientos y combates.

El libro explica cómo, a partir de junio de 1813, la guerrilla de Longa, ya regimentada y convertida en la División de Iberia, se incorporó a las fuerzas de Wellington y combatió en las batallas de Vitoria, San Marcial, Paso del Bidasoa y Nivelle. El epílogo es una llamada al mito, como una realidad viva en la memoria colectiva, que se opone al torpe intento de desmitificar la guerrilla o cualquier otra cosa de la que legítimamente nos podamos sentir orgullosos los españoles.

Es también muy notable la labor editorial, con una presentación muy elegante. Este gran libro, presentado oportunamente para realzar el segundo centenario de la Guerra de la Independencia, es una lectura recomendable para todo aquel que se sienta interpelado por esta epopeya nacional.

I. A. J. M.



SUMMARY

SECOND CENTENARY OF THE WAR OF INDEPENDENCE¹6

.Mario Hernández Sánchez- Barba.
Professor of Modern History.

The War of Independence in Spanish History is a short but intense period that coincides with several historical processes, sharing in common with all of them, a very significant series of events. These processes are the beginning of a historical sequence of patriotic struggles against Napoleon's

continental imperialism. In the case of Spain besides, they symbolize a social and revolutionary uprising that plays a major role in achieving National Sovereignty in the absence of the legitimate King, becoming a key factor which eventually, set off a political trend that moved from absolute monarchy to a Liberal State.

It was in that period that the Spanish Army, the Institution that successfully tested its capability of National Defense providing an indispensable security to Spanish society.



SUMMARY

SECOND OF MAY, 1808: MYTHS AND TRUTH10

José Manuel. Guerrero Acosta. Lt.Col. Engineers

In the vast bibliography existing on incidents occurring on Monday 2nd May, 1808; there appear several historical inaccuracies, a number of which are explained here by the author of this paper. He hence, attempts to review the historical background leading to those events, the French who

moved from allies to invaders, and the growing resentment of Madrid citizens against the abuses and atrocities committed by Napoleon's troops. It underlines the spontaneous nature of the rebellion with special mention to the soldiers and French units who took part in that battle, as well as a large number of Spaniards who sacrificed their lives. It goes on to analyse the role of the Army on that particular day, focusing on the defense of the Artillery Depot on Monteleón Street.



SUMMARY

THE SPANISH ARMY IN THE WAR OF INDEPENDENCE28

Juan José Sañudo Bayón. Colonel. Infantry.

The lack of coordination and a unified command were the main problems faced by the Spanish Army during the War of Independence. The disastrous financial situation made it impossible to ap-

propriately upkeep the forces, and this deplorable state of affairs lowered the morale of the troops. Despite this, for six years it tirelessly confronted the best fighting force of those times.

It was the only European Army capable of confronting Napoleon as long as required, so that his "Spanish wound" went on bleeding till he was ultimately defeated



SUMMARY

KING JOSEPH'S SPANISH ARMY38

Luis Sorando Muzás. Vice-president Spanish Napoleonic Association (ANE). Vexillologic adviser, Army Museum.

From the very beginning, Joseph Bonaparte, intended to have his own army that would enable him to achieve defensive self-sufficiency and get

rid of the dreadful image of the troops provided by his brother.

This article narrates the story of his neglected and short-lived army and the men who served in it, mistrusted by their French allies; and forgotten and despised by their fellow citizens, accusing them of treacherous loyalty to the French and deserting the Spanish cause.



SUMMARY

THE ROLE OF THE BRITISH IN THE SPANISH WAR OF INDEPENDENCE46

Andrés Cassinello Pérez. Lt. General

Spain and Britain were traditional enemies who were forced to accept an unfortunate alliance in which their mutual mistrust was ever present. British and Portuguese forces, the Spanish regular Army and the Guerrilla groups, rarely coordinated their combat operations. The British won all the

battles they fought (Talavera, Torres Vedras, Arapiles...) due to the cover we provided them and having to confront fewer French troops, constantly engaged by our resistance movement.

Wellington, who in 1812 was appointed Generalissimo of the Spanish Armies, was the most competent general of that conflict. He fought his battles in the place, time and conditions he deemed appropriate. Wellington always placed the security of Portugal and the survivability of his Army above Spanish interests.



SUMMARY

THE IMPERIAL ARMY. IN THE SPANISH WAR OF INDEPENDENCE. NAPOLEON'S LOSS OF GLORY54

Miguel Ángel Martín Mas.
Jesús Maroto de las Heras.

Interference in the Spanish Royal Family's internal disputes and imposing a Dynastic transformation was a grave error that Napoleon committed, as he underestimated the Spanish peoples capability of response. The beginning of the end of the Emperor's career began in Spain, although he never assumed responsibility for his failure. The revolt within the ranks of the Imperial Army was the main

cause of failure. If communication links were to be maintained, it was necessary to disperse troops at the cost of decreasing operational capability. Carrying out one of the Emperor's order meant failing to comply with another. The strategic differences: the battalion strength force that crossed a country in revolt or the marching battalions breaking away in the rearguard, or the "squared battalion" (a Napoleonic combat tactic) failed to bring things back to their original situation.

The maintenance of military forces became unsustainable in a country whose resources were exhausted by occupying forces.



SUMMARY

CONFLICTING COMMANDS64

José Luis Priego Fernández del Campo.
Colonel. Infantry. Staff College Graduate.

One of the main reasons of the Allied Victory was due to the Allied Army's undisputed command, after the appointment of Wellington as Generalissimo of the Spanish Armies. On the Spanish side,

the lack of a Unified Command until then was the main reason of the continuous defeats faced by our armies. In the Imperial Army, the lack of leadership by Joseph I and his Chief of Staff, and the belated, and hence, at times, disastrous operations led by Napoleon, enormously influenced their failure, unlike the outstanding successes achieved by the Allies during their short stay in Spain.



SUMMARY

SEQUENCE OF MILITARY EVENTS DURING THE WAR OF INDEPENDENCE74

José Pardo de Santayana y Gómez de Olea.
Lieutenant Colonel, Artillery. Staff College Graduate.

The War of Independence lasted six long years. It was fought all over the Iberian Peninsula with an

enormous sequence of events that makes it difficult to remember its chronology and relation. This article gives a short account about all complex historical events in order to make it understanding easier in time and space. To get to Portugal the first French troops moved through Spain and ended with their expulsion by the allied troops commanded by Wellington.



SUMMARY

STRATEGIC AND OPERATING MODELS IN THE WAR OF INDEPENDENCE82

José Pardo de Santayana y Gómez de Olea.
Lieutenant Colonel, Artillery.
Staff College Graduate

Three large stages are examined in order to understand the strategic and operating models. 1ª. Napoleon expects a sudden victory with the simple fact of his troop's presence, which defeated our regular Army supported by popular passion. 2ª. The

Emperor's strategic approaches, who is attacking, and his brother, peacemaker, differed and confronted each other. As the regular Army is wearing down and French troops occupy the territory, the guerrillas' role increased and hampered the effective control of the territory; as a result, the Imperial Army would never recover its former military strength. 3ª. For Napoleon, Spain is a secondary strategic theater. At the beginning of the war, the British contributed with an irregular effort, which was focused on Portuguese defense until they became significant players of freedom at the end of the War.



SUMMARY

SPANISH INDEPENDENCE WAR WITHIN THE FRAMEWORK OF THE EUROPEAN HISTORY. (I, II y III)90

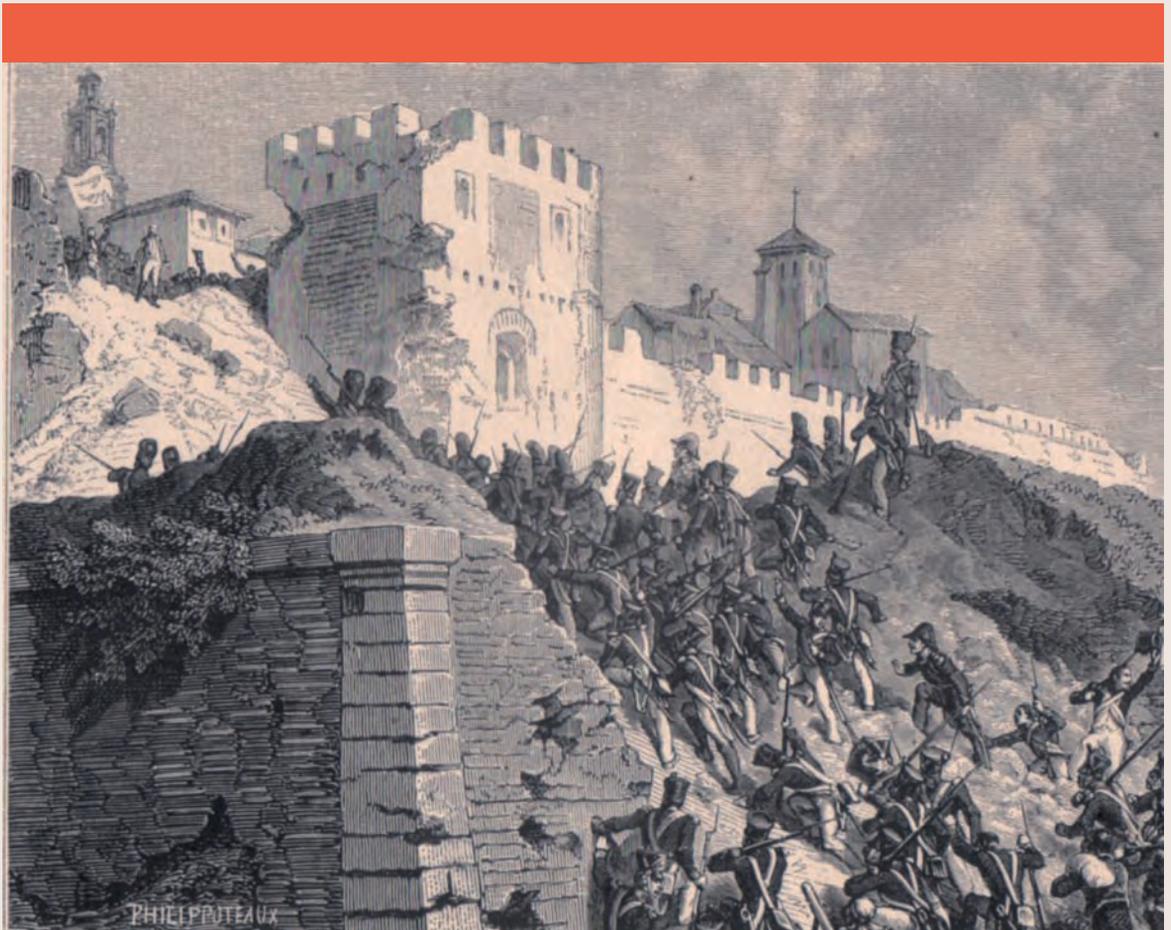
Juan Priego López. Colonel.
Staff College Graduate.

To a great extent, the reading of these articles allows the understanding of our War of Independence, since they place it properly within the historical framework of its period. The ideological and political background of the first article is researched both inside and outside of the Iberian Peninsula: the Enlightenment, the French Revolution, the subsequent wars, Napoleon's figure and his relation with Godoy and the fierce struggle between United Kingdom and France.

The second one reviews the obvious connection and mutual influence between the vicissitudes of our struggle against the Napoleonic Emperor and

Napoleon's fight against other nations. In Spain, Napoleon confronted, for the first time with a «nation up in arms». This uprising, that was not given the necessary importance by him, provokes the successive uprising of other European countries, which like us, were resolved to get rid of him.

Finally, the third one compares the outcome of the struggle for the future of our people, with the fate that the rest of great victors of that Empire deserved. After this long conflict, Spain became totally impoverished. During the Vienna Congress, the Spanish leaders were more interested in the defense of personal affairs than national ones and at the same time they did not make an effort to use the necessary means, which would have made possible the defense of our territories in America.



ODA AL

OIGO, PATRIA, TU AFLICCIÓN,
Y ESCUCHO EL TRISTE CONCIERTO
QUE FORMAN, TOCANDO A MUERTO,
LA CAMPANA Y EL CAÑÓN;
SOBRE TU INVICTO PENDÓN
MIRO FLOTANTES PENDONES,
Y OIGO ALZARSE A OTRAS REGIONES
EN ESTROFAS FUNERARIAS,
DE LA IGLESIA LAS PLEGARIAS,
Y DEL ARTE LAS CANCIONES.
LLORAS, PORQUE TE INSULTARON
LOS QUE SU AMOR TE OFRECIERON
¡A TI, A QUIEN SIEMPRE TEMIERON
PORQUE TU GLORIA ADMIRARON;
A TI, POR QUIEN SE INCLINARON
LOS MUNDOS DE ZONA A ZONA;
A TI, SOBERBIA MATRONA
QUE, LIBRE DE EXTRAÑO YUGO,
NO HAS TENIDO MÁS VERDUGO
QUE EL PESO DE TU CORONA!
DO QUIERA LA MENTE MÍA
SUS ALAS RÁPIDAS LLEVA,
ALLÍ UN SEPULCRO SE ELEVA
CONTANDO TU VALENTÍA;
DESDE LA CUMBRE BRAVÍA
QUE EL SOL INDIO TORNASOLA,
HASTA EL ÁFRICA, QUE INMOLA
SUS HIJOS EN TORPE GUERRA,
¡NO HAY UN PUÑADO DE TIERRA
SIN UNA TUMBA ESPAÑOLA!

TEMBLÓ EL ORBE A TUS LEGIONES,
Y DE LA ESPANTADA ESFERA
SUJETARON LA CARRERA
LAS GARRAS DE TUS LEONES;
NADIE HUMILLÓ TUS PENDONES
NI TE ARRANCÓ LA VICTORIA;
PUES DE TU GIGANTE GLORIA
NO CABE EL RAYO FECUNDO,
NI EN LOS ÁMBITOS DEL MUNDO,
NI EN EL LIBRO DE LA HISTORIA.
SIEMPRE EN LUCHA DESIGUAL
CANTAN TU INVICTA ARROGANCIA,
SAGUNTO, CÁDIZ, NUMANCIA,
ZARAGOZA Y SAN MARCIAL;
EN TU SUELO VIRGINAL
NO ARRAIGAN EXTRAÑOS FUEROS;
PORQUE, INDÓMITOS Y FIEROS,
SABEN HACER SUS VASALLOS
FRENOS PARA SUS CABALLOS
CON LOS CETROS EXTRANJEROS.
Y AÚN HUBO EN LA TIERRA UN HOMBRE,
QUE OSÓ PROFANAR TU MANTO.
¡ESPACIO FALTA A MI CANTO
PARA MALDECIR SU NOMBRE!
SIN QUE EL RECUERDO ME ASOMBRE,
CON ANSIA ABRIRÉ LA HISTORIA;
PRESTA LUZ A MI MEMORIA,
Y EL MUNDO Y LA PATRIA A CORO,
OIRÁN EL HIMNO SONORO
DE TUS RECUERDOS DE GLORIA.

DOS DE MAYO

AQUEL GENIO DE AMBICIÓN
QUE, EN SU DELIRIO PROFUNDO,
CANTANDO GUERRA, HIZO AL MUNDO
SEPULCRO DE SU NACIÓN,
HIRIÓ AL IBERO LEÓN
ANSIANDO A ESPAÑA REGIR;
Y NO LLEGÓ A PERCIBIR,
EBRIO DE ORGULLO Y PODER,
QUE NO PUEDE ESCLAVO SER,
PUEBLO QUE SABE MORIR.
¡GUERRA! CLAMÓ ANTE EL ALTAR
EL SACERDOTE CON IRA;
¡GUERRA! REPITIÓ LA LIRA
CON INDÓMITO CANTAR:
¡GUERRA! GRITÓ AL DESPERTAR
EL PUEBLO QUE AL MUNDO ATERRA;
Y CUANDO EN HISPANA TIERRA
PASOS EXTRAÑOS SE OYERON,
HASTA LAS TUMBAS SE ABRIERON
GRITANDO: ¡VENGANZA Y GUERRA!
LA VIRGEN, CON PATRIO ARDOR,
ANSIOSA SALTA DEL LECHO;
EL NIÑO BEBE EN SU PECHO
ODIO A MUERTE AL INVASOR;
LA MADRE MATA SU AMOR,
Y, CUANDO CALMADO ESTÁ,
GRITA AL HIJO QUE SE VA:

"¡PUES QUE LA PATRIA LO QUIERE,
LÁNZATE AL COMBATE, Y MUERE:
TU MADRE TE VENGARÁ!"
Y SUENAN PATRIAS CANCIONES
CANTANDO SANTOS DEBERES;
Y VAN RONCAS LAS MUJERES
EMPUJANDO LOS CAÑONES;
AL PIE DE LIBRES PENDONES
EL GRITO DE PATRIA ZUMBA
Y EL RUDO CAÑÓN RETUMBA,
Y EL VIL INVASOR SE ATERRA,
Y AL SUELO LE FALTA TIERRA
PARA CUBRIR TANTA TUMBA!
¡MÁRTIRES DE LA LEALTAD
QUE DEL HONOR AL ARRULLO
FUISTÉIS DE LA PATRIA ORGULLO
Y HONRA DE LA HUMANIDAD
EN LA TUMBA DESCANSAD,
QUE EL VALIENTE PUEBLO IBERO
JURA CON ROSTRO ALTANERO
QUE, HASTA QUE ESPAÑA SUCUMBA,
NO PISARÁ VUESTRA TUMBA
LA PLANTA DEL EXTRANJERO!

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA
JAÉN, 1838 - MADRID, 1870

III Centenario de la Guerra de la Independencia

2000



años

